

ROMANOS

Santos y pecadores al mismo tiempo

Un comentario a la Epístola a los Romanos

“El justo por la fe vivirá.”

Romanos 1:16-17



COMENTARIO sobre ROMANOS

CoExtensión

Panamá

2006

Las citas Bíblicas en esta obra fueron tomadas de la Santa Biblia:
NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL © 1973, 1978, 1984
de la Sociedad Bíblica Internacional.
Utilizada con permiso de Zondervan Bible Publishers.

Copyright © 1999 de The Lutheran Church–Missouri Synod.

Todos los derechos reservados. La reproducción o traducción de cualquier parte de este trabajo que sobrepase lo permitido por la Sección 107 y 108 de la Ley de Copyright de los Estados Unidos sin permiso del dueño del derecho de copia es ilegal. Prohibida la reproducción o copia de cualquier parte de este trabajo en cualquiera de sus formas y medios, incluido pero no restringido a medios gráficos, electrónicos, y mecánicos – por ejemplo fotocopias, grabaciones, scanner, o sistemas de información y búsqueda – sin el expreso consentimiento del dueño del copyright. El usuario sólo podrá citar, y una revista o periódico sólo podrán imprimir pasajes breves como parte de una revisión escrita para su inclusión en ese periódico o revista.

Publicado por la Iglesia Luterana –Sínodo de Missouri
Misión Mundial
1333 South Kirkwood Road
Saint Louis, Missouri 63122–7295 USA

CoExtensión recibió los derechos como garante de este material traducido al español. Permiso para la traducción, publicación y digitalización de este curso fue otorgado en el año 2002. Su formato digitalizado se elaboró en el año 2006.

Escriba a esta dirección para obtener información o para formular su petición para usar este trabajo.



Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas
por Extensión en América Latina
(*CoExtensión*)

Fundado 1970 – cierre 2009

Toda honra y gloria sean dadas a nuestro Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Copyright © 2006 por CoExtensión



Este curso fue aprobado para su publicación en formato digital con distribución gratuita a programas de educación teológica durante la Asamblea General de CoExtensión, realizada en Bogotá, Colombia, en mayo del año 2006. CoExtensión otorga el derecho de utilizar este formato electrónico para distribuir y reproducir esta obra bajo las siguientes condiciones:

- a. Los derechos de este texto son exclusivos de CoExtensión, de toda edición publicada, actualizada, re-editada o traducida.
- b. El curso podrá ser distribuido libremente a instituciones de educación teológica; su texto puede ser reproducido y utilizado con libertad, siempre y cuando su uso sea exclusivo para programas de educación teológica o directamente en el ministerio de la iglesia cristiana. Cada institución de educación teológica deberá hacer saber por escrito sus intenciones sobre el uso del curso.
- c. No se permitirá ningún fin lucrativo con este material, aparte de cobrar el costo real de la reproducción y la distribución del mismo. No está permitido ningún fin lucrativo de este material, convirtiéndolo en un libro impreso ni vendiéndolo en cualquier forma o método.
- d. Este curso ha sido producido en formato digital para PC y MAC, a fin de facilitar la impresión y reproducción del material exclusivamente para fines educativos.
- e. Se autorizarán adaptaciones al texto que permitan una mejor comprensión y enseñanza del material, tanto para educandos como docentes, reconociendo que hay importantes diferencias de lenguaje entre nuestras realidades latinoamericanas y países de habla español.
- f. Se autorizarán traducciones del texto a otros idiomas, bajo las mismas condiciones arriba mencionadas.
- g. Cualquier solicitud para publicar, cambiar, modificar, actualizar o traducir el texto, deberán hacerse por escrito.

Toda honra y gloria sean dadas a Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

Copyright © 2006 por CoExtensión



Iglesia Evangélica Luterana
de Colombia

Los derechos de este texto han sido entregados a la Iglesia Evangélica Luterana de Colombia (IELCO) como garante único y exclusivo de todos los derechos de CoExtensión, permiso otorgado en la ciudad de Bogotá, el 8 de febrero del año 2010.

A partir de esta fecha, la IELCO recibe todos los Derechos Reservados © 2010 de CoExtensión.

Toda comunicación relacionada con el uso de este curso ha de hacerse a:

Iglesia Evangélica Luterana de Colombia - IELCO

Apartado Aéreo 53-005

Bogotá, Colombia

Esta publicación digitalizada pertenecía al Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (CoExtensión), que oficialmente dejó de existir en el año 2009. La Iglesia Evangélica Luterana de Colombia (IELCO), uno de los miembros fundadores de CoExtensión, fue nombrada como garante de los derechos de todas las publicaciones de CoExtensión. Una condición de ser garante de estos derechos incluye la responsabilidad de autorizar el libre uso, la impresión y la distribución, sin fines lucrativos, de este curso a instituciones de educación teológica.

Esta publicación digitalizada es considerada “una obra huérfana” y será preservada en la Biblioteca “Kristine Kay Hasse Memorial” Library del Seminario Concordia, St. Louis, Missouri, EE.UU. de A. según las normas que rigen la naturaleza y los deberes de tan prestigiosa y reconocida biblioteca. Documentación de este proceso queda depositada en los archivos de esta biblioteca.

Cualquier información adicional, favor comunicarse con el Director de la Biblioteca del Seminario Concordia.

+ + +

This publication was produced by the Comité Coordinador de Instituciones Teológicas Luteranas por Extensión en América Latina (CoExtensión), which officially ceased to exist in 2009. The Evangelical Lutheran Church of Colombia (IELCO) and a former founding member of CoExtensión, was named guarantor of the rights of all of CoExtension’s publications. Included in being guarantor is the responsibility of authorizing the free use (including printing and distribution) of this publication, and all other CoExtension resources, to any interested theological education institution. This resource, along with all the rest, must never be used for financial profit.

This digitized publication is considered “an orphan work” and will be preserved in the “Kristine Kay Hasse Memorial” Library at Concordia Seminary, St. Louis, Missouri, USA, in accordance with the standards governing the nature and duties of this prestigious and recognized library. Documentation of this process is on file with this library.

For any additional information, please communicate with the Director of the Library, Concordia Seminary.



*Seminario Concordia
801 Seminary Place
Saint Louis, Missouri 63105-3196
1-314-505-7000
<https://www.csl.edu>
<https://scholar.csl.edu>
<https://concordiatheology.org>*

ROMANOS

Santos y pecadores al mismo tiempo

Un comentario a la Epístola a los Romanos

“El justo por la fe vivirá.”

Romanos 1:16-17

Texto del comentario

Wilbert Kreiss

Traducido al inglés

Theodore Mueller

Traducido al español

María Russo de Lahoud

Adaptación, editaje, diseño y montaje

Marcos N. Kempff

Publicado por CoExtensión

Comité de programas de Educación Teológica por Extensión en América Latina y el Caribe

Primera edición electrónica

Ciudad de Panamá, junio del 2006

Primera impresión

Ciudad de Panamá, junio del 2006

Nombre completo _____

Nombre del instructor _____

Lugar y fecha _____

Nota final _____

TABLA DE CONTENIDO

	<i>Página</i>
Introducción.....	1
Salutación, introducción, y exposición del tema (Romanos 1:1-17).	4
Sección 1	
El pecado ha corrompido a todos en el mundo; la Ley los condena a todos (Romanos 1:18-3:20).....	12
Sección 2	
Dios nos hace justos por la fe en Jesucristo (Romanos 3:21-5:21).....	33
Sección 3	
Pablo llama al Cristiano a una vida santificada (Romanos 6 y 7).....	58
Sección 4	
El Espíritu de Dios guía al cristiano. El triunfa por encima de todo y tiene la gloriosa seguridad de la salvación (Romanos 8).....	81
Sección 5	
El plan de Dios para Israel y el nuevo Israel (Romanos 9 y 11).....	106
Sección 6	
Exhortaciones para la santificación (Romanos 12 y 15).....	136
Sección 7	
Items noticiosos, comunicaciones, deseos y conclusiones (Romanos 16).....	167
Algunos esquemas de sermones.....	172

PREFACIO

En su prefacio a la Epístola a los Romanos, Martín Lutero escribe: “Esta epístola es el libro más importante del Nuevo Testamento, el Evangelio más puro. No sólo vale la pena memorizarlo palabra por palabra, sino que debería también ser el tema de nuestra meditación diaria, el pan de cada día para nuestra alma. Mientras más la estudiamos, más preciosa se vuelve.” No hay duda de que es la Epístola a los Romanos la que le permitió al joven monje y futuro Reformador de la iglesia, comprender la verdad del Evangelio, algo que sus estudios teológicos no le revelaron a él. También es esta epístola la que le dio a él la seguridad de su salvación y le proporcionaron la paz para su alma. Gradualmente él fue comprendiendo el total significado de estas palabras: “No me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación, los judíos en primer lugar, pero también los que no lo son. Pues el Evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:16-17). Por eso cuando entendemos que la justificación del pecador ocurre a través de la fe en Jesucristo y sin las obras que la Ley requiere, él se sintió como si estuviera en el cielo.

Esta es la razón por la cual la epístola a los Romanos fue uno de los primeros libros de la Biblia del cual dio charlas en la universidad de Wittenberg. Es un tesoro que todo Cristiano debería poseer; esto es aún más aplicable para cada pastor y servidor de la iglesia. Sin ella, nos estaría faltando una parte esencial de la revelación de Dios en las santas Escrituras.

ROMANOS: SANTOS Y PECADORES AL MISMO TIEMPO es el título que le hemos dado a este trabajo. Lutero mismo ha expresado este tema en su formulación Latina, cuando él afirmó en su comentario sobre la epístola a los Romanos que el creyente es “*Simul justus et peccator*,” es decir, al mismo tiempo santo y pecador. Nosotros simplemente cambiaremos el singular por el plural, porque tal es el mensaje de la epístola para todos los que creen en Cristo y que vienen a fortalecer su fe mientras meditan sobre este hermoso libro de la Biblia. Al mismo tiempo, este plural da cuentas de el “nosotros” que el apóstol utiliza tantas veces allí para instruir, para fortalecer y para consolar a sus lectores.

El autor escribió este libro con el fin de ayudar en la formación de los líderes de la iglesia en África, y quizás también en otro lugar. Este no pretende ser un comentario científico que analice detalladamente los distintos significados de cada palabra que el apóstol utiliza en Griego, que es el idioma en el cual escribió esta epístola. Este libro intenta ser práctico para su instrucción y en el ejercicio diario de su ministerio.

Además, hemos tratado de utilizar un vocabulario relativamente simple, al alcance de nuestros lectores. Sin embargo, algunas de las declaraciones del apóstol son difíciles de entender y requieren de explicaciones elaboradas y a veces difíciles. Rogamos a nuestros lectores que tengan paciencia; pero no queríamos pasar por alto estas dificultades, particularmente desde que la enseñanza de estos textos es profunda y muy rica. La meta de este comentario es el de explicar cuidadosamente la más importante enseñanza de justificación, demostrar la diferencia fundamental entre Ley y Evangelio, y ayudar a nuestros lectores a entender la enseñanza del

apóstol, apreciar su riqueza, y transmitirla a otros. El objetivo es modesto y aún así, vital para la Iglesia. Que el Señor en Su bondad bendiga a este libro y a los que lo lean.

Wilbert Kreiss
Châtenay-Malabry, 1999

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

En nuestra amada América Latina, hay múltiples expresiones de animismo, aunque quizás en nuestra era moderna, no se llaman así, sino han adquirido otros nombres. Sin embargo, el animismo existe, y en muchos casos, disfrazado como una creencia apetitosa, impregnada de recetas para el “éxito”, moderna y de “gran valor” para vivir felices y realizados. Engaño más grande, ¿no hay!

El animismo es la creencia popular o de trasfondo espiritista que considera el alma como principio de fenómenos vitales, expresado en el culto a espíritus, especialmente con raíces entre pueblos primitivos. A menudo estas expresiones se mezclan con elementos de la fe Cristiana, creando una distorsionada expresión de la fe en Cristo, Salvador del mundo.

El autor de la Epístola a los Romanos tenía una cosa en mente, proclamar a Cristo como el único y verdadero Salvador del mundo, basándose en evidencias históricas que el pueblo de Israel había experimentado por medio de las obras maravillosas de Dios.

Hoy, este curso nos permite volver a las Sagradas Escrituras y encontrar a Jesucristo, nuestro Salvador y nuestra única razón de ser. Que el Espíritu Santo nos bendiga en tan importante estudio y que con Su iluminación y dirección, sepamos aplicar estos conocimientos a la obra que Él nos ha llamado y que nos sostiene a diario.

Marcos Kempff
Facilitador de CoExtensión
Ciudad de Panamá, 25 de junio del 2006
476° Aniversario de la presentación de la Confesión de Augsburgo

HORARIO DE CLASES

Dado que el curso tiene doce módulos, se recomienda organizarlos de la siguiente manera a fin de poder estudiarlas en el lapso de un semestre, o sea, dentro de aproximadamente 15 semanas. Sin embargo, el tutor con sus educandos pueden hacer los arreglos de acuerdo a sus posibilidades.

<i>Clases</i>	<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Tarea/examen</i>
Introducción	_____	_____	_____ _____
Lección 1	_____	_____	_____ _____
Lección 2	_____	_____	_____ _____
Lección 3	_____	_____	_____ _____
Lección 4	_____	_____	_____ _____
Lección 5	_____	_____	_____ _____
Lección 6	_____	_____	_____ _____
Lección 7	_____	_____	_____ _____

<i>Clases</i>	<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Tarea/examen</i>
Lección 8	_____	_____	_____ _____
Lección 9	_____	_____	_____ _____
Lección 10	_____	_____	_____ _____
Lección 11	_____	_____	_____ _____
Lección 12	_____	_____	_____ _____
Lección 13	_____	_____	_____ _____
Lección 14	_____	_____	_____ _____
Lección 15	_____	_____	_____ _____
Examen final	_____	_____	_____ _____

Apuntes:

INTRODUCCIÓN

Los destinatarios de la epístola:

Tal como el nombre lo indica, Pablo envió esta epístola a los Cristianos en Roma. Hoy día esa ciudad es la capital de Italia, pero en el tiempo de Jesucristo era la capital del imperio Romano, y era la ciudad más grande. Su población sobrepasaba el millón de habitantes, y el emperador de Roma gobernaba un imperio que incluía prácticamente a todos los países de la costa del mar Mediterráneo, es decir, el Cercano Oriente, Asia Menor, Europa y el Norte de África. Cuando el apóstol Pablo escribió la epístola a los Romanos, él jamás había estado allí. Esta epístola es la única dirigida a una parroquia que no había sido establecida por él mismo.

El apóstol Pablo se convirtió al Cristianismo probablemente hacia el año 34 d.C., es decir, muy poco antes de que Jesucristo había resucitado y ascendido al cielo. Él realizó tres viajes misioneros. El primero (46-48 d.C.) lo llevó hasta el Asia Menor, a un número de países que hoy conforman lo que es Turquía. Allí estableció parroquias a quienes escribió epístolas después (Gálatas, Efesios, Colosenses). Entre los años 50-52 d.C., realizó un segundo viaje para visitar las parroquias que él había establecido previamente. En un sueño inspirado por Dios, un hombre le pidió que fuera a Europa. Por eso fue a Grecia, predicó allí el Evangelio y estableció nuevas congregaciones (Filipos, Tesalónica, Corinto, etc.). Después emprendió un tercer viaje (53-57 d.C.) que lo llevó hasta Iliria (Romanos 15:9); que es una región antigua que hoy forma parte de Italia, Yugoslavia y Austria. Durante el tercer viaje él expresó por primera vez el deseo de ir a Roma (Hechos 19:21).

El primero tuvo que ir a Jerusalén para traer el dinero que había recolectado en las parroquias que él había establecido. Ese dinero era para los pobres de Palestina quienes para ese tiempo habían sufrido una gran hambruna. Tan pronto como hizo eso, él iría a Roma si esa era la voluntad de Dios, y si era posible hasta España (Romanos 15:24). Pero Dios decidió otra cosa. No cabe duda de que él haría otro viaje en el año 60, pero como prisionero. Los líderes religiosos de Israel lo persiguieron de la misma manera en la que él persiguió a los Cristianos antes de su conversión. Como él había nacido en Tarso, él era un ciudadano Romano y por eso tenía el derecho de pedir un juicio Romano. Por tanto, él apeló ante el emperador. Ellos lo llevaron a Roma en un largo viaje en barco el cual se interrumpió por naufragio. Pero Dios que sostiene todas las cosas en Sus manos, obviamente quería que Pablo llegara a Roma. Es verdad que el apóstol no tuvo la oportunidad de predicar el Evangelio en sitios públicos. El primero disfrutó de libertad bajo vigilancia, luego fue liberado por cierto tiempo; pero volvió a prisión y esperó por su veredicto y decapitación en el 66. Sin embargo, él tuvo el privilegio de recibir visitantes y fortalecer a los Cristianos en su fe.

Pablo había querido ir a Roma. ¿Se debió esto a que por varios años en esta ciudad había existido una iglesia que no contó con la presencia de un apóstol o evangelista? Si cualquier otro hubiera trabajado allí antes que él, él no habría intentado ir para allá; porque, por regla, él no quería “construir sobre bases puestas por otros” (Romanos 15:20). Él le había dado “la mano derecha de la hermandad” a los otros apóstoles y había acordado con ellos en que él predicaría el Evangelio a los Gentiles mientras que ellos lo predicarían a los judíos (Gálatas 2:9). Después el apóstol

Pablo también iría a Roma y llevaría a cabo su ministerio allí por algún tiempo, antes de que él también enfrentara su muerte por Cristo.

Roma era una ciudad grande. Cuando él iba a un país, la estrategia de Pablo consistió más bien en evangelizar en las ciudades, y no en las numerosas aldeas. Él creía que el Evangelio llegaría a las aldeas desde las ciudades gracias al testimonio de los nuevos conversos. Por lo tanto, él quería poner sus pies en Roma, la ciudad más grande en ese tiempo, y desde allí él quería que el evangelio se radiara hacia Europa occidental, Italia, la Galia, que posteriormente se convirtió en Francia, y España. Roma sería para él el puente, el resorte que le permitiría proclamar el Evangelio en lugares donde nadie lo había predicado. Allí había un cierto número de judíos y Gentiles que se habían convertido al Cristianismo y que necesitaban ser fortalecidos en su conocimiento y en su fe, y a quienes él necesitaba exhortar acerca de las falsas doctrinas y en contra de tentaciones de diversa índole. También había muchos judíos que no sabían que Jesús de Nazaret era el Mesías que los profetas habían prometido, y numerosos Gentiles que estaban doblando sus rodillas ante falsos dioses e ídolos. La luz del Evangelio tenía que brillar entre ellos y ante su ceguera. La doble misión que Pablo se fijó para sí mismo fue la de fortalecer a los Cristianos en su fe y proclamar el Evangelio a los que no lo conocían todavía.

Lugar y fecha en que fue escrita:

La epístola a los Romanos debía preparar a la gente para la próxima visita del apóstol Pablo. Él la escribió durante su tercer viaje misionero, probablemente estaba en Corinto, Grecia, donde permaneció varios meses, quizás hasta pasando todo el invierno allá. En realidad, en Romanos 16, él menciona personas que él había conocido en Corinto; Erasto (Romanos 16:23); 2 Timoteo 4:20), la diaconisa Febe, quien era miembro de la iglesia en Cencrea (Romanos 16:1) cerca de Corinto, y Gayo (Romanos 16:23; 1 Corintios 1:14).

Si Pablo escribió esta epístola en Corinto, su data es de finales del año 55 y de comienzos del 56. Recuerde que el ministerio de Pablo va desde el 46, que es la fecha de su primer viaje misionero, hasta el 66, que es la fecha de su muerte. La primera carta que tenemos de él es 1 Tesalonicenses (51), y su última carta es sin duda su epístola a Tito (64 o 65 d.C.). Por lo tanto, la carta a los Romanos, viene de la mitad de su actividad misionera.

El objetivo y el contenido de la epístola:

Como hemos dicho anteriormente, el objetivo de la epístola es el de preparar para su visita. Él no quiere “construir sobre bases puestas por otros” (Romanos 15:20). Durante algún tiempo existió el trabajo de base, porque es evidente que la iglesia Cristiana estuvo en pie en Roma. Es por eso que el apóstol Pablo puede escribir a los Romanos que “por todas partes se habla de su fe” (Romanos 1:8) y “Todos saben que ustedes han sido obedientes” (Romanos 16:19). Pero no se conoce de persona alguna que haya fundado la iglesia allí. No hay duda de que unos simples creyentes que no podían guardar para sí mismos habían dispersado la semilla del Evangelio porque ellos querían compartirlo con otros. Quizás algunos judíos que habían ido de Roma a Jerusalén para celebrar Pentecostés allí, habían escuchado a los apóstoles proclamando a Jesucristo (Hechos 2:10).

Inicialmente, la iglesia en Roma consistía de judíos que se habían convertido al Cristianismo. Luego llegaron algunos Gentiles y se les unieron, como lo muestran algunos textos, como Romanos 1:5-6, 13:15, 11:13, 28:31. Pablo quiere fortalecer a los Cristianos de origen judío y Gentil en su conocimiento y en su fe; no hay duda de que ellos aún no habían recibido una instrucción sólida. Es por eso que la epístola a los Romanos es una declaración profunda y completa de las verdades en la fe Cristiana. Pablo las presentó casi todas: la condenación de la Ley, la salvación del Evangelio por la fe en Jesucristo, la predestinación, el arrepentimiento, la justificación y la santificación. En otras palabras, él da la salvación y una instrucción completa acerca de la vida Cristiana. Si la iglesia en Roma debe servir como base misionera en Occidente, ella debe tener una base firme en la verdad.

La epístola a los Romanos tiene como tema al Evangelio, que es un poder divino para la salvación. “No me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación, los judíos en primer lugar, pero también los que no lo son. Pues el Evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: “El justo por la fe vivirá.” Este es el tema dominante y nosotros proponemos el siguiente esquema:

1. Salutación, introducción y declaración del tema.
(*Romanos 1:1-17*)
2. El pecado ha corrompido a todas las personas en el mundo, la Ley los condena.
(*Romanos 1:18-3:20*)
3. La fe en Jesucristo es el medio por el cual Dios justifica y salva al pecador
(*Romanos 3:21-5:21*)
4. Pablo llama al Cristiano a una vida santificada.
(*Romanos 5 y 7*)
5. El Espíritu de Dios guía al Cristiano. Él triunfa sobre todas las cosas y tiene la gloriosa seguridad de la salvación.
(*Romanos 8*)
6. El plan de Dios para Israel y el nuevo Israel.
(*Romanos 9 y 11*)
7. Exhortaciones para la santificación.
(*Romanos 12 y 15*)
8. Ítems noticiosos, comunicaciones, deseos y conclusión.
(*Romanos 16*)

SALUTACIÓN, INTRODUCCIÓN Y DECLARACIÓN DEL TEMA

Romanos 1:1-17

La salutación:

“Los saluda Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado por él para ser apóstol y apartado para iniciar el Evangelio de Dios. Por medio de sus profetas, Dios ya lo había prometido en las Santas Escrituras. Es el mensaje que trata de Su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, quien nació, como el hombre, de la descendencia de David, pero a partir de Su resurrección fue constituido Hijo de Dios con plenos poderes, como el Espíritu santificado. Por medio de Jesucristo recibí el privilegio de ser apóstol, puesto a Su servicio, para que en todas las naciones haya quienes creen en Él y le obedezcan. Entre ellos están también ustedes, que viven en Roma. Dios los ama, y los ha llamado a ser de Jesucristo y a formar parte del pueblo santo. Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo derramen Su gracia y Su paz sobre ustedes” (Romanos 1:1-7).

Cuando le escribimos una carta a alguien, ponemos en el sobre el nombre del remitente. La persona que recibe la carta debe saber quien se la está enviando. El apóstol Pablo quiere que sus lectores sepan quien está enviándoles esta epístola. Originalmente, su nombre era Saulo. Algunas veces, ellos lo llamaban “Saulo de Tarso.” Ellos especificaban el nombre de su ciudad natal, en donde él había crecido, para que la gente no lo confundiera con otra persona. En Hechos 13:9 aprendemos que las personas también le llamaban Pablo. A partir de allí, la gente jamás le dio otro nombre excepto Pablo. No cabe duda de que él quiso señalar su ruptura completa y definitiva con su personalidad anterior, que era la de un incrédulo, un hombre violento, un enemigo de Cristo, un blasfemador y perseguidor de la Iglesia (1 Timoteo 1:13-16). El Señor había hecho de él un hombre nuevo. Está claro que Pablo quería hablar acerca de este evento cambiando su nombre. Saulo...Pablo (Paulo). Un cambio de letras pero que transforma totalmente el nombre del apóstol. De hecho, Pablo es un nombre grecolatino que significa “pequeño”. “insignificante.” Antes de que este gran Dios tuviera misericordia de él, el apóstol se humilla. Dice él: Jesús ha venido para salvar a los pecadores “de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15). Él no tiene miedo de llamarse a sí mismo “un niño nacido anormalmente,” y de decir, “Pues yo soy el menos importante de los apóstoles, y ni siquiera merezco llamarme apóstol porque perseguí a la iglesia de Dios” (Corintios 15:8-9). De cualquier manera, nadie es digno de ser un siervo de Cristo, ni siquiera un pastor ni un evangelista, ni un misionero. Es un favor y un gran honor que el Señor otorga cuando Él nos toma para Su servicio.

Los Cristianos de Roma aún no habían conocido a Pablo. Ellos no sabían de él. Por eso es natural que Él se presente a sí mismo. Él es un “siervo de Cristo Jesús.” Podríamos decir que hasta un esclavo. La Biblia enseña que todos los Cristianos y siervos de Jesucristo o de Dios (Hechos 2:18; Efesios 6:6; Apocalipsis 22:3). Los ministros de la Palabra son siervos de una manera particular. Sin duda es un título que ellos llevan, un título nobiliario (Hechos 4:29, 16:17; Gálatas 1:10; Filipenses 1:1; 2 Timoteo 2:24; Apocalipsis 10:7; 15:3).

Pablo es un siervo de Jesucristo. Él no está allí para darle órdenes a la Iglesia, para gobernar sobre ella. Tal como lo dijo Jesús, un discípulo o un siervo no está por encima de su maestro

(Mateo 10:24). Jesús no vino al mundo para ser servido, sino a servir y dar Su vida como un rescate por la humanidad (Mateo 20:28). Aquellos a quienes llamamos los líderes de la iglesia son siervos de Cristo quien es el único amo del rebaño y Señor de Su pueblo. Si esto es cierto para un apóstol, lo es mucho más para cada uno de sus siervos.

Pablo escribe su epístola no sólo como un Cristiano, sino como un servidor de Cristo. Y entre los muchos hombres a quienes el Señor llamó para servirle, él ocupa un lugar muy especial. Él es un apóstol. Todo predicador de la Palabra de Dios es un servidor de Cristo, pero no necesariamente un apóstol. Esa es una función muy especial e implica una responsabilidad, que Cristo le dio a un puñado de hombres, a los doce a quienes Jesús había llamado e instruido antes de enviarlos al mundo, y también a Pablo.

¿Qué es un apóstol?

1. Era un hombre que había sido testigo de la vida de Cristo, que especialmente había sido testigo de su resurrección, y había seguido Sus enseñanzas. Pablo podía decir que él había visto a Jesucristo resucitado porque lo había conocido en el camino hacia Damasco. Él también había recibido su instrucción. Es cierto que no lo había acompañado a Él durante Su ministerio en el mundo, pero Cristo se había revelado ante él, y le había enseñado lo que tenía que predicar (1 Corintios 11:23, 15:3; Gálatas 1:11-12).
2. Un apóstol era un siervo del Evangelio a quien el Señor había llamado directamente y no a través de la Iglesia. Ese era el caso de los doce, pero también era el caso de Pablo a quien Cristo llamó en el camino hacia Damasco, Él le dijo a Pablo: “Te voy a librar de los judíos, y también de los no judíos, a los cuales ahora te envío” (Hechos 26:17).
3. Jesús le dio a los apóstoles la promesa de que Él les enviaría a Su Espíritu Santo para inspirarlos y guiarlos en la verdad (Mateo 29:19-20; Juan 14:26, 16:13; Hechos 1:5-8). Lo mismo es cierto en cuanto a Pablo. Él podía decir que lo que Él predicaba no era la palabra de los hombres sino la Palabra de Dios (1 Tesalonicenses 2:13). Por lo tanto, él se podía expresar con mucha autoridad y exigir a su audiencia que se sometieran a sus enseñanzas. Como Dios habla a través de Sus apóstoles, tal como Él lo hizo a través de los profetas, y como el Espíritu Santo los había inspirado, Pablo podía decir que la Iglesia Cristiana es como un edificio levantado sobre los fundamentos que son los apóstoles y los profetas, y Jesucristo mismo es la piedra principal (Efesios 2:20).
4. Para finalizar, Cristo encargó a Sus apóstoles que proclamaran el Evangelio, que establecieran parroquias y que comisionaran a otros para ir a otros lugares. Ellos no eran ministros para una parroquia, en lugar de ello, Cristo les ordenó ir por todo el mundo (Hechos 1:8).

Los falsos maestros a menudo lo atacaban y le reclamaban que él no era un verdadero apóstol de Cristo. Esta era una falsa acusación. Tal como él lo había especificado, “él fue apartado para anunciar el evangelio de Dios.” El Señor Jesucristo lo llamó directamente. Pablo no eligió ser Su apóstol, pero el Señor lo escogió a él, al igual que escogió a los doce (Juan 15:16). Eso es verdad sobre cada pastor y cada siervo de la Iglesia, con esta diferencia: Jesús los elige y los llama a su servicio a través de la voz de Su Iglesia, mientras que a Sus apóstoles Él los eligió directamente.

La misión de Pablo y de cada siervo de la Iglesia es el siguiente: proclamar el Evangelio. La palabra Evangelio proviene de una palabra Griega que significa buenas nuevas (o buenas noticias). Son las Buenas Nuevas de la salvación por la fe en Jesucristo (Marcos 1:1). Ese Evangelio es “el mensaje.” Ningún ser humano en el mundo lo ha inventado, sino que es el misterio que Dios revela a los hombres. Por eso en el primer versículo de su epístola, el apóstol expresa que él no viene con una nueva enseñanza, sino con la enseñanza que Jesucristo mismo le dio cuando Él estuvo en la tierra. Jesús le dio esta enseñanza a Pablo cuando Él lo llamó a Su servicio en el camino hacia Damasco. Ese que “por medio de sus profetas, Dios ya lo había prometido en las Santas Escrituras.” Nosotros sabemos que Cristo llena el Antiguo Testamento, que los profetas proclamaron su llegada, Su obra, Su muerte, Su resurrección y Su reino. “Todos los profetas habían hablado ya de Jesús, y habían dicho que quienes creen en él reciben por medio de él el perdón de los pecados” (Hechos 10:43). Jesús es la realización de lo que ellos predijeron hace mucho tiempo.

Pablo da un resumen corto de todo lo que la Biblia enseña acerca de la persona del Señor Jesús. Es una Cristología, una presentación de Cristo en tres versículos. El primero lo presenta a Él “como hombre,” es decir, en lo que se refiere a Él como ser humano. Esta frase aquí lo designa como un hombre, como en Isaías 40:6: “Que todo hombre es como hierba, ¡tan firme como una flor del campo! “Como hombre,” es decir, mientras Él es un hombre, Jesús era “de la descendencia de David” (Isaías 11:1; 2 Samuel 7:12; Hebreos 1:5; Lucas 1:32, 69, 2:4). Muchas veces la gente lo aclamaba como el Hijo de David (Mateo 9:27, 15:22, 21:5-9). El reino de David prefiguró a Su propio reino el cual es mucho más grande y más glorioso. Él es un verdadero hombre como David y el Mesías-Rey prometido para el mundo.

Pero Jesús también es “su Hijo.” El que “a partir de Su resurrección fue constituido Hijo de Dios con plenos poderes.” Desde toda la eternidad Él era el Hijo de Dios, de la misma sustancia que el Padre y el Espíritu Santo. Pero no fue evidente cuando la gente lo vio vivir, y después sufrir y morir en la cruz. Ellos tuvieron que esperar por Su resurrección para ver una majestuosa demostración. De hecho, Él pudo decir: “Nadie me quita la vida, sino que yo la doy por mi propia voluntad. Tengo el derecho de darla y de volver a recibirla. Esto es lo que me ordeno mi Padre” (Juan 10:18). Y dijo nuevamente: “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11:25). Su resurrección prueba Su divinidad, y también prueba que Él ha cumplido Su misión y ha vencido al pecado, a la muerte y al infierno. Esta manifestación tiene lugar “como Espíritu santificador.” En 1 Timoteo 3:16, el apóstol escribe: “Cristo se manifestó en su condición de hombre, triunfo en su condición de espíritu.” Y Pedro explica: “Porque Cristo...murió; pero resucitó con una vida espiritual” (1 Pedro 3:18). El Espíritu Santo estaba trabajando cuando Jesús resucitó de entre los muertos y Él le devolvió Su vida. También es Él quien también trae la proclamación al mundo entero de que Dios está vivo; y es Él quien les da esta convicción a innumerables personas. El Espíritu Santo convence a los Cristianos que Jesucristo es el Hijo de Dios que se hizo hombre y el Salvador del mundo.

Y Pablo nos recuerda diciendo que “recibí el privilegio de ser apóstol” por medio de Cristo resucitado y que Él encargó a Pablo que “fue puesto a su servicio, para que en todas las naciones haya quienes creen en él y le obedezcan.” La fe Cristiana es obediencia. Creer es obedecer, someterse al llamado divino que resuena en el Evangelio, es aceptar las bendiciones que Dios

ofrece en Su Hijo Jesús con un corazón obediente, confiado y agradecido. Por la fe obedecemos las Buenas Nuevas (Romanos 10:16; 2 Tesalonicenses 1:8), nos volvemos obedientes al Evangelio (1 Pedro 1:2). Pablo llama a esto la obediencia “de quienes crean en el.” En nuestro texto donde él habla de “todas las naciones,” afirma que él fue el primer apóstol de los Gentiles. Esto no evito que el predicara el Evangelio a todos los judíos que encontró en sus viajes. “Entre ellos están también ustedes, que viven en Roma.” Tal como lo hemos dicho ya en la introducción, con estas palabras comprendemos que la mayoría de los miembros de la iglesia de Roma eran de origen Gentil en el tiempo en el que Pablo escribió su epístola.

Pablo afirma tres cosas con respecto a los Cristianos de Roma: Primero, Dios los llamo: “Dios los ama, y los ha llamado a ser de Jesucristo y a formar parte del pueblo santo.” Todos los Cristianos son personas que Él ha llamado. En el idioma de Pablo esto significa que ellos han escuchado el Evangelio y que ellos lo han recibido en la fe. Él los ha llamado y ellos han seguido el llamado por creer en Jesucristo. En segundo lugar, el apóstol escribe:

“Entre ellos están también ustedes, que viven en Roma. Dios los ama...”. Los Cristianos son los hijos de Dios. El Señor los ama como un padre ama a sus hijos, desde que Él les da el mismo título que Él le dio a Su Hijo, o sea “Dios los ama” (Mateo 3:17; 2 Tesalonicenses 2:13). Es un consuelo maravilloso para nosotros el saber que Dios nos ama, tal como somos, a pesar de nuestras faltas y pecados; Él nos ama tanto que Él ha sacrificado a Su único Hijo por nuestra salvación y quiere darnos la vida eterna. En tercer lugar, los Cristianos “y los ha llamado a ser de Jesucristo, y a formar parte del pueblo santo.” La Biblia acostumbra a llamar santos a los Cristianos (Deuteronomio 33:3; Salmo 16:3, 34:9; Hechos 9:32; Romanos 8:27, 15:25; Filipenses 1:1, 4:21; Colosenses 1:12). Eso, ante todo, significa que Dios los ha apartado para que le pertenezcan a Él. En hebreo, ese es el primer significado de la palabra santo. Después Él los cubrió con Su santidad al otorgarles Su perdón, vistiéndolos con la justicia de Jesucristo. A través de Su perdón ante Sus ojos ellos son santos como Su único Hijo. Finalmente, los Cristianos son personas que por obediencia y amor a Dios renuncian al pecado y a la maldad y tratan de vivir en santidad.

“Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo derramen Su gracia y Su paz sobre ustedes.” Ese es el saludo idóneo. El apóstol Pablo saluda a los destinatarios de su carta. Eso es lo que siempre hacemos cuando escribimos una carta, pero en vez de escribir: “Saludos” o “Con mis mejores deseos,,” Pablo les desea gracia y paz Tal como lo veremos, gracia es piedad o misericordia, amor gratuito e inmerecido que ha guiado a Dios a venir al rescate de los pecadores y a otorgarles Su perdón y Su salvación. La paz es la convicción interna de que nuestros pecados no pueden separarnos de Dios ni condenarnos porque Él los ha perdonado completamente. Nosotros estamos en paz con nosotros mismos cuando tenemos bien nuestra conciencia, y tenemos bien nuestra conciencia cuando sabemos que Dios nos perdona. Por eso la gracia y la paz son dos grandes tesoros que el apóstol le desea a los Cristianos de Roma y a todos los que lean esta epístola. Es la fórmula usual con la cual él comienza y termina una epístola (1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1, 3:16 y 18). Cuando una persona tiene la paz y la gracia de “Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo,” tiene lo más preciado de este mundo.

Introducción y declaración del tema:

En primer lugar, por medio de Jesucristo doy gracias a mi Dios por cada uno de ustedes, porque en todas partes se habla de su fe. Dios, a quien yo sirvo con todo mi corazón anunciando el evangelio de Su Hijo, es testigo de que continuamente los recuerdo, y en mis oraciones pido siempre a Dios que, si es su voluntad, me conceda que vaya por fin a visitarlos. Porque deseo verlos y prestarles alguna ayuda espiritual, para que estén más firmes; es decir, para que nos animemos unos a otros con esta fe que ustedes y yo tenemos.

Quiero que sepan, hermanos, que muchas veces me he propuesto ir a verlos, pero hasta ahora siempre se me han presentado obstáculos. Mi deseo es recoger alguna cosecha espiritual entre ustedes, como la he recogido entre las otras naciones. Me siento en deuda con todos, sean cultos o incultos, sabios o ignorantes; por eso estoy tan ansioso de anunciarles el evangelio también a ustedes que viven en Roma.

No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación, los judíos en primer lugar, pero también los que no lo son. Pues el evangelio nos muestra de que manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:8-17).

El apóstol Pablo acaba de presentarse a sus lectores y los ha saludado. Ahora comienza una introducción en la cual desarrolla varios pensamientos personales que lo llevan a formular el tema de la epístola. El no ha establecido la iglesia de Roma, pero está contento de saber que en otra parte del mundo hay personas que comparten su fe y que por eso están libres del poder del pecado y de la muerte. Que alegría le da a Pablo el saber que había Cristianos en Roma, en donde ninguno de los apóstoles de Cristo había llegado a ir o había predicado el Evangelio. El se regocija y también agradece al Señor de que el mundo entero sepa de la fe de estos Cristianos de Roma. Pablo hablaba de ello en todas partes.

¿A quién podemos atribuirle esto? En ese tiempo ningún apóstol había ido jamás a Roma. ¿Podemos atribuírselo a los Cristianos de Roma? La fe no es obra de la gente. Nadie puede llegar a la fe por sí mismo. Nadie puede fortalecer la fe ni aumentarla, ya que es obra de Dios y es Su don. Él la pone en el corazón y la fortalece por medio del poder de Su Evangelio. Pablo escribe a sus lectores (1 Pedro 1:5): “Por la fe que ustedes tienen en Dios, él los protege con su poder. Esa es la razón por la que Pablo le está dando gracias al Señor. Si el mundo entero conoce de la fe de los Romanos, este honor se le debe a Dios. Nosotros también debemos darle gracias por el don de la fe.

Pero el apóstol menciona a los Cristianos de Roma en sus oraciones, y le ruega a Dios que le conceda el favor de poder visitarlos. No es el caso de que él desee ver esa ciudad tan famosa con sus prestigiosas edificaciones y sus hermosos jardines, no, no es la ciudad la que le interesa, sino los Cristianos que allí viven y los Gentiles que también la habitan. ¿Qué quiere él en realidad? “Porque deseo verlos y prestarles alguna ayuda espiritual,” para fortalecer a los creyentes en su fe. El quiere exponer las verdades que Dios ha revelado, responder a sus preguntas, tal vez corregir uno que otro error, ayudarlos a crecer en el conocimiento, advertirlos contra los peligros

que les amenazan, fortalecerlos y exhortarlos a permanecer fieles a Dios y a Su Palabra. Como resultado, eso también lo fortalecerá a él en la fe.

“Mi deseo es recoger alguna cosecha espiritual entre ustedes.” La obra que el apóstol espera realizar en Roma rendirá frutos. El compara a la Iglesia Cristiana con un árbol. El apóstol quiere recoger frutos maduros y hermosos que él recogerá para presentárselos a Dios. Hacía mucho tiempo que él deseaba ir a la capital del imperio, pero algo siempre se lo impedía. Había trabajo que hacer en otras partes (Romanos 15:19, 22-23). Obviamente Dios deseaba sembrar firmemente el Evangelio en Asia Menor y en Grecia, antes de dejar que su apóstol viajara a Roma. No obstante, un día, cuando él estaba en Jerusalén y trataba de convencer a los Fariseos y a los Saduceos de que Jesús de Nazaret era el Mesías que los profetas le había prometido a Israel, “A la noche siguiente, el Señor se le acercó a Pablo y le dijo: “Animo, Pablo, porque así como has dado testimonio de mi aquí en Jerusalén, así tendrás que darlo también en Roma” (Hechos 23:11). Eventualmente Dios escuchará su plegaria, pero no como él lo esperaba: él iría a Roma y daría testimonio de Jesucristo, pero como prisionero. Dios siempre escucha las oraciones de Sus hijos, pero a Su propia manera. El permanece a cargo, porque Él sabe mejor que Sus hijos lo que es bueno para ellos y para Su Iglesia. En lo que a ellos se refiere, Él les pide que vean siempre la respuesta a sus oraciones en el camino por el cual Él los conduce.

De este texto aprendemos una doble lección: que un pastor, evangelista o misionero nunca se olvida de darle gracias al Señor por los frutos de su obra o por los frutos de otros, por la fe que nace en sus corazones y por el progreso que hagan sus creyentes, esos creyentes que el Señor ha puesto a su cuidado. Y le ruega a Dios, intercede por Su pueblo, y le pide a El que siga bendiciendo a su ministerio para que el pueda recoger frutos para la gloria de Su nombre. Hay siervos de Dios que siembran, otros que riegan, y otros más que cosechan. Pero es Dios quien hace crecer (1 Corintios 3:7). Los apóstoles, pastores, evangelistas y misioneros solo son Sus siervos y a quienes El pide que sean fieles. “Ustedes deben considerarnos simplemente como ayudantes de Cristo, encargados de enseñar los designios secretos de Dios. Ahora bien, el que recibe un encargo debe demostrar que es digno de confianza” (1 Corintios 4:1–2).

“Me siento en deuda con todos, sean cultos o incultos, sabios o ignorantes.” La expresión “incultos” designa a las naciones incivilizadas. Es por eso que Pablo añade: “sabios o ignorantes.” El reino de Dios es para todos, para los que hablan Griego y para los que no lo hablan; para los instruidos y para los que no lo son. Dios no discrimina como lo hace la gente entre hombres y mujeres, entre razas y naciones; ente personas instruidas e ignorantes, entre ricos y pobres. Todos ellos son pecadores y necesitan de Su gracia para la salvación, y Jesús murió por todos ellos. Por eso el apóstol declara la universalidad de su mandato apostólico. Es una misión universal que El Señor le ha dado. El Señor le ha dicho: “Ponte en camino, que voy a enviarte a naciones lejanas” (Hechos 22:21). Jesús dijo en una parábola: “Vayan, pues, ustedes a las calles principales, e inviten al banquete a todos los que encuentren” (Mateo 22:9). En Lucas 14:21, Él menciona a “los pobres, los inválidos, los ciegos y los cojos,” es decir, hasta a los más indignos, los que merecen más lástima.

La Iglesia Cristiana cometería un grave error y un gran pecado si ella se ocupara solamente de una nación y excluyera a todas las demás, si se ocupara solo de los ricos, de la gente educada, o de los que llevaban una vida correcta y honesta. Ella debe estar allí para todos, como Jesús que

comió con pecadores y con gente de mala reputación y aprovechó la ocasión para proclamar el Evangelio. Indudablemente, el es para todos, sin excepción alguna, y todos necesitan de él. Pablo le escribió a los Cristianos de Corinto: “Hermanos, deben darse cuenta de que Dios los ha llamado a pesar de que pocos de ustedes son sabios según los criterios humanos, y pocos de ustedes son gente con autoridad o pertenecientes a familias importantes. Y es que, para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo. Así nadie podrá presumir delante de Dios. Pero Dios mismo los ha unido a ustedes con Cristo Jesús, y ha hecho también que Cristo sea nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra liberación. De esta manera, como dice la Escritura: “Si alguno quiere enorgullecerse, que se enorgullezca del Señor” (1 Corintios 1:26-31).

Esa fue la introducción (1:8-15). Todo lo que Pablo dijo acerca de su apostolado y de la evangelización de las naciones le permite a él ahora declarar el tema de su epístola: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para que todos los creen alcancen la salvación, los judíos en primer lugar, pero también los que no lo son. Pues el Evangelio nos muestra de que manera Dios nos hace justos: es por fe” (1:16-17). El no siente vergüenza del Evangelio. La gente puede llegar a sentir vergüenza cuando otros desprecian lo que creen, enseñan o hacen. La iglesia del Cristo crucificado es una tontería y una debilidad (1 Corintios 1:18; 23), y fue rechazada por la mayoría de los judíos. Los sabios que el apóstol conoció en Grecia la ridiculizaron. Roma, el lugar donde Pablo quería ir era, en ese tiempo, el centro cultural de Occidente, el centro de la sabiduría humana. Pablo sabe que allá muchas personas recibirían al Evangelio como a una tontería y una debilidad. Pero eso no le avergonzaba, porque la sabiduría que él proclama es una sabiduría que proviene del cielo, la sabiduría que proviene de Dios y no de los hombres, y la única que puede salvar al mundo. No podemos sentir vergüenza de lo que es el poder y la sabiduría de Dios

El Evangelio no es simplemente un mensaje o comunicación de alguna información de Dios, sino que es el poder. La Biblia la compara con una espada de doble filo (Hebreos 4:12; Apocalipsis 1:16, 2:12) que viene de los labios del Salvador (Apocalipsis 1:16). Es como la lluvia y la nieve que riegan la tierra, que hace que las plantas germinen, florezcan y den fruto (Isaías 55:10-11). Es el “poder de Dios para que todos los creen alcancen la salvación.” Tiene el poder de salvar, porque el Espíritu Santo actúa a través de ella y da la fortaleza para convertir a la gente que recibe la remisión de sus pecados y la vida eterna por medio de la fe en Cristo. La palabra Griega para salvación literalmente significa liberación. La salvación que el Evangelio ofrece es la liberación; ella libera al pecador de la condenación eterna al eliminar la causa de la muerte y el infierno, o sea, el pecado. Ella libera del pecado, y por lo tanto de la muerte y del poder de Satanás.

La Biblia dice que la paga del pecado es la muerte (Romanos 6:23). Por lo tanto, si el Señor ha vencido al pecado y lo ha eliminado, no hay más muerte. Dios elimina el pecado porque Su Hijo perdona al que cree en Él. Cuando Zacarías sostuvo al pequeño Juan el Bautista en sus brazos, ese Juan que sería el precursor de Jesús, él alabó a Dios y dijo: “¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha venido a rescatar a su pueblo! Nos ha enviado un poderoso salvador, un descendiente de David, su siervo...que nos salvaría de nuestros enemigos y de todos los que nos

odian...para hacer saber a su pueblo que Dios les perdona sus pecados” (Lucas 1:68-69, 71, 77). Un pecado que ha sido perdonado por Dios ya no condena. Dios nos libera por medio de Su perdón. El nos salva. Indudablemente, el creyente pasa por las consecuencias temporales del pecado mientras está en este mundo; él tiene que pasar por muchas pruebas en su vida y algún día tendrá que morir. La liberación que ofrece el Evangelio es real, pero sólo será total y completa en la eternidad. Es por eso que la Biblia dice de los creyentes que Dios ya ha salvado y liberado (Hebreos 1:14; 1 Pedro 1:9). Ambas cosas son ciertas, nosotros ya tenemos la salvación y algún día la tendremos. La salvación de Dios es algo del presente y al mismo tiempo algo bueno que está por venir.

¿Para quién es el Evangelio el poder de Dios? Para “todos los que creen.” Dios desea salvarnos a todos, sin excepción, pero sólo los que creen en El alcanzarán realmente la salvación. Juan 3:16 nos enseña estas dos verdades: “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna.” El desea salvar al mundo entero, y efectivamente El salva a los que creen en El. No hay salvación sin la fe, porque la fe es la mano que se extiende, el medio por el cual nos apoderamos del perdón y de la vida eterna que Jesús ha obtenido. Esta fe en la obra del poder divino está en acción en el Evangelio. Esta salvación es íntegramente obra de Dios, ya sea que uno hable de la salvación universal que Dios obtuvo en la cruz para toda la humanidad o la salvación de la cual el creyente se apodera a través de la fe.

Pablo dice que esta salvación es tanto para los judíos como para los que no lo son (Griegos), es decir, para Israel y para los Gentiles. Pero él especifica: “los judíos en primer lugar, pero también los que no lo son.” Los judíos tienen una especie de prioridad. Dios se reveló primero a Israel; El hizo un pacto con ellos. El Salvador del mundo vino de Israel (Juan 4:22; Hechos 13:46; Romanos 3:2, 9:4-5). Pero para todos los judíos y para los Gentiles, el camino hacia la salvación es el mismo: el Evangelio lo ofrece y viene por la fe en Cristo.

¿Qué convierte al Evangelio en poder de salvación? Este se convierte en tal poder por lo que revela: “Pues el Evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: ‘El justo por la fe vivirá.’ “La fe nos salva por su contenido, el Evangelio revela “de que manera Dios nos hace justos.” Cuando él no comprendía este texto, Lutero pensaba que el Evangelio exigía justicia, al igual que lo requieren los mandamientos de la Ley. Por eso el Evangelio le daba miedo. “¿Me perseguirá Dios con Su justicia por todas partes, en el Evangelio y también en la Ley?” Se preguntaba él hasta que comprendió que la justicia que Dios revela es la justicia de Jesucristo y Su obediencia perfecta que Dios ofrece al pecador arrepentido y creyente. “Entonces,” dijo él, “Me siento como un recién nacido que entró por los grandes portales del paraíso mismo que ahora está abierto. En ese momento las Escrituras aparecen ante mí con una nueva cara” (Martín Lutero, VII, p. 307). Lutero llamaba a esta justicia la “justicia pasiva,” no la justicia que adquirimos por obedecer los mandamientos de Dios, sino la justicia que obtenemos por la fe en Cristo como un don que no nos hemos merecido y que se lo debemos a la gracia y a la misericordia de Dios.

El Evangelio revela la justicia de Dios “es por fe, de principio a fin.” Es decir: que la fe y solamente la fe puede justificar al pecador, sin obras ni méritos, SOLA FIDE, decimos en Latín, “sólo por la fe.” Así como también decimos SOLA GRATIA, “sólo por la gracia.” El apóstol

refuerza lo que él escribió; él cita un texto del Antiguo Testamento del Profeta Habacuc: “Escribe que los malvados son orgullosos, pero los justos vivirán por su fidelidad a Dios” (Habacuc 2:4). Él explicará esta verdad más detalladamente en los capítulos siguientes. Aquí es suficiente que digamos que nadie es justo ante Dios, porque todos somos pecadores, y nadie puede volverse justo por hacer la voluntad de Dios, porque nadie puede hacerlo como él lo haría. Es por esto que la Ley acusa y condena. Pero la justicia del Salvador cubre al pecador que se arrepiente y cree en Jesús. El creyente es, por lo tanto, justo ante Dios gracias a Cristo. Sólo la fe en Cristo nos hace justos, y eso le permite vivir al pecador: “El justo por la fe vivirá.” Esta no es una nueva doctrina que viene de la mente de Pablo, sino que es lo que el Antiguo Testamento ya ha enseñado, el profeta Habacuc quien es citado por el apóstol, y también lo que el Antiguo Testamento dice acerca de Abraham y de David. Esto lo explicaremos más extensamente en Romanos 3 y 4.

Resumen:

La justicia de Dios que revela el Evangelio no tiene nada que ver con la justicia por la cual Dios es justo y que Él requiere de sus criaturas en la Ley. La justicia del Evangelio es una “justicia forastera” una justicia de otra persona, de Jesucristo. En Su gracia Dios la revela en el Evangelio y la ofrece gratuitamente a todos los que creen.

SECCIÓN 1

EL PECADO HA CORROMPIDO A TODA LA GENTE EN EL MUNDO LA LEY LOS CONDENA A TODOS

Romanos 1:18 al 3:20

Antes de declarar la doctrina de la justificación, el apóstol Pablo mostrará que el mundo entero está perdido por toda la eternidad. El pecado ha corrompido a toda la gente, sin excepción, a los Gentiles y a los judíos; el pecado los mantiene prisioneros y los condena en la Ley.

1. Esto es cierto para los Gentiles (1:18-2:16)

Pues Dios muestra su ira castigando desde el cielo a toda la gente mala e injusta, que con su injusticia mantiene prisionera la verdad. Lo que de Dios se puede conocer, ellos lo conocen muy bien, porque él mismo se lo ha mostrado; pues lo invisible de Dios se puede llegar a conocer, si se reflexiona en lo que él ha hecho. En efecto, desde que el mundo fue creado, claramente se ha podido ver que él es Dios y que su poder nunca tendrá fin. Por eso los malvados no tienen disculpa (Romanos 1:18-20).

Después de la salutación, la introducción y la declaración del tema (Romanos 1:1-17), el apóstol Pablo retoma la primera sección grande de su epístola. En ella él va a demostrar que el pecado ha corrompido a todo el mundo y que lo ha condenado en la Ley. Primero él hablará de los Gentiles, y después de los judíos, según la distinción que hizo en Romanos 1:16. Todo aquel que no pertenece al pueblo de Israel, que por ende no es judío, es un “Griego” o un Gentil. El va a enseñarnos que nadie en el mundo puede escapar del juicio que Dios pronuncia sobre el pecador, bien sea Gentil o judío, porque el Señor no hace diferencias entre los dos y no demuestra favoritismo alguno. En una primera parte él discutirá sobre los Gentiles, es decir, los que no son judíos. Después el apóstol se dirigirá a los judíos.

En los versículos precedentes a este segmento, Pablo habló de la justicia de Dios, la cual El reveló en el Evangelio. El comienza la primera sección de la epístola mostrando la gran diferencia entre esta justicia que salva al pecador y la ira de Dios que lo acusa y lo condena. Dios está enojado y El lo dice. ¿Por qué? Porque la humanidad se ha alejado de El y le ha desobedecido. Y, ¿dónde dice El esto? En la Ley. “Pues Dios muestra su ira castigando desde el cielo.” En sí misma Su ira está oculta al igual que su justicia la cual proclama el Evangelio. Pero Dios la revela, la muestra. El revelará su ira y la mostrará en el día del juicio el cual, por lo tanto, será un “día grande y terrible” (Malaquías 4:5; Apocalipsis 6:17, 14:19, 19:15). La epístola a los Hebreos habla de que “solamente nos queda la terrible amenaza del juicio y del fuego ardiente que destruirá a los enemigos de Dios.” Y declara que, “¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios viviente!” (Hebreos 10:27, 31).

Pero Pablo habla en tiempo presente. El dice que Dios revela Su ira aún ahora. Es una primera revelación de Su ira mientras esperamos por la otra que es mucho más feroz y que se verá en el Día del Juicio. Es la revelación de la ira divina que revela la Ley. Tal como Martín Lutero y las Confesiones de la Iglesia Luterana enseñan, la Ley nos muestra nuestro pecado, nos acusa y nos

condena. Pablo dice “la Ley solamente sirve para hacernos saber que somos pecadores” (Romanos 3:20). Y de nuevo dice: “¿Vamos a decir por esto que la ley es pecado? ¡Claro que no! Sin embargo, de no ser por la ley, yo no hubiera sabido lo que es el pecado. Jamás habría sabido lo que es codiciar, si la ley no hubiera dicho: “No codicies” (Romanos 7:7). En la epístola a los Gálatas él escribe citando al Antiguo Testamento: “Maldito sea el que no cumple fielmente todo lo que está escrito en el libro de la ley” (Gálatas 3:10).

Dios también revela Su ira en el sufrimiento que El envía ocasionalmente a la gente cuando persisten en su incredulidad y su pecado. Por causa de la incredulidad de la humanidad él envió el diluvio y condenó al pueblo de Israel al exilio en Babilonia. Sería muy poco inteligente decir que toda guerra o todo sufrimiento es el resultado de Su ira. Sólo El sabe esto. Pero también es cierto que no habría sufrimiento ni muerte en este mundo si los hombres no se hubieran alejado de El. “El pago que da el pecado es la muerte” (Romanos 6:23), y los sufrimientos y los desastres que caen sobre los hombres es como probar un poquito de lo que será la muerte que nos espera. ¿Puede Dios sentir ira y amor al mismo tiempo? Sí, al igual que todo padre que ama a su hijo, pero que tiene que castigarlo cuando desobedece. La Biblia habla mucho del amor de Dios, pero no deja de hablar también de Su ira (Mateo 3:7; Lucas 3:7; Juan 3:36; Romanos 2:5, 5:9, 9:22; Efesios 2:3, 5:6; 1 Tesalonicenses 1:10, 2:16; Apocalipsis 6:16, 14:10, etc.).

Cuando una persona desprecia al Señor y Su voluntad, El sólo puede reaccionar, porque el pecado le horroriza. “Toda la gente mala e injusta.” Estas son las dos palabras que el apóstol utiliza. La primera significa falta de respeto y honra hacia Dios y hacia todo lo que El ha instituido y ordenado. La segunda significa desobediencia hacia Su Ley, y las dos siempre van juntas. Cuando usted no honra ni respeta al Señor, usted está desdeñando Su voluntad y desobedeciendo a Su Ley. Pablo dice que en su maldad e injusticia la gente “mantiene prisionera la verdad.” Es como retener a un perro con una correa. La gente evita que la verdad brille a la luz del día y ellos ocultan Su obra en sus corazones. Ellos la retienen con una correa o digamos que la mantienen cautiva.

¿En verdad, qué es lo que están haciendo? Ellos se rehúsan a conocer a Dios y a no aceptarlo como su Señor. El apóstol dice, “Lo que de Dios se puede conocer, ellos lo conocen muy bien, porque él mismo se lo ha mostrado.” Dios se reveló a Si mismo a la humanidad, a todas las personas del mundo, aún a aquellos que jamás han leído la Biblia. A esto lo llamamos el conocimiento natural de Dios; porque tiene lugar naturalmente. Claro está que la naturaleza no nos dice todo acerca de Dios. Por ejemplo, ella no nos dice nada acerca de Jesucristo ni de la salvación que encontramos en El. Pero el mundo alrededor nuestro declara que Dios existe y que El es todopoderoso. “Pues lo invisible de Dios se puede llegar a conocer, si se reflexiona en lo que él ha hecho. En efecto, desde que el mundo fue creado, claramente se ha podido ver que él es Dios.” Resulta suficiente abrir los ojos y mirar a nuestro alrededor para comprender que el mundo y todas sus maravillas son la obra grandiosa del gran poder de Dios.

Nada viene de la nada. No hay reloj sin relojero. No hay creación sin un Creador. Y este Creador no puede ser un ser humano. Para crear todo y mantenerlo, tiene que haber un poder que “nunca tendrá fin”, una naturaleza divina. Los seres humanos no pueden ver a Dios. Al menos no en este mundo. Las Escrituras dicen que El “vive en una luz a la que nadie puede acercarse” (1 Timoteo 6:16). El es invisible y por eso, sus cualidades son igualmente invisibles. Pero éstas se han hecho

visibles a través de la creación. Cuando usted ve a un escultor muy talentoso o a un músico, usted no puede ver su talento o su genio, pero el talento y el genio se hacen visibles cuando usted mira sus esculturas o escucha su música. Lo mismo pasa con Dios. A El se le puede ver a través de Sus obras. El mundo entero proclama que El está allí y que El es perfecto, infinitamente sabio y poderoso. Era necesario un Dios así para crear el universo. Y también era necesario un Dios así para cuidarlo y preservarlo.

Este es el conocimiento natural de Dios. No salva a nadie, pero nos dice a todos los que tenemos ojos para ver que Dios existe y que El es majestuoso y todopoderoso. El apóstol Pablo obtiene de allí una conclusión terrible pero cierta: “los malvados no tienen disculpa.” “Los malvados [hombres]” se refiere a la humanidad en general que es “mala e injusta” (versículo 18), y particularmente los Gentiles, los que no son judíos, como lo mostrará más adelante la epístola. Cuando usted tiene ante sus ojos la prueba de que Dios existe, que El es perfecto y todopoderoso, usted no tiene disculpa cuando usted no lo honra y cuando usted viven en el pecado y la maldad como si El no existiera. Cuando sabemos que Dios está allí, que El lo ve y lo sabe todo, pero luego robamos lo que no nos pertenece o golpeamos a nuestro prójimo, nosotros no tenemos excusa. Y aún más, El ha inscrito Su voluntad en nuestra conciencia, tal como lo dirá Pablo más adelante (Romanos 2:14-16).

2. “Aunque han conocido a Dios...” (Romanos 1:21-23)

“Pues aunque han conocido a Dios, no lo han honrado como a Dios ni le han dado gracias. Al contrario, han terminado pensando puras tonterías, y su necia mente se ha quedado a oscuras. Decían que eran sabios, pero se hicieron tontos; porque han cambiado la gloria del Dios inmortal por imágenes del hombre mortal, y hasta por imágenes de aves, cuadrúpedos y reptiles (Romanos 1:21-23).

Pablo acaba de decir aquí que los Gentiles no reconocían al Dios supremo en Su obra de creación y no lo habían glorificado. “Aunque han conocido a Dios...” No hay duda de que ellos conocían a Dios; ellos habían visto Sus obras, lo tenían todo de modo que podían admirarlo y adorarlo. Pero ellos no lo reconocían como el Dios de ellos. Ellos se negaron a adorarlo como se debía. Al mismo tiempo, Pablo puede decir que la gente conoce a Dios (Romanos 1:19-21) y que no lo conoce, que están sin Dios en el mundo (Juan 17:20; 1 Corintios 1:21; Hechos 17:23; Efesios 2:12, 4:18). Esa es la diferencia entre creen que Dios existe y creer en El. Tal como dice Santiago (Santiago 2:19) muchas personas creen que El existe, pero los demonios creen eso también y tiemblan. No es suficiente imaginar o creer que Dios existe, nosotros debemos creer en El, o sea, reconocerlo como nuestro Dios y adorarlo como El lo exige a todas Sus criaturas.

Ellos “no lo han honrado como a Dios ni le han dado gracias.” ¡Glorificar a Dios y darle gracias! Glorificarlo es reconocer Su gloria, exaltarlo y adorarlo confesando que El es un gran Dios y el único Dios. Las personas tienen que hacer eso de palabra (adoración, oración, alabanza, confesión de Su nombre) y de acción (una vida de obediencia y santidad). Agradecer a El es darle gracias, expresar nuestra apreciación por Sus bendiciones que El otorga a Sus criaturas cada día. El Dr. Martín Lutero confiesa esto en su Catecismo Menor: “Creo que Dios me ha hecho a mí y a todas las demás criaturas; que me ha dado mi cuerpo y mi alma, mis ojos, mis oídos y mis brazos y mis piernas, mi razón y todos mis sentidos, y además cuida de ellos. El

también me ha vestido y me ha calzado, me ha dado de comer y de beber, una casa y un hogar, esposa e hijos, tierra, animales, y todo cuanto tengo. El me da ricamente y a diario todo lo que necesito para mantener este cuerpo y esta vida. El me defiende de todo peligro y me protege y me cuida de todo mal... Por todo esto, es mi deber darle gracias, adorarlo, servirle y obedecerlo.” Los Gentiles no dicen nada de esto. Ellos se niegan a honrar al Señor, se niegan a adorarlo y a darle las gracias debidas a El. Pablo dice, “Al contrario, han terminado pensando puras tonterías.” Aunque ellos sabían que Dios existía, ellos no permitieron que este conocimiento entrara en sus corazones. La voluntad se opuso a lo que su inteligencia les pedía que hicieran que era: honrar y servir a El.

Después que el apóstol dijo lo que los Gentiles (los no judíos) dejaron de hacer, él explica ahora lo que ellos habían hecho. ¿Qué les pasó a ellos? Pablo enumera tres cosas: 1) “han terminado pensando puras tonterías” y “su necia mente se ha quedado a oscuras,” y “Decían que eran sabios, pero se hicieron tontos.” Cuando somos tontos no podemos pensar ni razonar. Cuando somos ciegos, no podemos encontrar el camino. Esto es lo que pasa con la humanidad cuando la Palabra de Dios no brilla en sus corazones. En otra Epístola Pablo escribe: “...y tienen oscurecido el entendimiento. Ellos no gozan de la vida que viene de Dios, porque son ignorantes a causa de lo insensible de su corazón. Se han endurecido y se han entregado al vicio, cometiendo sin freno toda clase de cosas impuras” (Efesios 4:18-19). Ellos cambiaron el conocimiento natural que tenían de Dios por la oscuridad.

¿Qué han hecho ellos? Dos cosas. La primera tiene que ver con la primera tabla de la Ley, ellos “han cambiado la gloria del Dios inmortal por imágenes del hombre mortal, y hasta por imágenes de aves, cuadrúpedos y reptiles.” En otras palabras, ellos se inventaron falsos dioses e hicieron pinturas con apariencia humana o de animales a las cuales rendían culto y adoraban. En lugar de adorar al Dios incorruptible, es decir, el Dios inmortal y glorioso, ellos se arrodillaban ante estatuas de madera, metales o de barro. Esta es la manera más clara de demostrar incredulidad. Existen otras, pero el apóstol eligió a estos ídolos para demostrar cuán lejos puede llegar la ceguera de los hombres. He aquí la forma en la que el Profeta Isaías describe al Gentil: “Y de la madera sobrante hace la estatua de un dios, se inclina ante ella para adorarla, y suplicante le dice, ¡Sálvame, porque tú eres mi dios!” Esa gente no sabe, no entiende; tienen los ojos tan ciegos que no pueden ver, y el entendimiento tan cerrado que no pueden comprender” (Isaías 44:17-18). “Todas las naciones no son nada en su presencia; para él no tienen absolutamente ningún valor. ¿Con quién van ustedes a comparar a Dios? ¿Con qué imagen van a representarlo? Un escultor funde una estatua, y un joyero la recubre de oro y le hace cadenas de plata” (Isaías 40:17-19). Cuando el profeta compara a Dios y a los ídolos, él además dice: “Nuestro Dios está en el cielo; él ha hecho todo lo que quiso. Los ídolos de los paganos son oro y plata, objetos que el hombre fabrica con sus manos: tienen boca, pero no pueden hablar; tienen ojos, pero no pueden ver; tienen orejas, pero no pueden oír; tienen narices, pero no pueden oler; tienen manos, pero no pueden tocar; tienen pies, pero no pueden andar; ¡ni un solo sonido sale de su garganta! Iguales a esos ídolos son quienes los fabrican y quienes en ellos creen (Salmo 115:3-8). La idolatría es completamente inútil, porque ella consiste en adorar a un dios que no existe. Por otro lado, ella constituye un insulto al Señor, porque se niega a honrar al Señor con el honor que se le debe a El.

No tiene sentido adorar a objetos de madera que un ser humano ha hecho y confiar en ellos, mientras en el cielo hay un Dios completamente bueno, misericordioso y todopoderoso que

gobierna sobre todo el universo y lo sostiene. Para apartar al individuo de la idolatría, en el Antiguo Testamento, Dios le prohibió a los hombres que hicieran imágenes esculpidas (Deuteronomio 4:15-19). Los profetas no dejaron de ridiculizar a la idolatría, como lo hemos visto (ver los textos citados) En una escena muy conocida, Elías retó a los sacerdotes de Baal en el Monte Carmelo, pidiéndoles que realizaran un milagro que su dios no pudiera hacer (1 Reyes 18:20-40). Aún en algunas iglesias Cristianas, la gente piensa que hay suficientes luces en la religión de los Gentiles como para que la gente encuentre el camino de la salvación en ella. Sin embargo, el apóstol Pablo dice que la inteligencia de la gente se vuelve necia y que caminan en la oscuridad. Es por esto que debemos predicar la Palabra de Dios a ellos a toda costa, para que el Salvador pueda abrirles los ojos y ofrecerles la salvación.

La descripción que hace Pablo del paganismo muestra claramente a la religión pagana de su tiempo en todos sus aspectos. También muestra al paganismo de hoy el cual practican tantas naciones que no han oído el Evangelio. Esto es particularmente cierto acerca del animismo en África y en otras partes del mundo. A grandes rasgos, el animista cree en la existencia de un dios único y supremo; pero con él no tiene una relación basada en el amor y la confianza. Que dios está lejos y es inaccesible, y que la humanidad sabe muy poco de él. La raza humana no puede tener una relación con él. La gente no lo adora ni le expresa respeto, amor y gratitud a él. En vez de adorarlo y servirlo, la gente esencialmente quiere evitar lo que este dios distante ha prohibido para escaparse de los problemas y todo lo que pueda perjudicar su bienestar. Tiene que ver más bien con el bienestar en esta vida, que con el bienestar eterno el cual no le preocupa mayormente al animista. Por encima de todo se trata de una religión práctica y utilitaria, que enseña lo que hay que hacer para evitar problemas en la vida o como resolver las dificultades. En ella el pecado difícilmente es una falta moral, o una actividad que va contra la justicia y el amor, sino más bien un tabú, es decir, un gesto o acción prohibida que trae consigo un castigo en la vida cotidiana. Por lo tanto, realizando los rituales apropiados, el animista no busca tanto el perdón de Dios sino más bien la supresión de este castigo. Y como los espíritus que vagan por la naturaleza, particularmente los espíritus de los antepasados, son los que imponen estos castigos, por eso el culto animista va dirigido a estos espíritus en vez de a un dios, si es que a esto se le puede llamar culto. El animista trata de satisfacer a estos espíritus, o de aplacarlos para evitar sus ataques de ira y convencerlos de no castigarlo o de terminar su sufrimiento, del cual ellos son responsables. Ellos están a años luz del culto, del temor y del amor a Dios, lejos de lo que Dios exige de la humanidad en los primeros mandamientos del decálogo.

Existen también otras formas de idolatría, algunas veces más sutiles y refinadas, particularmente en países con una tradición Cristiana, donde hay personas que rechazan la Palabra de Dios después de haberla escuchado durante siglos. Los ídolos que ellos adoran, los falsos dioses en quienes ellos confían y de quienes esperan ayuda, perdón y felicidad, tienen varios nombres: dinero, bienes de consumo, ciencia y tecnología, el sexo y los placeres. La admiración y hasta el culto que reciben personas como las estrellas de cine o los astros del deporte, y las personalidades de la farándula, indudablemente se convierte en idolatría.

Este fue el primer aspecto de la ceguera de los Gentiles; y tiene que ver con la práctica de la idolatría en todas sus formas; la cual es una trasgresión flagrante de la primera tabla de la Ley. Luego, el apóstol pasa a la segunda tabla de la Ley y da otro ejemplo de su ceguera y corrupción. También es un ejemplo flagrante que no necesariamente encontramos entre todos los Gentiles,

pero que era común en ese tiempo, especialmente en Roma, y el cual se está volviendo cada vez más común nuevamente en nuestros días.

3. Romanos 1:24-27

“Por eso, Dios los ha abandonado a los impuros deseos que hay en ellos, y han cometido unos con otros acciones vergonzosas. En lugar de la verdad de Dios, han buscado la mentira, y han honrado y adorado las cosas creadas por Dios y no a Dios mismo, que las creó y que merece alabanza por siempre. Amén. Por eso, Dios los ha abandonado a pasiones vergonzosas. Hasta sus mujeres han cambiado las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza; de la misma manera, los hombres han dejado sus relaciones naturales con la mujer, y arden en malos deseos los unos por los otros. Hombres con hombres cometen acciones vergonzosas, y sufren en su propio cuerpo el castigo merecido por su perversión” (Romanos 1:24-27).

El apóstol pudo haber escogido a cualquiera de los siete mandamientos de la segunda tabla de la Ley que le dice al ser humano sus deberes para con el prójimo. El elige al sexto mandamiento que denuncia la inmoralidad sexual y la indecencia en todas sus formas. Dentro del sexto mandamiento, él pudo haber escogido al adulterio que es comúnmente practicado en el mundo; pero escogió un pecado que muestra aún más la corrupción humana que es la homosexualidad. A través de ella, las personas “degradan” su propio cuerpo. Es un uso sexual que va absolutamente en contra de la naturaleza, que es radicalmente opuesto a la santa voluntad de Dios, la cual El demostró cuando creó al hombre y a la mujer e instituyó el matrimonio. Note que el apóstol dice: “Dios los ha abandonado a los impuros deseos que hay en ellos.” La indecencia y el libertinaje que practican muchos incrédulos es un castigo divino que el Señor les ha dado porque se negaron a adorarlo, se alejaron de El y adoraron a ídolos. Cuando la gente adora y sirve a las “cosas creadas por Dios y no a Dios mismo, que las creó y que merece alabanza por siempre,” ellos corrompen y manchan sus conciencias y se pierden en los peores pecados. Cuando la gente “en lugar de la verdad de Dios, han buscado la mentira,” se convierten en prisioneros de las pasiones que hasta pueden ir contra la naturaleza y que no pueden superar. Las “relaciones naturales” de las mujeres eran las que Dios quería cuando El le ofreció a Adán una compañera. El le dio una mujer (y no un hombre). Cuando El le entregó a Eva a Adán, él la recibió como un regalo de Dios y dijo: “¡Esta sí que es de mi propia carne y de mis propios huesos! Se va a llamar ‘mujer,’ porque Dios la sacó del hombre.” Por eso el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y los dos llegan a ser como una sola persona” (Génesis 2:23-24).

Por eso Dios instituyó el matrimonio. Dentro del matrimonio, y no dentro ningún otro estado, Dios llamó a los hombres a practicar el sexo, con su esposa o con su esposo, y definitivamente no con una persona del mismo sexo. La homosexualidad es una perversión, bien sea que el mundo esté de acuerdo con esta declaración o no, es decir, es algo que no está conforme a la voluntad del Creador. No es solo porque dos hombres o dos mujeres no puedan engendrar hijos de esta manera, sino porque va en contra de la naturaleza. Pablo dice que estas no son “relaciones naturales,” sino “contra la naturaleza.” El Señor ha creado a la mujer de tal manera que ella complementa al hombre y para que, en el matrimonio, ambos encuentren placer, plenitud, y alegría. El creador ha infundido las diferencias sexuales y la atracción mutua entre el hombre y la mujer. Practicar la homosexualidad es cometer lo que el apóstol refiere como que

“arden en malos deseos los unos por los otros.” “Hombres con hombres cometen acciones vergonzosas;” eso constituye un pecado grave prohibido severamente por la Ley de Dios y lo llama una “abominación” (Levítico 18:22, 20:13; 1 Corintios 6:9-10).

La enseñanza del apóstol Pablo y de la Biblia en general con respecto a la homosexualidad es clara y no podemos apelar a su juicio: es una perversión, es decir, es un pecado contra la naturaleza, el cual es particularmente serio y corrupto. Debemos señalar eso con la mayor claridad en un tiempo cuando más y más personas buscan aceptar esta práctica, y aún hasta darle un status legal. No estamos ayudando a los homosexuales cuando aprobamos su estilo de vida, o le damos un status social; pero debemos llamarlos al arrepentimiento y a darles la seguridad del perdón de Dios a aquellos que se alejan de su pecado y reciben a Cristo. En cuanto a la sanación de este mal, esta debe ser buscada en el Señor y con terapeutas especializados.

Note la libertad con la que Pablo habla en este texto, sin falsa vergüenza y sin transgredir las reglas de la modestia, así como también la explicación teológica que él da acerca de la caída de los Gentiles. si ellos han ido tan lejos, se debe a que se han alejado de Dios para servir a los ídolos. Pablo no habla de ello con placer, por diversión o por que le da risa, como la gente de este mundo, sino con un horror santo. Luego, él quiere subrayar el maravilloso mensaje del Evangelio. Dios les otorga el perdón a los hombres y a las mujeres que han vivido inmersos en el pecado y en el vicio, y este perdón que es gratuito transforma sus vidas. El Evangelio es ciertamente un poder de Dios para la salvación de todo el que cree, no importa cuál sea su corrupción o su debilidad. Muchos Gentiles de esta clase se alejaron (1 Corintios 6:9-11) y continúan haciéndolo y así dan testimonio acerca del poder de la Palabra de Dios.

4. Romanos 1:28-32

Como no quisieron reconocer a Dios, él los ha abandonado a sus perversos pensamientos, para que hagan lo que no deben. Están llenos de toda clase de injusticia, perversidad, avaricia y maldad. Son envidiosos, asesinos, pendencieros, engañadores, perversos, y chismosos. Hablan mal de los demás, son enemigos de Dios, insolentes, vanidosos y orgullosos; inventan maldades, desobedecen a sus padres, no quieren entender, no cumplen su palabra, no sienten cariño por nadie, no sienten compasión. Saben muy bien que Dios ha decretado que quienes hacen estas cosas merecen la muerte; y, sin embargo, las siguen haciendo, y hasta ven con gusto que otros las hagan (Romanos 1:28-32).

Después de haber señalado que Dios los ha abandonado a su vicio que va en contra de la naturaleza, como lo es la homosexualidad, el apóstol añade que El los ha entregado a muchos otros pecados. El da una lista que ciertamente no está completa. ¿Será tan seria la idolatría como para traer una sucesión de castigos semejante? No hay duda de que el juicio de Dios ha sumido a la humanidad en su corrupción. “El los ha abandonado a sus perversos pensamientos, para que hagan lo que no deben.” Eso es endurecer el corazón. Si alguien persiste en su infidelidad y endurece su corazón, entonces Dios eventualmente se lo endurece (Éxodo 7:13, 22, 8:19, 32, 9:12, 11:10; Isaías 6:9-10; Romanos 9:18).

Luego sigue una lista de pecados que son transgresiones de la segunda tabla de la Ley, pecados contra el prójimo: toda una sarta de injusticias, maldades, avaricia, depravación, envidia,

asesinato, peleas, mentiras, malas intenciones (malicia), difamación, arrogancia, soberbia, rebelión contra los padres de uno, falta de lealtad, amor, piedad., etc. San Pablo pudo haber alargado su lista. Cuando las personas le dan la espalda a Dios, sus corazones están abiertos a la maldad, y cuando no escuchan la voz de su conciencia, están listos para hacer cualquier cosa. El juicio moral de la gente a menudo está pervertido hasta el punto que ellos ya no pueden distinguir entre el bien y el mal, que ellos consideran que el mal es bueno y que el bien es malo. Ellos ya no pueden escoger el bien, pero hacen lo que les venga en mente, y sólo buscan satisfacer sus instintos básicos.

Los pecados que Pablo menciona son pecados contra el cuarto mandamiento (rebelión contra nuestros padres, y más generalmente, contra la autoridad), el quinto mandamiento (maldad, asesinato, peleas, malicia), el octavo mandamiento (chismes, difamación, arrogancia, jactancia) y el séptimo, noveno y décimo mandamientos (codicia, perfidia, falta de lealtad). El sexto mandamiento ya ha sido mencionado (1:24-27). El ha dicho lo que es importante. El apóstol menciona todos los aspectos de la vida y señala que la gente es corrupta en todo. Es un cuadro muy sombrío que sólo podría llenarnos de tristeza, desesperanza, y desesperación, si no supiéramos que el Señor ha encontrado una solución a la miseria y el pecado del hombre. Es una solución admirable y grandiosa que exalta Su amor y su misericordia y que hace que los Cristianos le canten alabanzas y le rindan adoración.

Después de pintar este cuadro tan tenebroso, el apóstol Pablo ahora coloca su último clavo: “Saben muy bien que Dios ha decretado que quienes hacen estas cosas merecen la muerte; y, sin embargo, las siguen haciendo, y hasta ven con gusto que otros las hagan.” Eso justifica el castigo. “Saben muy bien que Dios ha decretado que quienes hacen estas cosas merecen la muerte” Ellos saben que si hacen eso, están haciendo el mal, y lo hacen de todas maneras. Ellos no escuchan la voz de Dios que habla en su conciencia, es decir, que los que cometen estos pecados “merecen la muerte.” Esto es lo que su conciencia debió haberle dicho a Adán y a Eva cuando Dios les prohibió que comieran del fruto del árbol de la sabiduría del bien y del mal. Eso es lo que debió haberle dicho a Caín que estaba celoso de su hermano, a la gente que vivió en el tiempo de Noé, a David cuando vio a Betsabé, a Judas y a tantos otros. Dios le dio al ser humano una conciencia y el conocimiento de Su voluntad para evitar que ellos hagan el mal. Esto es lo que la conciencia hace con mucha frecuencia, particularmente entre los Cristianos: ella nos advierte sobre el mal y nos detiene. Pero sucede también que las personas no escuchan cuando la conciencia protesta y ellos a menudo actúan en su contra. También sucede que su conciencia ya no vuelve a decirles nada más, y deja de advertirles contra el mal.

He aquí el último punto: La gente no sólo hace cosas malas, sino que “ven con gusto” a los que las hacen. Ellos están contentos de ver a otros actuar del mismo modo y se animan mutuamente. No hay duda de que ellos sienten que si los otros actúan del mismo modo que ellos, el mal que ellos cometen no debe ser tan grave. Así pueden tener su conciencia limpia.

El pecado ha corrompido a todo el mundo y la Ley los condena. Esto es verdad en cuanto a los Gentiles. Note que el apóstol habla de los Gentiles; él no piensa en un grupo especial de Gentiles, blancos o negros, Europeos, Americanos o Africanos. El piensa en todas las personas del mundo que no son judíos. Todos ellos, sin excepción, son culpables de corrupción y estamos condenados. Y esto también es cierto en cuanto a los judíos, como lo veremos en la próxima

sección. Esto es lo que nos dice el apóstol, inspirado por el Espíritu Santo. El habla de la justicia implacable de Dios y de Su inmenso amor: de Su justicia, porque El no permite que la gente ridiculice y desprecie Su voluntad y la transgreda sin castigo. El debe castigar el pecado. De Su amor, porque es para personas como esas que el Señor manda Su Evangelio y El ofrece Su perdón y Su salvación.

Resumen:

El apóstol Pablo señala este hecho terrible. El dice, los Gentiles se hundieron en la idolatría. Ellos se han alejado de Dios, están ciegos espiritualmente, son siervos de falsos dioses y viven en pecado. Ellos están bajo la condena de la Ley y son incapaces de zafarse de su yugo.

5. Romanos 2:1-10

Por eso no tienes disculpa, tú que juzgas a otros, no importa quien seas. Al juzgar a otros te condenas a ti mismo, pues haces precisamente lo que hacen ellos. Pero sabemos que Dios juzga conforme a la verdad cuando condena a los que así se portan. En cuanto a ti, que juzgas a otros y haces lo mismo que ellos, no creas que vayas a escapar de la condenación de Dios. Tú desprecias la inagotable bondad, tolerancia y paciencia de Dios sin darte cuenta de que es precisamente su bondad la que te está llevando a convertirte a él. Pero tú, como eres terco, y no has querido volverte a Dios, estás amontonando castigo sobre ti mismo para el día del castigo, cuando Dios se manifestará para dictar su justa sentencia y pagar a cada uno conforme a lo que haya hecho. Dará su vida eterna a quienes, buscando gloria, honor e inmortalidad, perseveraron en hacer lo bueno; pero castigará con enojo a los rebeldes, es decir, a los que están en contra de la verdad y a favor de la maldad. Habrá sufrimiento y angustia para todos los que hacen lo malo, para los judíos en primer lugar, pero también para los que no lo son. En cambio, Dios dará honor y paz a todos los que hacen lo bueno, a los judíos en primer lugar, pero también a los que no lo son. Porque Dios juzga imparcialmente (Romanos 2:1-10).

Podríamos pensar que estamos en Romanos 1:32 en el punto más alto de la descripción de la maldad humana. ¡Pero no! Existe algo que es peor que aprobar la conducta de los pecadores. La cumbre del mal consiste en condenar en los otros lo que nosotros hacemos. Eso es hipocresía. Note con que habilidad el apóstol devela el corazón humano, mira en cada rincón de él y revela los secretos más escondidos. “Por eso no tienes disculpa...” ¿A quién se está dirigiendo? Muchos comentaristas creen que en esta nueva sección Pablo dirige sus comentarios a los judíos que condenan a los Gentiles por los pecados que ellos mismos cometen. Pero nosotros creemos que él continua describiendo a la gente en general y que la sección dirigida a los judíos no comienza sino hasta el versículo 17 de este capítulo. Todavía estamos en la primera parte de la primera sección de la epístola. El apóstol muestra que el pecado ha corrompido a todos los seres humanos del mundo y que la Ley los condena. Esto es cierto en cuanto a los Gentiles. Entre la gente del mundo siempre hay algunos que se consideran ellos mismos mejores, más justos, y más honestos que los demás. Junto a algunos Gentiles que se complacen en el pecado y el vicio, hay otros que tratan de llevar una vida buena y honesta, o por lo menos lo aparentan. Existen los que sienten placer en llevar una vida de pecado, y están aquellos que los condenan aunque ellos cometan los mismos pecados, pero secretamente y de una manera más refinada. Ellos serán

juzgados también. Pablo se está dirigiendo a uno de ellos y va a demostrarle que él no es mejor que los demás.

“Por eso no tienes disculpa, tú que juzgas a otros, no importa quien seas. Al juzgar a otros te condenas a ti mismo, pues haces precisamente lo que hacen ellos.” Juzgar a otros no significa que usted sabe si la persona a quien usted acusa ha cometido en realidad una mala acción grave. El verbo significa juzgar y condenar sin misericordia. “No juzguen a otros, y Dios no los juzgará a ustedes. No condenen a otros, y Dios no los condenará a ustedes. Perdonen, y Dios los perdonará. Den a otros, y Dios les dará a ustedes. Les dará en su bolsa una medida buena, apretada, sacudida y repleta. Con la misma medida con que ustedes den a otros, Dios les devolverá a ustedes” (Lucas 6:37-38). Cuando usted comete, así sea en secreto, los pecados que condena en los demás, usted mismo se condena. Cuando juzgamos y condenamos a los demás, y seamos culpables de los mismos pecados; estamos cayendo bajo la misma sentencia. David se condenó a sí mismo cuando condenó al hombre en la parábola que relató el profeta Natán: él había tomado la única oveja que poseía su vecino pobre y la sirvió en una comida para unas personas que habían venido a visitarlo. ¡Tú eres ese hombre! Respondió el profeta (2 Samuel 12:5-7). El ejemplo de David habla con elocuencia y muestra que un ser humano puede caer tan bajo que hasta puede estar ciego ante su propio pecado. El ni siquiera sabe que él comete los pecados de los cuales él acusa a los demás. No hay duda de que podemos escapar de la condenación de los demás cuando pecamos en secreto, porque actuamos en secreto; pero Dios mira en los sitios ocultos. Nadie se escapa de El, y El odia la hipocresía.

Pero también están aquellos que no son hipócritas, aquellos que no cometen secretamente los pecados que atribuyen a otros. Ellos sinceramente tratan de llevar una buena vida. Muchos incrédulos se rehúsan a vivir en el pecado como un cerdo que se revuelca en el fango. Ellos tienen un sentido del deber, una conciencia que les dice como comportarse y cuya voz ellos escuchan. Son personas honestas y trabajadoras, pacíficas, buenas y generosas. Ellos sinceramente tratan de cumplir con su deber en el trabajo, y entre su prójimo. En el estudio de las doctrinas de la iglesia, distinguimos entre una justicia espiritual interior, o sea, aquella que según la cual una persona es justa ante Dios, y una justicia civil, o exterior, es decir, aquella que la gente puede ver. Nadie puede adquirir tal justicia para poder comparecer ante Dios y esperar que Dios lo juzgue como justo. Pero todo aquél que oye su propia conciencia es capaz de una justicia civil, de una justicia exterior que es importante ante la gente. Bajo la guía del Espíritu Santo, los Cristianos también tratan de renunciar al pecado y vivir una vida agradable a Dios. Luchan contra los malos pensamientos en su corazón. Sin embargo, tanto los Gentiles buenos y honestos, como los Cristianos son pecadores. Nadie puede acusar al prójimo sin acusarse a sí mismo de una manera o de otra. Por lo tanto no es suficiente condenar a los otros para parecer justos ante Dios. No es suficiente condenarlos para escapar del juicio divino. El apóstol dice: “Te condenas a ti mismo.” Sin duda alguna, “Dios juzga conforme a la verdad.”

El apóstol se dirige a cualquier lector que crea que él es mejor que los demás, pero que hace las mismas cosas que ellos. La diferencia está en que él lo hace secretamente. El persigue a la persona hasta su último escondite, como un animal que evitamos que escape acorralándolo en su corral. Este lector pensó que él era justo y podía justificarse a sí mismo ante Dios simplemente por el hecho de condenar los pecados de otros. El ahora intenta una última idea: él cree que es justo porque Dios no lo castiga. El actúa mal y Dios no dice nada, llegando a la conclusión de

que Dios aprueba. Es por esto que el apóstol le dice: “Tu desprecias la inagotable bondad, tolerancia y paciencia de Dios.” Esto es lo que hace una persona cuando imagina que el Señor aprueba su conducta porque El no lo castiga de una vez. El juega con Su bondad y Su paciencia, Jesús dice: “Pues él hace que su sol salga sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Cuando El está callado, eso no quiere decir que El apruebe. El quiere que el pecador se arrepienta. Por eso, El le da tiempo para arrepentirse y quiere ganarse sus corazones a través de las bendiciones que El otorga. En el fragmento de Romanos 2:1-10, Pablo dice al final del primer párrafo: “Tu desprecias la inagotable bondad, tolerancia y paciencia de Dios sin darte cuenta de que es precisamente su bondad la que te está llevando a convertirte a él.” El que sabe lo que es bueno y hace el mal en ningún caso debería concluir que Dios no lo ve o que El aprueba su conducta. No, si el Señor deja que esa persona actúe así, es porque en Su bondad El no quiere destruirlo. Pedro escribe: “No es que el Señor se tarde en cumplir Su promesa, como algunos suponen, sino que tiene paciencia con ustedes, pues no quiere que nadie muera, sino que todos se vuelvan a Dios” (2 Pedro 3:9).

El tiempo que el Señor otorga a las personas es un tiempo de gracia el cual ellos deberían utilizar para arrepentirse y obtener Su gracia. Pero en lugar de buscar Su favor, muchos están, como dice el versículo, “amontonando castigo sobre ti mismo para el día del castigo.” El arrepentimiento produce gracia. El endurecimiento y la impenitencia ocasionan la ira. Mientras más bendiciones recibe de Dios, la persona que endurece su corazón, más castigo estará acumulando. Existe el “día del castigo;” que no es otro que el Día del Juicio, que indudablemente viene, pero cuya fecha sólo conoce Dios. En ese día, El juzgará los actos de la gente y castigará a todo aquél que haya sido capaz de escapar de Su ira. Muchas veces su castigo llega ya ahora, pero ciertamente vendrá cuando caiga la condenación eterna sobre el pecador en el Día del Juicio. A veces sucede que la persona mala conoce la felicidad, y este es el misterio del cual habla el Salmo 73. Pero un día Dios equilibrará las balanzas otra vez cuando El juzgue a toda la humanidad. La Biblia habla mucho de este día terrible y grandioso (Isaías 3:6-16; Malaquías 4:1-3; Mateo 10:15, 25:31-46; Juan 12:48; Hechos 17:31; Romanos 14:10; 2 Tesalonicenses 1:6-9).

Ese día “cuando Dios se manifestará para dictar su justa sentencia y pagar a cada uno conforme a lo que haya hecho.” Las Santas Escrituras que la fe en Jesucristo sin las buenas obras salvará al pecador. Pero ellas también enseñan que Dios juzgará a los seres humanos de acuerdo a sus obras. “No se admiren de esto, porque va a llegar la hora, en que todos los muertos oirán su voz y saldrán de las tumbas.” “Y yo les digo que en el Día del Juicio todos tendrán que dar cuenta de cualquier palabra inútil que hayan pronunciado. Pues por tus propias palabras serás juzgado, y declarado inocente o culpable” (Juan 5:28-29; confrontes también, Mateo 12:36-27, 25:31-46; Romanos 14:12; 2 Corintios 5:10; Gálatas 6:7; Apocalipsis 10:13). Dios conocerá a los creyentes por las obras que hayan realizado, que sin duda son los frutos de la fe. El pecado, si no es perdonado, condena. Si el pecador no se arrepiente y cree en Jesucristo; Dios no lo perdona. Pero las obras que hace la gente, la vida que llevan, muestra si creen en Dios o no.

Ese día, “Dios se manifestará para dictar su justa sentencia y pagar a cada uno conforme a lo que haya hecho.” Los versículos siguientes explican lo que esto significa. Algunos recibirán “su vida eterna,” mientras que “castigará con enojo.” A algunos Dios les tiene reservado “honor e inmortalidad” y a otros “sufrimiento y angustia.” ¿Quién recibirá la vida eterna? Aquellos que “buscando gloria, honor e inmortalidad, perseveraron en hacer lo bueno.” El apóstol usualmente

dice que la vida eterna es para los que creen en Jesús. Aquí él señala que es para los que perseveran en hacer lo bueno buscando honor, gloria e inmortalidad. Esto no es una contradicción, no más que las Escrituras diciendo que Dios juzgará a las personas de acuerdo con lo que hayan hecho. Sólo la fe salva, pero el Cristiano está llamado a servir al Señor y a glorificarlo toda su vida. Por eso se reconoce a un Cristiano porque él persevera en hacer lo bueno, y Dios le da honor, gloria e inmortalidad -- la vida eterna.

En Su bondad, el Señor no admitirá los pecados de los Suyos en el Día del Juicio. El solo mencionará el bien que ellos hayan hecho, porque El ha perdonado sus pecados (Mateo 25:34-36). A pesar de las muchas faltas de las que son culpables, El considerará como buena la vida que hayan llevado bajo la guía del Espíritu Santo. Además, lo que es bueno en la vida de un Cristiano es la misma obra de Dios. Por el poder del Espíritu Santo, El guía a Sus hijos a una vida santa. Jesús dice, “Pues sin mí no pueden ustedes hacer nada” (Juan 15:5). Note la perseverancia que menciona el apóstol: “perseveraron en hacer lo bueno.” El Señor llama al Cristiano a perseverar en la fe y en buscar hacer el bien. No es suficiente creer por un momento, sino que debemos permanecer en la fe hasta el fin de la vida.

“Castigaré con enojo” a los “rebeldes, es decir, a los que están en contra de la verdad y a favor de la maldad.” El incrédulo es rebelde y rechaza la verdad, ya que él no conoce ni acepta la voluntad de Dios; el mismo se convierte en juez de sus actos. Por sí mismo, él decide lo que es bueno y lo que es malo. Por lo tanto, él hace lo que él piensa que es correcto, o simplemente lo que él quiere hacer. La ira de Dios caerá sobre él en el Día Final.

“Daré honor y paz a todos los que hacen lo bueno.” El honor y la gloria son parte de la herencia que el Señor deja a Sus hijos, parte de la vida eterna que está esperando por ellos (2 Corintios 4:17; 2 Timoteo 2:10; 1 Pedro 5:10). Salvación significa tener parte de la gloria o en el honor de Cristo (Juan 14:19; 17:24). Pablo le añade “la paz.” Su saludo al principio de la epístola (1:7) ya ha mostrado como la paz de Dios es un don precioso. Ahora mismo, los Cristianos pueden disfrutarla, porque el Señor les asegura cuánto les ama y perdona sus pecados. Un día, ellos la tendrán íntegramente en el cielo. La gloria, el honor y la paz son “para los judíos en primer lugar, pero también para los que no lo son.” Ya en Romanos 1:16, el apóstol señaló que el Evangelio es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree, y lo repite aquí “para los judíos en primer lugar, pero también a los que no lo son.” La salvación es para todos sin distinción alguna.

6. Porque Dios juzga imparcialmente - Romanos 2:11-16

Todos los que pecan sin haber tenido la ley de Moisés, perecerán sin esa ley; y los que pecan a pesar de tener la ley de Moisés, por medio de esa misma ley serán juzgados. Pues no son justos ante Dios los que totalmente oyen la ley, sino los que la obedecen. Porque cuando los que no son judíos ni tienen la ley hacen por naturaleza lo que la ley manda, ellos mismos son su propia ley, pues muestran por su conducta que llevan la ley escrita en el corazón. Su propia conciencia lo comprueba, y sus propios pensamientos los acusarán o los defenderán el día en que Dios juzgará los secretos de todos por medio de Cristo Jesús, conforme al Evangelio que yo anuncio (Romanos 2:11-16).

Dios no tiene mascotas ni tiene favoritismos. El es un juez imparcial al cual nadie puede corromper, como a veces sucede con los jueces de este mundo. El no toma en cuenta a la persona sino sus actos; no toma en cuenta el color de su piel ni sus bienes o su educación, sino lo que hay en sus corazones. El no excluye a nadie de Su salvación, aunque El la haya ofrecido primero a los judíos, al pueblo elegido por El en la Antigua Alianza. Y tenemos que repetirlo: el camino a la salvación es el mismo para todos. Nosotros debemos arrepentirnos y creer en Jesucristo para alcanzar la salvación. Sin excepción.

Y aunque el apóstol Pablo hace la distinción entre Gentiles y judíos, o si usted prefiere, entre judíos y los que no lo son, entre personas que han conocido la Palabra de Dios como lo revela la Biblia y las personas que no la han conocido. Todos son pecadores, algunos cometen pecado “sin haber tenido la ley” y otros “a pesar de tener la ley.” Los Gentiles también conocen la voluntad de Dios. Indudablemente, como el Apóstol explicará después, ella está escrita en sus conciencias. Sin embargo, su conocimiento de la voluntad de Dios es mucho menos claro y preciso que el conocimiento de los judíos. Por eso, El los juzgará “sin haber tenido la ley,” mientras que El juzgará a los judíos “por medio de esa misma ley.” Ellos perecerán, si no creen en Jesús, pero su sentencia será menos severa que la de esas personas que han conocido la voluntad de Dios. Por eso Dios juzgará menos severamente a los habitantes de Sodoma y Gomorra, de Tiro y de Sidón, que a la gente de Israel a quienes Jesús anunció el reino de Dios (Mateo 10:15, 11:22-24).

El apóstol señala una vez más, y de una forma distinta, como Dios es imparcial. No es suficiente tener la ley y escucharla, como hacen los judíos y ciertamente muchas personas que se llaman a sí mismas Cristiana: “Pues no son justos ante Dios los que totalmente oyen la ley, sino los que la obedecen.” Conocer la ley no salva a nadie. La nación de Israel a menudo se jactaba de tener la Ley; de conocer la voluntad de Dios, de conocer perfectamente la diferencia entre el bien y el mal. Ellos miraban a los Gentiles por debajo del hombre y los odiaban. Pablo nos recuerda que para que Dios nos declare justos, no es suficiente tener la Ley; sino que debemos obedecerla. Moisés le dijo al pueblo de Israel: “Por lo tanto, deben obedecerle y poner en práctica sus mandamientos y sus leyes que yo les ordeno hoy” (Deuteronomio 27:10).

Pero, ¿por qué juzgará Dios a los Gentiles a quienes El no se reveló, que habían pecado “sin haber tenido la ley”? ¿Acaso eso no es injusto? No, dice el apóstol, porque los Gentiles no están totalmente fuera de la ley. Ellos también la conocen, aunque el Señor no les haya dado Sus mandamientos sobre tablas de piedra, como lo hizo con Israel. En cierto sentido, “no son judíos ni tienen la ley” pero “hacen por naturaleza lo que la ley manda.” Dios ha inscrito Su voluntad en

sus corazones o en sus conciencias. Al menos en gran parte, ellos saben hacer dos cosas: Distinguir entre el bien y el mal y realizar actos que externamente están conforme a la Ley. Ellos “por naturaleza” hacen lo que indica la Ley, aunque nadie haya hablado alguna vez con ellos sobre los Diez Mandamientos. Ellos no hay duda de que tienen una “conciencia,” una voz interior donde “sus propios pensamientos los acusarán o los defenderán” para dar testimonio. Cuando una persona hace el mal, su conciencia normalmente se lo dice. Decimos que tiene una conciencia mala, y muchas veces una conciencia mala evita que una persona cometa mayores pecados. Si alguien es acusado injustamente, la persona se defiende de estas acusaciones y las rechaza como falsas, y después dice: “Tengo mi conciencia en paz.”

En el hombre natural, el incrédulo que no conoce la Palabra de Dios, su conciencia la juzga de acuerdo a la ley de la naturaleza. En el creyente, su conciencia a la cual el Espíritu Santo ha hecho renacer decide de acuerdo a la ley que las Escrituras han revelado. Sin duda alguna, el conocimiento natural de la ley es real. El apóstol lo afirma y la experiencia lo prueba. Pero es muy imperfecta, porque la caída en el pecado ha arrastrado a su corazón y a su conciencia y el pecado los ha corrompido. El incrédulo conoce la voluntad de Dios hasta cierto punto, pero no la conoce bien. Es por eso que él toma el mal como bueno y el bien como malo, o actúa en contra de su conciencia. Los Gentiles “hacen por naturaleza lo que la ley manda” - hasta cierto punto. Además, lo que ellos hacen, lo hacen por sí mismos, por la impresión que quieren dar de sí mismos, o lo hacen para que el prójimo venga a auxiliarlos o ayudarlos cuando estén en necesidad. Pero ellos no lo hacen por Dios, para servir a su Señor, por amor a El, para mostrar su fe, para adorarlo, y para evidenciar su gratitud. No se olviden lo que dijo el apóstol anteriormente acerca de la ceguera y la maldad de los seres humanos (1:18) y acerca de la sentencia que el Señor ha pronunciado sobre ellos (1:21-32). Ni para los Gentiles ni para los judíos la Ley es el camino hacia la salvación. Para eso, los humanos tendrían que ser capaces de seguirla de una manera perfecta, sin cometer el menor pecado.

Una vez más San Pablo nos recuerda que algún día Dios juzgará a este mundo de acuerdo a la justicia. Todos los seres humanos son pecadores. Algunos viven en gran pecado. Otros viven externamente una vida justa y ocultan la maldad que cometen. El día llegará cuando Dios juzgará “los secretos de todos.” Ese día todo quedará al descubierto. Los hombres pueden engañarse a ellos mismos, pero no pueden engañar al Señor que mira en los corazones y las mentes y a quien no se le escapa nada (Salmo 7:9, 11:4; Jeremías 11:20; Romanos 8:27; Apocalipsis 2:23). Las personas juzgan de acuerdo a las apariencias, de acuerdo a lo que ellos saben y ven. Dios juzga de acuerdo a la realidad. El lo sabe todo, aún hasta “los secretos de todos” y sus pensamientos. Por otra parte, El es justo y santo. Todos son absolutamente iguales ante Su ley. No habrá favoritismo. El juzgará “por medio de Cristo Jesús” a quien El ha establecido como juez de los vivos y los muertos (Mateo 25:32; Hechos 10:42, 17:31). Por eso, El, que dio Su vida para salvar a los hombres, será también su juez. ¡En ese día será mejor tenerlo como Salvador y no como Juez!

Resumen:

En esta larga sección sobre los Gentiles (Romanos 1:18-2:16):

a.) Los seres humanos tienen un conocimiento natural de Dios. En la creación ellos pueden ver la expresión de Su poder y de Su grandeza (Romanos 1:19-20), y en su conciencia ellos pueden conocer Su voluntad (Romanos 2:14-15).

b.) Por naturaleza ellos están ciegos y se dedican al pecado y a la iniquidad (Romanos 1:24-2:5).

7. Es cierto para los judíos (Romanos 2:17-3:20)

Tú te llamas judío, confías en la ley de Moisés, y estás orgulloso de tu Dios. Conoces su voluntad, y la ley te enseña a escoger lo mejor. Estás convencido de que puedes guiar a los ciegos y alumbrar a los que andan en la oscuridad; de que puedes instruir a los ignorantes y orientar a los sencillos; ya que en la ley tienes la regla del conocimiento y de la verdad. Pues bien, si enseñas a otros, ¿por qué no te enseñas a ti mismo? Si predicas que no se debe robar, ¿por qué robas? Si dices que no se debe cometer adulterio, ¿por qué lo cometes? Si odias a los ídolos, ¿por qué robas las riquezas de sus templos? Te glorías de la ley, pero deshonras a Dios porque la desobedeces. Con razón dice la Escritura: “Los paganos ofenden a Dios por culpa de ustedes” (Romanos 2:17-24).

El apóstol ha finalizado con los Gentiles, o para ser más precisos, con los que no son judíos. El ahora se vuelve hacia los judíos, hacia el pueblo de Israel, los descendientes de Abraham con quienes Dios hizo un pacto en el Monte Sinaí. El se les reveló completamente, El les dio Su Ley, les envió a Sus profetas que les hicieron recordar Sus promesas, particularmente aquellas acerca del Mesías, y les pidieron que se arrepintieran y que permanecieran fieles a Su alianza. Por eso, los judíos tenían grandes ventajas, privilegios reales que El no les había otorgado a los Gentiles.

Al igual que antes (2:1), el apóstol Pablo se está dirigiendo a una persona cualquiera y se pone a conversar. Esta vez se trata de un judío. “Tu te llamas judío...” Llamarse a uno mismo judío era como jactarse de ser descendiente de Abraham y miembro del pueblo de la alianza, es decir, del pueblo de Dios. No hay duda de que eso era algo que los Gentiles no podían reclamar para ellos. “Confías en la ley de Moisés.” Los judíos tenían la Ley. Dios mismo se las había dado a través de Moisés. El los había separado de los Gentiles y los había convertido en un pueblo aparte, en un pueblo santo. “Y estás orgulloso de tu Dios.” Los judíos podían estar orgullosos de adorar al único Dios del cielo y de la tierra y de pertenecer a El. Tu “conoces su voluntad.” Dios se ha revelado y ha hecho que ellos lo conozcan. El no era un dios lejano al cual encontramos en muchas religiones no Judías, ni un dios sobre el cual no sabemos nada porque un dios así no habla con los seres humanos, y los seres humanos tampoco pueden hablarle. A ti (judío) “la ley te enseña a escoger lo mejor.” Los judíos conocían la diferencia entre lo cierto y lo errado, entre lo bueno y lo malo. Dios les había enseñado todo eso.

Estos eran verdaderos privilegios, y ellos estaban conscientes de ello. Ellos vieron que se les había dado una misión entre las naciones no Judías: “Estás convencido de que puedes guiar a los ciegos y alumbrar a los que andan en la oscuridad; de que puedes instruir a los ignorantes y orientar a los sencillos,” e indudablemente Dios había llamado al pueblo de Israel para hacer eso. Su intención era que los Gentiles supieran lo que era bueno y lo que era malo, y enseñarles el camino a la salvación. Ellos habían recibido todo lo necesario: “ya que en la ley tienes la regla del conocimiento y de la verdad.” Dice el profeta, “Porque de Sión saldrá la enseñanza del Señor, de Jerusalén vendrá su palabra” (Isaías 2:3). Como muchas veces, cuando no está directamente contrastada con el Evangelio, la palabra “ley” específica toda la revelación de Dios en el Antiguo Testamento.

Israel estaba bien al tanto de ello; pero en vez de llevar fielmente a cabo su misión, ella equivocadamente se gloriaba a sí misma. Está claro que Israel no hizo lo que le pedía a los Gentiles. “Pues bien, si enseñas a otros, ¿por qué no te enseñas a ti mismo? Si predicas que no se debe robar, ¿por qué robas? Si dices que no se debe cometer adulterio, ¿por qué lo cometes? Si odias a los ídolos, ¿por qué robas las riquezas de sus templos? Nosotros no podemos condenar la idolatría de los demás, si nosotros mismos despreciamos a Dios. No podemos señalar con el dedo sus pecados, cuando nosotros mismos los cometemos, pero tal vez de una manera distinta. No podemos predicar la Ley, cuando nosotros la transgredimos. Cuando pretendemos guiar a los ciegos, nosotros debemos tener buena vista. De los líderes religiosos de Su tiempo Jesús dijo: “Déjenlos, pues son ciegos que guían a otros ciegos. Y si un ciego guía a otro, los dos caerán en algún hoyo” (Mateo 15:14).

Las muchas discusiones que Cristo sostuvo con los líderes judíos, los Fariseos y los maestros de la Ley, muestran que ellos tenían un falso entendimiento de la Palabra de Dios. Ellos malinterpretaron la Ley cuando insistieron en un simple cumplimiento externo de sus mandamientos. Por eso ellos creían que eran justos ante Dios. Ellos tampoco entendían lo que los profetas enseñaron con respecto al Mesías; esta es la razón por la cual rechazaron al Señor en lugar de recibirlo y creer en Él. Por otro lado, algunos de los más conocidos maestros de la Ley vivían en adulterio o en algún otro pecado serio. Ellos no eran modelos para los Gentiles y eran totalmente incapaces para enseñarles.

“Con razón dice la Escritura: “Los paganos ofenden a Dios por culpa de ustedes.” Esto es una referencia a Isaías 52:5: “y me ofenden sin cesar.” El profeta Ezequiel habla del exilio de Israel en Babilonia. Después Dios dice: “Pero en todos los pueblos a donde ellos llegaban, ofendían mi santo nombre, pues la gente decía: ‘Estos son el pueblo del Señor, pero tuvieron que salir de su país. Entonces me dolió ver que, por culpa de Israel, mi santo nombre era profanado en cada nación a donde ellos llegaban. Por eso, dile al pueblo de Israel: “Esto dice el Señor: Lo que voy a realizar no es por causa de ustedes, israelitas, sino por mi santo nombre, que ustedes han ofendido entre las naciones a donde han ido. Yo voy a mostrar ante las naciones la santidad de mi gran nombre, que ustedes han ofendido entre ellas; cuando yo lo haga, ellas reconocerán que yo soy el Señor. Yo, el Señor, lo afirmo” (Ezequiel 36:20-23). Eso también era cierto en el tiempo de Cristo. Los Gentiles que vivían en todas partes del imperio no pronunciaron blasfemias contra el Dios de los judíos. En lugar de ser un misionero del Salvador entre los Gentiles, Israel hizo todo lo contrario, ellos deshonraron Su santo nombre e hicieron que la gente lo ridiculizara. Pablo luego menciona un terrible cargo contra Israel, es decir, contra Su propio pueblo.

Es cierto que, a quien obedece a la ley de Moisés, la circuncisión le sirve de algo; pero si no la obedece, es como si no estuviera circuncidado. En cambio, si el que no está circuncidado se porta según lo que la ley ordena, se le considerará circuncidado aún cuando no lo esté. El que obedece a la ley, aunque no esté circuncidado en su cuerpo, juzgará a aquél que, a pesar de tener la ley y de estar circuncidado, no la obedece. Porque ser judío no es serlo solamente por fuera, y estar circuncidado no es estarlo solamente por fuera, en el cuerpo. El verdadero judío lo es interiormente, el estar circuncidado es cosa del corazón: no depende de reglas escritas,

sino del Espíritu. El que es así, resulta aprobado, no por los hombres, sino por Dios (Romanos 2:25-29).

En este texto, el apóstol regresa a una objeción de los judíos: ¿Acaso no somos el pueblo de Dios, porque tenemos la señal externa que es la circuncisión? Tal como se lo dijeron a Jesús: “Nosotros somos descendientes de Abraham... ¡Nuestro padre es Abraham! (Juan 8:33, 39). A lo cual respondió Jesús: “Si ustedes fueran de veras hijos de Abraham, harían lo que él hizo” (Juan 8:39). De esta manera, Pablo les dice: No se oculten tras su circuncisión. No cuenten con eso para disculparse ya que no les ayudará. ¡Su circuncisión es nula y vacía! Un judío que se rebela contra Dios no está circuncidado realmente, mientras que un Gentil que hace la voluntad de Dios está circuncidado, aunque no lo esté externamente. La circuncisión está en su corazón; y eso es lo que cuenta.

Dios estableció la circuncisión como un signo de su alianza (Génesis 17:9-14). Por ella un judío se convertía en parte de la alianza que Dios había hecho con Abraham, y a través de ella él podía participar de las promesas que Dios también le había hecho a Abraham. En Romanos 4:1-12, el apóstol explicará la justificación de Abraham a por la fe antes de la circuncisión; él la recibió como un sello de la alianza divina. Esto quiere decir que ella sólo es útil si quien la recibe vive en la fe. Si una circuncisión dentro del corazón, es decir la fe, no viene acompañada de una circuncisión en la carne, ésta no tiene valor. Moisés le dice a Israel: “Pongan en su corazón la marca de la alianza, y no sigan siendo tercos” (Deuteronomio 10:16). “Gente de Judá y de Jerusalén, circuncídense y reconózcanme como Señor, pongan en su corazón la marca de la alianza...” (Jeremías 4:4). Dice Esteban a los líderes del pueblo que lo apedrearon “Pero ustedes siempre han sido tercos, y tienen oídos y corazón paganos (no circuncidados; Hechos 7:51). Lo mismo pasa con el bautismo, que es un medio de gracia que Dios ha dado para la salvación de los hombres. Pero que no ayuda nada si el bautizado no vive en la fe.

El apóstol ha destruido la última fortaleza tras la cual se refugiaban los judíos: la circuncisión en la carne no lo convierte a usted en hijo de Dios y heredero de Su salvación. “A quien obedece a la ley de Moisés, la circuncisión le sirve de algo.” Pero si usted no obedece la ley “es como si no estuviera circuncidado.” Es como si no existiera. A los ojos de Dios el judío impenitente no está circuncidado, mientras que el Gentil no circuncidado que se vuelve hacia Dios y hace Su voluntad si lo está. Aunque no la tenga en su cuerpo. “En cambio, si el que no está circuncidado se porta según lo que la ley ordena, se le considerará circuncidado aún cuando no lo esté.” Esto no significa que la obediencia a los mandamientos de Dios le otorgue a la circuncisión (o al bautismo) su valor, o su poder para salvar, pero muestra que usted la ha recibido de una manera útil y beneficiosa, que usted vive en la fe y que por la fe usted ha recibido las bendiciones que ella ofrece. Pero si, por el contrario, usted vive en pecado, la circuncisión deja de ser una marca de que usted pertenece al pueblo de Dios. Lo mismo sucede con el bautismo. Claro que Pablo no piensa en los creyentes que cometen diariamente pecados de debilidad, sino en la gente que vive deliberadamente en la iniquidad, la injusticia y el mal, y por lo tanto demuestra que no son sinceros en la fe, y en consecuencia no son hijos de Dios.

Por eso los papeles están invertidos. Cuando Israel condena a los Gentiles, ella se considera a sí misma líder y maestra. ¿Pero qué sucede? “El que obedece a la ley, aunque no esté circuncidado en su cuerpo, juzgará a aquél que, a pesar de tener la ley y de estar circuncidado, no la obedece”

Luego, ¿quién es el verdadero judío? ¿Dónde está el verdadero miembro del pueblo de Dios? ¿Entre aquellos que están físicamente circuncidados en el cuerpo o entre aquellos que se alejan de sus pecados, que creen en Dios y viven en la obediencia y el amor de Su Palabra? ¿Dónde está la verdadera circuncisión? ¿En el cuerpo o en el corazón? En los versículos que acabamos de analizar, el apóstol Pablo responde estas preguntas claramente.

En conclusión: el verdadero judío, el que puede verdaderamente llamar padre a Abraham, “El verdadero judío lo es interiormente,” y su circuncisión “es cosa del corazón.” “El que es así, resulta aprobado, no por los hombres, sino por Dios.” En este versículo, el apóstol quizás juega con las palabras: la palabra “judío,” que es una traducción de la palabra griega, *Ioudaios*, viene de Judá, la principal tribu de Israel, de la cual salieron los reyes. Sin embargo, “Judá” (en hebreo *Yehouda*), que es el nombre que Jacob le dio a uno de sus hijos, viene del verbo *yadah* que significa “alabado sea el Señor.” Ese judío, el que lo es por dentro, en su corazón, que vive en la fe, en la obediencia y el amor, es el que verdaderamente alaba al Señor. El también es alabado “no por los hombres, sino por Dios.” El Señor aprueba a una persona así y da testimonio de que es un verdadero miembro de Su pueblo, un verdadero ciudadano de Su reino.

Sería un grave error creer que Pablo subestima a la circuncisión que el mismo Dios ha iniciado. Lo que él hace es no permitir que abusen de ella. Hoy día, la lección aún es importante. Es una advertencia para todos aquellos que fundamentan su Cristianismo y su salvación en su bautismo, mientras que le dan la espalda a Dios y desprecian Su Palabra. En su Catecismo Menor Lutero nos explica: “No es solamente el agua, sino la Palabra de Dios, en y con el agua, la que realiza estas cosas, junto con la fe la cual confía en la palabra en el agua.” Lutero solía decir: “Aunque usted fuese bautizado mil veces, si usted no cree, su bautismo no tiene ningún valor.”

Resumen:

La circuncisión es el sello, el signo visible de la alianza. No tiene significado ni valor alguno si no hay arrepentimiento y fe. El verdadero judío es aquel que sigue los pasos de Abraham, cuya circuncisión no está en el cuerpo, sino en el corazón.

Entonces, ¿qué ventaja tiene el ser judío o el estar circuncidado? Muchas y por muchas razones. En primer lugar, Dios confió Su mensaje a los judíos. ¿Qué pasa entonces? ¿Acaso Dios dejará de ser fiel, por el hecho de que algunos de ellos hayan sido infieles? ¡Claro que no! Al contrario, Dios actúa siempre conforme a la verdad, aunque todo hombre sea mentiroso; pues la Escritura dice: ‘Serás tenido por justo en lo que dices, y saldrás vencedor cuando te juzguen’ (Romanos 3:1-4).

Todavía estamos en la sección donde el autor de Romanos demuestra que los judíos, y también los Gentiles, son aquellos a quienes condena la Ley (2:17-3:8). Y él continúa con su razonamiento. El hecho de tener la Ley y a la circuncisión, los dos privilegios que el Señor, no protege a los judíos del castigo, y no evitará que sean castigados si no se arrepienten. Eso no es una garantía de salvación en lo absoluto. Por eso surge la pregunta: “¿qué ventaja tiene el ser judío o el estar circuncidado?” Pablo acaba de explicar que la conducta de ellos los condena al igual que a los Gentiles. Entonces, ¿para qué ser judío? Bueno, sus privilegios son muchos y el apóstol repite algo que él ya ha insinuado (2:17-23). La ventajas son “Muchas y por muchas razones.” En Romanos 9:4-5, Pablo extraerá una lista completa de estos privilegios. Aquí el

menciona sólo el más importante: “Dios confió Su mensaje a los judíos.” En ese tiempo, el pueblo de Israel solamente había recibido la revelación divina. Ellos tuvieron la Palabra de Dios que no es sólo la Ley, sino también el Evangelio.

Cierto judíos, podríamos decir que la mayoría, no creyeron. Cuando usted lee el Antiguo Testamento, usted se da cuenta de que los tiempos de fidelidad a Dios en la historia del pueblo de Israel han sido menos, y más cortos, que los tiempos de infidelidad (Hechos 7:51). Eso fue cierto cuando cruzaron el desierto, en el período de los jueces y el de los reyes. ¿Acaso Dios retiró Sus promesas por eso? ¿Regresó El y les quitó todo cuanto les había ofrecido? “¿Acaso Dios dejará de ser fiel, por el hecho de que algunos de ellos hayan sido infieles?” Claramente la respuesta es: “¡Claro que no!” ¡Absolutamente no! La infidelidad de los hombres no cambia en nada la fidelidad del Señor. Por el contrario, esto sólo la asegura y la confirma, la exalta y la glorifica. De cualquier modo, toda la historia del mundo meramente prueba que Dios es fiel a Sus promesas. El ha logrado lo que El le había prometido a Abraham y a Su pueblo. Particularmente El le ha dado al mundo el Salvador que El había prometido, y El hace que el Evangelio sea proclamado a los Gentiles y los recibe en Su reino.

En contraste con la fidelidad a Dios, Pablo muestra la infidelidad humana, sus trucos y sus engaños, su incredulidad y su rebelión. Así que “Al contrario, Dios actúa siempre conforme a la verdad, aunque todo hombre sea mentiroso.” Una cita del Antiguo Testamento, el Salmo 51:4, confirma esta afirmación: ‘Serás tenido por justo en lo que dices, y saldrás vencedor cuando te juzguen.’ Cuando usted lee estas líneas en el Antiguo Testamento, usted nota algunas diferencias, y se debe al hecho de que el apóstol tomó la cita de la Septuaginta, que es la traducción Griega del Antiguo Testamento, que data del Siglo Tercero antes de Cristo. En este Salmo, David confiesa ante Dios su terrible pecado que él ha cometido con Betsabé. El se humilla ante El y le pide que lo perdone y limpie su corazón, aunque reconoce que Dios tiene razón en todo lo que El hace. No hay duda de que Dios lo había perdonado por su dos crímenes: el adulterio y el asesinato, y aún así, El lo había perdonado según las promesas en Su Palabra. Y siempre es así: Dios castiga el pecado y perdona al que se arrepiente. El tiene la razón, y el mal que la gente comete solamente lo confirma. Una serie de preguntas revelan esta verdad:

Pero si nuestra maldad sirve para poner de relieve que Dios es justo, ¿qué diremos? ¿Qué Dios es injusto cuando nos castiga? (Hablo según criterios humanos). ¡Claro que no! Porque si Dios fuera injusto, ¿cómo podría juzgar al mundo?

Pero si mi mentira sirve para que la verdad de Dios resulte cada día más gloriosa, ¿por qué se me juzga a mí como pecador? En tal caso, ¿por qué no hacer lo malo para que venga lo bueno? Esto es precisamente lo que algunos, para desacreditarme, dicen que yo enseño; pero tales personas merecen la condenación (Romanos 3:5-8).

Un humano jamás hará que Dios mienta y la infidelidad de la criatura nunca alterará la fidelidad del Creador. El apóstol pronto concluirá la primera sección de la epístola que confirma la corrupción y la condenación de toda la humanidad. El sabe de qué está hecho el corazón de los hombres. El humano sólo está interesado en sí mismo y siempre buscará su propio beneficio. El cumple con la ley de Dios siempre que parezca beneficioso, y la desprecia cuando él cree que sus requerimientos lo perjudican. El humano corrupto proyecta en Dios su actitud auto-servil y dice:

“Dios hace lo mismo. Si los pecados de la humanidad confirman Su justicia y lo glorifican, a El le interesa que los hombres cometan muchos ya que es por Su beneficio. Por lo tanto, El no tiene derecho a juzgarlos ni a castigarlos.”

“Pero si nuestra maldad sirve para poner de relieve que Dios es justo, ¿qué diremos? ¿Qué Dios es injusto cuando nos castiga?” Si nuestra mentira trae la verdad de Dios y lo glorifica a El, “¿por qué se me juzga a mí como pecador?” ¿Tiene Dios todavía derecho a castigar el mal? Pablo sabe que esta forma de pensar raya en la blasfemia y se apresura en añadir: “Hablo según criterios humanos.” Si Dios se beneficiara del pecado, El no debería tener derecho a castigarlo. Por tanto, El no puede juzgar al mundo. Pero toda la Biblia enseña que El es el juez de todo el mundo y que El juzgará con justicia sin demostrar favoritismos (2:11). El veredicto de Dios es claro: aquellos que razonen de esta manera, que viven en pecado y creen que están protegidos del castigo, bajo la falsa idea de que Dios se beneficia con eso, están condenados justamente. Con su modo de pensar ellos están cometiendo el crimen de lesa majestad (una ofensa contra la dignidad de Dios), el cual es un ataque contra la justicia del Señor por blasfemar Su santo nombre. El hombre es pecador y absolutamente no puede salvarse a sí mismo. Dios sigue siendo perfectamente justo mientras que El glorifica Su justicia por el castigo que El impone a los culpables.

“¿Qué pues? ¿Tenemos nosotros los judíos, alguna ventaja sobre los demás? ¡Claro que no! Porque ya hemos demostrado que todos, tanto los judíos como los que no lo son, están bajo el poder del pecado, pues las Escrituras dicen:

“¡No hay ni uno solo que sea justo! No hay quien tenga entendimiento; no hay quien busque a Dios.

*Todos se han ido por el mal camino; todos por igual se han pervertido.
¡No hay quien haga lo bueno! ¡No hay ni siquiera uno!*

Su garganta es un sepulcro abierto, su lengua es mentirosa, sus labios esconden veneno de víbora y su boca está llena de maldición y amargura.

Sus pies corren ágiles a derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos, y no conocen el camino de la paz.

Jamás tienen presente que hay que temer a Dios” (Romanos 3:9-18).

Pablo acaba de referirse a los judíos y a los grandes privilegios que Dios les ha otorgado cuando El hizo un pacto con Israel. Ahora él hace la pregunta: “¿Qué pues? ¿Tenemos nosotros los judíos, alguna ventaja sobre los demás?” El mismo es judío y pregunta si él y sus hermanos coterráneos ¿han recibido estos privilegios porque ellos eran mejores que otras personas? “¡Claro que no!” y lo probará a través de varias citas. El estilo y las palabras cambian, pero las verdades que él afirma son las mismas. ¿Por qué otro estilo? Porque Pablo es un maestro de las verdades quien declara las enseñanzas con todos sus detalles y desarrolla sus ideas con mucha lógica. Los salmistas y los profetas a quienes cita eran poetas y usaron muchas ilustraciones y un lenguaje

con muchas imágenes. El apóstol cita, en orden al Salmo 14:1-3 (vv. 10-12), Salmo 5:9 (v. 13), Salmo 140:3; Salmo 10:7; Isaías 59:7-8 y Salmo 36:1 (vv. 13-18).

El primer texto que él cita expresa su enseñanza negativamente. El dice lo que los hombres no dicen: ellos no son justos ni inteligentes; ellos no buscan a Dios; ninguno de ellos hace el bien, ni siquiera uno. En Romanos 2:14-15, el apóstol ha señalado que los Gentiles, quienes no tienen a la Ley por naturaleza hacen lo que exige la Ley. Pero él también ha señalado que ellos están ciegos y viven en la maldad y la injusticia (Romanos 1:18-32). Ambas cosas son ciertas. La diferencia está entre la justicia civil y la justicia que Dios requiere, entre la justicia exterior que reconocen los hombres y la justicia interior sin la cual un hombre no puede aparecer ante Dios. Sin negar que los hombres son capaces de vivir una vida honesta y buena, el apóstol afirma que ellos no son ni inteligentes ni justos y cita textos del Antiguo Testamento. Ellos no son inteligentes porque no reconocen a Dios y no lo adoran. Ellos no son justos porque no hacen Su voluntad. Ellos no lo buscan. La Biblia dice: “La mayor sabiduría consiste en honrar al Señor (Salmo 111:10) y: “Los necios piensan que no hay dios” (Salmo 14:1).

Los Salmos 5:9, 140:3 y 10:7, que cita el apóstol, condenan los pecados de la lengua, la debilidad expresada con palabras, la difamación, la calumnia, y el fraude. Como es bien sabido, las personas causan muchos daños con su lengua. Es como si hubiera veneno en sus labios. A lo cual podemos añadir los pecados de otras partes del cuerpo, por ejemplo, los pies se apresuran para derramar sangre. Los hombres prefieren andar el camino de la guerra que en el camino de la paz, pelear en vez de amarse mutuamente en paz (Isaías 59:7-8). ¿Por qué? Porque “jamás tiene él presente que hay que temer a Dios (Salmo 36:1) El temor a Dios es el comienzo de la sabiduría (Salmo 111:10) o del conocimiento (Proverbios 1:7). El hombre que ama y teme a Dios deja que Su Palabra lo enseñe y aprende la verdadera sabiduría. En primer lugar, aprende a domar a los pensamientos de su corazón, a subyugar a su lengua y a amar a su prójimo. Por otra parte, si rechazamos al Señor y despreciamos Su Palabra, somos prisioneros de nuestro propio corazón y de los pensamientos que están allí.

Con un pincel grueso, San Pablo ha esbozado los rasgos que vienen del salmista y de los profetas, y presentó un cuadro de realidad, un cuadro duro, pero verdadero. Todos los que se preguntan acerca de lo que pasa a su alrededor, en su vecindario cercano, en su país, y en el mundo, saben eso. *Homo homini lupus* es un dicho en Latín que quiere decir: El hombre es un lobo para los hombres. Esto es triste, pero es cierto: hay más debilidad en el mundo de los hombres que en el mundo de los animales. No hay duda de que no todas las personas practican los distintos ejemplos de maldad que él describe en este texto, pero existen en cada uno de nosotros como una semilla que puede estallar en cualquier momento. El hombre es por naturaleza soberbio y egoísta. Por naturaleza sólo nos amamos a nosotros mismos, y amamos a nuestro prójimo sólo hasta el punto en que nos es útil y nos devuelve el bien que le hemos hecho. Si Dios no nos mantiene dentro del temor y el amor a Su nombre, en todo momento somos capaces de las peores malas acciones como el asesinato, el adulterio, el robo, la mentira, la traición, etc. Y lo que es cierto para los judíos, lo es aún más para aquellos que no conocen a Dios. Ciertamente, aquí y allá, hasta entre los Gentiles, existen casos de amor y de generosidad, de fidelidad y de ternura, de verdad y honestidad, pero ellos no pueden ocultar la maldad que el mundo exhibe.

Pablo llega ahora a la conclusión de esta primera sección:

Sabemos que todo lo que dice el libro de la Ley, lo dice a quienes están sometidos a ella, para que todos callen y el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios; porque nadie podrá decir que ha cumplido la ley y que Dios debe reconocerlo como justo, ya que la ley solamente sirve para hacernos saber que somos pecadores (Romanos 3:19-10).

La conducta de los judíos y de los Gentiles, todos los pecados que ellos cometen y el juicio que pronuncian las Escrituras terminan en esta afirmación y que sin excepción “el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios.” La ley habla a los que están sometidos a ella, a los que la recibieron, es decir, a los hombres de todo el mundo. Los Gentiles lo saben de una manera natural, porque está escrita en su conciencia; los judíos lo saben, porque Dios se las dio junto con los Diez Mandamientos. Ella comunica a todo ser humano, a todas las personas del mundo, pero ¿qué dice? Pues dice que todo el que no la cumpla está condenado (Gálatas 3:10), que están muertos por sus ofensas y sus pecados y que están bajo el castigo de Dios (Efesios 2:1-3), y que todos están sujetos a la muerte y a la condenación (Romanos 3:11-12).

“Para que todos callen...” No ayuda para nada defendernos y protestar cuando oímos las acusaciones de la Ley. Nadie puede encontrar jamás inocencia y santidad. “El mundo entero caiga bajo el juicio de Dios” es lo que enseña la Ley, y no tiene ningún otro mensaje además de éste. La ley acusa; no puede justificar. La ley condena, no puede salvar. Por eso, “nadie podrá decir que ha cumplido la ley y que Dios debe reconocerlo como justo”. Si debe haber justificación (el término será explicado más adelante), ésta tiene que venir de otra parte. Si el pecador debe ser salvado, la salvación debe venir de alguna otra parte y no de sus buenas acciones. En el principio Dios dio a los hombres Su Ley para que diera vida: “Pongan en práctica mis leyes y decretos. El hombre que los cumpla, vivirá (Levítico 18:5). Pero para vivir de acuerdo a la Ley, debemos cumplirla a la perfección, sin cometer ni un solo pecado. “Porque si una persona obedece toda la ley, pero falla en un solo mandato, resulta culpable frente a todos los mandatos de la ley” (Santiago 2:10). Es por eso, que la Ley no puede salvar a nadie. Ella ya no está allí con ese propósito. Sin embargo, sí tiene otra misión que es muy importante, como lo dice Pablo: “...la ley solamente sirve para hacernos saber que somos pecadores”. La ley le muestra al hombre su pecado y su miseria y por lo tanto prepara su corazón para escuchar el Evangelio del perdón y de la salvación. Ese será el tema de la segunda sección de la epístola.

Resumen:

El mundo entero es culpable ante Dios, y todos los hombres, Gentiles y judíos, son pecadores, y por eso nadie puede salvarse a sí mismo. El perdón y la vida eterna no están a nuestro alcance y tienen que venir de otra parte.

SECCIÓN 2

DIOS NOS HACE JUSTOS POR LA FE EN JESUCRISTO

Romanos 3:21 - 5:21

Dios le ofrece a la gente la justificación y la salvación, que sólo viene de Dios. En Su inmensa gracia y favor, El sintió piedad del mundo y en Jesucristo El ofrece lo que los hombres no pueden obtener de otra manera. En el Evangelio, El les ofrece gratuitamente lo que ellos no pueden encontrar en la Ley.

1. Cómo justifica Dios al pecador (Romanos 3:21-31)

Pero ahora, sin la ley, Dios nos ha mostrado de qué manera nos hace justos, y esto lo confirman la misma ley y los profetas: por medio de la fe en Jesucristo, Dios hace justos a todos los que creen. Pues no hay diferencia: todos han pecado y están lejos de la gloriosa presencia de Dios. Pero Dios, en su bondad y gratuitamente, los hace justos, mediante la liberación que realizó Cristo Jesús. Dios hizo que Cristo, al derramar su sangre, fuera el instrumento del perdón. Este perdón se alcanza por la fe. Así quería Dios mostrar cómo nos hace justos: perdonando los pecados que habíamos cometido antes, porque él es paciente. El quería mostrar en el tiempo presente cómo nos hace justos, pues así como él es justo, hace justos a los que creen en Jesús.

¿Dónde, pues, queda el orgullo del hombre ante Dios? ¡Queda eliminado! ¿Por qué razón? No por haber cumplido la ley, sino por haber creído. Así llegamos a esta conclusión: que Dios hace justo al hombre por la fe, independientemente del cumplimiento de la ley.

¿Acaso Dios es solamente Dios de los judíos? ¿No lo es también de todas las naciones? ¡Claro está que lo es también de todas las naciones, pues no hay más que un Dios: el Dios que hace justos a los que tienen fe, sin tomar en cuenta si están o no están circuncidados! Entonces, ¿con la fe le quitamos el valor a la ley? ¡Claro que no! Mas bien afirmamos el valor de la ley (Romanos 3:21-31).

Este es uno de los textos más importantes de toda la Biblia. En él, el apóstol da una completa definición de la justificación. Por lo tanto, lo examinaremos con atención y estudiaremos cada palabra para comprender mejor el pensamiento del autor. El apóstol comienza esta nueva sección de su epístola con un gran “pero”. El pecado ha corrompido y ha condenado al mundo entero. El pecado sentencia a todos los hombres a perecer eternamente. ¡Pero!...Dios ha pronunciado un gran “pero”. El le ha dicho que no a este plan. El no quiere que los hombres perezcan para siempre. El expresó su veto contra esto y decidió actuar. El añadió el Evangelio a la Ley que condena a los hombres. Por eso la Ley no tendrá la última palabra. En otra parte del Evangelio, como Pablo ya lo ha señalado, Dios ha revelado algo más además de Su santidad y su ira, y la reveló “sin la ley”. Es allí donde “el evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: ‘El justo por la fe vivirá’” (1:17).

“Pero ahora, sin la ley, Dios nos ha mostrado de qué manera nos hace justos.” No es una justicia por la cual Dios mismo es justo y que El requiere de cada persona en la Ley, pero lo que Lutero solía llamar “Su justicia pasiva,” que es una justicia que no procede de la persona, sino de Dios y que El ofrece a los hombres porque El es fiel a Su alianza. No es un requisito, sino un regalo. En este sentido, la justicia de Dios es sinónimo de salvación; es por esto que en la Biblia las dos palabras, justicia y salvación, muchas veces están asociadas: “Yo hago que se acerque mi acción liberadora; mi salvación no se demora, no está lejos” (Isaías 46:13). “Mi victoria está cercana, mi acción salvadora está en camino” (Isaías 51:5). “Se cubrió de triunfo como con una coraza, se puso la salvación como un casco en la cabeza” (Isaías 59:17). “¡Cómo me alegro en el Señor! Me lleno de gozo en mi Dios, porque me ha brindado su salvación, ¡me ha cubierto de victoria! Soy como un novio que se pone su corona o una novia que se adorna con sus joyas” (Isaías 61:10). El Evangelio revela la justicia de Dios, esta “justicia pasiva,” que hace que Lutero se regocije; por lo tanto, esta justicia es el perdón o la salvación que El ofrece al creyente en Su alianza y de acuerdo con Sus promesas. Es importante entender esto, conocer la diferencia entre estos dos tipos de justicia, la que revela la Ley y la que revela el Evangelio; porque sino confundiremos Ley y Evangelio y nos convertiríamos en prisioneros de un gran error.

Esta justicia es revelada “sin la ley,” pero es una justicia que la “confirman la misma ley y los profetas”. Allí parece haber una contradicción. Pero sólo parece ser así. De hecho, el apóstol utiliza la palabra “ley” de dos maneras distintas. La primera se refiere a los Diez Mandamientos, de allí la Ley como lo opuesto del Evangelio. Después habla de los libros de Moisés que contienen a los Diez Mandamientos y todas las demás regulaciones, pero también de las promesas que Dios les dio a Abraham y a Israel. La expresión “la misma ley y los profetas” fue utilizada para referirse a todo el Antiguo Testamento. Por eso “sin la ley,” es que Dios revela esta justicia en el Evangelio (1:17), pero todo el Antiguo Testamento, Moisés y los Profetas, también hablan del Evangelio. Es por eso que el evangelista, en el relato de los discípulos de Emaús, puede decir de Jesús: “Luego se puso a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él, comenzando por los libros de Moisés y siguiendo por todos los libros de los profetas” (Lucas 24:27). Esta justicia de Dios es la justicia a través de la cual “Dios hace justos a todos los que creen,” y que obtenemos a través de la fe, sin las obras de la Ley. Dios la ofrece en el Evangelio, y todos los que estiren sus manos y crean en sus promesas la reciben. Por eso, y sólo por la fe, y contrario a lo que la Iglesia Católica siempre ha enseñado. “Pues no hay diferencia: todos han pecado y están lejos de la gloriosa presencia de Dios.” ¡Todos han pecado! En la sección anterior esto ha sido señalado claramente. Esto es cierto tanto para los Gentiles como para los judíos: “no hay diferencia”. Algunas personas sólo viven en el pecado y en el vicio, mientras que otros tratan de ser buenos y honestos. Algunos viven desvergonzadamente, mientras que otros tratan de ser inocentes. Hay personas violentas y personas amables, ladrones y honestos, perezosos y trabajadores, ebrios y sobrios, personas que desconfían, a las cuales evitamos y huimos de ellas, y otras que son buenas y disfrutamos de su compañía. Todo esto está dentro del área de la justicia civil. Y todavía el apóstol puede decir que “no hay diferencia”. A los ojos de Dios todos son pecadores, porque todos cometen pecados de una manera o de otra. Esto es así “para que todos callen y el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios” (3:19). Por eso es que todos “están lejos de la gloriosa presencia de Dios”. Ellos no pueden jactarse ante El; ellos no tienen nada con que complacerlo, nada con lo cual ellos puedan aparecer erguidos ante El y participar de Su gloria celestial.

Pero el Señor tiene misericordia de ellos. Es por esto que “Dios, en su bondad y gratuitamente, los hace justos, mediante la liberación que realizó Cristo Jesús”. La justificación es gratuita, es algo que no podemos ganar y que tampoco necesitamos ganar. Dios nos la da como un regalo. En este mundo las cosas gratuitas son más bien raras. Dios nos ofrece dos cosas que son las más hermosas ypreciadas que son el perdón y la salvación, y las ofrece gratuitamente. El profeta Isaías nos invita a la salvación en su idioma pleno de imágenes, como suele hacerlo. El dice: “Todos los que tengan sed, vengan a beber agua; los que no tengan dinero, vengan, consigan trigo de balde y coman; consigan vino y leche sin pagar nada” (Isaías 55:1) Ellos son justificados “gratuitamente,” y son justificados sin las buenas obras. “Porque nadie podrá decir que ha cumplido la ley y que Dios debe reconocerlo como justo” (Romanos 3:20). “Sabemos que nadie es reconocido como justo por cumplir la ley” (Gálatas 2:16). “Y si es por la bondad de Dios, ya no es por los hechos; porque si así fuera, la bondad de Dios ya no sería bondad” (Romanos 11:6). La justificación es un don gratuito de Dios.

Este don es ofrecido por Dios “en su bondad” a los hombres: “Pero Dios, en su bondad y gratuitamente, los hace justos” ¿A qué se refiere esto? En el Antiguo Testamento la palabra “bondad (o gracia)” traduce términos Hebreos que significan “misericordia” o “piedad”. La gracia o bondad de Dios es algo que El siente en Su corazón. Es el sentimiento que lo mueve a tener piedad de sus criaturas que se extravían en el pecado, y que a cuenta de eso, perecerán eternamente. “Su bondad hacia mi” significa, “Tener piedad de mí”. Dios “ayuda con su bondad a los humildes” (1 Pedro 5:5), y esto a su vez significa que El tiene misericordia de ellos y acude en su ayuda. La justificación del pecador por la gracia significa que El lo justifica no porque él se lo merezca o sea digno de ello, sino porque El tiene piedad de él. La razón de nuestra justificación no está en nosotros, sino en la vida que llevamos, en nuestra dignidad o en nuestros méritos, sino en el corazón de Dios. Es Su misericordia y Su inmenso amor lo que hacen que El venga a ayudarnos y nos salve.

“En su bondad y gratuitamente, los hace justos.” ¿Cuál es el significado de la expresión “ser justificados”? “Justificar” significa reivindicar, liberar de culpa, y “justificarse uno mismo” significa probar la inocencia de uno. La Biblia nunca dice que el hombre se justifique a sí mismo ante Dios, y esto pasa por una buena razón: nadie puede probar su inocencia ante El. Las Escrituras dicen o bien que Dios justifica al hombre o que el hombre es justificado por Dios, que significan lo mismo. Para un juez, justificar a un reo significa probar su inocencia y por lo tanto, absolverlo y liberarlo. Su deber es el de castigar a los culpables y absolver a los inocentes. Dios dice a Moisés y a todos los que están a cargo de administrar justicia entre el pueblo de Israel: “Apártate de las acusaciones falsas y no condenes a muerte al hombre inocente y sin culpa, porque yo no declararé inocente al culpable” (Éxodo 23:7). “Y los jueces declararán inocente al que lo sea y condenarán al culpable” (Deuteronomio 25:1).

Justificar significa declarar inocente o absolver. Sin embargo, en contradicción a los jueces de este mundo, Dios no justifica o absuelve a los inocentes, sino a los culpables. El hace exactamente lo que El le prohíbe a los jueces de este mundo. El absuelve y da vida a los culpables y los pecadores. El justifica, es decir, declara justas a personas que no lo son, y sin que eso sea injusto, tal como lo explicará el apóstol dentro de poco. Por ahora, recordemos que “justificar” significa declarar justo al pecador, declararlo inocente. La justificación de un pecador es un veredicto de gracia.

Ahora surge la pregunta: ¿Qué le permite a Dios justificar al pecador, declararlo inocente, absolverlo como si él no hubiera cometido mal alguno? Cuando hay pecado, debe haber “pago”. Cuando hay un crimen, debe haber castigo para el pecador. Dios no puede actuar como si nada hubiera pasado. El apóstol responde esta pregunta y dice: “Dios, en su bondad y gratuitamente, los hace justos, mediante la liberación que realizó Cristo Jesús”. Ha habido redención, liberación por medio de un pago. “liberación” (o redención) significa “volver a comprar” por medio del pago de un rescate. Eso es lo que ha hecho Jesucristo. El dio Su vida como rescate por los hombres, El dio “su vida como un rescate para muchos” (Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:6). El pagó nuestra deuda, lo que le debíamos a Dios, es decir, que no le dimos la obediencia que le debemos a El. “Cristo nos rescató de la maldición de la ley” (Gálatas 3:13). El ha redimido a “a los que estábamos bajo esa ley” (Gálatas 4:5), “El se entregó a la muerte por nosotros, para rescatarnos de toda maldad...” (Tito 2:14). “Porque Dios los ha comprado” (1 Corintios 6:20), “Pues Dios los ha rescatado a ustedes...con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha” (1 Pedro 1:18-19). Las cuatro criaturas vivientes y los veinticuatro ancianos de la Revelación dijeron: “...porque fuiste sacrificado; y derramando tu sangre redimiste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9). Jesucristo nos ha comprado para Dios, para que pertenezcamos a El, y vivamos eternamente en Su reino.

“Mediante la liberación que realizó Cristo Jesús,” así lo afirma Pablo. Cristo nos ha comprado. “Cristo nos rescató de la maldición de la ley haciéndose maldición por causa nuestra” (Gálatas 3:13). El, en lugar de la humanidad, se hizo maldición y soportó el castigo que los hombres merecían. El expió sus errores, y es por eso, que un poco más adelante la Biblia lo llamará “un sacrificio de expiación”. Juan escribe: “Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados; y no solo los nuestros, sino los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). En 2 Corintios 5:21, el apóstol Pablo utiliza una expresión muy fuerte y no duda en decir: “Cristo no cometió pecado alguno; pero por causa nuestra, Dios lo hizo pecado, para hacernos a nosotros justicia de Dios en Cristo.”

Dios es amor y misericordia. Por lo tanto, El quiere salvar a los pecadores y para ese propósito El ha decidido justificarlos, declararlos inocentes. Es Jesucristo quien logró eso. Esto es lo que llamamos el “el feliz intercambio”. El, quien no tiene pecado alguno ha cambiado su lugar por el de los hombres. El ha tomado como suyos los pecados de los hombres para que Su inocencia los cubra. Dios lo trató como si El fuera culpable y pecador para que ellos fueran inocentes y justos. El cargó con su sentencia para que hubiera absolución. El murió para que ellos vivieran. Muchos de los sacrificios instituidos por Dios en la antigua alianza representaron Su sacrificio en la cruz; ellos debían recordarle a su pueblo el sacrificio grande y único por medio del cual el Mesías liberaría al mundo. Juan el Bautista dijo de El: “¡Miren, ese es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Todos los corderos y demás animales que sacrificaba el pueblo de Israel en el templo, representaban Su sacrificio.

Dios quería eso y lo decidió de esta manera: “Dios hizo que Cristo, al derramar su sangre, fuera el instrumento del perdón”. Naturalmente que Dios tuvo el consentimiento de Su Hijo: “El Padre me ama porque yo doy mi vida para volverla a recibir. Nadie me quita la vida, sino que yo la doy por mi propia voluntad. Tengo el derecho de darla y de volver a recibirla. Esto es lo que me

ordenó mi Padre” (Juan 10:17-18). El “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte” (Filipenses 2:8).

Cristo murió por todos los hombres. ¿Acaso eso significa que todos serán salvos? Dios quiere justificarlos a todos. ¿Significa eso que El los justificará a todos? No. El apóstol Pablo lo señala claramente: “Dios hizo que Cristo, al derramar su sangre, fuera el instrumento del perdón”. No hay duda de que la justificación tiene lugar a través de la fe. “Abraham creyó a Dios, y por eso Dios le tuvo en cuenta y lo reconoció como justo” (Romanos 4:3; Gálatas 3:6). “En cambio, si alguno cree en Dios, que hace justo al pecador, Dios le tiene en cuenta su fe, para reconocerlo como justo, aunque no haya hecho nada que merezca su favor” (Romanos 4:5). “Sin embargo, sabemos que nadie es reconocido como justo por cumplir la ley sino gracias a la fe en Jesucristo. Por esto, también nosotros hemos creído en Jesucristo, para que Dios nos reconozca como justos, gracias a esa fe y no por cumplir la ley. Porque nadie será reconocido como justo por cumplir la ley” (Gálatas 2:16).

¿Qué significa que Dios nos justifica por medio de la fe? Esto quiere decir que Dios justifica a aquellos que confían en las promesas del Evangelio, a aquellos que extienden una mano confiada en la cual Dios, que es fiel a Sus promesas, pone el perdón y la vida eterna. La fe es la mano del mendigo que no tiene nada que llevarle a Dios, una mano que sólo puede recibir. La fe es exactamente lo opuesto a las buenas obras: la fe no da, sino que recibe. Es por eso que la Biblia nunca dice que Dios nos justifica debido a nuestra fe, o por virtud de nuestra fe, sino “por medio de la fe”. La fe no es la causa de nuestra justificación, sino el medio. No es algo mediante lo cual merezcamos la justificación o nos vuelva dignos de ella. Nuestra fe no es la base de nuestra justificación, sino Jesucristo. Su obra en la cruz es su fundamento; lo que tomamos por medio de la fe es Su perdón y Su salvación. Lutero comparó a la fe con un anillo que sostiene a un diamante. Lo que es precioso no es el anillo, sino el diamante. Pero para poder usar el diamante, se necesita el anillo. Esto quiere decir que la fe no justifica o salva en sí misma, sino porque ella abarca a Cristo y Su salvación. Es por la fe que Cristo se convierte en nuestro Salvador personal. Por la fe Su justicia cubre al pecador. “Pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo” (Gálatas 3:26-27).

Dios justifica y salva al pecador. ¿Es El injusto por eso? No. Muy por el contrario, El demuestra Su gracia y Su justicia al mismo tiempo. Pablo además dice: “Así quería Dios mostrar cómo nos hace justos: perdonando los pecados que habíamos cometido antes, porque él es paciente. El quería mostrar en el tiempo presente cómo nos hace justos, pues así como él es justo, hace justos a los que creen en Jesús”. Antes de que Jesús viniera para morir en la cruz, los hombres habían cometido muchos pecados, pero Dios no les envió ningún castigo, porque El había previsto esto y había planeado la redención del mundo. El apóstol dice que Dios está “perdonando los pecados que habíamos cometido antes”. Cuando vemos que el Señor deja que los hombres pequen sin darles un castigo, podríamos preguntarnos si realmente El es justo y pudiéramos dudar de Su santidad. Esa duda ya no es posible pues “Así quería Dios mostrar cómo nos hace justos” cuando El convirtió a Su Hijo en el “instrumento del perdón”. En El no hay duda de que Dios castigó todos los pecados. Por eso “así como él [Dios] es justo, hace justos a los que creen en Jesús”. Sería injusto no castigar el pecado, ya que la justicia de Dios exige el castigo. Pero sería injusto también no justificar y salvar al pecador, porque Su Hijo ha pagado la pena por sus pecados. La

muerte de Jesucristo y la justificación del pecador por la fe nos muestran la justicia de Dios, y también Su gracia y Su gran amor.

Comprensiblemente, el apóstol hace la pregunta: “¿Donde, pues, queda el orgullo del hombre ante Dios? ¿Queda eliminado! ¿Por qué razón? No por haber cumplido la ley, sino por haber creído”. Ningún pecador puede jactarse de que Dios lo haya justificado, ya que la justificación es enteramente gratuita y Cristo la ha ganado. El ser humano es muy orgulloso y le gusta jactarse de sus méritos, de sus dones y de lo que él puede hacer. Piense en el fariseo de la parábola y en la lista de obras suyas que él le presenta a Dios (Lucas 18:9-14). Antes de su conversión, Pablo también pensaba que él podía jactarse de todos sus privilegios religiosos, de lo que él era y de lo que él podía hacer para el Señor. Pero cuando descubrió a Cristo y Su justicia, él dijo: “Pero todo esto, que antes valía mucho para mí, ahora, a causa de Cristo, lo tengo por algo sin valor. Aún más, a nada le concedo valor si lo comparo con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por causa de Cristo lo he perdido todo, y todo lo considero basura a cambio de ganarlo a él y encontrarme unido a él; no con una justicia propia, adquirida por medio de la ley, sino con la justicia que se adquiere por la fe en Cristo, la que da Dios con base en la fe” (Filipenses 3:7-9). ¿Cuál es la “razón” que excluye todo orgullo y prohíbe fanfarronear ante de Dios? “¿Por haber cumplido la ley?” No, “sino por haber cumplido la ley”. Cuando la ley cierra tu boca y cuando te declara culpable ante Dios (Romanos 3:19), uno no se puede jactar de nada. Cuando usted puede solamente estirar su mano para mendigar y vivir sólo por la gracia de Dios, usted no puede fanfarronear de nada. “Pues por la bondad de Dios han recibido ustedes la salvación por medio de la fe. No es esto algo que ustedes mismos hayan conseguido, sino que es un don de Dios. No es el resultado de las propias acciones, de modo que nadie puede gloriarse de nada” (Efesios 2:8-9).

“Dios hace justo al hombre por la fe, independientemente del cumplimiento de la ley”. La fe y las buenas acciones se excluyen mutuamente. Si es por la fe, no es por las buenas acciones, y si fuera por las buenas acciones no sería por la fe. Las buenas obras no son un medio de justificación, un precio que se debe pagar para recibir la justificación y la salvación, pero ambas son el fruto de la fe. Los teólogos Luteranos dicen que sólo la fe justifica, pero que ella nunca está sola. La fe justifica sin las obras, y no necesita de ellas para lograrlo, pero si la fe es sincera y viene del corazón, ella siempre produce obras que son agradables a Dios.

Hay otra verdad muy importante que fluye a partir de la justificación por la fe. Dios es al mismo tiempo “Dios de los judíos” y “también de todas las naciones”. Sin duda, si la justificación fuera a través de las acciones, podríamos decir que los judíos llevan una ventaja, ya que Dios les había revelado Su Ley en las tablas de piedra y les había enseñado constantemente Su voluntad a través de los profetas. Pero ellos no tienen tal ventaja, porque la justificación viene por la fe sin la observancia de la Ley. Dios justifica de una manera que nadie recibe privilegios o ventajas. ¡Por eso “no hay más que un Dios,” y este Dios único “hace justos a los que tienen fe, sin tomar en cuenta si están o no están circuncidados!” El es el mismo Dios para todos y nos ofrece el mismo tesoro a todos.

“Entonces, ¿con la fe le quitamos el valor a la ley?” Usted bien podría pensar así, pero si Dios salva al pecador por la fe, ¡Su Ley ya no es de ninguno de nosotros! “¡Claro que no!,” dice el apóstol. “Mas bien afirmamos el valor de la ley.” La ley no justifica a nadie, pero no pierde su

razón de estar aquí. La ley no es para justificar y salvar, sino para demostrar a los creyentes cómo deben servir a Dios y al prójimo y para glorificar a su Señor. El pecador busca su salvación a través del arrepentimiento y la fe, reconoce sus requerimientos, acepta su veredicto y confiesa que solo Cristo la ha conseguido a la perfección. Por amor y gratitud por la salvación que él recibe, él toma a la ley de Dios como su norma de vida y trata de obedecerla, con la ayuda de Dios. Por eso el rinde culto y glorifica a su Dios.

Resumen:

En este capítulo el apóstol Pablo enseña que Dios justifica al pecador gratuitamente por la fe en Jesucristo, quien sacrificó Su vida por nuestra salvación. Por lo tanto, nadie puede jactarse ante Dios. La doctrina de la justificación nos enseña que nada de lo que hayamos hecho, ni nuestras buenas obras y acciones, ni siquiera nuestra fe, nuestra piedad, o nuestra fidelidad a Dios o nuestro compromiso con la iglesia, son la base de nuestra salvación; sino que la única base es lo que Jesucristo ha hecho por nosotros. El y solamente El es el fundamento de nuestra certeza, de la seguridad de que el Señor nos perdona y nos salva. ¡Esta es la Buena Noticia que debemos proclamarle al mundo!

2. Los ejemplos de Abraham y de David (Romanos 4:1-25)

En el capítulo 4 de Romanos, el apóstol Pablo confirma lo que él ha dicho acerca de la justificación del pecador; él recuerda los ejemplos de Abraham (4:1-5) y de David (4:6-8). Estos dos ejemplos demuestran que la fe justifica al pecador, aún hasta el judío, de modo que Dios es el Padre de los circuncidados y de los que no lo están (4:9-12). El ejemplo del patriarca Abraham, en particular, muestra que la justificación no es obra de la ley: él no fue justificado por la ley, sino por la fe, la cual es una gran fuente de consuelo y seguridad para todos los creyentes (4:13-25). Estas son las tres partes de este capítulo. El apóstol cuida de mostrar que lo que él enseña no es nada nuevo y que con certeza no es una enseñanza que él haya inventado, sino algo que revelan las Escrituras del Antiguo Testamento. Por eso, el Cristianismo no es una religión nueva, sino que continua como la secuela del Judaísmo. Lo que Dios había anunciado a través de Sus profetas ha encontrado su conclusión en esta enseñanza.

Pero entonces, ¿qué diremos que ganó Abraham, nuestro antepasado? En realidad, si Abraham hubiera sido reconocido como justo a causa de sus propios hechos, tendría razón para gloriarse, aunque no delante de Dios. Pues la Escritura dice: “Abraham creyó a Dios, y por eso Dios le tuvo esto en cuenta y lo reconoció como justo.” Ahora bien, si alguno trabaja, el pago no se le da como un regalo sino como algo merecido. En cambio, si alguno cree en Dios, que hace justo al pecador, Dios le tiene en cuenta su fe para reconocerlo como justo, aunque no haya hecho nada que merezca su favor. David mismo habló de la dicha de aquel a quien Dios reconoce como justo sin tomarle en cuenta sus hechos: Dijo David, “¡Dichosos aquellos a quienes Dios perdona sus maldades y pasa por alto sus pecados! ¡Dichoso el hombre a quien el Señor no toma en cuenta su pecado!” (Romanos 4:1-8).

Dos ejemplos confirman lo que el apóstol Pablo había explicado acerca de la justificación del pecador, el ejemplo de Abraham y el de David. Sin embargo, el pone énfasis en el ejemplo de

Abraham, porque él es el antepasado del pueblo de Israel. Por otro lado, Pablo mostrará que él también es el antepasado de todos los creyentes, bien sean de origen judío o Gentil. Los judíos fanfarroneaban de que eran los hijos legítimos de Abraham y, por eso, heredaron las promesas que Dios le había dado al Patriarca (Mateo 3:9; Juan 8:39). Ellos estaban seguros de su salvación y afablemente se enorgullecían de su devoción. Ellos pensaban que podían encontrar la vida eterna por guardar los divinos mandamientos y que merecerían la gracia de Dios. Para demostrar cuan equivocados estaban, el apóstol explica que Abraham fue justificado exactamente de la manera en que él lo había explicado, por medio de la fe y sin las buenas obras. ¿Que “ganó Abraham, nuestro antepasado?” El apóstol Pablo pudo decir: “Aunque también yo tengo razones para confiar en tales cosas. Nadie tendría más razones que yo para confiar en ellas” (Filipenses 3:4). Luego él da una lista de todas sus ventajas (verdadero judío, circuncidado al octavo día, Fariseo, perseverante). El no era una persona cualquiera, sino que formaba parte de la elite religiosa de Israel. Si había alguien que podía obtener la salvación por sus obras, él no hubiera tenido problema alguno pues ciertamente la habría conseguido. Luego explica que todo lo que lo cubre a él no sirve para nada y lo considera basura en comparación con ganar a Jesucristo y ser revestido por Su justicia (Filipenses 3:7-11). Entonces, ¿que obtuvo Abraham? “En realidad, si Abraham hubiera sido reconocido como justo a causa de sus propios hechos, tendría razón para gloriarse.” El podía jactarse de su justicia, exponer su piedad y ostentar de sus virtudes y méritos. “Aunque no delante de Dios.” Sin duda, y como el apóstol ya lo ha explicado: “por medio de la fe en Jesucristo, Dios hace justos a todos los que creen. Pues no hay diferencia: todos han pecado y están lejos de la presencia gloriosa de Dios” (3:22-23).

Pablo cita del Antiguo Testamento, la Palabra de Dios que El le había dado a Israel. El cita al famoso texto en Génesis 15:6, en la traducción Griega de la Septuaginta: “Abraham creyó a Dios, y por eso Dios le tuvo esto en cuenta y lo reconoció como justo”. El creyó en la increíble promesa que Dios le había hecho a él acerca de que él tendría un hijo y que todas las naciones del mundo serían bendecidas en su hijo. Era la proclamación de que vendría un Salvador. Abraham tenía setenta y cinco años cuando Dios le hizo esa promesa por primera vez. El había pasado la edad normal en que los hombres engendran hijos. Por otra parte, el hijo prometido no llegaba todavía. Y aún no había llegado cuando el patriarca tenía noventa y nueve años. Había razones para dudar, para preguntarle a Dios si El mantendría Su promesa, si El había olvidado Su promesa o si El era capaz de mantenerla. Pero no, nada de eso, aunque era probable que algunas veces él tuviera dudas. El “creyó,” “él tuvo esperanza” (Romanos 4:18), él se inclinó y se basó en la promesa divina y sabía que Dios no mentía.

“Por eso Dios le tuvo esto en cuenta y lo reconoció como justo.” Otra traducción lo dice de esta manera: “Se le admitió como justo.” Por primera vez nos topamos con el verbo “tener en cuenta” el cual utiliza con facilidad el apóstol cuando habla de la justificación del pecador (Romanos 4:4-8; Gálatas 3:6), y que significa acreditar, atribuir a alguien más. Si un individuo deposita dinero en el banco; este será asignado o acreditado a su cuenta. La cantidad será escrita en su cuenta o en su libreta de ahorros, ya que es dinero que le pertenece. He aquí otro ejemplo: Si una persona rica entra a una tienda para hacer unas compras y en la entrada se encuentra con un mendigo, la persona puede invitarlo a entrar con ella a la tienda y escoger algo para comer. El hombre rico le pedirá al cajero que ponga los artículos elegidos en su cuenta. Por eso, él pagará en lugar del mendigo. Abraham creyó en Dios y “Dios le tuvo esto en cuenta y lo reconoció como justo.” Por la fe, él consiguió algo que antes no tenía, la justificación. En la sección anterior hemos

explicado que la fe es como una mano extendida, la mano de un mendigo en la cual Dios coloca el perdón y la vida eterna. Por la fe estamos unidos a Jesucristo y recibimos todo cuanto El ha ganado cuando El sacrificó Su vida en la cruz. Su obediencia, Su inocencia y Su justicia nos revisten. San Pablo confiesa que El quiere “encontrarme unido él; no con una justicia propia, adquirida por medio de la ley, sino con la justicia que se adquiere por la fe en Cristo, la que da a Dios con base en la fe” (Filipenses 3:9).

Por la fe, Dios atribuye al pecador la justicia de Cristo. De algún modo, está escrita en su cuenta como suya; ahora le pertenece a él. Lutero solía decir: “Somos pecadores por nosotros mismos, y en Cristo somos justos, pecadores por naturaleza y justos gracias a una justicia ajena que viene de afuera, y es la justicia de Jesucristo. Dios acreditó su fe como la justicia para Abraham quien no tuvo la justicia que pudiera cubrir sus pecados y salvarlo. Su fe fue considerada como justicia. Por sí misma la fe no podía justificar al pecador más que las buenas acciones. Ella no justifica y salva al pecador por sí misma, como si ella fuera una súper buena acción, sino por la simple razón de que ella se aferra a Jesucristo y su salvación. La fe justifica y salva gracias a Cristo. En teología decimos que ella justifica no debido a ella sino por su contenido, o su objeto, que es Jesucristo.

Lo que el apóstol Pablo dice de Abraham muestra que la promesa que Dios le hizo a él de tener un hijo y de descendencia, no fue la única, sino que fue una promesa de salvación en la persona del Mesías. Con el tiempo se fue haciendo más precisa, y lo que El dijo a través de los profetas complementó lo que El le había dicho a Abraham. Todos ellos hablaron de “esta vez,” es decir, la venida, la vida, el misterio, la muerte, la resurrección y el reino de Jesucristo (Hechos 3:24-26; Cf. Gálatas 3:6-16). Abraham en verdad creía en Jesucristo, creía que el Mesías, el Salvador del mundo, vendría de sus descendientes algún día. Es por eso que Cristo podía decir: “Abraham, el antepasado de ustedes, se alegró porque iba a ver mi día; y lo vio, y se llenó de gozo” (Juan 8:56). Jesucristo y Su salvación están en el corazón de las promesas del Antiguo Testamento. Es por eso que la en relación a los patriarcas, la epístola a los Hebreos dice: “Todas esas personas murieron sin haber recibido las cosas que Dios había prometido; pero como tenían fe, las vieron de lejos, y las saludaron reconociéndose a sí mismos como extranjeros de paso por este mundo. Y los que dicen tal cosa, claramente dan a entender que todavía andan en busca de una patria. Si hubieran estado pensando en la tierra de donde salieron, bien podrían haber regresado allá; pero ellos deseaban una patria mejor, es decir, la patria celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de ellos, pues les tiene preparada una ciudad” (Hebreos 11:13-16).

La fe y no las buenas obras fue lo que justificó a Abraham. Es una cosa o la otra, pero no las dos. El apóstol dice en nuestro texto: “Ahora bien, si alguno trabaja, el pago no se le da como un regalo sino como algo merecido. En cambio, si alguno cree en Dios, que hace justo al pecador, Dios le tiene en cuenta su fe para reconocerlo como justo, aunque no haya hecho nada que merezca su favor.” Si un hombre realiza una obra que pueda justificarlo, la justificación no es un “regalo” sino “algo merecido” (una obligación). Por otra parte, si él no realiza una acción capaz de justificarlo, pero cree que si “cree en Dios, que hace justo al pecador, Dios le tiene en cuenta su fe para reconocerlo como justo.” Esta es una verdad universal, o mejor dicho, una verdad que es cierta por siempre. El salario que el gerente paga a su trabajador no es un regalo, sino algo que él le debe, algo que el trabajador se ha ganado por su trabajo. La justicia requiere que el gerente le pague a un trabajador por su trabajo. Por lo tanto, si la Biblia dice que la fe justificó a

Abraham, y no menciona sus obras, eso significa que el Señor no le ha tratado como a un trabajador que tiene derecho a su paga, sino como alguien a quien el Señor da un regalo. Dios “hace justo al pecador,” o sea, a los impíos. No al hombre justo, que puede fanfarronear de que él ha hecho Su voluntad y que el es mejor que los otros, pero el único, como el publicano de la parábola, que no se atreve a levantar su mirada hacia el cielo, pero se da golpes de pecho y no puede decir otra cosa que: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!” (Lucas 18:13). Dios “hace justo al pecador” que acude a El y cree en Su Evangelio. El Señor lo toma tal como él es, lo reviste con la justicia de Jesucristo y lo declara justo. El puede hacer eso, porque Jesucristo satisfizo Su justicia, ha cumplido Su Ley y ha expiado los pecados del mundo. Esta justicia que El ofrece al pecador no es imaginaria. Dios no actúa como si el pecador fuese justo. No, el pecador es justo, perfectamente justo ante Sus ojos, porque El ciertamente lo ha justificado, lo ha declarado justo.

El apóstol Pablo aún tiene cosas importantes que decir acerca de Abraham, pero antes de que él presente un testimonio del Antiguo Testamento, usa unas palabras dichas por David. El escribe: “David mismo habló de la dicha de aquel a quien Dios reconoce como justo sin tomarle en cuenta sus hechos.” Luego cita el Salmo 32:1-2: “¡Dichosos aquellos a quienes Dios perdona sus maldades y pasa por alto sus pecados!” Esto es extraño. Pablo habla de atribuir justicia y David habla de nunca “tomarle en cuenta sus hechos” o de perdonarlo. Es la misma cosa. Dios adscribe (o acredita) justicia al creyente y no toma en cuenta sus pecados contra él. Adscribir significa “atribuir”, “escribir en la cuenta de.” El acreditar al creyente la justicia de Cristo significa anotarla en su cuenta. No contar sus pecados significa no anotarlos en su cuenta; es perdonar. “Es decir que, en Cristo, Dios estaba reconciliando consigo mismo al mundo, sin tomar en cuenta los pecados de los hombres” (2 Corintios 5:19). Llegamos a la conclusión de que la justificación es lo mismo que el perdón. Dios justifica al creyente cuando El perdona sus pecados y cuando El le acredita la justicia de Su Salvador. Ese hombre, dice David, está bendito. El está completamente bendito, confiado y en paz. Nada puede ya acusarlo ni condenarlo, siempre y cuando Cristo sea su salvador: “¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los hace justos. ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió; todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros” (Romanos 8:33-34).

Pablo ha probado que la justificación no es una transformación externa y lenta que es llevada a cabo por la gracia de Dios, una transformación por la cual el pecador se vuelve progresivamente más justo hasta el momento en que Dios pueda decir: “Ahora tu eres justo ante mis ojos;” pero esto es una declaración, algo que Dios declara y afirma. En una palabra, es absolución. Pero mientras un juez de este mundo solo debe absolver al inocente y condenar al culpable. Dios absuelve al culpable.

Resumen:

La justificación por la fe no es una enseñanza nueva. Dios había justificado a Abraham y a David de esta manera: por la fe y sin las obras. Además, aprendimos que la justificación no es otra cosa que el perdón o no tomar en cuenta los pecados o, lo que es lo mismo, es atribuir (acreditar) la justicia de Jesucristo al pecador creyente.

3. Este es un regalo para los circuncidados y para los que no lo están.

¿Será que esta dicha corresponde solamente a los que están circuncidados, o corresponderá también a los que no lo están? Hemos dicho que Dios tuvo en cuenta la fe de Abraham para reconocerlo como justo. Pero ¿cuándo se la tuvo en cuenta? ¿Después de que Abraham fue circuncidado, o antes? No después, sino antes. Y después Abraham fue circuncidado, como señal o sello de que Dios ya lo había reconocido como justo por causa de su fe. De este modo, Abraham ha venido a ser también el padre de todos los que tienen fe, aunque no hayan sido circuncidados; y así Dios los reconoce igualmente a ellos como justos. Y Abraham es también el padre de quienes, además de estar circuncidados, siguen el ejemplo de aquella fe que nuestro antepasado ya tenía cuando no estaba circuncidado (Romanos 4:9-12).

Pablo regresa a Abraham. David habló de lo bendito que él era porque Dios lo justificó cuando él le perdonó sus pecados, y de esto, el apóstol extrae una aplicación. Él pregunta si esta bendición ¿es solamente para los que han sido circuncidados, o sea, para los judíos, o es también para “los que no lo están,” es decir, para los Gentiles o no judíos? Abraham, el judío, ha sido circuncidado. ¿Acaso su justificación significa que esta bendición está reservada para sus descendientes, los judíos? Para poder responder esta pregunta, el apóstol Pablo hace otra: ¿Cuándo fue justificado Abraham? “¿Después de que Abraham fue circuncidado, o antes?” La Biblia enseña claramente que él fue justificado antes de ser circuncidado. Su justificación va hacia atrás hasta Génesis 15:6, aunque en Génesis 17, Dios instituyó la circuncisión. En otras palabras, la justificación no viene por la circuncisión. Conclusión: Es incorrecto decir que la circuncisión es necesaria para la justificación. Los judíos se escudan detrás de Abraham y dicen: “La circuncisión da testimonio de que Abraham es nuestro padre, por lo tanto, ¡somos salvos!” Como Abraham confió en la promesa, él fue justificado. Por la fe, y antes de que recibiera la circuncisión.

¿De qué sirve la circuncisión? Es una “señal,” dice Pablo, un “sello de que Dios ya lo había reconocido [al patriarca] como justo por causa de su fe.” “No después, sino antes.” La circuncisión es una señal, una especie de recordatorio, un juramento que le confirma a Abraham que él ha recibido la justificación por la fe. Era la señal visible de la alianza que el Señor había hecho con él y de la gracia que El le había ofrecido. Lo mismo pasa con los sacramentos de la nueva alianza, el Bautismo y la Cena del Señor. Son los sellos o estampillas que Dios da a las promesas del Evangelio, el sello divino que garantiza que estas promesas son verdaderas y que son para nosotros. Por lo tanto, nos dan fuerzas para confiar en lo que nos promete el Evangelio. Son señales y sellos visibles de su perdón o de la justificación y la vida eterna.

La fe justificó a Abraham, y después recibió el sello de la circuncisión. Por eso él se convirtió en el padre de un gran pueblo que no consiste simplemente de los que están circuncidados, sino de todos los que confían, como él, en las promesas de Dios y que al igual que él son justificados por la fe. “De este modo, Abraham ha venido a ser también el padre de todos los que tienen fe, aunque no hayan sido circuncidados” y “así Dios los reconoce igualmente a ellos como justos. Y Abraham es también el padre de quienes, además de estar circuncidados, siguen el ejemplo de aquella fe que nuestro antepasado ya tenía cuando no estaba circuncidado.” No fue la circuncisión lo que lo convirtió a él en el Padre, sino la fe. Para los judíos creyentes, la circuncisión era la señal de la justicia que ellos habían recibido por medio de la fe. Para los

creyentes de la nueva alianza, el Bautismo es la señal, al igual que la Cena del Señor. Por eso se rompió el orgullo de los Fariseos.

Resumen:

Por sí misma, la circuncisión no sirve a ningún propósito. No convierte al judío en hijo de Abraham y heredero de la salvación. Para ser un hijo de Abraham y heredar la salvación, es decir, un miembro del pueblo de Dios, es preciso creer como lo hizo Abraham. Pablo afirma la misma verdad cuando le escribe a los Gálatas: ‘Así también, Abraham creyó a Dios, y Dios le tuvo esto en cuenta y lo reconoció como justo. Por lo tanto, ustedes deben saber que los verdaderos descendientes de Abraham son los que tienen fe. La Escritura, viendo de antemano que también entre los no judíos iba Dios a reconocer como justos a los que tuvieran fe, había anunciado a Abraham esta buena noticia: “Todas las naciones serán bendecidas por medio de ti.” De manera que los que creen son bendecidos junto con Abraham, que también creyó” (Gálatas 3:6-9).

4. El ejemplo de Abraham muestra que él no alcanzó la salvación por la Ley (Romanos 4:13-25)

Pues Dios prometió a Abraham y a sus descendientes que recibirían el mundo como herencia; pero esta promesa no estaba condicionada al cumplimiento de la ley, sino a la justicia que se basa en la fe. Pues si los que han de recibir la herencia son los que se basan en la ley, entonces la fe resultaría cosa inútil y la promesa de Dios perdería su valor. Porque la ley trae castigo; pero donde no hay ley, tampoco hay faltas contra la ley.

Por eso, para que la promesa hecha a Abraham conservara su valor para todos sus descendientes, fue un don gratuito, basado en la fe. Es decir, la promesa no es solamente para los que se basan en la ley, como Abraham. De esa manera, él viene a ser padre de todos nosotros, como dice la Escritura: “Te he hecho padre de muchas naciones.” Este es el Dios en quien Abraham creyó, el Dios que da vida a los muertos y crea las cosas que aún no existen.

Cuando ya no había esperanza, Abraham creyó y tuvo esperanza, y así vino a ser “padre de muchas naciones”, conforme a lo que Dios le había dicho: “Así será el número de tus descendientes.” La fe de Abraham no se debilitó, aunque ya tenía casi cien años de edad y se daba cuenta de que tanto él como Sara ya estaban casi muertos, y que eran demasiado viejos para tener hijos. No dudó ni desconfió de la promesa de Dios, sino que tuvo una fe más fuerte. Alabó a Dios, plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete. Por eso, Dios le tuvo esto en cuenta y lo reconoció como justo.

Y esto de que Dios se lo tuvo en cuenta, no se escribió solamente de Abraham; se escribió también de nosotros. Pues Dios también nos tiene en cuenta la fe, si creemos en aquel que resucitó a Jesús, nuestro Señor, que fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para hacernos justos (Romanos 4:13-25)

“Pues Dios prometió a Abraham y a sus descendientes que recibirían el mundo como herencia; pero esta promesa no estaba condicionada al cumplimiento de la ley.” Naturalmente que tiene que ver con la herencia del mundo por venir al cual la Biblia llama “un cielo nuevo y una nueva tierra” (Isaías 63:17; 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1). Dios le había prometido un hogar a Abraham y a sus descendientes, este hogar era la tierra de Canaán donde el patriarca vivió como forastero y donde al final de su vida él poseía sólo un pedazo de tierra que él había comprado para sepultar a su esposa Sara (Génesis 23). “Allí el Señor se le apareció y le dijo: ‘Esta tierra se la voy a dar a tu descendencia’” (Génesis 12:7). “Yo te daré toda la tierra que ves, y para siempre será tuya y de tus descendientes” (Génesis 13:15). Esta promesa de una patria contenía otra promesa, que era la de una nación que no es de este mundo, sino de la eternidad. Canaán prefiguró a la patria celestial. Es por eso que la epístola a los Hebreos dice de Abraham: “Porque Abraham esperaba a aquella ciudad que tiene bases firmes, de la cual Dios es arquitecto y constructor” (Hebreos 11:10). Ahora leamos Hebreos en la parte donde habla de los patriarcas y otros creyentes de la antigua alianza: “Todas esas personas murieron sin haber recibido las cosas que Dios había prometido; pero como tenían fe, las vieron de lejos, y las saludaron reconociéndose a sí mismos como extranjeros de paso por este mundo. Y los que dicen tal cosa, claramente dan a entender que todavía andan en busca de una patria. Si hubieran estado pensando en la tierra de donde salieron, bien podrían haber regresado allá; pero ellos deseaban una patria mejor, es decir, la patria celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de ellos, pues les tiene preparada una ciudad” (Hebreos 11:13-16).

Dios le prometió a Abraham y a sus descendientes el nuevo cielo y la nueva tierra “por la justicia que viene de la fe” y no por la ley. La salvación viene por la fe. También para Abraham. “Pues por la bondad de Dios han recibido ustedes la salvación por medio de la fe. No es esto algo que ustedes mismos hayan conseguido, sino que es un don de Dios. No es el resultado de las propias acciones, de modo que nadie puede gloriarse de nada” (Efesios 2:8-9). La ley no puede salvar al pecador; es por eso que Dios, en Su amor, lo salva por medio de la fe. “Pues si los que han de recibir la herencia son los que se basan en la ley, entonces la fe resultaría cosa inútil.” Si indudablemente heredamos la vida eterna por la ley, por guardar los divinos mandamientos y por ende por las buenas obras, entonces la fe ya no sirve para nada. De ningún modo ella salva, y “la promesa de Dios perdería su valor.” “Pues si se obtuviera la justicia por medio de la ley, Cristo habría muerto inútilmente” (Gálatas 2:21). “Ustedes, los que quieren ser reconocidos como justos por cumplir la ley, se han apartado de Cristo; han rechazado la generosidad de Dios (Gálatas 5:4). Si el pecador pudiera alcanzar la salvación de otra manera que por la fe, entonces Jesucristo no habría tenido que morir. El hubiera muerto en vano y el Evangelio ya no tendría sentido.

Entonces, si la ley no justifica y no salva, ¿para qué sirve? “Porque la ley trae castigo.” Como el apóstol ya lo había explicado, “para que todos callen,” y así “el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios” (3:19). “Ya que la ley solamente sirve para hacernos saber que somos pecadores” (3:20). “La ley trae castigo.” ¿De qué castigo está hablando? ¿De la ira y el castigo de los hombres cuando él se siente acusado y condenado por la Ley? ¿O del castigo de Dios que la Ley revela y demuestra? Ambas explicaciones son posibles, pero la segunda es indudablemente preferible porque el apóstol opone la gracia y la vida eterna que ofrece el Evangelio con el castigo que produce la ley. La ley trae castigo. Ya hemos leído que: “Pues Dios muestra su ira castigando desde el cielo a toda la gente mala e injusta, que con su injusticia mantiene prisionera

la verdad” (1:18). Jesucristo nos ha salvado de este castigo (5:9). Por naturaleza, todos los seres humanos son “hijos de la ira,” porque la ley reveló y descubrió sus pecados. No hay duda de que “pero donde no hay ley, tampoco hay faltas contra la ley.” Si Dios no hubiera entregado Sus mandamientos y no nos hubiera hecho saber Su voluntad, la gente no estaría consciente de sus faltas. Para que un conductor transgreda las reglas de manejo, deben existir las reglas. Un oficial de policía no puede multar a un conductor por exceso de velocidad si no existiera una ley acerca de la velocidad. Para poder acusar a alguien de mal comportamiento, debe haber reglas de conducta que las personas conocen. Para que un padre castigue a su hijo, el primero debe ser capaz de demostrarle que él ha desobedecido o que el debió haber hecho algo pero falló. Esa es la misión de la ley: ella le muestra sus pecados a la humanidad y demuestra la ira de Dios.

En el versículo siguiente San Pablo afirma: “que la promesa... fue un don gratuito, basado en la fe. Es decir, la promesa no es solamente para los que se basan en la ley.” La herencia, o sea, la vida eterna, viene por medio de la fe. De ello, él extrae dos verdades básicas: 1) Prueba que la salvación es otorgada “por la gracia,” que es gratuita y que no es preciso ganarla. Dios no requiere que nos mostremos dignos de ella. El la ofrece porque El nos ama y tiene piedad de nosotros. Recuerde cómo lo explicamos en Romanos 3:24, que la gracia es la misericordia que mueve a Dios a salvar al hombre, a liberarlo del pecado, de la muerte y del infierno. 2) Si la herencia divina viene de la fe, la promesa está garantizada “la promesa hecha a Abraham... para todos sus descendientes,” es segura y es cierta. No solamente para Abraham mismo o para sus descendientes “basado en la ley,” es decir, los descendientes físicos del patriarca, que son los judíos, sino que “la promesa no es solamente para los que se basan en la ley, como Abraham. De esa manera, él viene a ser padre de todos nosotros.” Para decirlo de otro modo, es para todos los creyentes, sean judíos o no. La salvación es cierta sólo si la base no es lo que los hombres han hecho en el campo religioso o el moral, sino lo que Cristo ha hecho por que Su obra es perfecta por si sola. Es por esto que la promesa es cierta, porque se basa en el hecho de que Cristo obedeció completamente, una obediencia hasta morir en la cruz (Filipenses 2:8).

Por eso, Abraham es “padre de todos nosotros,” judíos y no judíos. Claramente Dios le dijo a él “Te he hecho padre de muchas naciones.” No solamente de Israel y de otras naciones que descienden de Abraham, como los Ismaelitas o los Edomitas, sino de “muchas naciones.” “Por medio de ti bendeciré a todas las familias del mundo” (Génesis 12:3). Abraham es el padre de todos los creyentes, sin importar a que raza o nación pertenezcan y del idioma que hablen, circuncidados o no. El es su padre con una condición: si ellos creen en la Palabra de Dios como lo hizo Abraham. El apóstol dice: “Este es el Dios en quien Abraham creyó, el Dios que da vida a los muertos y crea las cosas que aún no existen.” Cuando Dios le hizo esta promesa, el patriarca no tenía hijos todavía y por lo tanto no tenía descendientes. Pero delante del Señor, por causa de la promesa, él ya era, de hecho, no solamente el padre de una nación, sino el padre espiritual de muchas naciones. El tiene hijos en África, América, Europa, China y las más lejanas islas de la tierra, y en todas partes donde la gente se arrepienta y confiese sus pecados, se arrodillen ante Dios y reciban con un corazón creyente las promesas de la gracia, el perdón y la vida, que él hace en el Evangelio.

Cuando Dios ha hablado, el asunto es tan cierto que podemos considerarlo como que se ha cumplido. “Te he hecho padre.” Aquí, Pablo usa el tiempo perfecto ya que sin duda El es “el Dios que da vida a los muertos y crea las cosas que aún no existen.” Dios da vida a los muertos.

El, el que creó a los hombres también tiene el poder para resucitarlos. Esto concierne a la resurrección espiritual. De hecho, el ser humano está muerto en su trasgresión y sus pecados (Efesios 2:5; Colosenses 2:13). Es un cadáver espiritual y aunque viva como los animales y las plantas, en sí mismo él no tiene vida eterna, ya que sólo Dios puede dársela. Es por medio de la conversión, a través de la acción que el Espíritu Santo realiza en los corazones por medio del Evangelio de Jesucristo que El le da vida a los hombres, que los aleja de la condenación y la muerte y les proporciona la vida eterna. El “crea las cosas que aún no existen” (Isaías 41:4; 48:13). En el principio de todas las cosas El de hecho dijo: “¡Que haya luz!” (Génesis 1:3). “Que haya una bóveda que separe las aguas, para que éstas queden separadas” (Génesis 1:6). “Que produzca la tierra toda clase de plantas (Génesis 1:11). “Que haya luces en la bóveda celeste” (Génesis 1:14); y todo lo que dijo sucedió. Dios creó el universo de la nada. Donde no hay nada. El habla y Su voluntad se cumple. El salmista confiesa: “Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca, todos los astros” (Salmo 33:6).

Este Dios es todopoderoso y Abraham lo sabía, por eso es que él no tuvo dudas. El hasta llegó a creer lo que era increíble, “cuando ya no había esperanza, Abraham creyó y tuvo esperanza.” Humanamente hablando, no había esperanza. El y su mujer eran demasiado viejos para tener un hijo y ellos fueron solamente extranjeros en la tierra de Canaán que el Señor les había prometido. Hay cosas que esperamos que son normales o naturales. Por eso esperamos que llueva durante la época de lluvias; o esperamos una buena cosecha si llueve adecuadamente. Es muy normal que una pareja joven espere tener hijos. Pero a veces esperamos cosas que son unas necedades. De cualquier modo, lo que Abraham esperaba era necio, pero él esperó “cuando ya no había esperanza” ya que las condiciones naturales contradecían la promesa divina. Si él le hubiera dicho a sus hermanos que el engendraría un hijo, todo el mundo lo hubiera tratado como un loco. Sin embargo, la esperanza natural dio paso a una esperanza sobrenatural, una obra de Dios en su corazón y con base a una promesa cierta. “[El] creyó” y por eso se convirtió en padre de muchas naciones. El tuvo un hijo, Isaac, y un nieto, Jacob, que formaron una gran nación y vivieron en la tierra de Canaán. Jesús de Nazaret, el Salvador del mundo, vino de esta nación, y trajo el perdón y la salvación para todas las personas del mundo. Todos los que creen en El son descendientes de Abraham, forman parte de la promesa y heredarán la vida eterna representada por la tierra de Canaán.

“La fe de Abraham no se debilitó.” El patriarca permaneció fuerte y firme; él sabía que Dios no miente y tiene el poder para llevar a cabo lo que El ha prometido. Además, él no tomó en cuenta que “aunque ya tenía casi cien años de edad y se daba cuenta de que tanto él como Sara ya estaban casi muertos y que eran demasiado viejos para tener hijos.” “No dudó ni desconfió de la promesa de Dios.” Cuando Dios renovó Su promesa, él le respondió: “¿Acaso un hombre de cien años puede ser padre? Y, ¿acaso Sara va a tener un hijo a los noventa años?” (Génesis 17:17). Sin embargo, su fe superó este obstáculo, y cuando Dios más adelante le pidió que sacrificara a su hijo Isaac, él estaba listo para hacerlo, sabiendo que el Señor puede resucitar a los muertos y que El le devolvería a su hijo (Hebreos 11:19). El mantuvo sus ojos puestos en la promesa y superó todos los obstáculos. El estaba “plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete.” Por eso, él “tuvo una fe más fuerte,” y “¡Alabó a Dios!” El creer en las promesas que Dios nos da en Su Palabra es la mejor alabanza que podemos rendir. Es una confesión de que El es Dios y Señor, todopoderoso, bondadoso, misericordioso y fiel.

Y aún hoy, la fe continúa “cuando ya no [hay] esperanza.” La fe cree en lo que no ve. “Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos” (Hebreos 11:1). También hace que el Cristiano pelee la buena batalla de la fe (2 Timoteo 4:7). Pablo finaliza este capítulo con la declaración de que la Biblia contiene todo esto no por causa de Abraham, sino “de nosotros” para nuestra instrucción y confort. Dios quiere que sepamos que nuestra fe es acreditada como justicia, así como lo fue para el patriarca. Nosotros “si creemos en aquel que resucitó a Jesús, nuestro Señor.” La base de la fe de Abraham fue la redención del mundo que El había prometido, algo que Dios lograría en su momento. La base de nuestra fe es el hecho de que El ha cumplido esta promesa: la redención que es probada por la resurrección de Jesucristo. Abraham creyó en El “el Dios que da vida a los muertos” (4:17). Nosotros creemos en El, que resucitó a Su Hijo Jesucristo de entre los muertos. El es el único que ha completado la obra de la redención. El nos “rescató de la maldición de la Ley haciéndose maldición por causa nuestra” (Gálatas 3:13). “Pues Dios los ha rescatado a ustedes de la vida sin sentido que heredaron de sus antepasados; y ustedes saben muy bien que el costo de este rescate no se pagó con cosas corruptibles, como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha. Cristo había sido destinado para esto desde antes que el mundo fuera creado, pero en estos tiempos últimos ha aparecido para bien de ustedes. Por medio de Cristo, ustedes creen en Dios, el cual lo resucitó y lo glorificó; así que ustedes han puesto su fe y su esperanza en Dios” (1 Pedro 1:18-21). El apóstol hace una última afirmación: Cristo “fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para hacernos justos.” Para ser precisos, la traducción debería leerse: “por nuestros pecados...para hacernos justos.” Nuestros pecados y ofensas son la razón por la que El murió en la cruz. El “Cristo mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz” (1 Pedro 2:24), él se convirtió “en maldición por causa nuestra” (Gálatas 3:13), “Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados” (1 Juan 2:2). El es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). El es el descendiente de Abraham que “te aplastará la cabeza, y tú le morderás el talón” (Génesis 3:15). Nuestros pecados fueron la causa de su muerte en la cruz, pero Jesús no permaneció en la tumba. Jesús “fue...resucitado para hacernos justos.” Su resurrección da prueba al mundo de que El ha completado su obra y Señor, por eso, ha decidido justificar a la raza humana. Esa justificación estuvo lista en el momento en que Jesús cerró sus ojos y entregó su alma. Por esta razón Su Padre lo ha resucitado de entre los muertos. Su resurrección es un “Amén” potente que Dios expresó sobre toda la obra realizada por Su Hijo en la tierra. Es por eso que la fe en Cristo justifica al pecador. Así concluye este hermoso capítulo de la epístola a los Romanos.

Toda la presentación del apóstol Pablo muestra como la fe de Abraham debe servir de ejemplo a los creyentes. No tanto como Abraham, pero podemos fundamentar nuestra fe en lo que vemos y experimentamos. Los pecados de los cuales estamos conscientes nos condenan “pues si nuestro corazón nos acusa de algo” (1 Juan 3:20). La muerte alrededor nuestro proclama nuestra corrupción. Por supuesto que hay un testimonio del Espíritu Santo porque sabemos que tenemos fe y la sentimos en nuestros corazones, ¡pero muy débilmente! Sabemos que realizamos buenas obras, pero en honor a la verdad, ¡son muy pocas! De cualquier manera, no podemos basar la seguridad de la salvación en lo que sentimos o hacemos. La fe Cristiana solamente se fundamenta en la promesa de Dios. La Palabra enfrenta la promesa de Dios ante el sentimiento del pecado; y a la promesa de vida al sentimiento de muerte. La Palabra enfrenta a la realidad

terrenal con una realidad superior que no podemos ver ni tocar con nuestras manos, pero que se basa en la obra de Cristo.

Es por eso que la fe es acreditada como justicia, no debido a lo que es, sino por Jesucristo, que es su objeto y su contenido. La fe subsiste en El de la misma forma en que El se ha revelado a Si mismo en la Palabra, y en Su obra redentora; y lo que El ve y siente en su experiencia de vida, no la estremece. Por eso se adueña del perdón y de la vida eterna.

Para poder apreciar esta maravillosa enseñanza, se necesita un corazón contrito y humilde, que se arrepienta de verdad, que tema a la Ley y esté en busca del perdón y de la paz. El pecador arrepentido no encuentra ningún consuelo en su rectitud personal. Para escapar de la desesperación, tiene que salir de sí mismo, olvidarse de quien es él, y fundamentar su seguridad de perdón y de salvación en una justicia que no es la suya, sino la de su Salvador, la cual está fuera de él, y que le es acreditada gratuitamente.

Resumen:

Debemos fundamentar nuestra fe en el mensaje objetivo del Evangelio, el cual proclama lo que Jesús ha hecho por nosotros, y en Sus promesas irrevocables y eternas. Por eso, como lo demuestra el ejemplo de la fe de Abraham, la fe da toda la gloria a Dios y tiene la seguridad de que El también puede hacer lo que El ha prometido (4:21). Dios lo hace todo. El pecador vive por eso y lo convierte en suyo por la fe. Por lo tanto, la enseñanza de la justificación tiene un doble efecto: a.) Da la seguridad de la salvación. b.) Da toda la gloria a Dios.

Pasaremos al capítulo siguiente de la epístola de Pablo a los Romanos. Aún estamos en la segunda sección que trata acerca de la justificación y la salvación (3:21 al 5:21). Romanos 5 consta de dos partes. En la primera, el apóstol presentará los efectos de la justificación (5:1-11). Después, hará la comparación entre el primero y el segundo Adán, el Adán del Génesis y Jesucristo (5:12-21).

5. La justificación tiene efectos saludables en la vida del creyente (Romanos 5:1-11)

Puesto que Dios ya nos ha hecho justos gracias a la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Pues por Cristo hemos podido acercarnos a Dios por medio de la fe, para gozar de su favor, y estamos firmes, y nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos de los sufrimientos; porque sabemos que el sufrimiento nos da firmeza para soportar, y esta firmeza nos permite salir aprobados, y el salir aprobados nos llena de esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado.

Pues cuando nosotros éramos incapaces de salvarnos, Cristo a su debido tiempo, murió por los pecadores. No es fácil que alguien se deje matar en lugar de otra persona. Ni siquiera en lugar de una persona justa; aunque quizás alguien estaría dispuesto a morir por la persona que le haya hecho un gran bien. Pero Dios prueba que nos ama, en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Y ahora, después que Dios

nos ha hecho justos mediante la muerte de Cristo, con mayor razón seremos salvos del castigo final por medio de él. Porque si Dios, cuando todavía éramos sus enemigos, nos reconcilió consigo mismo mediante la muerte de su Hijo, con mayor razón seremos salvados por su vida, ahora que ya estamos reconciliados con él. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, pues por Cristo hemos recibido ahora la reconciliación (Romanos 5:1-11).

“Puesto que Dios ya nos ha hecho justos gracias a la fe.” La conjunción “puesto que” introduce una conclusión, una consecuencia de lo que viene antes, y ¿Qué es eso? Pues que “tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” Cristo ha hecho la paz entre Dios y los hombres al morir en la cruz; los reconcilió con El (2 Corintios 5:19). El hizo la paz “por la sangre derramada en la cruz” escribe el apóstol a los Cristianos de Colosa (Colosenses 1:20). A esta paz la llamamos paz objetiva, la única que existe entre Dios y los seres humanos. También existe una paz subjetiva, una paz interior, que fluye de la paz objetiva y está en los corazones de la gente. Los que han sido justificados por medio de la fe tienen paz con Dios. El pecador que sabe que Dios le perdona todos sus pecados y lo reviste con la justicia de Dios, tiene paz en su corazón; está en paz con el Señor y consigo mismo.

Tenemos esta paz de corazón “por medio de nuestro Señor Jesucristo.” Jesús le dijo a Su discípulo: “Les dejo la paz. Les doy mi paz, pero no se la doy como se la dan los que son del mundo. No se angustien ni tengan miedo” (Juan 14:27). Cristo “es nuestra paz” (Efesios 2:14). Es, sin duda, en El, y únicamente en El que Dios nos perdona y nos da su gracia. Es en El que Dios está “a nuestro favor” (Romanos 8:31), que nada puede acusarnos ni condenarnos (Romanos 8:33-34). Esto le permite al Cristiano creer que Dios obra en todas las cosas por su bien (Romanos 8:28) y así superar todas las pruebas, luchar con coraje y triunfar sobre todas las cosas. “Porque todo el que es hijo de Dios vence al mundo. Y nuestra fe nos ha dado la victoria sobre el mundo” (1 Juan 5:4).

Gracias a Jesucristo “hemos podido acercarnos a Dios por medio de la fe.” Jesús ha abierto el camino que conduce a la gracia de Dios para nosotros los pecadores. Recordemos que la gracia es la piedad y la misericordia por la cual Dios acude en ayuda del pecador, para perdonar sus faltas y justificarlo por la fe (3:25). En esta gracia “estamos firmes.” Es una base firme y segura, una roca a la cual podemos aferrarnos y resistir la tempestad. La gracia de Dios ha sido asegurada para nosotros; es cierta y constante, tan cierta como Dios que no cambia. Usted puede aferrarse a ella con confianza y encontrar allí la paz para su corazón.

En Cristo “nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios.” Pablo ha señalado que todas las personas “han pecado y están lejos de la presencia gloriosa de Dios” (3:23) y que no tienen razón para vanagloriarse (3:27). Ahora “sabemos que todo lo que dice el libro de la Ley, lo dice a quienes están sometidos a ella, para que todos callen y el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios” (3:19). Nuestra boca está callada que no podemos jactarnos delante de Dios, no podemos vanagloriarnos de mérito o justicia alguna. En contraste, la boca de los creyentes se abre para dar gloria y adorar a Dios. Ellos saben que Dios es gracioso para con ellos y les perdona en Su gran amor. Luego, en sus labios se abren y ellos dicen: “nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios.” Los Cristianos esperan en la gloria de Dios. Ellos saben que ellos formaran parte de ella. En su oración como sumo sacerdote El dice: “Padre, tu

me los diste, y quiero que estén conmigo donde yo voy a estar, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes que el mundo fuera hecho” (Juan 17:24). Ellos verán la gloria y a Su salvador y la compartirán. Ellos están tan seguros de ella que soportan los sufrimientos de este mundo con coraje: “Considero que los sufrimientos del tiempo presente si los comparamos con la gloria que habremos de ver después” (Romanos 8:18). “Alabemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por Su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo por la resurrección de Jesucristo. Esto nos da una esperanza viva, y hará que ustedes reciban la herencia que Dios les tiene guardada en el cielo, la cual no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse” (1 Pedro 1:3-4). “Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de Su Padre” (Mateo 13:43).

Esta gloria es cierta. Cuando sabemos y nos confesamos con humildad y gratitud que Dios nos ha justificado por la gracia, también sabemos que un día El nos glorificará a nosotros. Esto es tan seguro que en el capítulo 8 de su epístola, el apóstol habla de ello como si ya fuera así: “A los que de antemano Dios había conocido, los destinó desde un principio a ser como su Hijo, para que su Hijo fuera el primero entre muchos hermanos. Y a los que Dios destinó desde un principio, también los llamó ; y a los que llamó, los hizo justos; y a los que hizo justos, les dio parte en su gloria” (Romanos 8:29-30).

Cuando un creyente sabe que Dios le ha justificado por la fe, el tiene paz en su corazón y esperanza en la vida eterna. Estos son dos de los resultados de esta gran enseñanza de la justificación por la fe. Ellos no son los únicos, existen otros. El apóstol sigue con su razonamiento. “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos de los sufrimientos” Esto es extraño. Es natural que uno se jacte de su salud, de su fuerza o de su éxito. También es comprensible que un Cristiano se vanaglorie “con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios” sabiendo que se lo debe todo al Señor. Pero, ¿cómo podemos gloriarnos de nuestras tribulaciones y sufrimientos?, ¿Qué placer puede haber en el sufrimiento?, ¿Qué nos brinda el sufrimiento? El mundo lo llama masoquismo. ¿Acaso es sufrimiento no es algo de lo cual tratamos de deshacernos lo más pronto posible a fin de encontrar nuevamente la alegría?

El apóstol piensa lo contrario. El señala que el Cristiano puede gloriarse de los sufrimientos, porque están al servicio de la gloria que vendrá. En sus viajes misioneros, El les recomendó “que siguieran firmes en la fe, les dijeron que para entrar en el reino de Dios hay que sufrir muchas aflicciones” (Hechos 14:22). La manera del Cristiano es como la de Cristo: por el sufrimiento El entró en Su gloria. A los ojos de la gente resulta tonto pensar que las aflicciones sirven a un propósito bueno y saludable. Pero esto de gran importancia. Para una persona de este mundo el sufrimiento sólo puede ser algo malo, algo perjudicial que evita que sea feliz. Según la Biblia, nosotros podemos y deberíamos vanagloriarnos de nuestros sufrimientos como la gloria por venir. Son la prueba que resistimos con fe es como la riqueza como una bendición divina de la cual podemos gloriarnos.

Pablo no solamente señala esto, sino que también da una explicación necesaria. El sufrimiento y la gloria divina van juntos, aunque parezcan ser opuestos. Y aún más, el sufrimiento sirve a la gloria, y no nos frena para alcanzarla, pero es un medio que Dios utiliza para guiarnos hasta ella. Es gracias a Jesucristo que el pecador se adueña de ella a través de la fe. No hay duda “que el sufrimiento nos da firmeza,” o si lo prefiere, paciencia. Por sí misma, la aflicción y el

sufrimiento sólo puede causar tristeza, duda y a veces desesperación. Pero para el creyente este no viene por casualidad. Dios ha contado el cabello de su cabeza y nada sucede que no sea la voluntad de Dios. Por otra parte, el sufrimiento no es una señal de la ira divina. Con la firme base del Evangelio, él sabe que Dios lo ama y le concede Su gracia. Por lo tanto, si el Señor envía sufrimiento, se debe a que éste tiene un propósito, porque nos enseña a ser pacientes y a esperar en Dios. No ha salvación sin paciencia y perseverancia. La Biblia compara la vida de un Cristiano con una lucha o con una competencia deportiva (1 Corintios 9:24-27). Es por eso que Pablo afirma más adelante: “el sufrimiento nos da firmeza para soportar, y esta firmeza nos permite salir aprobados, y el salir aprobados nos llena de esperanza.” En el deporte, como todo el mundo sabe, no es posible ganar a menos que perseveremos en el entrenamiento, sin desanimarnos. Debemos negarnos aquellas cosas que nos alejen de alcanzar una buena condición física. Lo mismo pasa con el Cristiano. El sufrimiento produce perseverancia. El Cristiano debe refugiarse en la Palabra de Dios y en la oración para encontrar la fuerza necesaria. Al hacer esto, él está practicando su fe, la fortalece y la hace firme. Por eso puede salir victorioso en su lucha, y gana carácter. La fe es la victoria que triunfa en este mundo (1 Juan 5:4). Si en este mundo el Cristiano conociera sólo la felicidad, sin tener nunca que luchar ni aferrarse a las promesas de las Escrituras, él pronto se volvería negligente y abandonaría su fe. La fe necesita permanecer viva y crecer, tal como el fuego es necesario para purificar el oro. “Por esta razón están ustedes llenos de alegría, aún cuando sea necesario que durante un poco de tiempo pasen por muchas pruebas. Porque la fe de ustedes es como el oro: su calidad debe ser probada por medio del fuego. La que resiste la prueba vale mucho más que el oro, el cual se puede destruir. De manera que la fe de ustedes, a ser así probada, merecerá aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo aparezca” (1 Pedro 1:6-7; Santiago 1:3-4).

El sufrimiento produce perseverancia, y la perseverancia produce carácter. Finalmente el carácter produce “esperanza.” Las cosas invisibles son la base de la fe Cristiana (Juan 20:29; Romanos 8:24; Hebreos 11:1). Al hombre le gustaría ver aquello en que se le pide que crea. Tomás es un ejemplo (Juan 20:24-29). Por eso Dios debe purificar nuestra fe. La fe debe aprender a abandonar los apoyos visibles para aferrarse sólo a las promesas de Dios y para atesorar lo que no podemos ver, sino lo que el Señor ha prometido. Por eso aumenta la esperanza del Cristiano, y para eso él necesita sufrir. Por eso, lejos de ser un obstáculo para la felicidad y de evitar la salvación, el sufrimiento nos ayuda a alcanzar ambas cosas, y produce esperanza.

El apóstol Pablo señala que “esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado.” Es por eso que el creyente aprende a gloriarse del sufrimiento, ya que la esperanza de vida eterna es segura. La obra redentora de Jesucristo, Su muerte, y resurrección, y las promesas de Dios son su fundamento (4:25). Así mismo, “Dios ha llenado con su amor nuestro corazón.” No es el amor que sentimos por Dios, el cual no puede ser la base de nuestra esperanza, sino el amor que Dios siente por nosotros y que puede llenar nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, de lo cual El nos convenció cuando nos convirtió por Su Espíritu Santo. El creyente sabe que Su Padre celestial lo ama, y todo esto es seguro y cierto. Por esta razón un hijo de Dios sabe que él no cree ni espera en vano. El no se avergonzará en su fe y su esperanza. Cuando esperamos en Dios y en Su Evangelio no cometemos error.

Pablo ahora pasa a describir este amor divino con el cual Dios llenó el corazón del creyente, y enfatiza lo que es milagroso y único. “Cristo a su debido tiempo, murió por los pecadores.” El vino a este mundo no por casualidad, sino de acuerdo al plan que Dios había definido, y que El ha realizado por Si mismo. “Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a Su hijo, que nació de una mujer, sometido a la ley de Moisés, para rescatarnos a los que estábamos bajo esa ley y concedernos gozar de los derechos de hijos de Dios (Gálatas 4:4-5). El hizo esto “cuando éramos incapaces de salvarnos.” Obviamente, el apóstol Pablo se refiere al tiempo en que él y sus lectores “éramos incapaces” débiles en el ámbito espiritual, es decir, antes de estar en gracia. Un poco más adelante el dirá que ese era el tiempo “cuando todavía éramos pecadores” y “enemigos” (5:8, 10). La muerte de Jesucristo había tenido lugar antes de la conversión del apóstol y todos aquellos que se convirtieron cuando él proclamaba el Evangelio y a quienes había ganado. El dijo que Jesucristo “murió por los pecadores.” Son palabras muy fuertes, que ya ha utilizado en el versículo 4:5, donde Pablo señalaba que “Dios justifica al impío.” Todo lo que El ha hecho por la salvación de la humanidad, la muerte de Su Hijo y la justificación del creyente, fue por “los pecadores,” es decir, por la gente que no son siervos suyos ni le rinden culto, que no lo honran ni lo respetan, que no le tienen temor, amor ni confianza. Son personas que ciertamente no merecen que El tenga misericordia de ellos ni acuda en su ayuda.

Para ilustrar eso, San Pablo apela a lo que sucede en la vida cotidiana. Para demostrar hasta que punto Dios nos ama, él lo compara con los actos más nobles entre las personas y muestra la profunda brecha que existe entre el amor de Dios y el amor que los hombres son capaces de dar. El toma en consideración dos casos. El primero es tan especial que se nos hace difícil tomarlo en cuenta: “No es fácil que alguien se deje matar en lugar de otra persona.” La gente no suele hacer sacrificios por otra persona porque esa persona sea justa, honesta o virtuosa. Son muy raras sin duda alguna. Después de todo, ¿acaso no tenemos todos el deber de ser justos? “Aunque quizás alguien estaría dispuesto a morir por la persona que le haya hecho un gran bien.” Este es el segundo ejemplo. No se trata simplemente de un valiente ciudadano y una persona honesta y justa; sino de un benefactor, una persona que ha hecho mucho bien a su alrededor y que se ha entregado por otros. ¿Consideraría alguien sacrificarse por un hombre así, o morir en su lugar? “Quizás.” ¡Pudiera suceder!

Pero Dios no duda. El “prueba que nos ama, en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.” El sacrificó a Su único Hijo no por justo y buena persona, sino por los “pecadores.” Su amor no es un “quizás” o un tal vez, sino una realidad cierta, que El demostró totalmente por la muerte de Su Hijo. La Biblia señala una y otra vez que Cristo murió “por nosotros” (2 Corintios 5:14, 21; Gálatas 3:13; Efesios 5:2; 1 Juan 3:16), como un rescate “por la salvación de todos” (1 Timoteo 2:6), “para bien de todos” (Hebreos 2:9), “Cristo...llevó nuestros pecados” (1 Pedro 2:24; Isaías 53:12), “los pecados de muchos” (Hebreos 9:28). El sufrió “por nuestros pecados” (Romanos 4:25; Gálatas 1:4; 1 Pedro 3:18). El dio Su vida “por la vida del mundo” (Juan 6:51). Está claro. La muerte de Jesucristo en la cruz no es otra cosa que un sacrificio: El se sacrificó a Sí mismo por otros, y estos otros eran “pecadores” y no personas “justas” o “que hayan hecho un gran bien.”

El apóstol llega a la siguiente conclusión: “Y ahora, después que Dios nos ha hecho justos mediante la muerte de Cristo, con mayor razón seremos salvos del castigo final por medio de él.” Antes, nosotros éramos enemigos; ahora, Su sangre nos ha justificado. Antes, nuestros pecados

nos condenaban, ahora ellos están perdonados. Existen tres etapas en la vida de un Cristiano: lo que él era antes (un pecador), lo que él es ahora (justificado por la sangre de Cristo) y o que él será (salvo del castigo de Dios). La diferencia entre la primera y la segunda etapa, la condición del pecador y la de la persona justificada, es mucho más importante que la diferencia entre la segunda y la tercera etapa, entre justificado y salvo. La obra más grandiosa está hecha: Dios nos ha llevado de ser pecadores a estar justificados, de ser unos pecadores condenados a ser personas que tiene la gracia de Dios. El sabe bien como llevarnos de ser justificados a ser salvos. El, que es capaz de lograr lo más grande (hacer salvos a los pecadores).

Pablo dice: “justos mediante la muerte de Cristo.” Fuera de la sangre del Hijo de Dios, la cual El derramó por nosotros, no hay justificación para el pecador. Este versículo nos recuerda nuevamente que la salvación tiene lugar por la sangre de Cristo, mediante Su “liberación” (3:24-25). También nos recuerda que hay un castigo de Dios que los hombres se han merecido, quienes por naturaleza “merecíamos con toda razón el terrible castigo de Dios” (Efesios 2:3). “Dios nos (lo) muestra” (Romanos 1:18) y estallará en el día del juicio (Mateo 3:7; Apocalipsis 6:17). Si no creemos en Cristo, permanecemos bajo el castigo (Juan 3:36). El, sin duda alguna, salva y libera al pecador del castigo del cielo.

Los dos versículos siguientes repiten y enseñan la misma verdad pero de maneras diferentes. “Porque si Dios, cuando todavía éramos sus enemigos, nos reconcilió consigo mismo mediante la muerte de Su Hijo...”. Aquí el apóstol habla de reconciliación, al igual que en 2 Corintios 5:19 en donde dice: “Es decir que, en Cristo, Dios estaba reconciliando consigo mismo al mundo...”. “Pero ahora Cristo los ha reconciliado mediante la muerte que sufrió en su existencia terrena...” (Colosenses 1:22), es “por su muerte en la cruz” (Efesios 2:16) que Dios se reconcilió con la humanidad. El Evangelio que predica el apóstol se debe a esta razón que es “el mensaje de la reconciliación” (2 Corintios 5:19). Ellos tienen “el encargo de anunciar la reconciliación” (2 Corintios 5:18). La muerte de Cristo ha reconciliado al mundo con Dios, porque ella expió el pecado que separaba a Dios de los hombres. Esto sucedió cuando todos ellos eran “pecadores,” “enemigos” de Dios, por ende independientemente de la fe, antes de que nos convirtiéramos. Al estar reconciliados y justificados por la fe “seremos salvados por su vida.” La muerte de Cristo nos ha proporcionado la reconciliación. Por lo tanto, Su vida dará vida. Cristo es “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en Mí, aunque muera, vivirá” (Juan 11:25). El dijo: “...y vivirán porque yo vivo” (Juan 14:19).

“¡Y no solo esto!” El apóstol acaba de hablar del amor de Dios y de la salvación. Ahora menciona la reacción que trae esta enseñanza: “¡Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, pues por Cristo hemos recibido ahora la reconciliación!” El pecador no puede vanagloriarse de nada (3:10, 20, 22-23). En cuanto al Cristiano se refiere, nosotros “nos gloriamos en Dios.” El Cristiano le debe todo a El y a Su Hijo Jesucristo: la gracia, la reconciliación, el perdón, la salvación, la vida. Los Cristianos “estamos firmes, y nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios” (5:2). En otras palabras, el Cristiano da toda la gloria a Dios.

Resumen:

El apóstol Pablo dice que el pecador, justificado por la fe, tiene paz con Dios. El pone toda sus esperanzas en la gloria que Dios le ha prometido en el cielo. Es por esto que podemos

regocijarnos hasta de nuestros sufrimientos. De hecho, él Cristiano crece por ellos ya que producen perseverancia y paciencia, que nos da carácter, nos hace fuertes, y luego nos permiten tener esperanza. El le da toda la gloria a Dios quien, en Jesucristo, le ha demostrado Su gran amor.

6. Hay un paralelismo sorprendente entre Adán y Jesucristo (Romanos 5:12-21)

Así pues, por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado entró la muerte, y así la muerte pasó a todos porque todos pecamos. Antes que hubiera ley, ya había pecado en el mundo; aunque el pecado no se toma en cuenta cuando no hay ley. Sin embargo, desde el tiempo de Adán hasta el de Moisés, la muerte reinó sobre los que pecaron, aunque el pecado de estos no consistió en desobedecer un mandato, como hizo Adán, el cual fue figura de aquel que había de venir.

Pero el delito de Adán no puede compararse con el don que Dios nos ha dado. Pues por el delito de un solo hombre, muchos murieron; pero el don que Dios nos ha dado gratuitamente por medio de un solo hombre, Jesucristo, es mucho mayor y en bien de muchos. El pecado de un solo hombre no puede compararse con el don de Dios, pues por un solo pecado vino la condenación; pero el don de Dios, a partir de muchos pecados, hace justos a los hombres. Pues si la muerte reinó como resultado del delito de un solo hombre, con mayor razón aquellos a quienes Dios, en su gran bondad y gratuitamente, hace justos, reinarán en la nueva vida mediante un sólo hombre, Jesucristo.

Y así como el delito de Adán puso bajo condenación a todos los hombres, así también el acto justo de Jesucristo hace justos a todos los hombres para que tengan vida. Es decir, que por la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron hechos pecadores; pero, de la misma manera, por la obediencia de un solo hombre, muchos serán hechos justos.

La ley se añadió para que aumentara el pecado; pero cuando el pecado aumentó, Dios se mostró aún más bondadoso. Y así como el pecado reinó trayendo la muerte, así también la bondad de Dios reinó haciéndonos justos y dándonos vida eterna mediante nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:12-21).

Esta es la última parte de la segunda sección de la epístola que va desde el versículo 3:21 hasta el 5:21. El apóstol mostrará un claro paralelismo entre Adán y Jesucristo quien, de alguna manera, es el segundo Adán. Existe una diferencia que es enorme. Lo que el primer Adán hizo mal, lo reparó completamente el segundo Adán. “Así pues, por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo.” Es la muy conocida historia de la caída que relata Génesis 3. Ese hombre era Adán, el primer hombre creado por Dios, el que El formó con el barro. De hecho, el nombre “Adán” viene de la palabra hebrea, *adamath* que significa “tierra.” Antes de la caída, no había pecado en el mundo. Todo cuanto Dios creó era bueno. Por lo tanto, por medio de Adán entró el pecado al mundo. “El pago que da el pecado es la muerte” (Romanos 6:23). Por esto Pablo dice: “...y así la muerte pasó a todos porque todos pecamos.” Con el pecado Adán entró la muerte al mundo. Dios el Señor le dijo a Adán: “No comas del fruto de ese árbol, porque si lo comes, ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Luego dice después de la caída: “Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste formado, pues tierra eres

y en tierra te convertirás” (Génesis 3:19). La muerte es la consecuencia del pecado. Es muerte en todo el sentido de la palabra, no solamente la muerte física por medio de la cual una persona abandona esta vida y luego es sepultado. Cada vez que él contrasta la muerte con la vida (Romanos 5:21, 6:23), el apóstol piensa en la muerte en toda la extensión de la palabra: en la muerte espiritual, la muerte física y la muerte eterna. Es exactamente lo opuesto a la vida, es decir, la vida eterna que Dios ofrece al pecador en Jesucristo. La muerte es la separación de Dios quien es la fuente de vida. Esta separación comienza aquí abajo con la muerte espiritual que hace que el apóstol Pablo diga que nosotros estábamos “muertos a causa de las [nuestras] maldades y pecados” (Efesios 2:1 y 5). Y esa muerte espiritual es mientras vivamos como viven los animales y las plantas. Pero esta vida física no es la verdadera vida, la que Dios le había dado a la humanidad cuando El nos creó y que El nos devuelve por medio de Jesús cuando El perdona nuestros pecados. La muerte espiritual nos conduce a la muerte física que espera por cada persona, y finalmente a la muerte eterna o la condenación eterna (2 Corintios 2:16, 7:10; Santiago 1:15, 5:20, 1 Juan 5:16).

Todo pecado, cualquiera que sea, trae la muerte, hasta los pecados de los ateos que nunca han oído hablar de la Ley (Romanos 1:32, 2:12, 6:20-21). La trasgresión de Adán es la causa principal de la muerte de ellos. La humanidad está destinada a morir antes de cometer pecado alguno, porque ellos ya han pecado en Adán. El apóstol que acaba de mencionar a Adán, a quien llama “el cual fue figura de aquel que había de venir,” es decir, de Cristo. Hay una semejanza entre él y Jesucristo así pues el primero es una imagen o figura del segundo. Sin embargo, Adán desobedeció a Dios, mientras que Jesucristo fue obediente en todo (Filipenses 2:8). Adán es un modelo de desobediencia, mientras que Cristo es un modelo de obediencia y justicia. Como, pues, ¿puede existir una semejanza? En que la acción que cada uno de los dos realizó es atribuida a la humanidad. Es en esta comparación que yace el razonamiento del apóstol.

Por esto continúa: “Pues por el delito de un solo hombre, muchos murieron; pero el don que Dios nos ha dado gratuitamente por medio de un solo hombre, Jesucristo, es mucho mayor y en bien de muchos.” Este versículo contrasta al “delito de un solo hombre” con “el don que Dios nos ha dado gratuitamente por medio de un solo hombre, Jesucristo.” La gracia de Dios es Su misericordia, la cual viene de Jesucristo quien la ganó para la humanidad. El “don que Dios nos ha dado gratuitamente” es el que Dios ofrece en Su gracia, del cual el apóstol ha hablado tantas veces en esta segunda sección de su epístola: la justificación del pecador por medio de la fe. Esto también viene de Jesucristo. ¿Qué aprendemos con esta comparación? Que el pecado y la muerte vienen por Adán, mientras que la gracia y la justificación vienen por Jesucristo. Hay un paralelismo entre los dos, es decir, que el primer Adán prefigura al segundo.

No obstante el texto dice: “Pero el delito de Adán no puede compararse con el don que Dios nos ha dado” y “pero el don que Dios nos ha dado gratuitamente por medio de un solo hombre, Jesucristo, es mucho mayor y en bien de muchos.” Existe una fuerte comparación entre Adán y Jesucristo, pero ellos son muy diferentes. He aquí la primera diferencia: el delito, literalmente la “caída” de Adán, trae la muerte de muchos, pero la gracia de Dios y el don de Su gracia “es mucho mayor y en bien de muchos.” La gracia y el don de la gracia existen en abundancia. Ellos son “en bien de muchos.” En otra parte, Pablo habla de “la gran bondad que Dios les ha mostrado a ustedes” (2 Corintios 9:14). El señala que “cuando el pecado aumentó, Dios se mostró aún más bondadoso” (Romanos 5:20; ver 1 Timoteo 1:14). El habla de “la inagotable

bondad” de Dios (Romanos 2:4), de “las riquezas de su generosidad” (Efesios 1:7, 2:7), de las “incontables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8). Con frecuencia, el Evangelio es comparado con un tesoro (Mateo 6:21, 13:44, 19:21) por el cual somos ricos para Dios (Lucas 12:21). La muerte reinaba en el mundo por el pecado de Adán; y esta es la verdad. Pero donde reina la muerte, abunda la gracia y vence a la muerte. Es verdad que la muerte es fuerte, pero la gracia lo es aún más. Sin duda alguna, cuando Dios justifica al pecador por la fe en Jesucristo, El, en Su gracia, lo separa del pecado y de la muerte, lo libera de la condenación eterna. La gracia de Jesucristo es más fuerte que el pecado de Adán. Esta es la primera diferencia entre los dos.

Ahora pasemos a la segunda diferencia: “El pecado de un solo hombre no puede compararse con el don de Dios, pues por un solo pecado vino la condenación; pero el don de Dios, a partir de muchos pecados, hace justos a los hombres.” Con Adán, hubo un solo pecado en el principio, el hecho de que él hubiese comido del fruto del árbol prohibido. Este pecado resultó en la condenación del mundo entero. Con Jesucristo, en el principio, no había un pecado único, sino “muchos pecados,” literalmente, “múltiples ofensas” que finalizaron, gracias a Su desobediencia, en justificación. La condenación, de la cual Adán es el autor, es el resultado de un sólo pecado, mientras que el don gratuito de justificación en Cristo está allí para eliminar todos los pecados del mundo. También en ese sentido, la obra de Cristo es superior a la de Adán. Tal como lo dijera el versículo anterior, por eso es que “el delito de Adán no puede compararse con el don que Dios nos ha dado.” La gracia de Dios en Jesucristo justifica y salva aún más que lo que puede condenarnos el pecado de Adán. Su justicia es mucho más poderosa para nuestra salvación que lo que fue el pecado de Adán para nuestra condenación. Y esta justicia no solamente perdona el pecado de Adán, sino los pecados de todo el mundo.

“Pues si la muerte reinó como resultado del delito de un solo hombre, con mayor razón aquellos a quienes Dios, en su gran bondad y gratuitamente, hace justos, reinarán en la nueva vida mediante un sólo hombre, Jesucristo.” Esta es una nueva afirmación que también muestra que la obra de Cristo es superior a la de Adán. De hecho, el pecado de Adán ha sometido a la muerte a toda la humanidad. “Dios, en su gran bondad y gratuitamente, [nos] hace justos” y hace algo más que simplemente ponerle fin a esta muerte, sino que libera a quienes reciben el don y que “reinarán en la nueva vida.” Por el pecado de Adán, la muerte reinó. Por la obra de Cristo, la vida no reina simplemente sino que nosotros reinaremos en la vida. Note el cambio de tema. Lo que Adán hizo, lo hizo por la muerte; lo que Cristo hizo, El lo hizo por nosotros.

La obra que realizó Jesucristo en la cruz le da a los creyentes una certeza gloriosa: ella le asegura a ellos la vida eterna ya que están justificados por la fe. Esta certeza vence tres obstáculos:

- 1) Sufrimientos: que nos conducen a la salvación, en vez de alejarnos de ella (5:1-5).
- 2) Lo que éramos antes de que creyéramos: pecadores y enemigos de Dios, un hecho que no evitó que Dios acudiera a nosotros y nos liberara (5:6-11).
- 3) Nuestra muerte: Si morimos por causa del pecado que ha sido acreditado a nosotros, así mismo, la justicia de nuestro Salvador nos proveerá mucha más vida (5:12-21). Su justicia es más poderosa para salvarnos que lo que nos sometía el pecado de Adán a la muerte y a la condenación.

Los últimos versículos del capítulo repiten, con palabras distintas, lo que el apóstol ya ha explicado, para llenar los corazones de los lectores. El apóstol continua dibujando paralelismos

entre Adán y Cristo, contrastándolos entre sí. “El delito” y “el acto justo”; “condenación” y “hace justos;” “desobediencia” y “obediencia;” “muchos fueron hechos pecadores” y “muchos serán hechos justos;” “el pecado reinó trayendo la muerte” y “también la bondad de Dios reinó haciéndonos justos y dándonos vida eterna.” Las dos cosas son válidas para “muchos” y “a todos los hombres.” El apóstol contrasta la única ofensa por la cual la condenación alcanzó a todos los hombres el apóstol con “el acto justo” el cual “hace justos a todos los hombres para que tengan vida.” Este “acto justo” consiste de lo que Jesús hizo para reparar el mal que hizo Abraham, es Su obediencia hasta la muerte con la cual el compró a toda la humanidad.

La justificación “hace justos a todos los hombres para que tengan vida.” Esto significa que todos los hombres ahora pueden tener el perdón, la justificación y la liberación de sus pecados si ellos creen en Cristo. Pero esto también puede indicar que en Cristo, Dios, de hecho, ha justificado a todos los hombres del mundo en el sentido de que Dios ha pronunciado sobre ellos el veredicto de la absolución y el perdón en el momento en que Cristo murió por ellos’ ahora ellos tienen que recibirla por la fe. Esta justificación objetiva pronunciada sobre el mundo entero debe convertirse en justificación subjetiva. Nosotros debemos predicar estas Buenas Nuevas a todos para que ellos puedan estirar la mano de la fe para recibir este don; por eso el perdón y la salvación se convierten en realidad tuyas. De hecho, note que el apóstol describe un paralelismo entre Adán y Cristo: lo que Adán ha hecho, él lo contrasta con lo que Cristo ha hecho y demuestra que el uno y el otro han actuado en lugar de toda la raza humana. La justificación objetiva del mundo entero por eso se asemeja a una amnistía (perdón colectivo) la cual es declarada por un rey o un presidente para todos los prisioneros de su país el día en que él asume el poder. El los perdona a todos, pero ellos tienen que oír este mensaje para poderlo saber. Ellos también deben creerlo, para que puedan tomar todas sus cosas y salir de la prisión. En el tiempo en que Cristo murió en la cruz, de alguna manera Dios le declaró al mundo entero: “¡Yo los perdono! ¡Yo los he salvado!” Para poder beneficiarnos de ello, los hombres debemos recibir su gracia y el don que en “su gran bondad y gratuitamente, [nos] hace justos” (5:17). Esto le pasa a los hombres cuando creen en El.

Una pregunta más antes de terminar este capítulo: ¿Es normal que Dios deba atribuirle a todos los hombres el pecado de Adán, que Él los considere responsables como si todos ellos lo hubieran cometido ellos mismos? ¿Acaso no dice la Biblia?: “A mí me pertenece todo ser humano, lo mismo el padre que el hijo. Aquel que peque, morirá...Solo aquel que peque morirá. Ni el hijo ha de pagar por los pecados del padre, ni el padre por los pecados del hijo. El justo recibirá el premio a su justicia; y el malvado, el castigo a su maldad” (Ezequiel 18:4, 20). “Los padres no podrán ser condenados a muerte por culpa de lo que hayan hecho sus hijos, ni los hijos por lo que hayan hecho sus padres, sino que cada uno morirá por su propio pecado” (Deuteronomio 24:16). ¿Tiene Dios el derecho de hacer lo que El le prohíbe a los hombres? ¿Está El castigando al mundo entero por el pecado de Adán? Nosotros no lo comprendemos según la justicia de los hombres. Es un obstáculo para nuestro entendimiento.

Nosotros podemos darle tres respuestas a este rompecabezas:

1. Dios no tiene obligación de rendir cuentas a la humanidad. El es Dios y decide lo que el tiene que hacer. El también es un Dios justo que jamás comete una injusticia. Si el no fuera soberano y justo en todo lo que El hace, El no sería Dios. “¡Qué profundas son las riquezas de

Dios, y su sabiduría y entendimiento! Nadie puede explicar sus decisiones, ni llegar a comprender sus caminos. Pues “¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá darle consejos? ¿Quién le ha dado algo antes, para que él tenga que devolvérselo? Porque todas las cosas vienen de Dios, y existen por él y para él. ¡Gloria para siempre a Dios! Amén.

2. En Adán, ha desobedecido toda la raza humana. No hay duda de que Dios sabía que todos los hombres hubieran hecho lo mismo que Adán, si hubieran estado en su lugar.
3. La Biblia enseña que todas las personas han heredado el pecado de Adán solo porque ella enseña también que todos los hombres han heredado la justicia de Cristo. Quizás tendríamos el derecho a rebelarnos contra el primer hecho, si el segundo no existiese. El primer caso nos lanzaría a la desesperación; si el segundo caso no existiera para llenar nuestros corazones de gozo y gratitud. Si por razones de justicia uno niega que Dios haya acreditado el pecado de Adán a todos los hombres, uno debe también negar, por las mismas razones, que la justicia y la salvación de Jesucristo son acreditadas a la humanidad. Si yo acepto lo que el Señor ha hecho en Jesucristo, debo también admitir lo que El ha hecho en Adán.

Resumen:

Adán introdujo el pecado y la muerte en el mundo; Cristo trajo justicia y vida. La desobediencia de Adán puso a toda la humanidad bajo el juicio de la Ley; la obediencia de Cristo les coloca bajo un veredicto de perdón y de gracia. Más donde abunda el pecado, la gracia abunda mucho más.

SECCIÓN TRES

PABLO LLAMA AL CRISTIANO A UNA VIDA SANTIFICADA

Romanos 6 y 7

Luego de su magistral presentación de la justificación, el apóstol Pablo presenta a la santificación. Después de haber explicado como Dios justifica al pecador por la fe, cómo lo absolvió y le llamó en Jesucristo para que tuviera el perdón y la salvación, él ahora muestra cómo El lo llama a una vida santificada, para que él pueda dar gloria a Dios. En Romanos 6 y 7, él hablará de la santificación en general. En Romanos 12 y en los siguientes capítulos, hablará de ella de una manera concreta, y hablará detalladamente acerca de la vida Cristiana. Los capítulos 6 y 7 explican cómo el Cristiano recibe la libertad del pecado y de la Ley. Estos capítulos son muy importantes, porque ellos muestran el vínculo entre la justificación y la santificación, es decir, entre el perdón y la salvación que ofrece Cristo, y la vida Cristiana a la cual El nos llama.

1. El Bautismo libera del pecado al que creyente; ahora el participa de la muerte y la resurrección de Cristo (Romanos 6:1-14)

¿Qué diremos entonces? ¿Vamos a seguir pecando para que Dios se muestre aún más bondadoso? ¡Claro que no! Nosotros ya hemos muerto respecto al pecado; ¿cómo, pues, podremos seguir viviendo en pecado? ¿No saben ustedes que, al quedar unidos a Cristo Jesús en el bautismo, quedamos unidos a su muerte? Pues por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, y morimos para ser resucitados y vivir una vida nueva, así como Cristo fue resucitado por el glorioso poder del Padre.

Si nos hemos unido a Cristo en una muerte como la suya, también nos uniremos a él en su resurrección. Sabemos que lo que antes éramos fue crucificado con Cristo, para que el poder de nuestra naturaleza pecadora quedara destruido y ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado. Porque, cuando uno muere, queda libre del pecado. Si nosotros hemos muerto con Cristo, confiamos en que también viviremos en él. Sabemos que Cristo, habiendo resucitado, no volverá a morir. La muerte ya no tiene poder sobre él. Pues Cristo, al morir, murió de una vez para siempre respecto al pecado; pero al vivir, vive para Dios (Romanos 6:1-10).

“¿Qué diremos entonces?” La palabra “entonces” es una especie de enlace entre lo precedente y lo que sigue. El introduce una pregunta que todos quieren formular después de haber leído el texto acerca de la justificación. ¿Qué conclusión podemos sacar de todo esto? Al Apóstol le gusta hacer esta pregunta: “¿Qué diremos entonces?” Ya la habíamos encontrado en Romanos 3:5, 4:1, y la encontraremos otra vez en Romanos 7:7, 8:31, 9:14, y otros. Ella atrae nuestra atención hacia lo que viene e invita al lector a pensar. “¿Vamos a seguir pecando para que Dios se muestre aún más bondadoso?” Eso parece lógico, porque Pablo sí dijo que “pero cuando el pecado aumentó, Dios se mostró aún más bondadoso” (5:20). La Ley de Dios aumenta el pecado, pero la gracia siempre aumentará más. Con Dios, en el mundo siempre habrá más gracia que pecado. Por eso podemos concluir: “Pues, ¡sigamos adelante! Vamos a seguir pecando para que

aumente la gracia. ¡Vamos cometer muchos pecados, para tener mucha gracia!” Ese es el razonamiento natural del hombre, el incrédulo que no entiende nada acerca del Evangelio y a seguir el razonamiento humano. Muchas veces la gente culpa al Cristianismo, en particular a los que enseñan la justificación por la fe y sin las obras de la Ley; o sea, ellos los acusan de predicar una salvación fácil y con eso animan a la gente a pecar, ya que ellos enseñan que Dios es misericordioso con ellos. Como el pecado ya no condena, ¡pues entonces pequemos! Si las obras no salvan, entonces ¡es inútil realizar estas obras! En Romanos 3:8, el apóstol ya ha enfrentado esta objeción: “¿Por qué no decir -- como sarcásticamente se ha reportado que decimos, y como muchos alegan que lo hacemos -- por qué no hacer lo malo para que venga lo bueno?” El también añadió: “pero tales personas merecen la condenación.”

“¡Claro que no!” ¡Es imposible, inconcebible! ¡No podemos razonar de esta manera! “Nosotros ya hemos muerto respecto al pecado; ¿cómo, pues, podremos seguir viviendo en pecado?” La justificación o el perdón de Dios mata al pecado, o más bien, hace que el creyente este “muerto respecto al pecado.” Es importante entender bien esta expresión. Este verbo explica realmente cómo la justificación es la fuente de la santificación y continúa siéndolo durante toda la vida del Cristiano; este aclara como la vida Cristiana fluye del perdón que ofrece Cristo y la cual recibimos por la fe. Morir con respecto al pecado ya no significa existir por el pecado. Esto significa que ya no tenemos que explicarlo. En el pasado, cuando moría un esclavo, él ya no existía para su amo. Su señor ya no podía darle más órdenes. La muerte liberaba al esclavo, lo sacaba fuera del mando de su maestro; el amo perdía todo su poder sobre él. La muerte liberaba al esclavo y le proporcionaba el descanso.

Pues lo mismo pasa con el pecado. Es un amo y un tirano que toma a la persona y la pone a su servicio. Pero pocos versículos después, Pablo dirá que los creyentes ya no son esclavos del pecado (6:6-7). Ellos son liberados de él, y como estamos muertos respecto al pecado, “¿cómo, pues, podremos seguir viviendo en pecado?” Un esclavo muerto es aquel que ya no tiene que servirle a su amo. No podemos “estar muertos respecto al pecado” y “vivir en el pecado” al mismo tiempo. Por eso no podemos “vivir en el pecado” bajo el pretexto de que así aumentará la gracia. Un pecador a quien Dios ha justificado por la fe, no puede vivir más bajo el mando del pecado que lo que puede un esclavo muerto servir a su amo.

El Cristiano está muerto respecto al pecado. En otra parte Pablo dice: “Porque si viven ustedes conforme a tales inclinaciones, morirán; pero si por medio del Espíritu hacen ustedes morir esas inclinaciones, vivirán” (Romanos 8:13). “Hagan, pues, morir todo lo que hay de terrenal en ustedes: que nadie cometa inmoralidades sexuales, ni haga cosas impuras, ni siga sus pasiones y malos deseos...” (Colosenses 3:5). El creyente está muerto respecto al pecado y al mismo tiempo es invitado a morir respecto a él. Esto no es una contradicción. Es cierto que estamos muertos respecto al pecado en el sentido en que éste ya no gobierna sobre nosotros, pero el pecado continúa estando allí en nuestra vida y siempre estamos tentados a caer. Es por eso que la Biblia nos exhorta a morir para el pecado, “despojarse de lo que antes eran” y “revestirse de la nueva naturaleza” (Efesios 4:22-24). No vivir en el pecado, resistirlo para que así no lo cometamos, es el lado negativo de la santificación Cristiana. Su lado positivo es cuando se sirve a este nuevo amo, cuando se “vive para Dios” (6:11).

Pablo, ahora se dirige a sus lectores. Ellos, en cierto modo, tienen algunas dudas sobre esta materia. En este caso, esto se debe a que ellos ignoran algo fundamental, es decir, lo que sucede en el Bautismo. “¿No saben ustedes que, al quedar unidos a Cristo Jesús en el bautismo, quedamos unidos a su muerte?” El apóstol utiliza el plural de la persona; y se incluye a sí mismo entre sus lectores, ya que él también ha sido bautizado en Cristo (Hechos 9:18). “Unido a Cristo Jesús en el bautismo...” “Bautícenlas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Los Cristianos bautizan en el nombre de la Santa Trinidad, y por eso una persona está en comunión íntima con la Trinidad. Pero este también es, y de una manera especial, un Bautismo “en el nombre de Jesucristo” (Hechos 2:38), porque este trae al receptor el perdón y la salvación que Jesucristo ha ganado para el mundo. “Ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo” (Gálatas 3:27). Por lo tanto, los Cristianos han sido “unidos a Cristo Jesús en el bautismo,” lo cual significa que ellos han sido “unidos a su muerte.” O si usted lo prefiere, ellos están inmersos en Su muerte.

Y ¿qué significa estar bautizado o estar inmerso en la muerte de Cristo? Simplemente esto, estar bautizado o estar sumergido en lo que Jesucristo ha obtenido por Su muerte en la cruz, el perdón de los pecados y la vida eterna. El es el sacrificio expiatorio (Romanos 3:25; 1 Juan 2:2). Su muerte es la única que libera y salva. Estar unido a Su muerte en el Bautismo significa estar inmerso en Su salvación. El Bautismo es un medio de gracia y de salvación, y no podemos estar inmersos en la muerte de Cristo y al mismo tiempo permanecer bajo el mandato del pecado. El apóstol Pedro dice que “Cristo mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo en la cruz, para que nosotros muramos al pecado y vivamos una vida de rectitud. Cristo fue herido para que ustedes fueran sanados” (1 Pedro 2:24).

“Pues por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, y morimos para ser resucitados y vivir una vida nueva, así como Cristo fue resucitado por el glorioso poder del Padre.” El Bautismo Cristiano es un bautismo unido a la muerte de Cristo. Sepultar a Cristo es, al mismo tiempo, ser sepultado también con El. Esto añade más énfasis a lo que él acaba de decir. Nosotros no sepultamos a personas vivas, sino a los muertos, y sepultar a alguien significa que esa persona indudablemente está muerta. La muerte de Jesús lo liberó de la terrible carga que El llevó sobre la cruz, el peso aplastante de los pecados del mundo. Esa era la deuda que él tenía que pagar; El había cumplido Su misión. Al morir, El gritó “ha terminado.” El había pagado la deuda; El había cumplido Su misión. La muerte lo liberó de los pecados que El había cargado y del castigo que había sufrido. La muerte ya no tenía ningún poder sobre El. Lo mismo sucede con los creyentes. Mediante el Bautismo ellos entran a la muerte y la sepultura de Cristo; mueren con El; los libera del pecado. En cuanto al pecado se refiere estamos muertos y enterrados. Este ya no tiene más poder sobre nosotros que el que tuvo sobre Cristo una vez que El murió.

El bautismo no logra eso automáticamente. Es el sacramento que Dios nos ha dado; no es magia. Pablo habla a los Cristianos que han recibido este sacramento con fe y que perseveran en ella, y esto queda entendido en la expresión “unidos a Cristo Jesús en el bautismo,” ya que el Bautismo y la fe siempre van juntos: “El que crea y sea bautizado, obtendrá la salvación; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). “Pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo” (Gálatas 3:26-27). La fe es la mano extendida que sostiene todos los dones que el Bautismo ofrece. Si una

persona no se agarra de esta mano, el Bautismo no convierte al receptor en hijo de Dios ni lo salva.

Cristo no permaneció en Su tumba. El volvió a la vida triunfante al tercer día. Así como los Cristianos están unidos a El en Su muerte, ellos también están unidos con El en Su resurrección. Si Cristo no hubiera resucitado, Su muerte hubiera sido inútil. Su resurrección fue absolutamente necesaria. Ella demostró que El había logrado Su redención, que Jesús Cristo lo había conquistado todo, el pecado, la muerte y el infierno. Dios lo ha resucitado de entre los muertos y lo exaltó a Su diestra (Filipenses 2:9-11). “Cristo fue resucitado por el glorioso poder del Padre.” Dios lo resucitó, y la Biblia también enseña que Cristo se resucitó a Si mismo (Juan 10:18). Ambas son ciertas. El Mismo se resucitó, porque El es verdadero Dios y “la resurrección y la vida” (Juan 11:25). Y Dios lo resucitó a El ya que El había obedecido hasta la muerte, y El lo resucitó para dar testimonio al mundo entero de que El había cumplido Su misión. Por lo tanto El fue resucitado “por el glorioso poder del Padre.” La palabra “gloria” señala a todas Sus cualidades divinas. Así, Dios resucitó a Su Hijo por Su poder Divino, pero también por Su amor, Su gracia y Su fidelidad.

El Bautismo nos une a Cristo quien murió y resucitó. El nos llama a “vivir una vida nueva.” Jesucristo resucitó, no para volver a vivir una vida nueva en la tierra, y morir nuevamente algún día, sino para una nueva vida. Como los Cristianos están unidos a El, ellos también están llamados a vivir una nueva vida. La santificación o vida Cristiana es una nueva vida, una renovación, un cambio interior de una persona y, por ende, también un cambio de vida (Efesios 4:22-24; Colosenses 3:9-10). El viejo hombre debe morir y debe surgir un nuevo ser cada día. El Cristiano le dice no al pecado y a la maldad, y le dice que sí a la justicia y a la bondad. Esa es la vida Cristiana. El Bautismo nos libera del pecado y ofrece vida eterna. Al mismo tiempo trae la muerte con respecto al pecado y nacer a una nueva vida. El bautismo es al mismo tiempo un medio de justificación y un poder para la santificación. Lutero se refirió a este texto de Romanos 6 y escribió en el Catecismo Menor lo siguiente: “El Bautismo indica que el Viejo Adán en nosotros debería ser ahogado con la contrición diaria y el arrepentimiento y morir con todos los pecados y los malos deseos, y que todos los días debe surgir un hombre nuevo y levantarse para vivir ante Dios en justicia y pureza por siempre.”

El texto Griego se refiere al dibujo de una planta - que la Versión del Rey Jaime traduce así: “Hemos sido sembrados en la igualdad de Su muerte.” Hemos sido “sembrados juntos” con Cristo. El Bautismo nos une a Jesús, al igual que un injerto se convierte en parte del árbol al cual ha sido pegado y vive por causa de él. El Bautismo nos ha unido con Jesucristo “en una muerte como la suya.” Hemos muerto en una muerte similar a la Suya. Tal como El ha soportado y expiado nuestros pecados en la cruz y nos ha liberado del pecado por Su muerte, nosotros también hemos sido liberados del pecado, puesto que fuimos unidos a El en el Bautismo; estamos muertos para el pecado. Ya no vivimos para cometer el mal. Y como la resurrección de Jesucristo vino después de Su muerte, nuestra unión con El por el Bautismo nos lleva hacia una nueva vida. Y como estamos unidos a Cristo, somos uno y la misma planta con El “en una muerte como la suya,” “también nos uniremos a él en su resurrección.” El bautismo nos resucita con Jesús y nos hace vivir una nueva vida con El.

“Confiamos en que también viviremos en él.” El apóstol explica esto en la siguiente cita de Efesios: “Pero Dios es tan misericordioso y nos amó con un amor tan grande, que nos dio vida juntamente con Cristo cuando todavía estábamos muertos a causa de nuestros pecados. Por la bondad de Dios han recibido ustedes la salvación” (Efesios 2:4-5). O nuevamente “En él también, ustedes han sido circuncidados, no con una circuncisión hecha por los hombres, sino con la circuncisión hecha por Dios al unirlos a Cristo y despojarlos de su naturaleza pecadora. Al ser bautizados, ustedes fueron sepultados con Cristo, y fueron también resucitados con él, porque creyeron en el poder de Dios, que lo resucitó. Ustedes, en otro tiempo, estaban muertos espiritualmente a causa de sus pecados y por no haberse despojado de su naturaleza; pero ahora Dios les ha dado vida juntamente con Cristo, en quien nos ha perdonado todos los pecados” (Colosenses 2:11-13). “Por lo tanto, ya que ustedes han sido resucitados con Cristo (Colosenses 3:1). Y en Gálatas Pablo escribe: “y ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí” (Gálatas 2:20). El apóstol aquí en nuestro texto habla de esta vida, de la resurrección espiritual.

“Sabemos que lo que antes éramos fue crucificado con Cristo.” Esto es exactamente lo que Pablo señaló en el texto que acabamos de citar (Gálatas 2:20). Los Cristianos estamos muertos para el pecado. El Viejo Adán fue crucificado con Jesucristo cuando el Bautismo los unió a Él. Es por esto que se les pide que crucifiquen al Viejo Adán, “Por eso, deben ustedes renunciar a su antigua manera de vivir y despojarse de lo que antes eran, ya que todo eso se ha corrompido, a causa de los deseos engañosos” (Efesios 4:22). Dios, de alguna manera, había tratado a Su Hijo como a un pecador, cuando hizo que Él muriera en la cruz por los pecados del mundo. Y nosotros también debemos tratar a lo que éramos antes (al Viejo Adán) como a un terrible pecador, negarnos a someternos a él, porque el pecado ya no es nuestro amo.

“Para que el poder de nuestra naturaleza pecadora quedara destruido y ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado.” Pablo habla de “nuestra naturaleza pecadora,” y hablará en Romanos 7:24 de “el poder de la muerte que está en el cuerpo.” El hombre está enteramente corrompido, tanto en el cuerpo como en el alma, por eso el cuerpo no es más malo que el alma, pero es el instrumento del pecado. Si la gente no tuviera cuerpos, ellos muy difícilmente podrían cometer pecados, tales como robos, asesinatos, adulterio o mentir. Es por el cuerpo que el pecado ejerce su poder, lo cual conduce al apóstol diciendo: “no dejen ustedes que el pecado siga dominando su cuerpo mortal” (6-12).

El apóstol Pablo no dice que los Cristianos ya no pecan, que su santificación es total y perfecta, que ellos son completamente santos. Juan escribe: “Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros” (1 Juan 1:8). El Cristiano no está sin pecado, está muy lejos de eso. Por otro lado, él no deja que el pecado gobierne sobre él; él ya no es su esclavo. El Cristiano no peca por placer, sino por su debilidad y descuido o falta de atención. Y, ¿por qué no gobierna el pecado? He aquí la respuesta de Pablo: “Porque, cuando uno muere, queda libre del pecado.” Literalmente: El que está muerto está absuelto, libre de su poder y de su mandato. La santificación Cristiana no es parar totalmente el pecado, como lo explicará el apóstol en el próximo capítulo, sino el hecho de que el pecado es sostenido por una correa y ha perdido su control. El creyente ha vencido al pecado y espera la victoria total y definitiva que tendrá lugar en el cielo.

“Si nosotros hemos muerto con Cristo, confiamos en que también viviremos en él.” Esta es la feliz certeza todo verdadero Cristiano. Cuando estamos muertos con Cristo, unidos a Su muerte por el Bautismo, también sabemos que viviremos con El. “Dentro de poco, los que son del mundo ya no me verán; pero ustedes me verán, y vivirán porque yo vivo” (Juan 14:19). “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que todavía está vivo y cree en mí, no morirá jamás” (Juan 11:25-26). “Sabemos que Cristo, habiendo resucitado, no volverá a morir. La muerte ya no tiene poder sobre él. Pues Cristo, al morir, murió de una vez para siempre respecto al pecado; pero al vivir, vive para Dios. El Cristiano tiene la seguridad de la vida eterna; porque él sabe que Cristo, quien una vez murió por todos y fue resucitado de entre los muertos, ya no morirá más. De hecho, Su resurrección testifica que El ha pagado la pena del pecado y ha vencido a la muerte. “La muerte ya no tiene poder sobre él,” literalmente significa que “ya no es su dueña.” Por su muerte El “destruyó el poder de la muerte, y que por el Evangelio, sacó a la luz la vida inmortal” (2 Timoteo 1:10).

“Pues Cristo, al morir, murió de una vez para siempre respecto al pecado.” Decir que murió “respecto al pecado” puede significar “por causa del pecado” o “para el pecado.” Ambas cosas son ciertas. Jesús murió por causa del pecado, porque El tenía que pagar la condena por los pecados del mundo. Pero El también murió para el pecado. El ya no tuvo nada más que ver con el pecado; porque ya no existe más para El. Por esta razón, el pecado ya no lo podía mantener cautivo. El ha resucitado triunfante. El murió “de una vez para siempre.” La epístola a los Hebreos insiste en el hecho de que el sacrificio de Cristo fue único, porque fue perfecto (Hebreos 7:27, 9:12, 10:10). Es a través de una ofrenda única (Hebreos 10:14) que el redimió a la humanidad. Así, la vida que El vive ahora ya no tiene ninguna relación con el pecado: “Pero al vivir, vive para Dios.” El vive para Dios, en unión íntima con Su Padre, en la gloria eterna. Todas las cosas que El experimentó, sufrió, y soportó aquí en el mundo, El las vivió, las soportó y las sufrió en relación al pecado, debido a los pecados del mundo. Ahora El es verdaderamente libre de sus ataduras y vive para Dios. Los Cristianos a quienes El ha justificado y salvado están llamados a la misma gloria. Por lo tanto, es apropiado que, como su Salvador y Señor, ellos vivan “para Dios,” y renuncien al pecado y caminen en santidad.

Así también, ustedes considérense muertos respecto al pecado, pero vivos para Dios en unión con Cristo Jesús.

Por lo tanto, no dejen ustedes que el pecado siga dominando en su cuerpo mortal y que los siga obligando a obedecer los deseos del cuerpo. No entreguen su cuerpo al pecado, como instrumento para hacer lo malo. Al contrario, entréguenle a Dios, como personas que han muerto y han vuelto a vivir, y entréguenle su cuerpo como instrumento para hacer lo que es justo ante él. Así el pecado ya no tendrá poder sobre ustedes, pues no están sujetos a la ley sino a la bondad de Dios (Romanos 6:11-14).

“Así también, ustedes considérense muertos respecto al pecado, pero vivos para Dios en unión con Cristo Jesús.” Si estamos muertos respecto al pecado, estamos vivos para Dios. El creyente le pertenece a El, y de El él ha recibido la vida eterna por la fe en Jesucristo. El está muerto para el pecado, él ya no existe para este, él ya no es su esclavo. El tiene otro amo que es Dios. “Por lo tanto, no dejen ustedes que el pecado siga dominando en su cuerpo mortal.” Como lo hemos

visto, el cuerpo es el instrumento habitual del pecado. Es la “naturaleza pecadora” (6:6). Es por eso que es el “cuerpo mortal,” como lo dice el apóstol en este texto. Debido al pecado, este volverá a ser polvo nuevamente, de donde Dios lo sacó (Génesis 3:19). “El pago que da el pecado es la muerte” (Romanos 6:23). El apóstol dice: “no dejen ustedes que el pecado siga dominando... y que los siga obligando a obedecer los deseos del cuerpo.” Los malos deseos son los malos pensamientos que nos vienen y que están prohibidos por el noveno y el décimo Mandamientos (Romanos 7:7). “Porque del interior del hombre” salen los malos pensamientos, los asesinatos, el adulterio, la inmoralidad sexual, los robos, las mentiras y los insultos. Esto es lo que hace al hombre “impuro” (Mateo 15:19). Fácilmente imaginamos que los malos deseos ocultos en el pecho no son pecado, que esto sólo se convierte en pecado cuando se transforma en lenguaje o una mala acción y esto es también los que algunos enseñan. Pero la Ley de Dios enseña otra cosa. Esta también prohíbe los malos deseos, la tendencia al mal y el deseo de cometerlo. Es por esto que el apóstol pide a los creyentes que no obedezcan los deseos del cuerpo. El cuerpo humano necesita un cuerpo para poder satisfacer sus deseos, ya que sin él una persona no puede traducir sus malos pensamientos en palabras o acciones. El pecado ejerce su dominio a través del cuerpo. “No dejen ustedes que el pecado siga dominando en su cuerpo mortal y que los siga obligando a obedecer los deseos del cuerpo.” San Juan escribe: “porque nada de lo que el mundo ofrece viene del Padre, sino del mundo mismo. Y esto es lo que el mundo ofrece: los malos deseos de la naturaleza humana, el deseo de poseer lo que agrada a los ojos y el orgullo de las riquezas” (1 Juan 2:16). Lutero solía decir: “No podemos evitar que las aves vuelen sobre nuestras cabezas, pero podemos evitar que hagan sus nidos allí.

El apóstol repite esta instrucción de otra manera: “No entreguen su cuerpo al pecado, como instrumento para hacer lo malo. Al contrario, entréguese a Dios, como personas que han muerto y han vuelto a vivir, y entréguele su cuerpo como instrumento para hacer lo que es justo ante él.” No permitir que el pecado domine al cuerpo significa no ofrecer partes del cuerpo para el pecado “como instrumento para hacer lo malo,” lo cual dicho literalmente quiere decir “armas de la maldad.” Pablo compara al Cristiano con un soldado que necesita armas para combatir, y esas armas tienen que ser buenas. Así, el Cristiano no debe utilizar las partes de su cuerpo para cometer pecado. El debe ponerlas al servicio de Dios y no del mal, y ponerse completamente a Su servicio. El debe ofrecer su cuerpo “como instrumento para hacer lo que es justo ante él.” Más adelante, el apóstol instruirá a los Cristianos “que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios” (Romanos 12:1). El Cristiano que Dios ha redimido a un gran precio, le pertenece totalmente a El, con todos los miembros de su cuerpo. El le ha llamado para que se ponga a Su servicio y para honrarlo al andar en la santidad. Por lo tanto, él usará sus labios para dar testimonio y alabar, no para mentir ni calumniar. Sus manos serán para orar, para bendecir y para hacer el bien, no para golpear. Usará sus pies, para que lo lleven hasta la casa de Dios, o hasta el lecho del enfermo y hasta las personas necesitadas, y no a lugares de terrible vergüenza o para estar en compañía de pecadores.

“Como personas que han muerto y han vuelto a vivir.” La condición natural de un ser humano es la muerte espiritual (Efesios 2:1). Hasta un Cristiano que sea muy fuerte, aún el atleta más competente, por naturaleza está muerto en el pecado y transgresiones, mientras no se aferre por la fe a la vida que Jesucristo vino a traerle y que el Evangelio le ofrece. Por otro lado, los creyentes están vivos, “vivos para Dios en unión con Cristo Jesús” (6:11). Ellos deben demostrarle a todos que la vida le pertenece a Dios y andar en obediencia y santidad, decir que

no al pecado y sí a la voluntad del Señor. Decirle que no a la maldad y que sí a los que es justo y bueno.

“Así el pecado ya no tendrá poder sobre ustedes, pues no están sujetos a la ley sino a la bondad de Dios.” El apóstol resume todo lo que él acaba de manifestar diciendo que el pecado no tiene poder sobre el creyente a quien Cristo ha reunido con El mismo a través del Bautismo, a quien El ha justificado y salvado. El puede resistirlo y triunfar sobre él, porque el pecado ha perdido su poder y su control. Y ¿dónde encuentran los Cristianos esta certeza? ¿En sus esfuerzos, su buena voluntad, su propio poder? No, debe buscarlo en esta gloriosa verdad: los Cristianos ya no están bajo la Ley, sino bajo la gracia. Estar bajo la Ley significa estar bajo la condenación de la Ley (Romanos 5:18), bajo su maldición (Gálatas 3:13). Antes de que viniera esta fe, éramos prisioneros de la ley, estábamos encerrados. “Antes de venir la fe, la ley nos tenía presos, esperando a que la fe fuera dada a conocer” (Gálatas 3:23). La ley es una tirana para la humanidad siempre y cuando Cristo no haya librado a la raza humana de ella, que nos acusa y nos condena. La fe en Cristo, por otro lado, nos libera de esta tiranía y nos da el perdón y la vida. El creyente ya no está sometido a la Ley. Esto no quiere decir que la Ley ya no exista para él sino más bien que ésta ya no tiene poder para acusarnos y condenarnos. “¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los hace justos. ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió; todavía más, resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros” (Romanos 8:33-34).

El Cristiano ya no está “sujeto a la ley.” Por otra parte, él está sujeto “a la bondad de Dios,” a la misericordia de Dios que acude en su ayuda y le proporciona el perdón y la vida, y al mismo tiempo le hace justo. Es por esto que el pecado ya no tiene poder sobre él. Mientras vivamos sujetos a la gracia de Dios, mientras confiemos en el perdón de nuestros pecados y en la vida eterna, ¡ya no seremos esclavos del pecado! ¡No nos comprometemos con el pecado, sino que vivimos para Dios a través de nuestro amor y nuestra gratitud, y en la certeza de nuestra salvación!

Resumen:

La primera parte de este capítulo es uno de los textos más importantes de la Biblia con respecto al Bautismo. En él, el apóstol dice que este sacramento nos sumerge en la muerte y la resurrección de Cristo. El creyente, liberado del pecado y único a Su Salvador, renuncia al mal y se pone enteramente al servicio de la justicia.

2. El creyente es esclavo de la justicia, a hora que es libre del pecado (Romanos 6:15:23)

¿Entonces qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos sujetos a la ley sino a la bondad de Dios? ¡Claro que no! Ustedes saben muy bien que si se entregan como esclavos a un amo para obedecerlo, entonces son esclavos de ese amo a quien obedecen. Y esto es así, tanto si obedecen al pecado, lo cual lleva a la muerte, como si obedecen a Dios para vivir en la justicia. Pero gracias a Dios que ustedes, que antes eran esclavos del pecado, ya han obedecido de corazón a la forma de enseñanza que han recibido. Una vez libres de la esclavitud del pecado, ustedes han entrado al servicio de la justicia. (Hablo en términos humanos, porque ustedes, por su debilidad, no pueden entender bien estas cosas.) De

modo que, así como antes entregaron su cuerpo al servicio de la impureza y la maldad para hacer lo malo, entreguen también ahora su cuerpo al servicio de la justicia, con el fin de llevar una vida santa.

Cuando ustedes todavía eran esclavos del pecado, no estaban al servicio de la justicia; pero ¿qué provecho sacaron entonces? Ahora ustedes ser avergüenzan de esas cosas, pues solo llevan a la muerte. Pero ahora, libres de la esclavitud del pecado, han entrado al servicio de Dios. Esto si les es provechoso, pues el resultado es la vida santa y, finalmente, la vida eterna. El pago que da el pecado es la muerte, pero el don de Dios es vida eterna en unión con Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6:15:23).

El apóstol inicia esta sección con una pregunta similar a la de 6:1: “¿Entonces qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos sujetos a la ley sino a la bondad de Dios?” Y la responde de la misma manera: “¡Claro que no!” El acaba de señalar que el creyente no está sujeto a la Ley, sino a la bondad de Dios. ¿Podemos entonces sacar la conclusión de que la Ley ya no tiene nada que decirnos, que tenemos libertad para pecar libremente? Ciertamente que no. Así como no podemos cometer pecados para poder tener la gracia de Dios en abundancia (6:1), así tampoco podemos pecar con la excusa de que ya no estamos sujetos a la Ley, sino a la gracia. En 6:1 era un asunto de “continuar pecando.” Un vocero imaginario, probablemente un incrédulo, había hecho la pregunta: “¿Vamos a seguir pecando para que Dios se muestre aún más bondadoso?” No hay duda alguna de que los incrédulos razona de esa manera; ellos sostienen que si la gracia aumenta por el pecado, entonces no hay problema. En 6:15, no es un asunto de “continuar pecando,” sino de cometer un pecado de vez en cuando, cuando así lo deseemos. Ahora formula la pregunta, otro vocero que quizás sea un Cristiano. No hay duda de que en algún momento, los Cristianos querían decir: “Un pecadito de vez en cuando no puede hacer ningún daño, ya que no estamos sujetos a la Ley, sino a la bondad de Dios. ¡Dios nos lo perdonará!”

En la primera parte del capítulo 6, parece que el apóstol quería instruir a los incrédulos y mostró que si la justificación nos libera del control del pecado, entonces no podemos permitir que el pecado nos controle (6:14). En la segunda parte (6:15-23), el obviamente quiere hablar en contra de la negligencia que a veces muestran los Cristianos, y quiere advertirnos para que no permitamos el pecado en la santificación. “Ustedes saben muy bien que si se entregan como esclavos a un amo para obedecerlo, entonces son esclavos de ese amo a quien obedecen. Y esto es así, tanto si obedecen al pecado, lo cual lleva a la muerte, como si obedecen a Dios para vivir en la justicia.” El apóstol le pregunta a los Cristianos de Roma y a sus lectores en general esta pregunta. El quiere advertirles contra la falta de celo y de fervor en su búsqueda de la santidad. El Cristiano es un “esclavo,” un esclavo de la justicia o un esclavo de Dios. En esta sección final de este capítulo (6:16-22), el apóstol utiliza esta palabra seis veces. La esclavitud existió durante muchos siglos, y teóricamente ya no existe en la actualidad, aunque muchos seres humanos en diferentes partes del mundo son esclavos y sus cuerpos y sus bienes le pertenecen a un amo, porque sus padres o ellos mismos incurrieron en deudas que no han podido cancelar. Un esclavo es una persona que no es libre; que le pertenece a un amo a quien él debe dedicar su tiempo y sus esfuerzos. Nosotros somos esclavos de aquél a quien hemos decidido obedecer, “tanto si obedecen al pecado, lo cual lleva a la muerte, como si obedecen a Dios para vivir en la justicia.”

El hecho de obedecer a un amo como lo hace un esclavo prueba que de hecho somos esclavos de este amo. El que trabaja duro desde que amanece hasta que anochece en una granja bajo la mirada de los guardias que amenazan con golpearle sino trabaja rápido y cuyas arremetidas debe aceptar sin quejarse, es prueba de que él es esclavo del dueño de esta granja. Esto también es cierto en el ámbito espiritual: Si usted obedece al pecado, usted con ello prueba que es su esclavo. Si por el contrario, usted obedece a Dios, usted demuestra que lo ha aceptado a El como su amo. Por lo tanto, ustedes o se “entregan” al “pecado” y de esa manera usted demuestra que es esclavo de él, o ustedes “obedecen” y así demuestran que son esclavos de Dios. Lo primero “lleva a la muerte;” mientras que lo segundo nos conduce a “la justicia.”

Así responde la pregunta el apóstol: “¿Vamos a pecar porque no estamos sujetos a la ley sino a la bondad de Dios?” Cuando somos esclavos de Dios, no es posible cometer intencionalmente algún pecado, aún cuando sea sólo ocasionalmente. No podemos estar al servicio de Dios y tener libertad para pecar cuando queramos. Y esto simplemente se debe a que no podemos servir a dos amos al mismo tiempo, como lo enseñó Jesús en el Sermón de la Montaña (Mateo 6:24). Cometer un pecado intencionalmente es dejar que este nos controle, es demostrar que el pecado es nuestro amo. Pero el Cristiano está “muerto para el pecado” (6:2-4, 7). Cometer un pecado es renunciar a nuestra justificación. No podemos buscar el perdón de los pecados y amar al pecado. Cuando buscamos el perdón, lo hacemos porque lamentamos los pecados que hemos cometido. No hay duda de que debemos elegir en la vida.

“Pero gracias a Dios...” San Pablo le da gracias a Dios porque sus lectores, los Cristianos de Roma, “antes eran esclavos del pecado.” Ellos se convirtieron y así pasaron de la esclavitud del pecado a la esclavitud a Dios. Ustedes “ya han obedecido de corazón a la forma de enseñanza que han recibido.” Esto tiene que ver con la enseñanza de la salvación como Cristo y los apóstoles la presentaron y la explicaron, y a la cual deben ser fieles todos los predicadores. Los lectores de la epístola “han obedecido de corazón.” La fe es obediencia al Evangelio, una aceptación humilde y confiada de Su mensaje y de Sus promesas. Al comienzo de la epístola, el apóstol se refirió a la “obediencia que viene de la fe” (1:5). Al final de la epístola, Pablo les recuerda que Cristo lo está usando a él “para llevar a los no judíos a obedecer a Dios. Esto se ha realizado con palabras y hechos” (15:18). Por otra parte, los no creyentes “no reconocen a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesús” (2 Tesalonicenses 1:8). Finalmente, la epístola a los Hebreos habla de los que “obedecen” a Cristo, es decir, a los que creen en El y son Sus seguidores, y por quienes El se ha convertido en “fuente de salvación eterna” (Hebreos 5:9).

Al obedecer, “la forma de enseñanza que han recibido,” para el Evangelio de Jesucristo, los creyentes “una vez libres de la esclavitud del pecado, [ustedes] han entrado al servicio de la justicia.” Pablo utiliza el verbo “liberar,” que es el mismo término que en ese tiempo significaba darle la libertad a un esclavo. El que dejaba en libertad a un esclavo era un amo que estaba satisfecho con los servicios que el esclavo había rendido y que quería demostrarle su gratitud, o una especie de benefactor que quería llevar felicidad al pobre ser dándole su libertad. Los seres humanos son, por naturaleza, esclavos del pecado, pero por la fe en Cristo hemos sido liberados y nos volvemos esclavos “al servicio de la justicia.”

¿Qué ganamos cuando pasamos de un amo a otro? ¿De qué nos sirve estar libres de pecado y estar después al servicio de la justicia? Pareciera que seguimos siendo esclavos y que sólo

cambiamos de amo, pero esta es precisamente la diferencia: es cierto que cambiamos de amos, pero pasamos de un tirano malo a un buen amo, de un amo que nos “lleva a la muerte” a un amo por quien entramos “al servicio de la justicia,” de un amo injusto a un amo amoroso y bueno. Sin duda alguna, el Cristiano no solo es esclavo de Dios, sino también Su hijo. Dios para él es amo y Padre (Deuteronomio 14:1; Juan 1:12; Romanos 8:16; Filipenses 2:15; 1 Juan 3:1-2). Así pues, él es esclavo y libre al mismo tiempo. La verdad de Jesucristo lo ha hecho libre, es libre (Juan 8:32, 36), “porque la Ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús, te liberó de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:2). El ha sido llamado a ser libre, han sido llamados a la libertad (Gálatas 5:1,13). Es “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Romanos 8:21).

También podríamos decir solamente que la esclavitud del creyente es dulce, es una fuente de alegría y de gozo. El le pertenece enteramente al Señor, y renuncia a sí mismo, a los deseos egoístas de su corazón y busca hacer la voluntad de su Padre celestial en todas las cosas. La verdadera libertad no es poder hacer todo lo que usted quiera, satisfacer todos los deseos que le pasen por la cabeza, sino ser capaz de reconocer y alcanzar lo que le hace feliz. Así pues, sólo Dios es la verdadera libertad, cuando usted es Su esclavo, o sea que está “al servicio de la justicia,” como lo ha explicado el apóstol anteriormente, “vivos para Dios en unión con Cristo Jesús” (6:11).

(“Hablo en términos humanos, porque ustedes, por su debilidad, no pueden entender bien estas cosas.”) Para exponer esta enseñanza, Pablo utiliza el lenguaje humano, palabras extraídas de la vida cotidiana (esclavo, libertad, ser liberado). Con esas palabras él trata de demostrar el gran cambio que ocurrió entre sus lectores en el momento de su conversión, cuando ellos “ya han obedecido de corazón a la forma de enseñanza que han recibido.” El utiliza palabras de la vida cotidiana debido a la debilidad de su naturaleza pecadora. “Ustedes tienen buena voluntad pero son débiles” (Mateo 26:41). El Cristiano entiende la enseñanza de la Palabra de Dios pero con dificultad. Pablo desea que lo entiendan bien, porque lo que él enseña es importante.

“De modo que, así como antes entregaron su cuerpo al servicio de la impureza y la maldad para hacer lo malo, entreguen también ahora su cuerpo al servicio de la justicia, con el fin de llevar una vida santa.” Pablo toma la instrucción previa con algunas adiciones (6:13). En este versículo el apóstol le recuerda a sus lectores que ellos habían vivido impuramente y en la maldad. La mayoría de ellos habían sido Gentiles, o no judíos. Ellos estaban revolcándose en la maldad, que es la que ocasiona la muerte. Cuando Jesucristo les trajo Su perdón y Su vida, El los convirtió en esclavos al servicio de la justicia, la cual lleva a la santidad. Ellos están llamados a una vida santa, como lo indica el título de esta tercera sección de la epístola, andar en el camino de la santidad, el cual es un camino bendito, y fuente de gozo y de alegría.

El apóstol Pablo utiliza la idea de la libertad. “Cuando ustedes todavía eran esclavos del pecado, no estaban al servicio de la justicia.” Cuando usted es esclavo del pecado, usted está libre con respecto a la justicia, usted no se siente obligado respecto a ella. Usted no es su servidor y mucho menos su esclavo. Pero, “¿qué provecho sacaron entonces?” Un árbol da frutos o no los da; o lo que es lo mismo, sus frutos son buenos o malos. “Así, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo” (Mateo 7:17-18). El árbol se conoce por su fruto (Mateo 7:20, 12:33). Las obras o acciones de los Cristianos son comparados con el buen fruto que produce el Espíritu Santo que los guía (Gálatas 5:22; Efesios 5:9; Filipenses 1:11; Santiago 3:17-18).

“¿Qué provecho sacaron entonces? Ahora ustedes ser avergüenzan de esas cosas, pues solo llevan a la muerte.” Ellos estaban muertos por sus transgresiones y sus pecados (Efesios 2:1, 5). “De esa manera vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, siguiendo nuestros malos deseos y cumpliendo los caprichos de nuestra naturaleza pecadora y de nuestros pensamientos. A causa de eso, merecíamos con toda razón el terrible castigo de Dios, igual que los demás” (Efesios 2:3). En otra parte, Pablo escribe que los Gentiles viven “de acuerdo con sus equivocados criterios y tienen oscurecido el entendimiento. Ellos no gozan de la vida que viene de Dios, porque son ignorantes a causa de lo insensible de su corazón. Se han endurecido y se han entregado al vicio, cometiendo sin freno toda clase de cosas impuras” (Efesios 4:17-19). Pero esas cosas “solo llevan a la muerte.” Esto tiene que ver con la muerte en el sentido amplio de la palabra, con la muerte que es el pago que da el pecado (Romanos 6:23), con la muerte física, espiritual y eterna. El siguiente versículo muestra lo contrario a la muerte que es “la vida eterna.” Los incrédulos “serán castigados con destrucción eterna, y serán arrojados lejos de la presencia del Señor y de su gloria y poder” (2 Tesalonicenses 1:9). Esta es la clase de tirano que es el pecado y ese es el lugar a donde conduce a sus esclavos.

“Pero ahora, libres de la esclavitud del pecado, han entrado al servicio de Dios. Esto si les es provechoso, pues el resultado es la vida santa y, finalmente, la vida eterna.” El fruto que dan los Cristianos cuando marchan por los caminos del Señor es la “vida santa,” lo que literalmente significa santificación. Este es el fruto de la justificación: renunciar al pecado y buscar la justificación. El siguiente capítulo mostrará cuan imperfecta es la justificación en este mundo. La vida Cristiana es una lucha diaria de constantes caídas y un constante retorno a Dios en arrepentimiento y fe. El apóstol confiesa: “No quiero decir que ya lo haya conseguido todo, ni que ya sea perfecto; pero sigo adelante con la esperanza de alcanzarlo, puesto que Cristo Jesús me alcanzó primero” (Filipenses 3:12). Y él enseña al pequeño Timoteo con estas palabras: “Pelea la buena batalla de la fe; no dejes escapar la vida eterna, pues para eso te llamó Dios y por eso hiciste una buena declaración de tu fe delante de muchos testigos” (1 Timoteo 6:12). Así, el Cristiano es renovado cada vez más a imagen de Dios, llamado y exhortado a: “revestirse de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios y que se distingue por una vida recta y pura, basada en la verdad” (Efesios 4:24), “que se va renovando a imagen de Dios, su Creador” (Colosenses 3:10).

“Esto si les es provechoso, pues el resultado es la vida santa y, finalmente, la vida eterna.” La vida eterna es el fin y la meta que buscan los creyentes. Allí es a donde quieren llegar. Para poder alcanzarla, ellos tratan de tener santidad, sin adjuntar a ello ninguna idea de mérito. Es la justificación, el perdón de nuestros pecados que abre las puertas del cielo para nosotros. Pero el fruto de la justificación es la santidad. El fruto que él da demuestra que El Cristiano cree en Cristo y en Su perdón y que a El pertenece. En el estudio de la doctrina Cristiana decimos que la justificación es el medio de salvación y la santificación es el camino de la salvación. Por la justificación, el pecador recibe la salvación, mientras que la santificación es el camino por donde él anda y que le conduce a la vida eterna.

“El pago que da el pecado es la muerte, pero el don de Dios es vida eterna en unión con Cristo Jesús, nuestro Señor” Todo aquél que estudia las Santas Escrituras conoce este texto, y el cual es la conclusión de este capítulo. San Pablo contrasta allí dos cosas: el pago y el don gratuito, la

muerte y la vida eterna. “El pago que da el pecado...” El pecado da un pago a todo el que está sujeto a él. En la antigüedad, los esclavos no recibían salario. Los esclavos tenían que trabajar para su amo a cambio ellos sólo recibían techo y comida necesarios para trabajar. El pecado es un tirano que maltrata doblemente a sus esclavos. En lugar de no darles pago alguno, éste les proporciona un salario envenenado, pagos que son lo opuesto a una recompensa, un terrible castigo, que no es otro que la muerte. La muerte integral, definida y eterna, la condenación en el infierno, un “fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:12), el lugar “donde vendrán el llanto y la desesperación” (Mateo 22:13). La Biblia lo llama “condenación” (Romanos 5:18), “una maldición” (Gálatas 3:10), “perdición” (Mateo 7:13), “el terrible castigo que viene” (1 Tesalonicenses 1:10), “destrucción eterna” (2 Tesalonicenses 1:9). Así es el pago del pecado, el pago justo para alguien que ha vivido en el pecado y no se ha arrepentido.

A este terrible salario, el apóstol no le contrasta otro salario, uno bueno y que da alegría, sino el “don” gratuito, algo que el ser humano no puede merecer. Es algo que Dios ofrece porque El ama a sus criaturas y desea su felicidad. Pablo nunca explica las cosas por la mitad. El siempre concluye su pensamiento. El debe decirlo todo. Es por eso que él señala precisamente que el don gratuito de Dios es la “vida eterna en unión con Cristo Jesús, nuestro Señor.” Este don viene de Jesucristo quien vino a traerlo a la humanidad. “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a Su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Los pecadores “irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:46). La herencia eterna y la gloria que Jesucristo compartirá con Su pueblo es ciertamente lo opuesto, es libertad del pecado, de la muerte y del infierno (Juan 17:22, 24; Romanos 8:17). Es el don gratuito de Dios, porque alguien ha pagado por la humanidad, el Hijo de Dios quien dio Su vida en rescate por ellos (Mateo 20:28), comprándolos así a un precio muy alto (1 Corintios 6:20; Gálatas 3:13, 4:5; 1 Pedro 1:18-19; Apocalipsis 5:9).

Este versículo concluye con una potente enseñanza del apóstol. ¿Quién querría servirle a un tirano tan cruel y tan duro como el pecado y descuidar el servicio de un amo tan bueno y generoso como Dios? Cuando los hombres han experimentado la salvación que Dios ofrece en Jesucristo, hay dos cosas que ellos no pueden decir: “Sigamos pecando para que aumente la gracia,” porque ellos ya están muertos con respecto al pecado, han sido redimidos de su poder y están llamados a servir a Dios. Ellos tampoco pueden decir: “Pequemos de vez en cuando porque estamos sujetos a la gracia y no a la Ley,” porque ellos son los servidores de Dios y le pertenecen totalmente; ellos desean obedecerlo, honrarlo y alabarlo, darle gracias, bendecirlo y glorificarlo.

Resumen:

El Cristiano ya no está sujeto a la Ley, sino a la gracia. Esto, de ninguna manera, le permite a él vivir en el pecado. De hecho, Cristo lo ha liberado de la esclavitud al pecado; y se ha convertido en esclavo de Dios, un Dios misericordioso que le ofrece vida eterna. Por lo tanto, este es su llamado a servir a Dios y a vivir en santidad.

En todo el capítulo siguiente, Pablo habla de la Ley. El apóstol mostrará primero cómo Cristo ha liberado a la humanidad del yugo de esta Ley. Después, él explica que ella siempre está presente en su vida y que le hace sufrir. En la segunda parte del capítulo 6, él acaba de hablar de la santificación, y podríamos preguntar si él no enseña la perfección, si él no señala que el Cristiano debe alcanzar la santificación perfecta en este mundo. ¡Nada de eso! El pecado persiste, como lo

demostrará el capítulo 7, porque se queda en los corazones de todos. El apóstol introduce la Ley para demostrar el poder del pecado. Es un hecho que nuestra naturaleza humana continúa oponiéndose a ella, de modo que hay una lucha constante entre la persona regenerada (el Nuevo Hombre) y el Viejo Hombre que está esclavizado al pecado y a la Ley. Por eso, Romanos 7 es necesario para complementar a Romanos 6.

3. ¿Cómo puede el hombre liberarse de la Ley? (Romanos 7:1-6)

Hermanos, ustedes conocen la Ley, y saben que la ley solamente tiene poder sobre una persona mientras esa persona vive. Por ejemplo, una mujer casada está ligada por la ley a su esposo mientras este vive; pero si el esposo muere, la mujer queda libre de la ley que la ligaba a él. De modo que si ella se une a otro hombre mientras el esposo vive, comete adulterio, pero si el esposo muere, ella queda libre de esa ley, y puede unirse a otro hombre sin cometer adulterio.

Así también, ustedes, hermanos míos, al incorporarse a Cristo han muerto con él a la ley, para quedar unidos a otro, es decir, a aquél que después de morir resucitó. De este modo, podremos dar una cosecha agradable a Dios. Porque cuando vivíamos como pecadores, la ley sirvió para despertar en nuestro cuerpo los malos deseos, y lo único que cosechamos fue la muerte. Pero ahora hemos muerto a la ley que nos tenía bajo su poder, quedando así libres, para servir a Dios en la nueva vida del Espíritu y no bajo una ley ya anticuada (Romanos 7:1-6).

“Hermanos, ustedes conocen la Ley, y saben que la ley solamente tiene poder sobre una persona mientras esa persona vive.” Tal como lo hemos visto, al apóstol Pablo le gusta hacer preguntas para incluir a sus lectores en su razonamiento y para hacer su relato más interesante. Es la misma pregunta que hizo en 6:3. El considera la idea de que alguien pudiera ignorar el hecho de que una ley es válida, siempre y cuando la persona a quien le concierne esté viva. La muerte, por otra parte, termina con su poder. Vale la pena considerar esta idea. Pablo explicó que no tenemos que cumplir con los requisitos de la Ley para ganar la salvación, y que por otro lado estamos libres de la Ley y sujetos a la gracia. Así, cualquiera pudiera pensar que puede ganar la vida eterna y que es digno de ella por el bien que él o ella hace. Entonces, esa persona no entiende lo que le dicen Escrituras en cuanto a que tal obra no es necesaria y que la salvación más bien es un don de Dios. Para él o ella, el Evangelio es una tontería. El llega fácilmente a la conclusión de que “Si no es necesario guardar la Ley para salvarse, entonces está no es necesaria en absoluto, Si mi salvación no requiere de las buenas obras, luego no tiene ningún sentido hacerlas. Y si la gracia de Dios me libera de la Ley, ¡la Ley ya no tiene nada que decirme!” En lo que a los Cristianos se refiere, ellos a veces también tienen una falsa idea de la Ley e imagina que la Ley es necesaria para tener la santificación, particularmente cuando ellos dudan del poder de la gracia de Dios.

“La ley,” dice Pablo, “solamente tiene poder sobre una persona mientras esa persona vive.” Este es un principio general, y si el principio es verdadero, la doctrina que el acaba de formular también es cierta. Es cierta todo el tiempo y en todas las circunstancias. Cuando una persona ha muerto, la ley ya no es su dueña. El apóstol dice “Hermanos, ustedes conocen la Ley” pero no espera que ellos le contesten nada, porque se hace evidente. Es tan evidente que los Cristianos de Roma no pueden negar lo que él acababa de enseñar. “Una mujer casada está ligada por la ley a

su esposo mientras este vive.” Pablo toma el ejemplo del matrimonio, que es una unión o lazo permanente, y en cualquier caso, de acuerdo a la voluntad de Dios. “El hombre no debe separar lo que Dios ha unido” (Mateo 19:6) y, “el que se divorcia de su esposa, a no ser en el caso de una unión ilegal, y se casa con otra, comete adulterio (Mateo 19:9). Toda su vida, una mujer está bajo la autoridad de su marido (Génesis 3:16; Efesios 5:22-24; 1 Timoteo 2:12-13). Esto era cierto para los judíos y también para los Gentiles, y está en acuerdo con la voluntad de Dios.

Por otra parte, “si el esposo muere, la mujer queda libre de la ley que la ligaba a él.” La muerte del esposo libera a la mujer del vínculo que la unía al marido, y le da la posibilidad, si así lo desea y si ella tiene la oportunidad, de volverse a casar. Cuando el marido o la mujer disuelven el vínculo matrimonial, entonces allí hay adulterio. Pero cuando ocurre la muerte, este lazo ya no existe más. Por lo tanto, una viuda no comete adulterio cuando ella se casa con otro hombre. Una mujer puede liberarse de la ley transgrediéndola y cometiendo adulterio, pero por otro lado, la muerte del esposo la libera. En ese caso, resulta evidente que no hay adulterio. Del mismo modo, los creyentes están libres de la ley por la muerte de otro, ¡que es Jesucristo! Así como un esposo debe morir para que su esposa se libere de la ley, así Cristo tuvo que morir para liberarnos de las acusaciones y la maldición de la Ley.

Su muerte en la cruz nos ha liberado de la Ley, para que podamos pertenecerle a otro. “Así también, ustedes, hermanos míos, al incorporarse a Cristo han muerto con él a la ley, para quedar unidos a otro, es decir, a aquél que después de morir resucitó.” Como en la comparación entre lo que pasa en el matrimonio y lo que tiene lugar para los creyentes, donde, de manera legítima, una esposa queda liberada con la muerte de su marido, los creyentes también quedan liberados legítimamente de la Ley, sin ninguna falta, a través de la muerte de Cristo. “Pero ahora hemos muerto a la ley que nos tenía bajo su poder, quedando así libres.” Nosotros no matamos a la Ley, sino que ésta ha sido acabada para nosotros. Nosotros por naturaleza estamos sujetos a la Ley, porque estamos obligados a cumplirla; pero sin duda alguna nosotros no la guardamos y la Ley, por esta razón, nos acusa y nos condena (Romanos 3:19; 1 Timoteo 1:9). La ley es nuestro tirano que nos oprime. Pero la muerte de Cristo, o, para usar la expresión del apóstol “al incorporarse a Cristo,” que murió en la cruz, ocasionó la muerte de los Cristianos en lo concerniente a la Ley; su muerte nos ha liberado de este tirano. No hay duda de que Jesucristo ha muerto en Su cuerpo y El se sacrificó por la salvación del mundo (Efesios 2:15; Colosenses 1:22; Hebreos 10:10; 1 Pedro 2:24). El ha liberado al Cristiano del control de la Ley, quien por la fe le pertenece a Cristo (Efesios 2:15), los ha liberado de la maldición que pesaba sobre todos (Gálatas 3:13). “Antes de venir la fe, la Ley nos tenía presos, esperando a que la fe fuera dada a conocer. La ley era para nosotros como el esclavo que vigila a los niños, hasta que viniera Cristo, para que por la fe obtuviéramos la justicia” (Gálatas 3:23-24).

El Cristiano es liberado de la Ley para poderle pertenecer a otro amo, que es Cristo Jesús, quien lo redimió. “... para quedar unidos a otro, es decir, a aquél que después de morir resucitó.” Cuando una mujer ha perdido a su esposo, ella no está obligada a volverse a casar, pero puede hacerlo. No hay persona ni ley que pueda frenarla. La muerte de su esposo abolió la ley que la unía a él. Por eso, ella puede entregarse a otro hombre, ella puede elegir pertenecerle a otro hombre. Ahora Cristo ha liberado al Cristiano de la Ley para que le pertenezca a otro. Aquí termina la comparación con la viuda, porque el Cristiano no escoge pertenecerle al Señor, sino que automáticamente le pertenece a El. Jesucristo lo ha redimido, lo ha justificado y le ha

salvado para que pertenezca a El. Esto es lo que dicen las maravillosas palabras de Lutero en el Catecismo Menor: “El que me ha redimido, una persona perdida y condenada, me compró y me ganó de todos los pecados, de la muerte, y del poder del maligno; no con oro ni plata, sino con Su sangre santa y preciosa y con su inocente sufrimiento y su muerte, para que yo pueda ser Suyo y vivir sometido a El en Su reino y servirle en la justicia, inocencia y bendición eternas, al igual que El resucitó de entre los muertos, y vive y reina por siempre.”

¡Liberado para pertenecerle a otro! Así se coloca el apóstol contra el legalismo que enseña que debemos salvarnos nosotros mismos al observar la Ley, y también contra el antinomianismo que sostiene que la Ley ya no tiene nada que decirle al creyente. Pero es todo lo contrario, ahora que pertenecemos a Jesucristo, podemos guardar la Ley y estamos llamados a hacerlo, pero como una persona a quien la Ley ya no condena más. Esta es la paradoja de la gracia: salvado sin la Ley, el Cristiano trata de cumplirla. Así lo hace porque ama a su nuevo Amo. “Si vivimos, para el Señor vivimos;” dice el apóstol en un texto maravilloso. “Y si morimos, para el Señor morimos. De manera que, tanto en la vida como en la muerte, del Señor somos” (Romanos 14:8-9). Y lo vuelve a decir en 1 Corintios 3:23, “...ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios” (1 Corintios 3:23).

Nosotros le pertenecemos a “aquél que después de morir resucitó,” no es un cadáver, sino el Cristo viviente. Su resurrección es la prueba de que El nos ha liberado de la Ley, del pecado y de la muerte. Como el Cristo exaltado y cabeza de Su iglesia (Mateo 28:18; Hechos 2:33; Efesios 1:20-23; Filipenses 2:8-11). El reina por medio de la gracia, la Palabra y los sacramentos, y nos guía según la Ley, una Ley que ya no puede acusarnos ni condenarnos, que ya no está allí para salvarnos, pero que nos muestra el camino de la obediencia y de la santidad. “De este modo, podremos dar una cosecha agradable a Dios.” Debemos glorificar a Dios en todas las cosas. Los Cristianos cosechan frutos para El. “Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a Su Padre que está en el cielo” (Mateo 5:16).

El apóstol demuestra cuán importante es esto: “Porque cuando vivíamos como pecadores, la ley sirvió para despertar en nuestro cuerpo los malos deseos, y lo único que cosechamos fue la muerte. Pero ahora hemos muerto a la ley que nos tenía bajo su poder, quedando así libres, para servir a Dios en la nueva vida del Espíritu y no bajo una ley ya anticuada.” Todo ha cambiado. Antes de su conversión, los Cristianos vivían “como pecadores.” Ellos obedecían “los malos deseos” de sus cuerpos., es decir, los sentimientos y las necesidades que vienen del corazón de una persona y que ellos no pueden controlar. Pablo piensa en “los malos deseos,” las malas pasiones que Jesús describió con las siguientes palabras: “Porque del interior del hombre salen los malos pensamientos, los asesinatos, el adulterio, la inmoralidad sexual, los robos, las mentiras, y los insultos. Estas cosas son las que hacen impuro al hombre...” (Mateo 15:19-20). La ley sirvió para despertar “en nuestro cuerpo los malos deseos.” Sin duda alguna, la Ley puede despertar deseo y aumentar el pecado. Esto lo explicará el apóstol en la siguiente sección (7:7-14).

“Lo único que cosechamos fue la muerte.” Este es fruto que demuestra que el que lo cosecha está destinado a morir y el cual, al mismo tiempo, conduce a ella. La muerte eterna es el terrible amo de los que están bajo el control de la Ley, mientras que los Cristianos cosechan “la vida santa y,

finalmente, la vida eterna” (6:22). La muerte tiene un terrible aguijón, “el aguijón de la muerte es el pecado,” y solamente Jesucristo puede liberar de él a la humanidad (1 Corintios 15:56). “Pero ahora hemos muerto a la ley que nos tenía bajo su poder, quedando así libres.” Los Cristianos han “quedado así libres” de la ley, como una viuda “queda libre de la ley [del matrimonio]” (7:2). Como resultado, un Cristiano le sirve a Dios “en la nueva vida del Espíritu y no bajo una ley ya anticuada.” En la Biblia NVI, la palabra Espíritu está escrita con mayúscula inicial, y por eso se aplica al Espíritu Santo. Nosotros preferimos escribirlo con minúscula. Está muy claro que el apóstol contrasta al espíritu al pie de la letra. Servir al pie de la letra, significa servir como esclavo, porque debemos servir y tener miedo del castigo. Esto significa que una obediencia externa es suficiente, para que el amo no pueda castigarnos. Por otra parte, servir de acuerdo al espíritu es servir desde adentro, con el corazón; no porque debemos, sino espontáneamente, voluntariamente, por amor. Así es como el Cristiano le sirve su nuevo Amo, Dios o Jesucristo.

No obstante, Cristo no ha abolido la Ley, y esta tampoco es algo malo que nos mantiene sometidos a su poder. Cristo ha liberado al creyente de ella, no para despreciarla o rechazarla, sino para guardarla con una nueva obediencia. Desafortunadamente, en este mundo, esta obediencia siempre es parcial e imperfecta. Este es el tópico de la segunda parte del capítulo 7 de Romanos.

Resumen:

Mientras un esposo esté vivo, la ley liga a la esposa a él. La muerte de su esposo la libera de esta ley y permite que ella se vuelva a casar, si ella así lo desea. Del mismo modo, la Ley ya no puede controlar a los creyentes. Cristo los ha liberado de ella para servir a Dios.

4. ¿Por qué es tan necesaria la liberación de la Ley? (Romanos 7:7-25)

¿Vamos a decir por esto que la ley es pecado? ¡Claro que no! Sin embargo, de no ser por la ley, yo no hubiera sabido lo que es el pecado, yo no hubiera sabido lo que es el pecado. Jamás habría sabido lo que es codiciar, si la ley no hubiera dicho: “No codicies.” Pero el pecado se aprovechó de esto, y valiéndose del propio mandamiento despertó en mi toda clase de malos deseos. Pues mientras no hay ley, el pecado es cosa muerta. Hubo un tiempo en que, sin la ley, yo tenía vida; pero cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado, y yo morí. Así resultó que aquel mandamiento que debía darme la vida, me llevó a la muerte, porque el pecado se aprovechó del mandamiento y me engañó, y con el mismo mandamiento me dio muerte.

En resumen, la ley en sí misma es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno. Pero entonces, ¿esto que es bueno me llevó a la muerte? ¡Claro que no! Lo que pasa es que el pecado, para demostrar que verdaderamente es pecado, me causó la muerte valiéndose de lo bueno. Y así, por medio del mandamiento, quedó demostrado lo terriblemente malo que es el pecado.

Sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy débil, vendido como esclavo al pecado (Romanos 7:7-14).

¿Vamos a decir por esto que la ley es pecado? ¡Claro que no! Sin embargo, de no ser por la ley, yo no hubiera sabido lo que es el pecado, yo no hubiera sabido lo que es el pecado. Jamás habría sabido lo que es codiciar, si la ley no hubiera dicho: “No codicies.” Es la misma pregunta que en 4:1 y 6:1. Una vez más el apóstol quiere advertirnos en contra de una falsa conclusión. La Ley es una tirana que despierta pasiones y deseo y lleva a la muerte, pero no es una cosa mala por todo eso. Todo lo que Dios hace es bueno, a menos que los hombres lo utilicen mal. “¿Vamos a decir por esto que la ley es pecado?” Pablo responde con un “¡Claro que no!” Una vez más, él no se contenta con presentar la verdad, sino que también refuta el error que se opone a ella. La Ley no es mala, porque produce malos resultados dentro del ser humano que es pecador. El hombre y no la Ley es el responsable de eso. La ley no es mala, porque debemos buscar ser liberados de ella, sino que es mala porque los hombres, a quienes Dios se la dio, se rebelaron contra El, se volvieron pecadores e incapaces de cumplirla. “¡Claro que no!” La Ley no solamente no es pecado, sino que es algo bueno porque ella revela al pecado y nos hace reconocerlo.

“Sin embargo, de no ser por la ley, yo no hubiera sabido lo que es el pecado.” El apóstol ya ha señalado eso, cuando dijo: “la Ley solamente sirve para hacernos saber que somos pecadores” (Romanos 3:20). El cita a Éxodo 20:17, los dos últimos Mandamientos, y escribe: “Jamás habría sabido lo que es codiciar, si la ley no hubiera dicho: ‘No codicies’.” La Ley no solo condena las malas palabras y acciones, sino también a los pensamientos secretos del corazón que no son justos, puros y buenos. Ella los señala, los condena y declara que el que tenga tales pensamientos en el corazón, es un pecador. Si los Fariseos pensaban que ellos eran justos ante Dios, ellos ignoraban u olvidaron que el pecado no es solamente la mala palabra y la acción, sino que también lo son todos los pensamientos que no obedezcan la santa voluntad de Dios. Por lo tanto, ninguna persona viva, es justa ante Dios (Salmo 143:2). Esto es lo que proclama la Ley. Por eso, es algo bueno, tal como los rayos-X en las manos del médico muestran si la persona está enferma, ya que le permiten al médico indicar un tratamiento para que el paciente mejore. Si la ley condena al pecado, ella en sí misma no puede ser pecado. Aquí ella hace algo bueno y útil.

La Ley tiene otro efecto desastroso. No obstante, la falta no recae sobre ella, sino en el pecado, sobre la completa corrupción de la humanidad. “Pero el pecado se aprovechó de esto, y valiéndose del propio mandamiento despertó en mi toda clase de malos deseos.” En esta frase, la palabra pecado no se refiere a cierta acción en contra de la Ley, sino a la corrupción general de la humanidad. Cuando una persona oye los Mandamientos de Dios, y tiene conciencia de ellos, el pecado aprovecha la oportunidad para producir malos deseos.

Todos sabemos que nos gustaría saborear lo que está prohibido. Ese fue el caso de Adán y Eva. Como Dios les había prohibido comer cierta fruta, ellos sintieron deseos de probarla. Así mismo, cuando usted le prohíbe algo a un niño, el o ella a menudo quieren hacer precisamente eso que usted le ha prohibido. Así pues, el pecado, que es la corrupción de la naturaleza humana, cuando es confrontado con el mandamiento que prohíbe codiciar, se torna en una especie de urgencia: desea practicar la codicia. Pablo quiere decir que los Mandamientos de Dios producen el deseo interno del pecador de hacer lo que está prohibido. Pero sería erróneo concluir que estos Mandamientos son malos. Lo que es malo no es la Ley de Dios, sino el corazón del hombre que se rebela contra esta Ley y busca la fruta prohibida. “En resumen, la ley en sí misma es santa,” Pablo dirá un poco más adelante, “y el mandamiento es santo.”

Pablo explica: “Pues mientras no hay ley, el pecado es cosa muerta.” Sin la Ley, mientras el hombre no la conozca, él no reconoce que es un pecador. El no sabe que muchas de las cosas que él hace son malas. Ante todo, él no sabe que Dios ve dentro de su corazón y que sus malos pensamientos son pecados que le condenan. Y luego, una cosa es ver los pecados de los demás, y otra es verlos en uno mismo. Una cosa es ver gente avariciosa alrededor nuestro y otra muy distinta es reconocer que nosotros mismos somos mezquinos. O ver gente deshonesto, mala, impaciente, y ruda - pero no a nosotros mismos. Cuando conocemos la Ley, comenzamos a entender que estamos lejos de ser perfectos y justos, que hacemos mucho daño, que hablamos cosas malas, y que abrigamos malos pensamientos en nuestros corazones. “Pues mientras no hay ley, el pecado es cosa muerta.” El pecado llega a la vida a través de la Ley.

“Hubo un tiempo en que, sin la ley, yo tenía vida; pero cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado, y yo morí. Así resultó que aquel mandamiento que debía darme la vida, me llevó a la muerte.” Sin la Ley, el pecado es cosa muerta. La Ley trae el pecado a la vida, y de una vez nos mata: “y yo morí.” Por lo tanto, cuando el pecado vive, el hombre muere. El pecado mata. El pecado enseña que el ser humano es culpable, que nos condena y nos trae la condenación eterna. El apóstol dice, que el Mandamiento “debía darme la vida.” Dios nos ha dado Su Ley para enseñarnos el camino de vida. “Pongan en práctica mis leyes y decretos. El hombre que los cumpla, vivirá” (Levítico 18:5; Lucas 10:28). Pero la Ley solo puede salvar al que la cumple, y lo hace a la perfección. Cuando la Ley no nos da la vida, ella nos acusa, nos condena y nos lleva a la muerte.

Esta fue la experiencia personal de Pablo. “Porque el pecado se aprovechó del mandamiento y me engañó, y con el mismo mandamiento me dio muerte.” Sin duda alguna, el pecado ha sido desastroso, pero es culpa del hombre y de su naturaleza corrupta. En lugar de someterse al veredicto de la Ley, el corazón del hombre se rebela: el pecado se vuelve vivo y ocasiona toda clase de males. Se parece a un perro que está amarrado a una correa y no puede hacer otra cosa que ladrar y asustar a la gente. Pero cuando usted lo libera, corre tras ellos y los muerde; o digamos que el pecado es nuevamente como un perro que tratamos de mantener lejos de nosotros gritando y amenazando con lanzarle piedras o pegarle con un palo. Mientras más levanta usted la voz y más levanta usted los brazos y lo amenaza, más bravo y más peligroso se pone. “Porque el pecado se aprovechó del mandamiento.” Eva vio que la fruta prohibida era agradable a la vista y buena para comer. Por eso, la tentó y la sedujo, y ella lo comió (Génesis 3:6; 2 Corintios 11:3). De hecho, no es la Ley quien mata, sino el pecado. El apóstol confiesa: “y con el mismo mandamiento [pecado] me dio muerte.” “El pecado ejerce su poder por la ley” (1 Corintios 15:56). Es la Ley la que le da al pecado poder para matar.

No todo el mundo pasa por una experiencia tan perturbadora como la de Pablo, porque no tienen una experiencia como la del “camino a Damasco” en sus vidas. Para conocer tan claramente el poder del pecado y de la Ley, uno debe pasar por una conversión similar a la del apóstol. Los Gentiles o los ateos pasan por tal experiencia cuando descubren el Evangelio en el curso de sus vidas. Lutero tuvo una experiencia así, porque él estaba consciente del terrible poder de la Ley, pero ignoraba el poder del Evangelio. El conocía la Ley, pero no conocía ni el Evangelio ni la gracia. Hacia el final de su vida, él escribió que cuando él era un joven monje, él odiaba a Dios, quien lo perseguía con Su justicia tanto e Su Ley como en Su Evangelio; hasta el día cuando

comprendió que la justicia del Evangelio es una justicia que no acusa, sino que libera, que no condena, sino que salva.

“En resumen, la ley en sí misma es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno.” Eso es lo que el apóstol quería demostrar. El había hecho la pregunta “¿Vamos a decir por esto que la ley es pecado?” (7:7). Podríamos sentir temor de que algunas personas pudieran razonar de esta manera. ¡Pero no! La Ley no quiere matar y Dios no la dio para ese fin. El que de verdad mata es el pecado. La Ley es santa, porque expresa la santidad de Dios. Ella demuestra que el Señor no tiene nada que ver con el mal, que, por el contrario, El odia el pecado y quiere lo bueno. Y lo que es verdad con respecto a la Ley en general, es también verdad con respecto a cada Mandamiento. “El mandamiento es santo, justo y bueno.” Estas palabras son prácticamente sinónimas. Solo unos ligeros matices en el significado conforman la diferencia entre ellas. “Santo” significa “separado del mal.” “Justo” significa “recto, como debería ser.” Y “bueno” significa “el que busca el bien, el que es útil, beneficioso, saludable.” La Ley es todo eso.

“Pero entonces, ¿esto que es bueno me llevó a la muerte? ¡Claro que no! Lo que pasa es que el pecado, para demostrar que verdaderamente es pecado, me causó la muerte valiéndose de lo bueno. Y así, por medio del mandamiento, quedó demostrado lo terriblemente malo que es el pecado.” Pablo confirma lo que acaba de decir: El mandamiento lo llevó a la muerte. Pero lo que es bueno no puede ser una causa de muerte, no puede matar. La Ley, que es buena en sí misma no puede convertirse en mala mientras mata. “¡Claro que no!” pero si el pecado. Es el pecado el que “me causó la muerte valiéndose de lo bueno.” Es el pecado el que usa al mandamiento para matar. Por eso, “por medio del mandamiento, quedó demostrado lo terriblemente malo que es el pecado.” El pecado tiene éxito para llevar a cabo este terrible tour de fuerza o giro forzado: produce la muerte por medio de lo que es bueno. En general lo que es bueno trae el bien y lo que es malo trae el mal. El pecado utiliza a la Ley, que es buena, para realizar algo que es muy malo, para matar. Por lo tanto, el pecado hace dos cosas:

- 1) demuestra su naturaleza maligna, con la muerte.
- 2) Para lograr eso, no utiliza algo que es malo, sino algo que es bueno en si mismo, como la Ley de Dios. “El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ejerce su poder por la ley” (1 Corintios 15:56).

En la conclusión de este capítulo, Pablo completa sus enseñanzas de la Ley. El ha declarado que ella no salva a nadie, sino que mata por causa del pecado en el ser humano; él demostrará ahora el contraste permanente que existe entre la Ley y el Cristiano. La Ley acusa y condena y no puede mejorar al ser humano. De hecho, la santificación Cristiana no es obra de la Ley, sino del Evangelio, porque ella es el fruto de la justificación. Es por eso que debemos crucificar la naturaleza pecadora y ahogar al viejo hombre. Debemos despojarnos y deshacernos de ella por medio del arrepentimiento diario. “Y los que son de Cristo Jesús, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos” (Gálatas 5:24; Efesios 4:21-22).

Para explicar esto, el apóstol va a la fuente de la codicia y el pecado, que es la naturaleza humana. “Sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy débil, vendido como esclavo al pecado.” El adjetivo “espiritual” viene del sustantivo espíritu. “Dios es espíritu, y los que lo adoran deben de hacerlo de un modo verdadero, conforme al Espíritu de Dios” (Juan 4:24). Pablo dice que la

Ley es “espiritual”, que viene de Dios que es Espíritu. Por lo tanto, es “santa” y cada uno de sus Mandamientos es “santo, justo y bueno” (7:12). Pero Pablo añade: “pero yo soy débil, vendido como esclavo al pecado.” De este modo, él contrasta lo espiritual con lo que no lo es. Jesús hace la misma cosa cuando el le dice a Nicodemo: “Lo que nace de padres humanos, es humano; lo que nace del Espíritu, es espíritu” (Juan 3:6). En otra parte, Pablo señala que “Porque los malos deseos están en contra del Espíritu, y el Espíritu está en contra de los malos deseos. El uno está en contra de los otros, y por eso ustedes no pueden hacer lo que quisieran” (Gálatas 5:17).

“Los malos deseos” (la naturaleza humana) se refieren al hombre como pecador y como ser humano corrupto. En 1 Corintios 3:1, Pablo contrasta a las personas “espirituales” a quienes guía el Espíritu Santo con la gente “mundana”, es decir, la gente que es gobernada por la naturaleza humana, y todavía culpa a los Cristianos de Corinto llamándoles “mundanos”. Y en nuestro versículo, él confiesa: “yo soy débil, vendido como esclavo al pecado.” El se refiere a su situación en el momento, ya que no dice lo que él era antes de su conversión, sino lo que ahora es, cuando escribe. Por eso, debemos suponer que es posible ser creyente y ser “débil, vendido como esclavo al pecado.” El apóstol no dice solamente que él no es espiritual o “débil” como los que no se han convertido, sino eso, aunque odia el mal que está haciendo (7:15) y se deleita en la Ley de Dios (7:22), él todavía es “débil, vendido como esclavo al pecado.”

Cada uno de los Cristianos sigue siendo débil o no espiritual, aún tiene una naturaleza pecadora; y ese es el caso aunque el Espíritu Santo produzca un renacer y le guíe. La naturaleza humana o los malos deseos continúan haciéndonos impuros. Pablo va más lejos aún: él confiesa que él está “vendido como esclavo al pecado.” Esta es una expresión muy fuerte, de hecho tan fuerte, que algunos comentaristas piensan que en este versículo el apóstol describe al hombre que él era antes de convertirse en creyente. Pero, por favor, noten dos cosas: Primero, Pablo muestra claramente que él está hablando acerca del Cristiano que ha “nacido de nuevo” y no de una persona anterior a su conversión. Note que el no dice que es esclavo del pecado, como en 6:16, 20, sino que él está “vendido” al pecado. Una persona que no es Cristiana es esclava del pecado en el sentido de que sirve al pecado voluntariamente. El no puede hacer otra cosa que cometer pecados, y además, le gustan tales pecados. Ese no es en lo absoluto el caso del Cristiano, como lo demostrará Pablo inmediatamente. Hay algo en él que odia al pecado y no quiere pecar. El no está complacido con el mal. Por otro lado, él no vive para cometer pecados. Lejos de eso, porque él trae el fruto de la fe, pero tiene problemas para deshacerse del pecado y para cumplir la Ley de Dios a la perfección. El no lo logra en esta vida. Su debilidad le impide dejar de cometer pecados, y eso es lo que el apóstol quiere explicar. La naturaleza humana lo hace impuro, y al mismo tiempo, afecta a las buenas obras que el intenta hacer, y se da cuenta de que esta es una forma de esclavitud. En eso, él es completamente diferente al incrédulo a quien no le importa cometer pecados en absoluto, y hasta encuentra placer cometiéndolos. Eso explica también por qué las buenas obras de los creyentes son incapaces de ganar la salvación. De una manera o de otra, el pecado siempre los hace impuros, ellos necesitan que el perdón divino los cubra, y ellos agradan al Señor sólo porque el Cristiano las hace en el nombre de Cristo, en la fe y para honrarlo.

Resumen:

La Ley hace que el pecado viva y esté activo, y al mismo tiempo que lo prohíbe, ella acusa y condena a quien lo comete. ¿Es acaso mala la Ley por eso? No, porque el poder para matar no reside en la Ley que es buena y santa, sino en el pecado.

No entiendo el resultado de mis acciones, pues no hago lo que quiero, y en cambio aquello que odio es precisamente lo que hago. Pero si lo que hago es lo que no quiero hacer, reconozco con ello que la ley es buena. Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí. Porque yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza débil, no reside el bien; pues aunque tengo el deseo de hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. No hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero hacer. Ahora bien, si hago lo que no quiero hacer, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí.

Me doy cuenta de que, aun queriendo hacer el bien, solamente encuentro el mal a mi alcance. En mi interior me gusta la ley de Dios, pero veo en mí algo que se opone a mi capacidad de razonar; es la ley del pecado, que está en mí y que me tiene preso.

¡Desdichado de mí! ¿Quién me libraré del poder de la muerte que está en mi cuerpo? Solamente Dios, a quien doy gracias por medio de nuestro Señor Jesucristo. En conclusión: yo entiendo que debo someterme a la ley de Dios, pero en mi debilidad estoy sometido a la ley del pecado (Romanos 7:15-25).

“No entiendo el resultado de mis acciones, pues no hago lo que quiero, y en cambio aquello que odio es precisamente lo que hago.” El apóstol está confundido. Él se da cuenta de algo que no le gusta para nada, y no sabe que pensar al respecto. Él quiere hacer el bien y no cesa de repetirlo (7:15, 18-19, 21-22, 25). Pero hace lo contrario a lo que quiere hacer; en él hay una persona que siente mucho desagrado por eso y que no lo aprueba. Como Cristiano, él se distancia del mal que comete y de los pecados de los cuales es culpable. No es realmente él quien los comete, Su voluntad “renacida”, que fue recreada por el Espíritu Santo, no está de acuerdo con los pecados. El mal que todavía comete es como un cuerpo extraño en su vida Cristiana, algo que no pertenece a él y que parece contrario a su voluntad. Por eso se refiere a sí mismo como que está “vendido como esclavo al pecado.” Él odia el mal, desaprueba aquello que es contrario a la voluntad de Dios, pero no puede dejar de hacer el mal. A pesar de todos sus esfuerzos, él no puede deshacerse del mal. A él le gustaría hacer el bien, pero no tiene éxito.

“Pero si lo que hago es lo que no quiero hacer, reconozco con ello que la ley es bueno.” Esta es una conclusión perfectamente lógica. Si él no aprueba el mal que está haciendo, ello demuestra que él está de acuerdo con la Ley que lo condena. Por lo tanto, él da pruebas de que la Ley es buena. La que actúa no es su voluntad como Cristiano, sino el pecado que se opone a la santa voluntad de Dios. El apóstol hace una evaluación más profunda de sí mismo. Él nota que en él hay una batalla entre dos fuerzas o dos personas. Existe el problema de la maldad; “Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí.” Si su voluntad no es la fuente de los pecados que él comete y que él desaprueba, estos pecados, por lo tanto, no son actos que el verdadero EL comete. El verdadero Pablo no es quien actúa, sino otro que lo hace en lugar de él. Pablo es un ser convertido por el Espíritu Santo, y que es guiado por él. Al mismo tiempo, existe un poder algo extraño a él que lo hace actuar, y a quien él odia porque evita que él cumpla la Ley

a la perfección. Es su SER natural y corrupto, el pecado o su naturaleza pecadora que continúa viviendo en él.

“Porque yo se que en mi, es decir, en mi naturaleza débil, no reside el bien; pues aunque tengo el deseo de hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo.” El apóstol no está queriendo decir que no haya algo de bueno en él, sino que nombra el lugar donde reside el mal: “en mi naturaleza débil,” esa naturaleza que es hostil con Dios (Romanos 8:7). Es el lugar donde reina el pecado, pero es sólo una es algo ajeno a él en el sentido que se distancia de ella y no quiere reconocer que es parte suya; que la lleva dentro ocasionándole sufrimiento, y por eso desea deshacerse de ella. No reconocemos al Cristiano por el hecho de que está completamente despojado del pecado y del mal, sino por su lucha constante contra ellos. “Por lo tanto, digo: Vivan según el Espíritu, y no busquen satisfacer sus propios malos deseos. Porque los malos deseos están en contra del Espíritu, y el Espíritu está en contra de los malos deseos. El uno está en contra de los otros, y por eso ustedes no pueden hacer lo que quisieran” (Gálatas 5:16-17). La diferencia entre un incrédulo y un creyente es, para ser precisos, que el primero rechaza al bien y siente placer por el mal que hace, mientras que el segundo dice: “pues aunque tengo el deseo de hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo.” El desea hacer el bien, pero se le dificulta hacerlo.

“No hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero hacer.” Aquí Pablo repite de forma distinta lo que dijo en otra parte (7:15, 18). El quiere hacer lo bueno y no lo hace, y no quiere hacer el mal, pero de todos modos lo hace. El no dice que nunca hace algo bueno y que siempre hace el mal, pues eso sería erróneo. La verdad es que a él le gustaría hacer mucho bien, pero no es capaz de hacerlo, y que él comete muchos pecados, lo cual le desagrada. A él le gustaría hacer solamente lo bueno y no cometer ni un solo pecado. Note nuevamente que él está empleando verbos en tiempo presente: él se describe a sí mismo como él es cuando está escribiendo la epístola. Por eso, él describe al creyente en su vida y en su lucha diaria. “Ahora bien, si hago lo que no quiero hacer, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí.” El repite intencionalmente lo que ha dicho en 7:16-17. Pablo quiere insistir en el hecho de que él ya no es como el incrédulo que está bajo el control total del pecado: él no hace lo malo porque le cause placer. ¡Todo lo contrario! Si comete pecado, lo hace contra su voluntad. De hecho, él le pertenece a Jesucristo a quien desea servir de todo corazón. No es él quien peca, sino la naturaleza pecadora, es decir, el pecado, que está en él. El que comete el pecado no es el verdadero Pablo, sino el falso. Y aunque los pecados que él comete son propiamente los suyos, esta es la razón por la cual él necesita diariamente del perdón de Dios.

“Me doy cuenta de que, aun queriendo hacer el bien, solamente encuentro el mal a mi alcance. En mi interior me gusta la ley de Dios, pero veo en mí algo que se opone a mi capacidad de razonar; es la ley del pecado, que está en mí y que me tiene preso.” Este es un resumen de lo que él ha dicho, es decir, una descripción de las dos fuerzas, de la lucha entre los dos poderes que viven dentro de él. Es la razón por la cual él todavía espera el perdón final. Aunque Jesucristo lo liberó de la maldición de la Ley, él espera el día en que el Señor lo liberará completa y definitivamente de esta lucha. Pablo encuentra en sí mismo una “ley,” una especie de principio: él quiere hacer lo bueno, pero el mal continúa apegado a él. Dice que le gustaría agradar a Dios, pero que no tiene éxito. El quiere, pero no puede.

Para explicar lo que está sucediendo dentro de él, Pablo señala la diferencia entre “su [ser] interior,” el verdadero Pablo, hijo de Dios que es guiado por el Espíritu Santo, y “algo que se opone” y que pelea contra “la ley del pecado.” El hombre interior, el verdadero Pablo, el creyente, le “gusta la ley de Dios.” También está el falso Pablo, el hombre que Pablo ya no quiere ser, el viejo hombre, que está unido a él, la “naturaleza pecadora” de la cual no se puede separar, de la cual dice que “está en mí.” Pablo se da cuenta de su existencia y de las malas palabras que aún pronuncia su boca algunas veces, de los gestos y acciones que realizan las diferentes partes de su cuerpo y que no son ni santas ni justas. El se observa a sí mismo, se examina imparcialmente y sin placer, y se da cuenta que en su vida todavía hay muchas cosas que no son como deberían ser, cosas que no deberían estar allí.

El creyente en “su [ser] interior [le] gusta la Ley de Dios.” Pero ve en él mismo algo que no le gustaría ver más, que son los pecados. A partir de allí, Pablo saca la conclusión de que en él mismo hay algo “que se opone”: que “está en mí y que me tiene preso.” El hombre nuevo, el ser regenerado, no tiene completo éxito para vencer el mal, y para cumplir la Ley a la perfección. En este aspecto él está atrapado, “prisionero,” “vendido como esclavo al pecado” (7:14). Luego, pronuncia esta dolorosa sentencia, que estará seguida después por un grito de victoria: “¡Desdichado de mí! ¿Quién me libraré del poder de la muerte que está en mi cuerpo?” El apóstol – y con él, todo Cristiano sincero – sólo puede llorar y expresar su sufrimiento. El es un hombre “desdichado,” no en el mal sentido como solemos hacerlo a veces al referirnos a alguien y decimos que “es un ladrón desdichado,” sino que él se siente miserable. Y ¿en qué forma es miserable? Su misma pregunta nos dice cómo: él todavía no está libre “del poder de la muerte,” este cuerpo que reclama la muerte, porque “A mí me pertenece todo ser humano, lo mismo el padre que el hijo. Aquel que peque morirá” (Ezequiel 18:4) y porque “el pago que da el pecado es la muerte” (Romanos 6:23). Es por eso que este cuerpo es “corruptible”, “despreciable”, “es débil” (1 Corintios 15:42-43).

El hecho de que debamos morir, nos recuerda constantemente que somos pecadores y que, a pesar del perdón que Jesucristo nos ofrece, el pecado aún está en nosotros. No podemos presentarnos ante Dios y vivir delante de Su trono con este pecado. Por lo tanto, debemos ser liberados del “poder de la muerte,” de este cuerpo mortal. Dios nos libraré de él en la resurrección; cuando salgamos de nuestra tumba seremos incorruptibles, estaremos en la gloria, y con un cuerpo espiritual (1 Corintios 15:35-57), que será “como su propio cuerpo glorioso” (Filipenses 3:21). El Cristiano quedará completamente libre de su cuerpo mortal; y estará revestido por el cuerpo de la resurrección. Después “seremos como él, porque lo veremos tal como es” (1 Juan 3:2).

El creyente tiene esta seguridad. Es por esto que el apóstol gime en su grito de victoria: “Solamente Dios, a quien doy gracias por medio de nuestro Señor Jesucristo.” El no lo dice más, pero podemos adivinar lo que sigue: “doy gracias [a Dios] por medio de nuestro Señor Jesucristo” que algún día encontraremos la liberación de este cuerpo mortal y del pecado que vive en él. Nótese bien que el apóstol le da gracias a Dios “por medio de nuestro Señor Jesucristo.” No hay duda de que Jesús es quien nos ha redimido del pecado y de la muerte y que nos resucitará algún día para darnos la vida eterna: “No se admiren de esto porque va a llegar la hora en que todos los muertos oirán su voz y saldrán de las tumbas” (Juan 5:28-29). “Porque la

voluntad de mi Padre es que todos los que miran al Hijo de Dios y creen en El, tengan vida eterna; y yo los resucitaré en el día último” (Juan 6:40).

El último versículo donde declara: “En conclusión: yo entiendo que debo someterme a la ley de Dios, pero en mi debilidad estoy sometido a la ley del pecado” contrasta la palabra “entiendo” (o en su mente) con la palabra “debilidad” (o naturaleza pecadora). En lo más interno de su ser, con todo su corazón y toda su mente él desea obedecer la Ley de Dios y hacer Su voluntad que es tan buena. Pero debido a su naturaleza pecadora o debilidad, el viejo hombre que a [un vive en él y contra quien él lucha todos los días, el continúa estando “sometido a la ley del pecado.” El sigue cometiendo pecados que no desea cometer, pero al mismo tiempo odia el pecado con todas sus fuerzas.

Por eso, Romanos 7 es el complemento necesario de Romanos 6. En Romanos 6, el apóstol Pablo ha explicado que Dios ha liberado a los Cristianos del pecado. Esto es muy cierto, porque el pecado ya no puede ni acusarlo ni condenarlo. Pero Romanos 7 le recuerda que el pecado sigue siendo una dolorosa realidad en su vida. El hecho de estar libres del pecado no significa que ya no pequemos más, que seamos perfectos. El creyente debe seguir siendo humilde ante Dios, porque el pecado todavía está allí y lo hace impuro. El necesita arrepentirse de sus faltas todos los días y suplicar la gracia de Dios que Jesús ha revelado. Pero él también debe tener confianza: no debe dudar que él está bajo la gracia de Dios por el hecho de que todavía peca. El continúa estando bajo Su gracia mientras el crea en Jesucristo y se refugie en las promesas del Evangelio. Ningún pecado que admitamos con humildad y confesemos sinceramente, puede separarnos del amor de Dios que El nos ha demostrado en Cristo.

En el primer segmento del siguiente capítulo, Romanos 8, Pablo nos dará otro complemento necesario: la naturaleza pecaminosa y el espíritu no son dos poderes equivalentes en la vida del Cristiano, pero el espíritu tiene un poder más grande que la naturaleza pecadora y que guía al Cristiano hasta la victoria final. A continuación trataremos ese tema.

Resumen:

El Cristiano ya no es esclavo del pecado. Pero está consciente del hecho de que todavía hace lo malo que no quiere hacer y no hace el bien que le gustaría hacer. El peca contra su voluntad por debilidad. El sufre de esta debilidad y llora por la liberación del “poder de la muerte.” Este hecho lo mantiene humilde ante Dios, porque él necesita Su perdón, pero no debe evitar que él confíe en Sus promesas.

SECCIÓN CUATRO

EL ESPÍRITU DE DIOS GUIA AL CRISTIANO. EL TRIUNFA SOBRE TODAS LAS COSAS Y TIENE LA GLORIOSA SEGURIDAD DE LA SALVACION

Romanos 8

Discutiremos la cuarta sección de la epístola a los Romanos en dos partes. En la primera, el apóstol muestra cómo guía al Cristiano el Espíritu de Dios (Romanos 8:1-17). En la segunda, él señala que el Cristiano triunfa por encima de todas las cosas y tiene la gloriosa certeza de la salvación (8:18-39).

1. El Espíritu de Dios guía al Cristiano (Romanos 8:1-17)

Así pues, ahora ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús, porque la ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús, te liberó de la ley del pecado y de la muerte. Porque Dios ha hecho lo que la ley de Moisés no pudo hacer, pues no era capaz de hacerlo debido a la debilidad humana. Dios envió a Su propio Hijo en condición débil como la del hombre pecador y como sacrificio por el pecado, para de esta manera condenar al pecado en esa misma condición débil. Lo hizo para que nosotros podamos cumplir con las justas exigencias de la ley, pues ya no vivimos según las inclinaciones de la naturaleza débil sino según el Espíritu (Romanos 8:1-4).

El Capítulo 8 de Romanos comienza con una gloriosa declaración: “Así pues, ahora ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús.” Esta es la conclusión de lo que viene antes, tal como lo indican las palabras “Así pues.” El apóstol acababa de agradecerle a Dios “por medio de nuestro Señor Jesucristo” por el hecho de que algún día El lo liberaría “del poder de la muerte que está en mi cuerpo.” Jesucristo es el Redentor. El Bautismo une al creyente a Su muerte y a Su resurrección y lo hace partícipe de Su victoria. El merece un agradecimiento que venga desde el fondo de nuestro corazón. Y por esta razón, no hay condenación para aquellos “que están unidos a Cristo Jesús.” En el Capítulo 5, el apóstol explicó que por el pecado de Adán “vino la condenación” (Romanos 5:16-18). Pero en el siguiente texto él también dijo que “así también el acto justo de Jesucristo hace justos a todos los hombres para que tengan vida.”

La justificación es para “todos los hombres.” No obstante, en nuestro versículo. Pablo dice que no hay condenación ahora “para los que están unidos a Cristo Jesús,” es decir, para los creyentes. Luego, ¿es la salvación para todas las personas o sólo para los creyentes? No hay contradicción. Ya hemos explicado que Cristo reconcilió con Dios a todos los hombres del mundo entero, los justificó, los absolvió y los salvó. Dios pronunció Su veredicto de absolución y de gracia el cual es válido para todos. El perdón está allí para todos y todos deben aferrarse a ella por medio de la fe. Está claro que la fe es necesaria para recibir los beneficios de la muerte y la resurrección de Jesús. Hicimos esta distinción cuando estudiamos Romanos 5:12-21: Una distinción entre justificación objetiva y justificación subjetiva, o salvación objetiva y salvación subjetiva, una salvación que está allí para todos, pero que debemos recibir a través de la fe.

“Para los que están unidos a Cristo Jesús” ya no hay condenación. Estar unido a Cristo Jesús es creer en El, recibir Su salvación por la fe. “Pero Dios mismo los ha unido a ustedes con Cristo Jesús, y ha hecho también que Cristo sea nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra liberación” (1 Corintios 1:30). “El que está unido a Cristo es una nueva persona” (2 Corintios 5:17). Jesús dijo a sus discípulos, “Sigan unidos a mí” (Juan 15:4). Por lo tanto, la fe en Cristo libera al pecador de la condenación que está sobre él.

“Porque la ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús, te liberó de la ley del pecado y de la muerte.” Aquí, la palabra “ley” no se refiere a la Ley que Dios reveló en los Diez Mandamientos, sino lo que es la regla o norma. La “ley del Espíritu que da vida” es la norma de conducta que nos da el Espíritu Santo, y nos la da “en Cristo Jesús.” Ahora, ¿qué es lo que Cristo da al pecador y que da vida? El Evangelio de la justificación por la fe. La gran tarea del Espíritu Santo consiste en llevar personas a la n Cristo para que ellos puedan ganar la vida. El los llama a través del Evangelio, los ilumina y los sostiene en la fe en Jesucristo. Y, según el apóstol, esta “ley del Espíritu que da vida,” lo ha liberado, le ha hecho libre “de la ley del pecado y de la muerte.” Esto significa que, como el Espíritu Santo se apoderó de su corazón, lo convirtió y le trajo la liberación en Cristo Jesús, el pecado y la muerte ya no son más su “ley,” y no tienen ya poder alguno sobre él. El creyente, que ahora es libre de la condenación que tenía el poder sobre él, también está libre de su dominación.

“Porque Dios ha hecho lo que la ley de Moisés no pudo hacer, pues no era capaz de hacerlo debido a la debilidad humana.” Hay una cosa que la Ley no puede hacer: condenar, destruir el pecado, liberar del mal y de la muerte subsiguiente. ¿Por qué? Porque la debilidad humana la debilita. La naturaleza pecadora, la vieja y corrupta naturaleza humana quita de la Ley el poder para liberar del pecado. Sin duda alguna, la Ley puede salvar al justo, pero no al pecador: “Quienes ponen su confianza en la ley están bajo maldición, porque la Escritura dice: “Maldito sea el que no cumple fielmente todo lo que está escrito en el libro de la Ley” (Gálatas 3:10). Debido a que la Ley no podía liberar ni salvar a la humanidad, Dios que es amor y quiere salvar y liberar a la raza humana a toda costa, lo “ha hecho,” es decir, ha condenado “al pecado en esa misma condición débil” (ha condenado al pecado en el pecador). El mismo alcanzó esta liberación y esta salvación. ¿Cómo? Enviando “a Su propio Hijo en condición débil como la del hombre pecador y como sacrificio por el pecado.”

No fue cualquier hombre el que vino del cielo para salvar al mundo, sino “Su propio Hijo” (Romanos 8:32; Gálatas 4:4), el Único a quien el Evangelio de Juan llama “Aquel que es la Palabra se hizo hombre y vivió entre nosotros. Y hemos visto Su gloria, la gloria que recibió del Padre, por ser Su Hijo único, abundante en amor y verdad” (Juan 1:14), “que vive en íntima comunión con el Padre” (Juan 1:18). “Dios mostró Su amor hacia nosotros al enviar a Su Hijo único al mundo para que tengamos vida por él” (1 Juan 4:9). El Hijo de Dios, la segunda persona de la Santa Trinidad, se “hizo hombre” (Juan 1:14): El fue concebido por el Espíritu Santo y se encarnó en una virgen; por eso él se hizo un hombre verdadero para salvar a la humanidad.

Pablo dice que el propio Hijo de Dios vino “en condición débil como la del hombre pecador.” El no tenía la naturaleza pecaminosa del hombre, pero vino en esa condición. El cuerpo de Cristo no es el de un pecador. El era igual a los hombres en todas las cosas, pero “está apartado de los

pecadores” (Hebreos 7:26), “Cristo no cometió pecado alguno” (2 Corintios 5:21; Hebreos 4:15; 1 Pedro 2:22). Fue golpeado, herido, lesionado, y enviado a la muerte, no por Sus propios pecados, sino por los pecados de Su pueblo (Isaías 53:4-5). La expresión “como la del hombre pecador” se refiere a la del hombre en su debilidad y mortalidad. “Todo hombre es como hierba, ¡tan firme como una flor del campo!”, dice el profeta Isaías al describir a la humanidad (Isaías 40:6). Ellos viven y mueren como la hierba. Ellos mueren, porque la muerte es el pago que da el pecado. Jesús vino en “condición débil como la del hombre pecador.” Llegó para llevar la vida frágil de los hombres y para morir en la cruz porque El cargó con los pecados. No con Sus propios pecados, sino los del mundo. En El, Dios condena al pecado en el pecador. La condenación que la humanidad se ha merecido golpeó al Hijo de Dios que era santo e inocente, pero llevó sobre sí los crímenes de la humanidad. El se convirtió en “una maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). “Cristo no cometió pecado alguno, pero por causa nuestra, Dios lo hizo pecado, para hacernos a nosotros justicia de Dios en Cristo” (2 Corintios 5:21). A ese precio El redimió al mundo “con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha (1 Pedro 1:19). En Cristo Dios condenó los pecados del mundo. Es por eso que “ahora ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús.”

“Lo hizo para que nosotros podamos cumplir con las justas exigencias de la ley, pues ya no vivimos según las inclinaciones de la naturaleza débil sino según el Espíritu.” Cristo, quien murió por la redención del mundo, cumplió con “las justas exigencias de la ley.” La palabra Griega utilizada aquí significa literalmente “el veredicto de la Ley.” La Ley pronuncia un veredicto de condenación sobre cada pecador. Debido a que ha habido una condenación, la cual Jesús soportó en lugar de la humanidad, El ha cancelado, eliminado este veredicto. El perdón y la salvación están allí para todos, pero una vez más, para recibirlo, debemos creer en El. Pablo habla de recibir nuestra salvación de Dios de la siguiente manera: “ya no vivimos según las inclinaciones de la naturaleza débil sino según el Espíritu.” El presenta nuevamente el contraste entre la naturaleza pecadora y el Espíritu -- esta vez estamos escribiendo la palabra con letra mayúscula. El Espíritu Santo se opone a la naturaleza pecadora, como está escrito en Juan 3:6; Gálatas 5:17-22, y también en Romanos 8.

Por eso Pablo ha llegado al tópico que él quiere discutir en la primera parte de este capítulo, que es el Espíritu Santo y Su obra, un poder guía en la vida del creyente. En el mundo, el pecado ejerce su poder y su control a través de la condenación. Una vez que esta condenación ha desaparecido, ya no hay más control. El pecador que ha recibido la gracia y el perdón, ya no vive bajo el poder del pecado. ¿A quién, además de a Cristo, debe él esto? Al Espíritu Santo quien lo llamó a la fe a través del Evangelio. Por lo tanto, fue El quien estableció el vínculo entre la justificación y la santificación, es decir, entre el perdón y la vida Cristiana. “Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que nosotros muramos al pecado y vivamos una vida de rectitud” (1 Pedro 2:24). Cuando El nos llama a Su perdón y Su salvación, El también nos llama al mismo tiempo a la rectitud y a la santidad. Esa es la obra esencial del Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad. Es El quien llama a los hombres por medio del Evangelio, quien los ilumina, los santifica y los sostiene en la verdadera fe.

Los que viven según las inclinaciones de la naturaleza débil, solo se preocupan por seguirlas; pero los que vivan conforme al Espíritu se preocupan por las cosas del Espíritu. Y preocuparse por seguir las inclinaciones de la naturaleza débil lleva a la muerte; pero

preocuparse por las cosas del Espíritu lleva a la vida y a la paz. Los que se preocupan por seguir las inclinaciones de la naturaleza débil son enemigos de Dios, porque ni quieren ni pueden someterse a la ley. Por eso, los que viven según las inclinaciones de la naturaleza débil no pueden agradar a Dios.

Pero ustedes ya no viven según esas inclinaciones, sino según el Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios vive en ustedes. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. Pero si Cristo vive en ustedes, el espíritu vive porque Dios los ha hecho justos, aun cuando el cuerpo esté destinado a la muerte por causa del pecado. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús vive en ustedes, el mismo que resucitó a Cristo dará nueva vida a sus cuerpos mortales por medio del Espíritu de Dios que vive en ustedes.

Así pues, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir según las inclinaciones de la naturaleza débil. Porque si viven ustedes conforme a tales inclinaciones, morirán; pero si por medio del Espíritu hacen ustedes morir esas inclinaciones, vivirán.

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios (Romanos 8:15-14).

En el versículo 4, discutimos nuestro camino no de acuerdo a la naturaleza pecadora, sino según el Espíritu. El apóstol regresa a la idea pero cambia el verbo: ahora él discute sobre aquellos que “que viven según las inclinaciones de la naturaleza débil” o “solo se preocupan por seguir las” en contraste con “los que viven conforme al Espíritu” y “se preocupan por las cosas del Espíritu.” Hay personas que viven según la naturaleza pecadora porque sienten placer en hacerlo. La naturaleza débil proporciona satisfacciones a las cuales esas personas están apegadas. Su regla de conducta es la de obedecer los deseos que habitan en ellos, porque son personas pecadoras. Ellos realizan actos “según las inclinaciones de la naturaleza débil,” los cuales son enumerados por Pablo en Gálatas 5:19-21, estos actos van desde el libertinaje hasta las peleas y todo tipo de excesos, incluyendo la brujería.

Y luego están aquellos que viven “conforme al Espíritu” y “solo se preocupan por seguir las.” Ellos son los que cosechan el “fruto” del Espíritu que son el “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gálatas 5:22-23). Por lo tanto, existen dos grupos de gente: los que andan según la naturaleza pecaminosa, y los otros que marchan conforme al Espíritu. Los primeros sienten se complacen en el pecado y el mal, y los segundos buscan lo que es bueno y justo. Los primeros son guiados por su propia naturaleza débil, por las inclinaciones malignas de su corazón; mientras que a los otros los guía el Espíritu de la santidad y la piedad.

“Preocuparse por seguir las inclinaciones de la naturaleza débil lleva a la muerte; pero preocuparse por las cosas del Espíritu lleva a la vida y a la paz.” Este es el resultado de los dos estilos de vida. El primero termina en muerte, y el otro en vida y paz. No existe un solo camino, ni muchos, sino uno solo, según la palabra de Jesús. “Entren por la puerta angosta. Porque la puerta y el camino que llevan a la perdición son anchos y espaciosos, y muchos entran por ellos; pero la puerta y el camino que llevan a la vida son angostos y difíciles, y pocos los encuentran” (Mateo 7:13-14). Y Cristo señala los mismo en el mismo y bien conocido texto de Juan 3:16: “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a Su único Hijo, para que todo aquel que cree en El no

muera, sino que tenga vida eterna.” Condenación eterna y vida eterna. No hay una tercera solución. “Preocuparse por las cosas del Espíritu lleva a la vida “y también a la “paz” que fluye de la seguridad de que, por Cristo Jesús, Dios ha perdonado todos los pecados y que ya no hay condenación para la persona que cree en El.

“Los que se preocupan por seguir las inclinaciones de la naturaleza débil son enemigos de Dios, porque ni quieren ni pueden someterse a la ley.” Esta es la razón por la cual producen muerte, porque es enemiga de Dios y se niega a someterse a Su Ley. Por eso el apóstol revela las profundidades de la corrupción humana. El hombre es enemigo de Dios por naturaleza, porque El desea que Dios no existiera y está en contra suya donde sea que El se muestre a Si mismo en Sus obras y en Sus Palabras. Dios es amor. Estar unido a El significa amarlo. La naturaleza débil hace lo contrario: se rebela contra El. “Lo que nace de padres humanos, es humano” (Juan 3:6). Por naturaleza el pecador sólo puede oponerse a Su Creador y odiarlo.

Las mentes de los pecadores “ni quieren ni pueden someterse a la ley.” Esas personas sólo pueden desobedecer al Señor y son incapaces de cumplir Su voluntad. Por eso, como algunos pretende, el hombre no es un ser neutral, uno que pueda escoger entre servir a su naturaleza pecadora o servir a Dios, entre amar al ser pecador o amar a Dios. El hombre, por naturaleza, es prisionero de su debilidad, y por eso, está alejado de Dios y es hostil a Su voluntad. Esto no es una elección libre; él no puede elegir servir a uno o al otro. Solamente el Espíritu Santo puede liberarlo de este esquema mental y de la esclavitud a la naturaleza débil y puede hacer que él ame a Dios y lo sirva. Únicamente Dios puede convertir al hombre y transformar su corazón.

“Por eso, los que viven según las inclinaciones de la naturaleza débil no pueden agradar a Dios.” Nosotros no podemos vivir según las inclinaciones de la naturaleza débil y agradar a Dios. Así como tampoco podemos buscar sinceramente Su perdón y deleitarnos en el pecado. Dios y la naturaleza débil no armonizan entre sí, como tampoco lo hace una vida que sigue las inclinaciones de la naturaleza pecadora y una vida agradable al Señor. La oposición entre la naturaleza pecadora y Dios, o entre la naturaleza pecadora y el Espíritu Santo es drástica. Tal como Pablo lo escribió: proviene de la hostilidad (8:7). “Porque los malos deseos están en contra del Espíritu, y el Espíritu está en contra de los malos deseos. El uno está en contra de los otros, y por eso ustedes no pueden hacer lo que quisieran” (Gálatas 5:17). Y esto se debe a que “los que son de Cristo Jesús, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos” (Gálatas 5:24).

Eso también es lo que Pablo enseña en Romanos 8: “Pero ustedes ya no viven según esas inclinaciones, sino según el Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios vive en ustedes.” El Cristiano ya no se complace en los malos deseos y en los pecados que su naturaleza débil quiere, ya no vive según sus inclinaciones, sino según el Espíritu Santo que los ha convertido a través del Evangelio. Vive “según el Espíritu” (8:4); y “se preocupan por las cosas del Espíritu” (8:5). San Pablo añade algo que lo restrinja: puesto que el Espíritu de Dios vive en ustedes.” El no expresa una duda porque él sabe bien que la gente a quien él dirige la epístola son Cristianos, pero quiere señalar que podemos vivir según el Espíritu solamente si el Espíritu Santo vive realmente en nosotros y nos guía. De hecho, El no puede vivir en los que “viven según las inclinaciones de la naturaleza débil;” porque la naturaleza pecadora y el Espíritu Santo no pueden vivir juntos, así como tampoco pueden hacerlo el pecado y la santidad a la cual nos llama

el Espíritu Santo. El creyente es “templo de Dios,” porque el Espíritu Santo “vive” en el (1 Corintios 3:16). Es la presencia del Espíritu en su corazón y en su vida, la que le trae esta lucha constante que el apóstol ha descrito en el capítulo anterior.

“El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.” El apóstol invoca ahora al Espíritu Santo, a quien él ha llamado “el espíritu de Dios,” “el Espíritu de Cristo.” Al mismo tiempo El es el Espíritu del Padre y del Hijo; y el Padre lo envía al mundo a petición de Su Hijo (Juan 14:16-17). El envía al Espíritu por causa de la redención que el Hijo ha conseguido. Ahora que el Hijo ha redimido a la humanidad y la ha reconciliado con Dios y ha expiado sus pecados, el Espíritu Santo tiene que dar a conocer estas Buenas Nuevas a ellos y llevarlos al arrepentimiento y la fe. “Pero cuando venga el Defensor que yo voy a enviar de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él será mi testigo” (Juan 15:26). Usted tiene que tener el Espíritu de Dios y el de Cristo para poder ser hijo de Dios, y heredero de la vida eterna; El tiene que regenerarlo, guiarlo y dirigirlo a usted. Por lo tanto, la fe no es una obra humana, sino la obra del Espíritu Santo. Lo mismo pasa con la santificación, la vida Cristiana; porque El le da a los creyentes la voluntad y la fuerza para andar delante de Dios y vivir en santidad. “Y el que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.” Si el Espíritu Santo que da testimonio de Jesucristo y de Su obra de salvación no ha convertido a una persona y no la guía, esa persona no pertenece a Cristo. No es Su discípulo ni heredará Su salvación.

“Pero si Cristo vive en ustedes, el espíritu vive porque Dios los ha hecho justos.” La obra del Espíritu Santo es hacer que Cristo viva en el corazón de una persona y convertirla en Su morada. Jesús ha dicho a Sus discípulos: “El que me ama, hace caso de mi palabra; y mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a vivir con él” (Juan 14:23). “Sigan unidos a mí, como yo sigo unido a ustedes.... Yo soy la vid, y ustedes son las ramas. El que permanece unido a mí, y yo unido a él; da mucho fruto; pues sin mí no pueden ustedes hacer nada” (Juan 15:4-5). “Cristo vive en ustedes.” En teología, a esto lo llamamos la unión mística o la “residencia” o “morada” de Cristo en el Cristiano. No es corporal ni física, sino espiritual, y por ende, invisible.

“Aun cuando el cuerpo esté destinado a la muerte por causa del pecado.” Los Cristianos todavía se mueren y se convierten en polvo. Pero la muerte no tendrá la última palabra. Detrás de esta desoladora realidad, que podemos palpar cada vez que una persona muere y es sepultada, existe otra: “el espíritu vive porque Dios los ha hecho justos.” La palabra “Espíritu” se refiere al Espíritu Santo, al igual que en todo el capítulo 8. El es vida, El la tiene en Sí Mismo, porque El es Dios, y Dios es vida. Cuando El viene para vivir en el corazón de un creyente, El llega allí con Su vida. El trae vida a los creyentes y se las garantiza. En Efesios, Pablo señala que el Espíritu Santo “es el anticipo que nos garantiza la herencia que Dios nos ha de dar, cuando haya completado nuestra liberación y haya hecho de nosotros el pueblo de su posesión, para que todos alabemos su glorioso poder” (Efesios 1:14). El está presente en el corazón del Cristiano; es Espíritu certifica que él es un hijo de Dios y que heredará la vida eterna. En nuestro texto, Pablo también señala por qué esto es así: “porque Dios los ha hecho justos.” El Cristiano obtiene la vida eterna porque Jesucristo lo ha hecho justo y lo ha revestido con Su justicia. Sin esta justicia y sin el perdón de Dios, ningún pecador puede aparecer ante Su trono y tener vida eterna. Lutero dice en su Catecismo Menor: “Porque donde hay perdón de los pecados, también hay vida y salvación.”

“Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús vive en ustedes, el mismo que resucitó a Cristo dará nueva vida a sus cuerpos mortales por medio del Espíritu de Dios que vive en ustedes.” Este es un hermoso versículo de la Biblia y quizás el más hermoso en Romanos. El Espíritu de El “de aquel que resucitó a Jesús” es el Espíritu de Dios Padre. Este texto dice dos veces que Dios ha que Dios ha resucitado a Su Hijo de entre los muertos; por lo tanto proclama que El ha cumplido Su misión, ha reconciliado y ha salvado a la humanidad. Como Su justicia reviste al creyente y debido a que ellos participan de la salvación que El ha traído, Dios también los resucitará a ellos. La resurrección de Jesús trae consigo la resurrección de todos los que creen en El. El dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que crea en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que todavía está vivo y cree en mí, no morirá jamás” (Juan 11:25-26). Los creyentes, a quienes El ha librado del pecado y del pago que este da, participarán en la victoria de Cristo y resucitarán de la muerte para seguirlo. Es por esto que Pablo llama a Jesucristo, “El es el primer fruto de la cosecha: ha sido el primero en resucitar” (1 Corintios 15:20), “El, que es el principio, fue el primero en resucitar” (Colosenses 1:18). “Por medio del Espíritu de Dios que vive en ustedes” tendrá lugar la resurrección de los Cristianos. La obra del Espíritu Santo en los corazones de los hombres es una obra de salvación y liberación: El proporciona el perdón a los creyentes y los guía por el camino a la vida eterna. Ahora El les trae la vida, pero ante el trono de Dios será una vida gloriosa. Esta vida los conducirá a través de la muerte y la resurrección, y los guiará hasta la gloria eterna. Es por eso que junto con toda la Cristiandad confesamos lo siguiente con respecto al Espíritu Santo: “Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Cristiana, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos, y la vida eterna.”

“Así pues, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir según las inclinaciones de la naturaleza débil.” No tener una obligación con las inclinaciones de la naturaleza humana significa no deberle nada. El Cristiano está muerto con respecto al pecado. Esa fue la gran enseñanza de Romanos 6:1-7. El Cristiano es como un esclavo muerto sobre quien el viejo amo no tiene ya ningún poder ni autoridad. Por eso la naturaleza débil ha perdido su autoridad sobre el creyente. Esta naturaleza no puede ya esperar nada de él, y el creyente no le adeuda nada, ni tampoco puede darle órdenes. El ha cambiado a los patronos. Ahora, ¿cómo se llama el nuevo amo? El apóstol no lo dice, pero los lectores pueden adivinarlo. Naturalmente, es Dios quien ha tenido piedad de él y le ha ofrecido Su salvación, o es Cristo quien lo ha redimido, o el Espíritu Santo quien vive en él. Ahora queda la tarea de crucificar a la naturaleza débil (Gálatas 5:24) y ¡acabar con ella! “El viejo Adán en nosotros debería ser ahogado diariamente en contrición y arrepentimiento para que muera con todos los pecados y malos deseos, y... todos los días debería emerger y levantarse ante Dios en rectitud y pureza eterna” (Catecismo Menor).

“Porque si viven ustedes conforme a tales inclinaciones, morirán; pero si por medio del Espíritu hacen ustedes morir esas inclinaciones, vivirán.” El apóstol habla sobre algo que puede suceder; de una posibilidad real. Es bastante factible que un creyente, iluminado por el Espíritu Santo y que se ha convertido en Jesucristo, viva nuevamente “conforme a tales inclinaciones” (las de la naturaleza débil), que se olvide de la voluntad de Dios, se deleite en el pecado y caiga bajo el control del pecado. Existen muchos ejemplos, pero ¿cuál es el resultado cierto? ¡La muerte! “Porque si viven ustedes conforme a tales inclinaciones, morirán.” El apóstol no solo piensa en la muerte espiritual, la ceguera del corazón que conduce a una persona al pecado, sino particularmente también sobre la muerte eterna. La vida conforme a la naturaleza débil trae la muerte o la condenación eterna. La santidad de Dios requiere esto. El no puede aceptar en Su

cielo a una persona que ha servido a su naturaleza pecadora, que está feliz con sus malos deseos y se ha enlodado en el pecado. No puede, especialmente, si él rechazó Su gracia y Su salvación, si él ha conocido de Su perdón y lo ha rechazado después.

“Morirán.” La naturaleza pecadora es un amo que trae consigo la muerte y que sólo puede traer nuestra perdición (6:21). Pero si “por medio del Espíritu hacen ustedes morir esas inclinaciones,” nosotros viviremos. Esto naturalmente tiene que ver con los malos actos del cuerpo que comete una persona cuando obedece las inclinaciones de su naturaleza débil; pero el cuerpo no es el asiento del pecado. Sería errado decir que el alma es buena pero el cuerpo es malo, pero el pecado se muestra a través del cuerpo, al cual utiliza como su instrumento. El pecado usa a las partes del cuerpo para llevar a cabo su control. La frase “pero si por medio del Espíritu hacen ustedes morir esas inclinaciones, vivirán,” significa negarse a obedecer los malos deseos. Usted no puede hacer que su naturaleza pecadora desaparezca, aunque la crucifique todos los días, porque ella reside en nosotros mientras estemos vivos. Pero podemos evitar que se apodere de nuestro cuerpo, de esclavizarlo y de imponernos su voluntad. Podemos evitar que realice actos inspirados por los malos deseos. Podemos negarnos a realizar nuestros “propios malos deseos” (Gálatas 5:16), podemos “crucificar la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos” (Gálatas 5:24), podemos “hacerlo morir” (Colosenses 3:5), despojarnos de lo que antes éramos (Efesios 4:21-22). Por medio del Espíritu podemos matar los malos deseos del cuerpo, pero una persona no puede hacer esto por sí sola. La santificación Cristiana, el hecho de que un hijo de Dios renuncie al pecado y busque la rectitud, es obra del Espíritu Santo. El nos guía por el camino de la santidad y la piedad.

“¡Vivirán!” El creyente, quien por medio del Espíritu Santo le dice que no al pecado, vivirá. Note el fuerte contraste que señala el apóstol: vivir según las inclinaciones de la naturaleza de la naturaleza débil, es la muerte, mientras que despojarnos de la naturaleza débil significa vivir. Una vida con los placeres de este mundo y en pecado, una vida que la persona pecadora considera como vida verdadera, produce la muerte. En contraste, él que le dice que no al pecado, vivirá. El recibirá la verdadera vida. La naturaleza débil y el Espíritu no pueden convivir en paz. La vida Cristiana es una lucha decidida en la cual habrá un vencedor y un vencido. Pero la recompensa para el que lucha en la fe y con perseverancia es maravillosa y gloriosa.

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios.” ¿Cómo garantiza la vida el Espíritu Santo que vive y actúa en el corazón del creyente? Probando que somos “hijos de Dios,” Sus hijos amados, y por tanto, herederos de la vida eterna (8:17). Los que “hacen morir esas inclinaciones,” que crucifican la naturaleza pecaminosa, muestran con eso que el Espíritu Santo que vive en ellos, los gobierna. Es por eso que ellos viven una vida Cristiana. El hecho de que Dios nos haya adoptado como Sus hijos es un don gratuito, algo que recibimos del Señor (Gálatas 4:5). Es un regalo que recibimos por la fe: “Pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios” (Gálatas 3:26; Juan 1:12-13, 3:6). Esta es una distinción muy importante: Dios no nos adopta, porque huyamos del pecado y hagamos el bien, sino que lo hace libremente a través de la fe en Jesucristo y por eso nos da la fortaleza para huir del mal y buscar el bien. La santificación sigue a la justificación y no lo opuesto. Una vez que una persona se convierte en Hijo de Dios por la fe, el Espíritu Santo la renueva progresivamente a imagen de Dios (Efesios 4:24); luego esa persona hija de Dios produce los frutos del Espíritu (Gálatas 5:22). El Espíritu

“guía” a los creyentes. El los guía de la manera en que un chofer conduce su auto. Por eso El es el único que les guía en la fe y la santidad.

Pues ustedes no han recibido un espíritu de esclavitud que los lleve otra vez a tener miedo, sino el Espíritu que los hace hijos de Dios. Por este Espíritu nos dirigimos a Dios, diciendo: “¡Abba! ¡Padre!

Y este mismo Espíritu se une a otro espíritu para dar testimonio de que ya somos hijos de Dios. Y puesto que somos sus hijos, también tendremos parte en la herencia que Dios nos ha prometido, la cual compartiremos con Cristo, puesto que sufrimos con él para estar también con él en su gloria (Romanos 8:15-17).

He aquí otro hermoso texto que es muy rico en consuelo. Pablo ha señalado que aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Ahora, pasa a explicarlo. ¿Por qué somos hijos de Dios cuando el Espíritu Santo nos guía? El Espíritu que recibimos nosotros los Cristianos no es un “espíritu de esclavitud que los lleve otra vez a tener miedo,” sino él que nos da el don de ser “hijos de Dios.” La adopción es un acto a través del cual uno se convierte en hijo de alguien. En otras palabras, el Espíritu Santo no convierte a los creyentes en esclavos, sino que los convierte en hijos de Dios. El no nos trata como a la gente explotada, que tiemblan ante su patrón, sino como a gente privilegiada que tienen Su gracia, que tienen en Dios a un Padre que los ama.

El Espíritu Santo nos ha convertido en hijos de Dios, y también nos hace vivir como tales. Por el decimos “¡Abba! ¡Padre! Abba significa padre en Arameo, que era el idioma que hablaban Jesús y sus discípulos. La palabra entró en el Nuevo Testamento porque Jesús, y por lo tanto los Cristianos de origen judío estaban acostumbrados a orarle a Dios en su lengua materna, tal como lo hacen los Cristianos en África y los Cristianos del mundo entero. “Nos dirigimos a Dios, diciendo: “¡Abba! ¡Padre!” Generalmente es un grito de confianza y esperanza, pero a veces es un grito de angustia. El Cristiano sabe que su Padre celestial le escucha y que El cumple Su petición: “Y este mismo Espíritu se une a otro espíritu para dar testimonio de que ya somos hijos de Dios.” El apóstol explica además lo que él ya ha señalado tan claramente. El Espíritu Santo es un testigo que nos insta a orar y a testimoniar que somos hijos de Dios por la fe. Por el nosotros gritamos “¡Abba! ¡Padre!” El nos invita a los Cristianos a orar. Pablo le escribió a los Gálatas: “Y porque ya somos sus hijos, Dios mandó al Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones; y el Espíritu clama “¡Abba! ¡Padre!” (Gálatas 4:6). El nos insta a que nos volvamos hacia Dios como los hijos se vuelven hacia sus padres humanos. De esta manera El da “testimonio de que ya somos hijos de Dios.”

Y esta es la conclusión de esta primera parte de Romanos 8: “Y puesto que somos sus hijos, también tendremos parte en la herencia que Dios nos ha prometido, la cual compartiremos con Cristo, puesto que sufrimos con él para estar también con él en su gloria. El Espíritu Santo quien está presente en los corazones de los Cristianos es para ellos la promesa que El les hace como hijos Suyos, y si son hijos de Dios, también son Sus herederos. Estas dos cosas vienen juntas. Un hijo tiene derecho al patrimonio de sus padres, pues esto mismo es aplicable cuando se trata de un hijo adoptado. Existe una diferencia entre ser un esclavo y ser un siervo que ha pasado toda su vida en la casa de su patrón, y un hijo. Pablo le dice al que puede hablar a Dios “¡Abba!

¡Padre!": "Así pues, tú ya no eres esclavo, sino hijo de Dios; y por ser hijo suyo, es voluntad de Dios que seas también su heredero" (Gálatas 4:7).

Usted no puede ganarse una herencia. Eso es algo que se recibe, un regalo que los padres dan a sus hijos. "Pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios" (Gálatas 3:26). Un Cristiano jamás merece ser hijo de Dios. De la misma manera, él no merece ser Su heredero La herencia de Dios es gratuita, como no cesa de explicarlo el apóstol en Romanos 3:5. Si el pago que da el pecado es la muerte, "el don de Dios es vida eterna en unión con Cristo Jesús, nuestro Señor" (Romanos 6:23). "Para que la promesa hecha a Abraham conservara su valor para todos sus descendientes, fue un don gratuito, basado en la fe. Es decir, la promesa no es solamente para los que se basan en la ley, sino también para todos los que se basan en la fe, como Abraham" (Romanos 4:16). El apóstol Pedro bendice a Dios el "Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por Su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo por la resurrección de Jesucristo. Esto nos da una esperanza viva, y hará que ustedes reciban la herencia que Dios les tiene guardada en el cielo, la cual no puede destruirse, ni marcharse, ni marchitarse. Por la fe que ustedes tienen en Dios, él los protege con su poder para que alcancen la salvación que tiene preparada, la cual dará a conocer en los tiempos últimos" (1 Pedro 1:3-5; ver también Juan 17:24; Romanos 8:29; Filipenses 3:21; 1 Juan 3:2). Esta maravillosa herencia, que Dios ofrece gratuitamente, debería motivar al Cristiano a vivir conforme al Espíritu y no según las inclinaciones de la naturaleza débil.

Dios ha convertido a Sus creyentes en Sus herederos. El no ha hecho en Cristo sin el cual no habría herencia para toda la humanidad. Es por eso que al mismo tiempo "tendremos parte en la herencia que Dios nos ha prometido, la cual compartiremos con Cristo." Después de que el Hijo de Dios completó Su misión, Dios lo glorificó en el cielo como recompensa por Su obediencia perfecta. El vive y reina por siempre e incluye a todos los creyentes en Su herencia. Ellos vivirán y reinarán eternamente con El. El Espíritu Santo es la promesa: "es el anticipo que nos garantiza la herencia que Dios nos ha de dar" (Efesios 1:14), porque El nos une a Cristo y nos convierte en hijos, y por lo tanto, en herederos de Dios.

Ahora estas palabras que siguen introducen la segunda parte de este capítulo: "... puesto que sufrimos con él para estar también con él en su gloria." Existe un gran contraste entre nuestra condición actual y la gloria futura, entre lo que somos ahora y lo que seremos algún día: "puesto que sufrimos con él." Los creyentes son los herederos de Dios, pero su condición presente no lo demuestra. Los sufrimientos de los cuales habla el apóstol no son ni un castigo que Dios inflige a Sus hijos ni un sacrificio por sus pecados, sino que provienen de su unión con Cristo. La palabra es hostil a ellos, porque es hostil a Cristo su Señor. Jesús ha dicho a Sus discípulos, "Si el mundo los odia a ustedes, sepan que a mí, me odió primero. Si ustedes fueran del mundo, la gente del mundo los amaría, como ama a los suyos. Pero yo los escogí a ustedes entre los que son del mundo, y por eso el mundo los odia, porque ya no son del mundo" (Juan 15:18-19). El discípulo no está por encima de su maestro (Mateo 10:24). El mundo no puede amar a los Cristianos más de lo que ellos aman a Cristo. Por eso, si una persona sufre por causa de Cristo, los mismos sufrimientos son una prueba de que la persona le pertenece a El y algún día heredará Su gloria eterna. Esto nos lleva a la siguiente sección.

Resumen:

El Cristiano no vive según las inclinaciones de la naturaleza débil, porque el Espíritu Santo que vive en él lo gobierna y lo conduce a la vida eterna. El enseña al Cristiano a orar “¡Abba! ¡Padre!” y por eso sirve como testigo de que él es hijo de Dios y heredero de Su salvación. Pero antes de vivir en la gloria con Jesucristo, el Cristiano debe aprender a sufrir con El.

2. El Cristiano resulta victorioso sobre todo y tiene la seguridad de la vida eterna (Romanos 8:18-39)

En esta sección, Pablo muestra que el creyente resulta victorioso sobre todo (8:18-27) y tiene la seguridad de la vida eterna (8:28-39). El discutirá nuestra condición mientras esperamos la gloria futura. Está claro, que entre la adopción y el ser partícipes de la gloria de Dios, existe una condición intermedia, un período de espera durante el cual el creyente se aferra a las promesas de Dios, está bajo la guía del Espíritu Santo, y vive esperando la gloria prometida. El apóstol nos enseña algo nuevo y sorprendente que solo podemos saber por la revelación: y esto es que la creación entera, la cual también tendrá parte en esta liberación final, también participará en esta espera. El pecado de la humanidad ha involucrado a la creación, y su futuro depende de lo que Dios va a hacer con Sus hijos, del hecho de que El cumplirá las promesas que les ha dado. Esta espera impaciente nos muestra cuan grande va a ser la gloria futura. Lo que esperamos con tanto anhelo tiene que ser algo que es digno de esperar. Los sufrimientos tan grandes que soportamos los Cristianos refuerzan nuestra espera, nosotros esperamos ser liberados de ellos. Los sufrimientos y la muerte son las consecuencias del pecado. Ellos obviamente no encajan con la liberación del pecado que la justificación ofrece. Pero, ¿Si Dios perdona nuestros pecados, porque debemos seguir sufriendo? Los sufrimientos tienden a hacernos dudar acerca de nuestra herencia y nos tientan a decir: “¿Será verdad que el Señor tiene reservada para nosotros la salvación y la gloria eterna?” Esta es la razón la siguiente lección:

Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que habremos de ver después. La creación espera con gran impaciencia el momento en que se manifieste claramente que somos hijos de Dios. Porque la creación perdió su verdadera finalidad, no por su propia voluntad, sino porque Dios así lo había dispuesto; pero quedaba siempre la esperanza de ser liberada de la esclavitud y la destrucción, para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que hasta ahora la creación entera se queja y sufre como una mujer con dolores de parto. Y no solo ella sufre, sino también nosotros, que ya tenemos el Espíritu como anticipo de lo que vamos a recibir. Sufrimos profundamente, esperando el momento de ser adoptados como hijos de Dios, con lo cual serán liberados nuestros cuerpos. Con esa esperanza hemos sido salvados. Solo que esperar lo que ya se está viendo no es esperanza, pues, ¿quién espera lo que ya está viendo? Pero si lo que esperamos es algo que todavía no vemos, tenemos que esperarlo sufriendo con firmeza.

Los sufrimientos de los Cristianos son reales, eso no lo podemos negar. Los Cristianos todavía sufren las consecuencias de la caída en el pecado. Ellos trabajan con el sudor de su frente, son atribulados por problemas y han sufrido muchas penurias, como las demás personas. Cuando vemos sus vidas y sus sufrimientos, no hay diferencia entre ellos y las demás personas. Y el apóstol conoce muy bien que les esperan otros sufrimientos, es decir, persecuciones que deben

resistir porque ellos son creyentes y porque el mundo los odia. Todo eso es muy cierto; pero a pesar de lo grandes que puedan ser sus sufrimientos, éstos no son nada comparados con la gloria que está reservada para ellos en el cielo. “Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que habremos de ver después.” Pablo habla en primera persona del singular. Por eso, él manifiesta una convicción personal que muestra lo que él piensa, sino que también y por encima de todo, las promesas que Dios hizo en el Evangelio. Los sufrimientos de los Cristianos son “sufrimientos del tiempo presente.” No hay duda de que en el otro extremo de los “los sufrimientos del tiempo presente” está en “la gloria que habremos de ver después.” Estos están limitados al presente y no durarán por siempre. El apóstol Pablo escribe a sus lectores que “aún cuando sea necesario que durante un poco de tiempo pasen por muchas pruebas” (1 Pedro 1:6).

Toda una vida en el mundo, no obstante lo larga que esta pueda ser, es nada comparada con la eternidad. Es por eso que no se pueden comparar los sufrimientos actuales de los Cristianos con la gloria futura que les espera. Para estar seguros, podemos comparar estos sufrimientos de ahora con la gloria futura, pero no importa cuan dolorosos estos puedan ser, ellos no tienen el mismo valor. Usted no los puede poner en la misma escala que la gloria celestial. No las puede comparar. En otra parte San Pablo dice que “lo que sufrimos en esa vida es cosa ligera, que pronto pasa” y luego añade “pero nos trae como resultado una gloria eterna mucho más grande y abundante. Porque no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve, ya que las cosas que se ven son pasajeras, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:17-18).

La gloria futura que sustituirá a los sufrimientos presentes que “habremos de ver después.” Esta literalmente será “develada.” Esta gloria existe; es real; pero por los momentos está oculta. No podemos verla todavía. Los Cristianos tenemos cierta gloria ahora. Un poco más adelante, el apóstol dice: “Y a los que Dios destinó desde el principio, también los llamó: y a los que llamó, los hizo justos; y a los que hizo justos, les dio parte en su gloria” (8:30). Dios tuvo misericordia de ellos y les otorgó el enorme privilegio de ser Sus hijos y herederos de la vida eterna. Ellos tienen una herencia en el cielo, la cual está asegurada y garantizada para ellos, pero ellos todavía no la ven ni la disfrutan. Esta herencia se asemeja a una suma de dinero que una persona puede llegar a tener algún día. Un día, todo esto cambiará. “Queridos hermanos, ya somos hijos de Dios. Y aunque no se ve todavía lo que seremos después, sabemos que cuando Jesucristo aparezca seremos como él, porque lo veremos tal como es” (1 Juan 3:2). Esta es la herencia de la cual Pedro dice que “no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse -- guardada en el cielo para ustedes (1 Pedro 1:4). Jesús dijo: “Entonces los justos brillarán como el sol en el reino del Padre” (Mateo 13:43). Cuando el creyente contempla la gloria futura y medita sobre ella, encuentra la fortaleza para soportar los sufrimientos presentes.

Pero hay un dato nuevo: el hombre no está solo en su espera por la liberación; sino que la creación entera espera con él. “La creación espera con gran impaciencia el momento en que se manifieste claramente que somos hijos de Dios.” El apóstol habla de la creación. ¿Qué es eso? No son los creyentes, porque la creación espera por “el momento en que se manifieste claramente que somos hijos de Dios,” estos son los creyentes. Tampoco son los incrédulos, que no están esperando la liberación de los hijos de Dios y no tendrán parte en ella. Ellos recibirán la condenación eterna (Juan 3:36; Romanos 2:7-9; 2 Tesalonicenses 1:6-10). La creación de la que habla Pablo no son las personas, sino el universo entero, la tierra, la naturaleza, el mundo de los

animales y las plantas, y todo lo que exista. Esta creación es la que está esperando. El apóstol la personifica comparándola con una persona que espera. Pero no es una espera consciente ya que concierne a la creación irracional, que no razona ni piensa. El apóstol asigna a la naturaleza, a los animales y a las plantas, sensaciones que realmente no tienen, para demostrar cuanto sufren por causa del pecado de la raza humana.

Sin duda alguna, “la creación perdió su verdadera finalidad, no por su propia voluntad, sino porque Dios así lo había dispuesto; pero quedaba siempre la esperanza de ser liberada de la esclavitud y la destrucción, para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios.” La frustración se debe a la inutilidad. Cuando la flecha de un cazador no da en el blanco, esta es inservible. Pablo señala que los Gentiles viven “de acuerdo con sus equivocados criterios” (Efesios 4:17). Sus vidas no tienen significado alguno. Ellos fallan en su objetivo; ellos no logran aquello para lo cual los Dios los ha destinado. Lo mismo pasa con la naturaleza, Dios ha pronunciado su maldición sobre la tierra por causa del pecado y por lo tanto ella produce solamente cardos y espinos (Génesis 3:17-19) Por el pecado entró la muerte en el mundo y ha pasado no sólo a los humanos, sino a todas las cosas (Romanos 5:12). “Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. Entonces los cielos se desharán con un ruido espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, quedará sometida al juicio de Dios” (2 Pedro 3:10). Dios creó a la humanidad para la vida eterna. El pecado hizo que ellos fallaran en su objetivo, y llevan una vida de sufrimientos que los conduce a la muerte. No es otra cosa que frustración. “¡Vana ilusión! ¡Vana ilusión!” dice el Maestro, ‘¡Todo es vana ilusión! ¿Qué provecho saca el hombre de tanto trabajar en este mundo?’” (Eclesiastés 1:2-3).

Lo mismo es cierto acerca de la creación, de la tierra en donde vivimos. La gente hace mal uso de ella y la hace sufrir. Piensen, por ejemplo, en los sufrimientos que ellos muchas veces le causan a los animales sin ninguna razón, o en cómo la gente desgasta el suelo hasta que se vuelve tan pobre que ya no puede producir alimentos para nutrirles. Piensen también en la tierra que es envenenada con pesticidas y químicos que evitan que produzca hierbas. Y piensen también en cómo la tala de los árboles en los bosques altera el clima de un país y reduce el oxígeno que sus habitantes necesitan para respirar. Recuerden los derrames de petróleo, la contaminación de los mares, la polución del aire por las fábricas o las plantas nucleares que no son bien mantenidas. Estos son sólo unos pocos ejemplos de cómo hacemos sufrir a la naturaleza.

Es por eso que el apóstol dice que “la creación perdió su verdadera finalidad.” Eso no fue “por su voluntad propia,” sino “porque Dios así lo había dispuesto,” por causa de la humanidad. Ella sufre y se deteriora mientras aguarda por su destrucción final. La creación no tiene voluntad, ni inteligencia. Por eso no es responsable, no es culpable delante de Dios y no se ha merecido su destino actual. El Señor no la ha castigado, pero El la utiliza para castigar a la humanidad pecadora. Muchas veces, ella es el instrumento de castigo que El envía sobre la raza humana a quienes El ha creado a Su imagen y que se ha alejado de El. Particularmente, el gran diluvio es un ejemplo apropiado, entre muchos otros. Por lo tanto, el destino de la creación está unido al de la humanidad.

Sin embargo, Dios no falló en Su objetivo cuando creó al mundo. El revela Su gloria y Su misericordia a través de la redención, y en esa misericordia El permite que toda la creación

participe. Esa es la maravillosa verdad que el apóstol revela. Indudablemente, “quedaba siempre [a la creación] la esperanza de ser liberada de la esclavitud y la destrucción, para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Por ahora “sabemos que...la creación entera se queja,” como lo describimos. Ella no juega el papel que le gustaría tener en el servicio a la humanidad y sufre por ello. Todo es vanidad y destrucción, sufrimiento y muerte. Aunque el Dios Todopoderoso observa el mundo y lo preserva hasta que El haya cumplido con Su plan de salvación, este mundo se parece a un reloj que no funciona adecuadamente, o un motor que no enciende correctamente.

Pero un glorioso destino aguarda a toda la creación: Un día ella será “liberada de la esclavitud y la destrucción, para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios.” Esta es la libertad que Dios tiene reservada para Sus hijos. Su esclavitud y sufrimiento terminarán, y ellos participarán de la gloriosa libertad que les aguarda a los creyentes en el cielo.

“Sabemos que hasta ahora la creación entera se queja y sufre como una mujer con dolores de parto.” La creación se parece a una mujer que está a punto de dar a luz: ella sufre. Y sufre aún más cuando sus contracciones vienen cada vez más rápido hasta que el bebé sale de su vientre. Este es un intenso, pero es temporal. Este dura solo por un cierto tiempo y cesa después del alumbramiento. Así mismo, Jesús le dijo a Sus discípulos: “Cuando una mujer va a dar a luz, se aflige porque le ha llegado la hora; pero después que nace la criatura, se olvida del dolor a causa de la alegría de que haya nacido un hombre en el mundo. Así también, ustedes se afligen ahora; pero yo volveré a verlos, y entonces su corazón se llenará de alegría, una alegría que nadie les podrá quitar” (Juan 16:21-22).

Los Cristianos no sufrimos solos. “La creación entera se queja” con ellos. La creación no ha desobedecido a Dios, pero la humanidad sí lo ha hecho. Ella sufre inocentemente, mientras que nosotros debemos sufrir las consecuencias del pecado. Sin embargo, sufre como una mujer con dolores de parto: su sufrimiento tendrá fin. Esta certeza debe animar a los hijos de Dios para poder soportar sus aflicciones con paciencia. “Y no solo ella sufre, sino también nosotros, que ya tenemos el Espíritu como anticipo de lo que vamos a recibir. Sufrimos profundamente, esperando el momento de ser adoptados como hijos de Dios, con lo cual serán liberados nuestros cuerpos.” Entre los Cristianos y la creación hay una comunión en el sufrimiento, tal como hay una comunión entre la redención y la gloria. El apóstol señala que el Espíritu Santo es el “anticipo” de lo que nos aguarda. Esta afirmación se refiere al Antiguo Testamento. Los anticipos eran algo así como los primeros frutos cosechados en los campos y servían de prueba de que la cosecha vendría pronto. Los Israelitas debían llevar estos primeros frutos al templo y ofrecerlos al Señor para demostrarle la gratitud de Su pueblo (Éxodo 23:19; Levítico 23:10-17; Deuteronomio 26:1-11). En un sentido figurado, Jesús es llamado “el primer fruto de la cosecha: ha sido el primero en resucitar” (1 Corintios 15:20, 23). La Biblia compara a la resurrección de los creyentes con una gran cosecha de la cual Jesucristo es el anticipo o el primer fruto.

“También nosotros, que ya tenemos el Espíritu como anticipo de lo que vamos a recibir.” El Espíritu Santo que nos hace gritar “Abba, Padre” también nos hace quejarnos con impaciencia. Somos como una mujer en trabajo de parto, apurada por dar a luz para quedar libre de su dolor y para ver al niño que ella ha llevado en su vientre. Nosotros nos quejamos “esperando el momento de ser adoptados como hijo de Dios, con lo cual serán liberados nuestros cuerpos.” Dios ya ha

adoptado a los Cristianos, pero ellos no lo ven. Por lo tanto, ellos esperan por la manifestación de su adopción, por el disfrute feliz de su herencia. Ellos tienen el “poder de la muerte que está en [su] cuerpo” (7:24), pero esperan por su redención. Aquí la palabra “redención” significa su liberación final. Sus cuerpos todavía portan los rastros de la muerte. La victoria final y completa les espera en el día de su resurrección.

Este versículo nos enseña claramente que la resurrección será la resurrección del cuerpo. Los cuerpos que en el presente se encuentran en sus tumbas saldrán de allí. Algunos para la vida eterna, otros para el juicio (Juan 5:28-29). Jesucristo transformará los cuerpos de los creyentes para que sean como Su glorioso cuerpo (Filipenses 3:21). “Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos. Lo que se entierra es corruptible; lo que resucita es incorruptible. Lo que se entierra es despreciable; lo que resucita es glorioso. Lo que se entierra es débil; lo que resucita es fuerte. Lo que se entierra es un cuerpo material; lo que resucita es un cuerpo espiritual. Si hay cuerpo material, también hay cuerpo espiritual....Pues nuestra naturaleza corruptible se revestirá de lo incorruptible, y nuestro cuerpo mortal se revestirá de inmortalidad. Y cuando nuestra naturaleza corruptible se haya revestido de lo incorruptible, y cuando nuestro cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad, se cumplirá lo que dice la Escritura: ‘La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?’ El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ejerce su poder por la ley. ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:42-44, 53-57). La resurrección de los muertos será la resurrección del cuerpo. Insistimos con eso, porque muchos teólogos lo niegan y señalan que los cuerpos de los muertos que descansan en sus tumbas se quedarán allí, porque han sido reducidos a polvo, y que Dios les dará un cuerpo completamente nuevo. Eso no es lo que enseña la Biblia. La redención, el perdón de los pecados y la muerte que Cristo ha traído para la humanidad, es total, es una liberación total de la persona, en cuerpo y alma.

“Con esa esperanza hemos sido salvados. Solo que esperar lo que ya se está viendo no es esperanza, pues, ¿quién espera lo que ya está viendo? Pero si lo que esperamos es algo que todavía no vemos, tenemos que esperarlo sufriendo con firmeza.” Jesús dice que una persona que cree en El “no morirá jamás” (Juan 11:25-26), y que “ha pasado de la muerte a la vida” (Juan 5:24). Y Pablo escribe en Colosenses: “Dios nos libró del poder de las tinieblas y nos llevó al reino de Su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Dios nos ha salvado (Efesios 2:5; Tito 3:5). Los creyentes ya tienen la vida y la salvación eterna. Y así pues, “con esa esperanza hemos sido salvados.” La salvación es ciertamente nuestra mientras estemos justificados y nuestros pecados sean perdonados, pero todavía no podemos disfrutarla a plenitud. Prueba de ello es que todavía estamos esperando por la redención de nuestros cuerpos. La muerte no ha sido vencida definitivamente. Todavía no estamos en el lugar bendito donde Dios “secará todas las lágrimas de ellos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo que antes existía ha dejado de existir” (Apocalipsis 21:4).

“Solo que esperar lo que ya se está viendo no es esperanza, pues, ¿quién espera lo que ya está viendo? Pero si lo que esperamos es algo que todavía no vemos, tenemos que esperarlo sufriendo con firmeza.” Hebreos dice: “Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos” (Hebreos 11:1). Lo que vemos con nuestros ojos no puede ser objeto de nuestra fe. Si los creyentes ya estuvieran en posesión de la

redención plena, si estuvieran disfrutándola ya, no esperarían por ella. Pero Dios nos hace esperar por el cumplimiento de Sus promesas. “Y nos gloriamos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios” (Romanos 5:2). “Tenemos que esperarlo sufriendo con firmeza.” La perseverancia y la espera confiada son algunas de las características principales de la vida Cristiana. Por eso el creyente glorifica a Dios demostrando que podemos confiar en Sus promesas. Y para enseñarlos a perseverar y a esperar confiadamente, el Señor envía pruebas a todos Sus hijos. El apóstol ya lo había explicado: “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos de los sufrimientos; porque sabemos que el sufrimiento nos da firmeza para soportar, y esta firmeza nos permite salir aprobados, y el salir aprobados nos llena de esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado” (Romanos 5:3-5).

De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Porque no sabemos orar como es debido, pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros, con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios que examina los corazones, sabe que es lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega, conforme a la voluntad de Dios, por los del pueblo santo.

El Espíritu Santo es un testigo: cuando El vive en nuestro corazón, El nos da testimonio de que somos hijos de Dios (8:14-16). El también tiene otra función, y esta es que: “nos ayuda en nuestra debilidad. Porque no sabemos orar como es debido.” El Cristiano espera por la liberación final, y en esa espera, a menudo aparece la debilidad en la fe. Dios los llama a perseverar en su fe, pero ellos no tienen la fortaleza. Su fe es muchas veces como una caña quebrada o una mecha humeante (Mateo 12:20). Entonces el Espíritu Santo que vive en ellos se muestra.

Cuando un creyente pasa por una prueba, lo primero que tiene que hacer es orar, pedirle a Dios que le de la fortaleza necesaria para perseverar, pero él muchas veces es incapaz de hacerlo porque no sabe orar como es debido y no encuentra las palabras necesarias. Su oración muchas veces no es más que un suspiro hacia el cielo, y se pregunta si Dios es capaz de escucharlo. No sabe qué pedir. El creyente sufrido lo que desea primero es liberarse de su pena. Esto es lo que él le pide a Dios, y a menudo se olvida que el sufrimiento puede ser saludable para él. El piensa que Dios no lo escucha. El ora para que Dios lo libere de este sufrimiento en lugar de orar por una fe fuerte, perseverancia y la liberación final. El cree que el Señor no ha oído la oración porque el sufrimiento sigue. Además, su oración muchas veces es tibia, débil, y llena de dudas. El duda de Dios y de sus promesas.

Pero el apóstol escribe: “pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros, con gemidos que no pueden expresarse con palabras” Interceder significa orar por alguien. El Espíritu Santo intercede por los creyentes. Comúnmente, Jesucristo intercede por nosotros (Romanos 8:34; Hebreos 7:25). Aquí Pablo dice que esta es una actividad del Espíritu Santo. El apóstol no dice simplemente que el Espíritu Santo nos insta y nos anima a orar o que El nos enseña a orar, aunque esa es parte de Su función; El nos enseña y nos ayuda efectivamente a orar tal como El nos enseña y nos ayuda a perseverar en la fe, a luchar contra el pecado o a vivir en santidad. Sin embargo, Pablo dice algo más: él declara que el Espíritu Santo ora por nosotros cuando no sabemos como hablarle al Señor, cuando no encontramos las palabras apropiadas. El lo hace “con gemidos que no pueden expresarse con palabras,” con suspiros que nadie puede oír excepto

Dios, que ningún idioma humano puede expresar, y que por lo tanto, sólo el Señor puede entender.

Las intercesiones del Espíritu Santo son oraciones que Dios escucha. Sus suspiros llegan a los oídos de Dios y que El responde. Y, de hecho, “Y Dios que examina los corazones, sabe que es lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega, conforme a la voluntad de Dios.” Dios escucha lo que los hombres no pueden oír y comprende lo que ellos no entienden, porque El examina los corazones y ve lo que allí sucede. El conoce los deseos y gemidos del Espíritu en nosotros, lo que El pide para nosotros: y esto es que perseveremos en la fe y obtengamos la vida eterna. El ora “conforme a la voluntad de Dios;” y es por eso que El es escuchado. Cuando el creyente está angustiado y ya no sabe cómo orar, hay alguien que lo hace por él y lo hace mucho mejor, y este no es otro sino el Espíritu de Dios que vive en él. Podemos decir que en tales momentos de angustia un hijo de Dios está mucho más cerca de Su Padre celestial y de su salvación. Es cuando el angustiado hijo de Dios cree que el Espíritu le ha abandonado que El aumenta Su energía y desarrolla Su actividad en el corazón. Por lo tanto, los sufrimientos y las tribulaciones le dan a Dios la oportunidad de obrar con todo Su poder por nuestra salvación. Lejos de ser perjudiciales, éstos son útiles y para nuestro bien. Para los Cristianos el Espíritu Santo es la promesa de su herencia. Es El quien los guía a través de los sufrimientos presentes hasta su liberación final. Por eso el Cristiano lo vence todo, incluso a los sufrimientos presentes (8:18-27).

El Cristiano triunfa sobre todas las cosas. El también tiene la certeza de la vida eterna. Para demostrar esto, el apóstol hablará de una nueva verdad del Evangelio. Ahora él presentará la doctrina de la elección o la predestinación. Esta es, en muchos aspectos, una enseñanza muy difícil; la cual muchas veces lleva a los Cristianos a pensar detenidamente; pero que si se entiende bien, nos trae mucho consuelo. De ella, un hijo de Dios obtiene la seguridad de su salvación.

Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, a los cuales él ha llamado de acuerdo con su propósito. A los que de antemano Dios había conocido, los destinó desde un principio, a ser como Su Hijo, para que su hijo fuera el primero entre muchos hermanos. Y a los que Dios destinó desde un principio, también los llamó; y a los que llamó, los hizo justos; y a los que hizo justos, les dio parte en su gloria (Romanos 8:28-30).

El apóstol ha explicado acerca del sufrimiento que el Cristiano espera para el día de la prometida liberación final; ahora él mostrará como la certeza de este perdón le da la fortaleza para resistir las pruebas, y añade una idea que él ya ha señalado previamente (5:1-5): los sufrimientos tienen un objetivo saludable, y eso concuerda con la elección de la cual él hablará ahora: “Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, a los cuales él ha llamado de acuerdo con su propósito.” “Sabemos...” lo que Pablo les explicará a sus lectores, ellos ya lo saben. Todo el que conozca las Santas Escrituras, así sea solo el Antiguo Testamento, sabe que todo contribuye al bienestar de los hijos de Dios. El Cristiano sabe eso mucho mejor a través de la experiencia personal. “Dios dispone de todas las cosas,” aún de las pruebas y las tribulaciones, el dolor y la pena, “nuestros sufrimientos presentes” de los cuales hablamos (8:18). Dios puede tomar todas las cosas en sus manos y convertirlas en bien. El utilizó el pecado que cometieron

los hermanos de José para salvar la vida de una nación más grande (Génesis 50:19-21); El sabe cómo utilizarlo todo en la vida de Sus hijos para producir bendiciones. Por lo tanto, lo que usualmente consideramos perjudicial, como una fuente de dolor y lágrimas, se convierte en una bendición para el creyente cuando el Señor lo utiliza en servicio de su salvación. Claro que “El bien” del creyente no consiste en llevar una vida sin problemas ni preocupaciones, sino en aprender a soportar los sufrimientos con paciencia y confianza en Dios y de ese modo andar por el camino de la fe que conduce a la vida eterna.

Esto es cierto para todos “los que lo aman [a Dios].” Solamente los que aman al Señor como a su señor, que saben que El los ama y los ha redimido, pueden comprender que el sufrimiento contribuye a su felicidad y les permite venir a El en Su gloria. El salmista ya enseñó eso cuando dijo: “Sin embargo, siempre he estado contigo. Me has tomado de la mano derecha, me has dirigido con tus consejos, y al final me recibirás con honores. ¿A quién tengo en el cielo? ¡Sólo a ti! Estando contigo nada quiero en la tierra. Todo mi ser se consume, pero Dios es mi herencia eterna y el que sostiene mi corazón” (Salmos 73:23-26). Los Cristianos creen en Dios. Ellos también aman a Dios o a Su Señor Jesucristo, tal como los describe la Biblia muchas veces (1 Corintios 2:9; Efesios 6:24; Santiago 1:12, 2:5). Si ellos aman al Señor, es porque El los amó primero, y ellos saben que El los ama (1 Juan 4:19). Su amor es, por lo tanto, la respuesta al amor de su Dios.

El apóstol añade una afirmación: él describe a los creyentes como gente que ama a Dios y que “él ha llamado de acuerdo con Su propósito.” Dios los ha llamado a la salvación porque El tenía un propósito. Jesús dijo: “Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos” (Mateo 22:14). En esta oración, la palabra llamados se refiere a todos los que oyen el Evangelio, mientras que los escogidos son aquellos que se vuelcan hacia Dios. Existe una diferencia entre los que han sido “llamados” o invitados y los “escogidos.” Pero por otro lado, con Pablo, el verbo “llamar” o invitar, con Dios como sujeto, siempre designa a la invitación por la cual Dios llama a una persona y efectivamente la convierte cuando él o ella escucha el Evangelio (Romanos 1:6; 1 Corintios 1:24).

Dios no llama o invita a las personas al azar, sino “de acuerdo con Su propósito,” de acuerdo a una resolución o una decisión que El ha tomado sobre este tema. ¿Cuándo fue eso? En la eternidad. Por eso, la Biblia habla de predestinación, es decir, esta es una elección hecha “antes de la creación del mundo” (Efesios 1:4-5, 11), de acuerdo con “Su plan eterno” (Efesios 3:11). Ella señala que Dios “los escogió para que fueran los primeros en alcanzar la salvación” (2 Tesalonicenses 2:1-3). También dice que “ese fue su propósito y por la bondad que ha tenido con nosotros desde la eternidad” (2 Timoteo 1:9). En este tiempo presente Dios hace lo que El ha decidido en la eternidad. El lleva a cabo un plan que El ha finalizado antes de haber creado al mundo. El llamado divino por medio del cual El convierte a una persona mediante el Evangelio y la lleva a la fe lleva a cabo este plan. Todo lo que Dios hace en el presente para llevar a una persona a la vida eterna, Su invitación, el arrepentimiento de la persona, la conversión, la justificación, la santificación, la perseverancia en la fe y su liberación final, no es otra cosa que llevar a cabo lo que El ha decidido desde la eternidad. El Cristiano tiene el derecho a saber que si él o ella es ahora hijo de Dios, es porque Dios así lo había decidido en la eternidad y había decidido llevarle hasta la vida eterna.

“A los que de antemano Dios había conocido, los destinó desde un principio a ser como Su Hijo, para que Su Hijo fuera el primero entre muchos hermanos.” ¿Por qué funcionan todas las cosas para el bien de los que aman a Dios? Porque El los predestinó a Su gloria y los salvará. Esto es cierto, porque el Señor así lo ha decidido. Todas las cosas deben contribuir a la realización de este plan. Por eso es que nada puede hacerles daño. Las palabras “a los que de antemano Dios había conocido” no se refieren a un simple conocimiento intelectual, en el sentido de que Dios conoce de antemano a todos los hombres, sino a una elección que El hizo por amor. Jesús dice que El conoce a sus ovejas (Juan 10:14). La Biblia señala que “el Señor conoce a los que le pertenecen” (2 Timoteo 2:19), y nuevamente lo afirma en 1 Corintios 8:3: “Pero si alguien ama a Dios, Dios lo conoce a él.” La expresión “a los que de antemano Dios había conocido” no habla del conocimiento previo de Dios de acuerdo al cual El conoce a todas las personas, sino de un conocimiento totalmente especial, que brota de Su amor, según el cual El quiso que todos los hombres pertenecieran a El eternamente. Podríamos decir que El los miraba con amor, que los apartó para El. Indudablemente, El los “destinó desde un principio a ser como Su Hijo, para que Su Hijo fuera el primero entre muchos hermanos.” Eso fue en la eternidad, como nos lo enseñó el texto citado anteriormente. En toda la eternidad, El decidió hacer al elegido para que fuera “como Su Hijo.”

La Biblia llama imagen de Dios a Jesucristo (2 Corintios 4:4; Colosenses 1:15). El hombre también es la imagen de Dios (1 Corintios 11:7). El Señor lo ha creado a Su imagen (Génesis 1:27), santo y justo tal como El es. Desdichadamente, el perdió esta imagen y dejó de parecerse a Dios cuando cayó en el pecado. Sin embargo, el creyente progresivamente “se va renovando a imagen de Dios, su Creador” (Colosenses 3:10). Desde toda la eternidad, Dios ha predestinado a los suyos a ser la imagen de Su Hijo, “a ser como” El. El llevará a cabo completamente este plan en la eternidad, porque en el cielo “seremos como él” y lo veremos cara a cara (1 Juan 3:2). Esto no significa que seremos dioses, sino que seremos santos, justos y gloriosos, tal como El es.

Por lo tanto, Cristo no estará solo en el cielo, sino “el primero entre muchos hermanos.” En otras palabras, muchos creyentes que vivirán y reinarán con El y compartirán Su gloria, lo rodearán. Entre los Israelitas, la expresión “el primero entre muchos” o primogénito se usa para designar al hijo mayor. De cierta manera, Jesús será el hijo mayor de una gran familia. Hay dos cosas en las cuales El y los creyentes diferirán:

- 1) El es el primero en haber entrado a la gloria eterna.
- 2) Por naturaleza, El es Hijo y heredero, mientras que nosotros somos hijos por adopción. Por eso El es superior a todos sus hermanos (Colosenses 1:15, 18).

“Y a los que Dios destinó desde un principio, también los llamó; y a los que llamó, los hizo justos; y a los que hizo justos, les dio parte en su gloria.” Pablo menciona ahora las diferentes etapas del plan de Dios, y todo esto lo hace para llevar al pecador a la gloria. Tal como lo hemos explicado anteriormente, los “llamados” o invitados, son los que han escuchado el Evangelio y lo han aceptado, los que se han convertido y que se han vuelto creyentes (Romanos 9:24; 1 Corintios 1:9, 7:17-18; Gálatas 1:6; Efesios 4:4; 1 Tesalonicenses 2:12; 2 Timoteo 1:9; 1 Pedro 2:9). El decreto de elección es llevado a cabo primero a través del llamado o invitación. Dios guía al elegido hasta la vida eterna cuando El los llama y los convierte, y los convierte en creyentes.

“Y a los que llamó, los hizo justos.” Esta es la segunda etapa en la realización de su plan. El verbo justificar tiene el significado que tiene en todos los textos donde el apóstol habla de la justificación de los pecadores. No es otra cosa que el perdón de los pecados, el hecho de que El no cuente sus pecados contra ellos sino que los acredite a la obediencia y la justicia de Cristo (Romanos 3:28, 4:4; Hechos 13:38-39). El llamado y la justificación están íntimamente ligados y no se pueden separar. De hecho, tan pronto como una persona es llamada a la salvación y cree, es justificada. Luego, el apóstol repasa rápidamente por todos los pasos del plan de Dios. No los menciona todos, porque si no tendría que nombrar otros como el arrepentimiento diario, la santificación, la perseverancia en la fe y la liberación final. El pasa directamente de la justificación a la glorificación.

“Y a los que hizo justos, les dio parte en su gloria.” Es especialmente en esto, que los creyentes son “como Su Hijo.” Liberados para siempre del pecado, de la muerte y del poder de Satanás, ellos participan en la victoria y el reino glorioso de Cristo (1 Corintios 15:57). Al final de su vida el apóstol confiesa que el Señor “me libraré de todo mal, y me salvará llevándome a su reino celestial” (2 Timoteo 4:18). Es la herencia inmortal e incorruptible de la cual habla Pedro (1 Pedro 1:3-4). Lo que sobresale es que el apóstol Pablo utiliza el pasado del verbo glorificar: “Y a los que hizo justos, les dio parte en su gloria.” El los glorificó, y aunque, aún ellos no están glorificados, y ellos lo saben, porque todavía sufren y esperan por la liberación final. Pero para Dios, ellos ya están glorificados, porque a Su modo de ver, su glorificación es buena y ha sido realizada. Es lo que conocemos como el profético perfecto, justo igual a como cuando el profeta Isaías declara cuando habla de la llegada del Mesías: “Porque nos ha nacido un niño, Dios nos ha dado un hijo” (Isaías 9:6). Dios siempre hace lo que El ha decidido. Nada ni nadie puede detenerlo nunca. Y Sus promesas son seguras.

“Los conocidos de antemano,” “destinados desde el principio,” “justificados,” “glorificados.” Estos son los diferentes eslabones de una cadena, de la cual el primero (“conocido de antemano”) y el último (“glorificado”) tienen lugar en la eternidad, mientras que los demás están en el tiempo presente. Nadie puede romper jamás esta cadena. Aquellos que son elegidos, lo están porque el Señor ha decidido salvarlos. El lleva a cabo este plan al llamarlos y al justificarlos en el tiempo. Es por eso que el creyente tiene todas las razones para creer que el Señor lo ha elegido. La Biblia los fortalece en esta creencia al llamar a los creyentes el elegido o el escogido (Mateo 24:22-24; Lucas 18:7; Romanos 8:33, 16:13; Colosenses 3:12; 2 Timoteo 2:10; 1 Pedro 1:2). Por lo tanto, la doctrina de la elección está allí para fortalecer y consolar a los hijos de Dios, especialmente en tiempos de sufrimiento y de prueba, y les da la fortaleza para luchar la buena batalla de la fe, al creer firmemente en que algún día serán salvos.

No todos los hombres están entre los elegidos. Lo que Pablo escribe es válido para los creyentes y solamente para ellos. En Teología decimos que la elección concierne a los individuos: que le concierne a una categoría particular de personas. La Biblia no enseña, como enseñaba Calvino, una doble predestinación, una predestinación de algunos a la vida eterna y una predestinación de otros a la condenación eterna. Desde la eternidad, Dios no ha decidido no salvar a algunas personas. Su gracia es universal, porque el quiere salvarlos a todos, y la redención que Jesucristo alcanzó también es universal. Ella es válida para todos los seres humanos sin excepción. Dios “quiere que todos se salven y lleguen a conocer la verdad. Porque no hay más que un Dios, y un solo hombre que sea el mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús. Porque él se entregó a

la muerte como rescate por la salvación de todos” (1 Timoteo 2:4-6). Entonces, si Dios quiere salvar a todos los hombres, y si la salvación es enteramente gratuita, ¿porqué no se salvan todas las personas? No existe respuesta para esta pregunta. Con base en las Sagradas Escrituras, podemos decir solamente una cosa: si una persona se salva esto se debe totalmente a la gracia de Dios. Por otra parte, si la persona es condenada, es por su propia culpa, porque no se arrepintió ni se volvió hacia Dios.

¿Qué más podremos decir? ¿Que si Dios está a nuestro favor nadie podrá estar contra nosotros! Si Dios no nos negó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos también, junto con su Hijo, todas las cosas? ¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los hace justos. ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió; todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros (Romanos 8:31-34).

El apóstol formula una nueva interrogante para llamar la atención del lector. “¿Qué más podremos decir?” ¿Cuál es nuestra conclusión después de todo lo que él ha dicho? Si Dios ama a Sus hijos y los guía hasta la vida eterna, si ellos pueden considerarse Sus elegidos y creen firmemente que algún día El los salvará, ¿qué significa esto para ellos? “¿Qué si Dios está a nuestro favor nadie podrá estar contra nosotros?” Esta no es una hipótesis simple. Pablo no dice que tal vez Dios esté a nuestro favor. El señala que esto es una certeza y extrae algunas conclusiones a partir de allí. Los versos previos que decían que Dios conocía de antemano a Su pueblo, que El los ha predestinado a la salvación y que por esta razón, los ha llamado, justificado y glorificado, demuestran claramente que Dios está a favor de ellos. Y por lo tanto, dice Pablo “a favor nuestro.” En ese caso, “¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido?” Ciertamente, muchas personas y muchas cosas podrían estar contra nosotros, pero no hasta el punto de poder cancelar el plan de Dios. Nada ni nadie puede cancelar lo que Dios ha decidido hacer. Con seguridad, los creyentes tienen enemigos, Satanás y el mundo, y son enemigos poderosos. Ellos prueban a hacer de todo para desviar a los Cristianos de la salvación y de la vida eterna. Pero todo eso les fallara. Cuando Dios está de nuestro lado, estamos en la mayoría. Estamos del lado del más fuerte.

“Si Dios no nos negó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos también, junto con su Hijo, todas las cosas?” Para fortalecernos en nuestra fe, Pablo introduce nuevamente a Jesús en el argumento. La certeza que tienen los creyentes acerca de su salvación jamás proviene de adivinar sobre el misterio de la predestinación, sino que está basada en la graciosa voluntad que Dios nos ha demostrado en Cristo Jesús, en Su sacrificio para nuestra redención. Dios está a favor nuestro. El lo ha probado cuando no nos negó ni a Su propio Hijo, “sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros.” El amó tanto al mundo que El “dio a Su único Hijo” (Juan 3:16). “Cristo no cometió pecado alguno; pero por causa nuestra, Dios lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). La Biblia dice muchas veces que Dios entregó a Su Hijo a la muerte, y otras veces dice que el Hijo se entregó (Gálatas 2:20; Efesios 5:2).

Para subrayar la grandeza de Su sacrificio, el apóstol dice que El no negó a Su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte. No fue el hijo de otra persona, sino Su propio Hijo. Al mismo tiempo, el adjetivo “propio”, afirma la divinidad de Jesucristo. El es el único Hijo engendrado que vino

del Padre, y es de la misma naturaleza que El (Juan 1:14, 18, 3:16, 18; 1 Juan 4:9). Usualmente los padres salvan a sus propios hijos, los protegen en caso de peligro, y los salvan si están amenazados. Dios ha hecho lo contrario. El ha entregado a Su propio Hijo en las manos de Sus enemigos. El no hizo nada por salvarlo de los sufrimientos ni de la muerte. Resulta sorprendente, pero es cierto. Y lo hizo “por todos nosotros.” El sacrificio de Jesucristo es universal. Es un rescate por los pecados de todos los hombres. Si El no hubiera muerto por todos, ningún Cristiano podría tener la certeza de que El murió por su causa. “Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados, y no sólo los nuestros, sino los de todo el mundo” (1 Juan 2:22). El “es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Si esto es así, “¿cómo no habrá de darnos también, junto con su Hijo, todas las cosas?” Es decir, todo lo que Jesucristo ha ganado para nosotros por Su muerte en la cruz y Su resurrección triunfal que son: la gracia, el perdón y la vida eterna. En otras palabras, todo lo que un pecador necesita para la salvación. Estos son los dones de Dios, dones que El da gratuitamente a la humanidad “junto con su Hijo,” Jesucristo y en Su nombre. El apóstol utiliza un argumento que va desde lo más grande hasta lo más mínimo. Dios ha hecho lo más grandioso; sacrificando a Su Hijo por la salvación del mundo; El también sabe cómo hacer lo mínimo, que es darle a los suyos lo que ellos necesitan para perseverar en la fe y obtener la salvación. El, por lo tanto, asegura a los Cristianos que están unidos a Cristo que ellos recibirán los dones que El trajo. Todas las acciones enumeradas en los versículos previos, desde la predestinación hasta la glorificación, El ciertamente las hará conforme lo ha Hecho en Su Hijo amado. No hay duda de ello. Sólo confíe en El; déjelo actuar y deje que El lo guíe.

En Romanos 5, Pablo ha hablado de la certeza objetiva de la salvación. En Romanos 8, él habla de la certeza subjetiva de esa seguridad que cada creyente puede tener. El está respondiendo la pregunta de que si los creyentes pueden estar seguros de que ellos perseveraran en la fe. Y la respuesta es: sí, porque la perseverancia de los Cristianos no depende de ellos mismos, ni en la firmeza de su fe, sino de Dios y de Su obra. Ella está basada en el sacrificio de la muerte de Cristo y de la elección eterna que le asegura a cada Cristiano que Dios hará todo para que él o ella alcancen la salvación. En ese caso, “nadie podrá estar contra nosotros.” Nosotros tenemos dos clases de enemigos que tratan de alejarnos de la salvación. Ellos son: nuestros pecados que nos a cusan y nos hacen dudar del Evangelio, y toda clase de sufrimientos y aflicciones que buscan debilitar nuestra fe y quieren que dudemos del amor de Dios. Pero el Cristiano sale victorioso de todo eso, y el ahora el apóstol nos explicará por qué.

“¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los hace justos.” Esta pregunta no concierne a la falsa acusación por parte de Satanás, porque esas no pueden dañar de manera alguna al creyente. Dios no necesita justificarnos de las falsas acusaciones. No, esto concierne es a las acusaciones válidas, sea que vengan de Satanás, a quien la Biblia llama “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10), o de nuestros propios corazones (1 Juan 3:21). Satanás y nuestro corazón nos acusan al recordarnos nuestros pecados. No existe duda de que el pecado nos pone bajo la maldición de Dios y nos condena (Gálatas 3:10). El pago por ello es la muerte eterna. Pero estas acusaciones no resultan en nada, porque “Dios es quien los hace justos.” Según Pablo, justificación significa que Dios no cuenta contra nosotros nuestros pecados (Romanos 4:6-8). Ella es la absolución y el perdón, y el pecado que es perdonado ya no nos condena. Con toda humildad, pero con confianza y regocijo, el creyente puede superponer esta absolución

divina contra todas las acusaciones, sin importar de donde provengan. Mientras uno crea en Cristo, uno está revestido con Su justicia, y éstas no tienen efecto alguno.

“¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los hace justos. ¿Quién podrá condenarlos? Cristo Jesús es quien murió; todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios, rogando por nosotros.” Pablo continúa explicando lo que acaba de decir. Si no hay más acusaciones, no hay condenación. Nosotros condenamos a alguien que es culpable, pero no a una persona a quien Dios ha absuelto. El apóstol ha puesto a la justificación contra la acusación. Ahora él pone a la muerte, la resurrección y la intercesión de Cristo contra la condenación. No importa de donde vengan, todas las acusaciones apuntan hacia nuestra condenación eterna. Ellas tratan de hacer que el plan de Dios fracase. Pero eso es imposible. Su plan de salvación está basado en la obra perfecta que Su Hijo ha realizado. Existe alguien que es más poderoso que todos los que quieren acusarnos y condenarnos: es Dios quien nos justifica y es Cristo quien nos ha redimido. Recuerde todo lo que Pablo ha dicho en Romanos 5. El nos ha demostrado que la obediencia perfecta de Cristo ha destruido todo el mal que Adán trajo con él cuando el desobedeció a Dios, y nos dio la justificación y la salvación para todos los hombres (5:8-10, 12:21). Es por eso que “no hay condenación para los que están con Cristo Jesús” (8:1).

Cristo ha muerto. “Todavía más que eso... ¡resucitó! En Romanos 4:25, Pablo dice: “Resucitó para hacernos justos” El fue resucitado para proclamar gloriosamente que El ha cumplido Su misión, que El ha redimido al mundo, que El ha reconciliado a Dios con él. Y no sólo eso, sino que El “está a la derecha de Dios, rogando por nosotros.” Dios ha resucitado a Su Hijo quien está sentado a Su diestra y lo ha cubierto de gloria y de majestad, porque El fue obediente hasta la muerte en la cruz y ha cumplido Su misión (Filipenses 2:8-11). No nos imaginamos a Cristo físicamente sentado a la derecha de Su Padre. Estar sentado a la derecha de un rey significa ocupar un lugar de honor (1 Reyes 2:19). “A la derecha de Dios” quiere decir Su reinado poderoso. Estar “a la derecha de Dios” significa que Jesús está sentado a la derecha de Dios, que Su Padre comparte Su gobierno con El, o que El reina y gobierna al mundo en lugar de El. El gobierna al mundo entero y en particular a Su iglesia. El la reúne, la ilumina, la protege y la guía por la senda de la vida eterna. Desde lo más alto del cielo, El envía a Su Espíritu Santo para que lleve la salvación a la humanidad y para que cuide de Su pueblo (Hechos 5:31; Efesios 1:20; Hebreos 1:3).

El también está “rogando por nosotros.” Esta es una verdad importante, es una rica fuente de consuelo para los creyentes; su Salvador está sentado a la derecha de Su Padre y cancela todas las acusaciones que se presentan contra ellos. El es nuestro defensor que ruega por nosotros (1 Juan 2:1). Delante de Su Padre, El enfatiza el sacrificio que El ofreció por los pecados del mundo, para cancelar las acusaciones y evitar la condena de los Suyos (Hebreos 7:25). Solamente Jesucristo - no María, ni los santos - puede interceder por los Cristianos. De cualquier modo, la Biblia nos dice que solamente El intercede. Cristo intercede por nosotros, porque El ha cumplido Su misión y ha merecido el perdón y la salvación para el mundo. ¿Quién estará contra nosotros, si Jesucristo está de nuestro lado, y si El habla por nosotros?

Después de haber recordado lo que Cristo ha hecho por nosotros, el apóstol proclama la victoriosa seguridad de los creyentes, la certeza de que nada en este mundo puede separarlos del amor de Dios. Los últimos versículos de este capítulo son tan hermosos que todo Cristiano

debería sabérselos de memoria, y encontrar en ellos el consuelo y la tranquilidad cuando esté sufriendo.

¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo? ¿El sufrimiento o las dificultades, o la persecución, o el hambre, o la falta de ropa, o el peligro, o la muerte violenta? Como dice la Escritura: 'Por causa tuya estamos siempre expuestos a la muerte; nos tratan como ovejas llevadas al matadero.' Pero en todo esto salimos más que vencedores por medio de aquél que nos amó. Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!

“¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo? ¿El sufrimiento o las dificultades, o la persecución, o el hambre, o la falta de ropa, o el peligro, o la muerte violenta?” El amor de Cristo es el amor que El siente por nosotros y que El nos ha demostrado con Su muerte en la cruz. Nosotros fundamentamos la certeza de nuestra salvación en el amor que El siente por nosotros y no en el amor que nosotros sentimos por El. ¿Qué nos podrá separar de este amor? ¿Los problemas, el sufrimiento y el peligro? Estas cosas lo que quieren es hacer que los creyentes dudemos del amor de su Salvador; quieren construir una barrera entre El y ellos. El sufrimiento es contrario a la naturaleza humana; y nos lleva a creer que Dios no nos ama. Su objetivo es que dudemos de El y perdamos la fe. “¿El sufrimiento o las dificultades, o la persecución, o el hambre, o la falta de ropa, o el peligro, o la muerte violenta?” Los problemas y las tribulaciones rodean a los creyentes y les dicen: “Vean, sí Dios realmente los amara, El evitaría todo esto. De modo pues que El, o los ha olvidado y no los quiere más, o El no los puede ayudar.” El apóstol se refiere particularmente a la persecución y al sufrimiento que sigue. Es difícil permanecer fiel a Dios cuando somos perseguidos por El, cuando la fe nos trae sufrimientos y problemas en vez de darnos felicidad y bienestar. Por eso, el peligro de renunciar al Señor siempre es constante. Satanás y el mundo saben cómo utilizar este argumento para alejar a los Cristianos de Dios y de Su salvación.

Pablo cita el Salmo 44:22: “Pero por causa tuya estamos siempre expuestos a la muerte; nos tratan como ovejas para el matadero.” Esto es una paradoja: Estos que según la Biblia son amados por Dios, y para quienes El quiere la felicidad, son tratados como ovejas para el matadero. Y aparentemente ¡Dios deja que suceda! ¿Es normal que suframos, nosotros los que somos amados por Dios, el Dios Todopoderoso que ha creado el cielo y la tierra y quien gobierna todas las cosas? ¿Por qué permite El que Sus hijos sean como ovejas para el matadero, indefensos, y en cuyo auxilio no acude nadie? ¿Por qué en lugar de llevar a Sus ovejas hasta verdes pastos (Salmo 23:1-2), el Cristiano es como una oveja llevada al matadero?

He aquí la respuesta: “Pero en todo esto salimos más que vencedores por medio de aquél que nos amó.” Pablo contrasta todos estos sufrimientos con la gloriosa victoria de los Cristianos, la cual resuelve el misterio de sus penas y sus lágrimas. En todas estas cosas que parecen no encajar con el status de hijos de Dios, ellos se apoderan de la victoria. Y lo que es mejor aún, ellos son “más que vencedores.” Ellos retienen una gloriosa victoria. Nada de eso puede destruir la fe de los que confían en el Señor y lo dejan actuar en su corazón. “Porque todo el que es hijo de Dios vence al

mundo. Y nuestra fe nos ha dado la victoria sobre el mundo (1 Juan 5:4; también Hebreos 11; Santiago 1:3, 12; 1 Pedro 1:6-9; Apocalipsis 2:7-11). Los Cristianos no solamente triunfan sobre todas estas adversidades, sino que ganan una ventaja: ellos pueden gloriarse de ellas, porque los conducirán a su salvación. En lugar de alejarlos, los acercan a ella (Romanos 5:3; 1 Pedro 1:6-9; Santiago 1:2-12).

Vencedores “por medio de aquél que nos amó.” Los Cristianos no triunfan por sus propios medios, sino por Dios, por Jesucristo quien los amó. El es, al mismo tiempo, la causa y el instrumento de su victoria. Mientras más sufren los Cristianos, más perseverarán en el amor de su Redentor, y persistirán en el Evangelio y la oración. Cristo los adjunta a El y produce en ellos un grandioso milagro, el de la fe victoriosa. La fe triunfa en el sufrimiento: “Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!” El apóstol Pablo expresa una convicción personal diciendo: “Estoy convencido,” pero esta seguridad es la de todos los Cristianos: de que nada “podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor.” Todo Cristiano puede tener la misma seguridad, ya que no está basada en una revelación personal, sino en lo que proclama el Evangelio a los hombres del mundo entero.

Nada puede separar a los Cristianos del amor de su Dios. Pablo expande esta idea cuando da una lista impresionante de todo lo que podría causar esta separación. El enumera largas categorías, y en caso de que él haya olvidado algo, lo cual bien podría suceder, él añade: “ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios.” ¡Nada! “ni la muerte, ni la vida.” Si el vive o muere, el Cristiano le pertenece a Dios (Romanos 14:7-8). “Porque para mi, seguir viviendo es Cristo, y morir, una ganancia” (Filipenses 1:21). En esta vida presente, el creyente está en comunión íntima con Cristo, y cuando él muere, el está con El (Filipenses 1:23), en Su Paraíso (Lucas 23:43).

“Ni los ángeles...”. Existen ángeles buenos y ángeles malvados, los demonios son los que tienen a Satanás como líder. El apóstol piensa en ellos, porque los ángeles buenos están siempre al servicio de los creyentes y no pueden separarlos del amor de su Dios (Hebreos 1:14). Todos los ángeles malos son enemigos de Dios y de los Cristianos; ellos no quieren que alcancemos la salvación: “Porque no estamos luchando contra poderes humanos, sino contra malignas fuerzas espirituales del cielo” (Efesios 6:12; 1 Pedro 5:8).

“Ni lo presente ni lo futuro...” Los Cristianos no tienen que sentir miedo ni del presente ni del futuro. Su vida entera y todas las cosas de este mundo están en las manos del Creador Todopoderoso, a quien están sometidas todas las cosas. “Ni de los poderes...” Sin duda, esto nos recuerda nuevamente a los poderes angélicos. “Ni lo más alto, ni lo más profundo...” Tampoco debemos temer a lo que está arriba ni a lo que está abajo, ni a las criaturas celestiales ni a las del infierno. Todo está en las manos de Dios, lo que está en lo alto, y lo que está abajo. Podríamos continuar y decir: lo que está delante o detrás de nosotros, a nuestra izquierda o a nuestra derecha. El Cristiano está protegido por todas partes, y ningún mal podrá acercarse a él sin la voluntad de Dios. Hasta los cabellos de su cabeza están contados (Mateo 10:30).

Nada en el universo, bien sea que tenga que ver con el tiempo (el presente o el futuro) o el espacio (lo alto y lo profundo) puede separar a los hijos de Dios del amor de su Padre celestial. ¿Qué es el ser humano? La altura lo sobrepasa y la profundidad escapa de él. El presente no se puede entender y el futuro es desconocido, y los espíritus y los poderes son invisibles. ¿Qué es un ser humano en medio de todo esto? Y aun que él triunfe sobre todas las cosas. "... ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!" Cuando Jesús habló a Sus rebaño, El dijo la misma cosa con otras palabras: 'Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán, ni nadie me las quitará. Lo que el Padre me ha dado, es más grande que todo, y nadie se lo puede quitar. El Padre y Yo somos uno solo' (Juan 10:28-30). Note una vez más que el amor que Dios siente por Sus hijos es un amor, "¡que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!" Sin Cristo, no habría amor de Dios ni salvación. Todo viene a través de El. Esa es la razón por la cual no existe salvación en ningún otro (Hechos 4:12), es la razón por la que nadie viene al Padre sino a través de El (Juan 14:6). El Cristiano que confía en las promesas del Evangelio tiene la certeza de la salvación. El amor de Dios y la obra perfecta de Cristo es su fundamento. Es cierto que él también persevera. El sabe que nada en este mundo puede separarle del amor de Dios. El Buen Pastor cuida de él, le guía y le protege, y Dios cuida de su fe. Nadie puede arrancarlo de la mano de Dios. En otra epístola Pablo escribe: "Estoy seguro de que Dios, que comenzó a hacer su buena obra en ustedes, la irá llevando a buen fin hasta el día en que Jesucristo regrese" (Filipenses 1:6). "Por la fe que ustedes [los Cristianos] tienen en Dios, él los protege con su poder para que alcancen la salvación que tiene preparada, la cual dará a conocer en los tiempos últimos" (1 Pedro 1:5). Esta es la reconfortante seguridad que ellos tienen en su corazón. No es orgullo, porque tiene a Cristo y a Su Hijo Jesucristo como a su único fundamento. Un verdadero creyente jamás está orgulloso de su fortaleza ni de su bondad. El sabe que en cualquier momento él puede caer de la fe, si deja de estar alerta y se aleja del Evangelio. Pero él también sabe que, siempre que él escuche la Palabra de Dios y confíe en Sus promesas, el Señor cuidará su fe y le dará la perseverancia y la constancia necesarias.

Entonces, ¿para qué sirven las exhortaciones tan numerosas a la perseverancia en las Escrituras (Romanos 11:20-22; Hebreos 3:12, 4:1)? ¿Por qué la Biblia le pide a aquellos que están firmes que tengan cuidado de no caer (1 Corintios 10:12)? ¿Por qué nos dice "hagan efectiva su propia salvación con profunda reverencia" (Filipenses 2:12)? ¿Acaso no hay una contradicción allí? No. De cualquier modo, ésta solo viene de esta manera. El Cristiano es un ser pecador y "es espíritu" a la vez (Juan 3:6), él tiene al viejo hombre y al nuevo hombre. El nuevo hombre necesita consuelo y seguridad; el viejo hombre necesita advertencias. Esta es la diferencia entre la Ley y el Evangelio. Las advertencias son para el viejo hombre, a fin de vencerlo y someterlo, de modo que él no se convierta en amo. La certeza de la salvación es para el nuevo hombre quien necesita aliento y consuelo. Es por la lucha del nuevo hombre contra el viejo hombre que Dios lleva a cabo Su obra de perseverancia, que El fortalece y mantiene al creyente en la fe. Nosotros necesitamos ambos mensajes., porque somos pecadores y espirituales; necesitamos una promesa y una advertencia. Pero no hay contradicción los dos. Hay veces cuando el Cristiano necesita ser sacudido y advertido, y otras cuando necesita consuelo, fuerza y esperanza.

Este es el fin de este maravilloso capítulo y el final de la cuarta sección.

Resumen:

La salvación en la esperanza es para los creyentes. Ellos esperan por su liberación en medio de sus flaquezas y sufrimientos. Pero ellos saben que Dios los ha elegido, que El los cuidará y los guiará a la vida eterna. Ellos tienen esta gloriosa certeza de que nada en este mundo podrá separarlos del amor de Dios en Cristo Jesús su Señor.

SECCIÓN CINCO

EL PLAN DE DIOS PARA ISRAEL Y LA NUEVA ISRAEL

Romanos 9 a 11

Con el capítulo 9, el apóstol comienza una nueva parte de su epístola la cual se extiende a lo largo de tres capítulos. Allí él habla de la vieja Israel en el plan de Dios y de la nueva Israel que incluye a todos los creyentes de origen judío y Gentil. Esta parte la dividiremos en varias partes para mostrar como progresa su pensamiento.

1. El apóstol expresa su dolor por Israel (Romanos 9:1-5)

Como creyente que soy en Cristo, estoy diciendo la verdad, no miento. Además, mi conciencia, guiada por el Espíritu Santo, me asegura que esto es verdad: tengo una gran tristeza y en mi corazón hay un dolor continuo, pues hasta quisiera estar yo mismo bajo maldición, separado de Cristo, si así pudiera favorecer a mis hermanos, los de mi propia raza. Son descendientes de Israel, y Dios los adoptó como hijos. Dios estuvo entre ellos con su presencia gloriosa, y les dio las alianzas, la Ley de Moisés, el culto y las promesas. Son descendientes de nuestros antepasados; y de su raza, en cuanto a lo humano, vino el Mesías, el cual es Dios sobre todas las cosas, alabado por siempre. Amén (Romanos 9:1-5).

En estos primeros versículos del capítulo 9, el apóstol expresa su pena por la incredulidad de sus hermanos compatriotas. Este dolor es tan grande como su fe personal en Jesucristo. Mientras más se ama al Señor, más sufre uno cuando vemos que otros lo rechazan. “Como creyente que soy en Cristo, estoy diciendo la verdad, no miento. Además, mi conciencia, guiada por el Espíritu Santo.” ¡Hay tres afirmaciones para asegurar al lector que lo que él va a decir es verdad! Esto dice lo mucho que al apóstol le importa esto. El dice la verdad “en Cristo;” él conecta a su amado Señor con el mensaje que él va a decir. El señala que no miente y que su conciencia se lo confirma “por el Espíritu Santo.” Y, esta de acuerdo en que él dice la verdad, y que esto es por el Espíritu Santo. No hay duda de que una conciencia así no puede mentir. ¿Por qué Pablo se preocupa tanto por asegurarnos que lo que él nos va a decir es verdad? Primero, porque el va a revelar un pensamiento que está muy dentro de su corazón, algo que por definición está oculto dentro de él y que nadie puede ver. Por otra parte, su ministerio le hace aparecer como un enemigo de los judíos debido a que él ataca su incredulidad y la condena. ¿No significa esto que él se separa de ellos?

¡Pues no! Lejos de ser enemigo de los judíos, Pablo los ama profundamente y afirma su profundo sentimiento lo mejor que puede. Jesús ha dicho: “El amor más grande que uno puede tener es dar su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Y esto es lo que el apóstol está dispuesto a hacer: “Tengo una gran tristeza y en mi corazón hay un dolor continuo, pues hasta quisiera estar yo mismo bajo maldición, separado de Cristo, si así pudiera favorecer a mis hermanos, los de mi propia raza.” La actitud de sus hermanos compatriotas le hace sufrir profundamente; su comportamiento lo perturba constantemente. La idea de que ellos perecerán por haber rechazado a Cristo le llena de tristeza. Y lo hace hasta el punto de que si fuera posible salvarles aceptando la condenación de

ellos, él lo haría voluntariamente. La condenación está siendo proferida por Dios. Aquí Pablo nos recuerda que él pertenece a la raza Judía, que es descendiente de Abraham como todos los judíos, y que son hermanos de sangre.

Luego nos presenta una lista de las ventajas y los privilegios de los judíos: ellos son “descendientes de Israel.” “Dios los adoptó como hijos. Dios estuvo entre ellos con su presencia gloriosa, y les dio las alianzas, la Ley de Moisés, el culto y las promesas. Son descendientes de nuestros antepasados; y de su raza, en cuanto a lo humano, vino el Mesías, el cual es Dios sobre todas las cosas, alabado por siempre. Amén.” La palabra “descendiente de Israel” o Israelita es un título honorífico: los judíos son descendientes de Jacob quien recibió el nombre de Israel porque él luchó con Dios y perseveró (Génesis 32:28). Dios convirtió a Israel en Su propio pueblo, “los adoptó como hijos,” es decir, que los adoptó como si fuera un hijo Suyo, y a este hijo él le hizo maravillosas promesas, como protegerlo y bendecirlo, darle una nación, y hacer que el Mesías viniera de sus filas. El también le ha dado a este pueblo la “gloria,” cuando caminó delante de Su pueblo en una nube y una columna de fuego, cuando El residió en el tabernáculo, donde podían reunirse con El, adorarle y recibir Su bendición. Israel también había recibido “las alianzas” (en plural). ¿Por qué “las alianzas”? Porque Dios había hecho dos pactos, las promesas que El hizo a Abraham y la Ley que El les había dado en el Monte Sinaí. El primero fue gratuito y simplemente les pidió que lo recibieran por la fe: el Mesías vendría algún día para redimir a Su pueblo y para gobernar con gracia y bondad. La segunda prometió bendiciones temporales y nacionales a cambio de obediencia: protección, victoria sobre sus enemigos, una tierra fértil, buenas estaciones, cosechas abundantes, etc. Además, Dios había prometido a Israel que El haría un nuevo pacto con Su pueblo (Jeremías 31:31-33).

Israel también había recibido la “ley,” una ley buena y benéfica, una excelente legislación en materia social, civil y política, porque venía de Dios mismo. El levantó a la nación por encima de todas las naciones Gentiles o no Judías, como insiste Deuteronomio 4:5-8. En el centro de esta Ley estaba “el culto,” particularmente los sacrificios. Estos sacrificios eran totalmente diferentes a los de los Gentiles en el sentido de que ellos anticipaban el sacrificio redentor que Jesús estaba a punto de ofrecer por Su pueblo y por el mundo entero, una redención que ya había anunciado el Antiguo Testamento (Isaías 53). Y en cuanto a las “promesas,” éstas fueron de dos tipos: las promesas temporales que aseguraron al pueblo de Dios los beneficios terrenales, y las promesas espirituales - la gracia, el perdón y la vida eterna. Y he aquí otro título glorioso: ellos eran descendientes de los “antepasados” o los patriarcas. Las grandes personalidades del Antiguo Testamento, estos gloriosos héroes de la fe, fueron sus ancestros.

Y finalmente, el más grandioso privilegio de Israel: “Son descendientes de nuestros antepasados; y de su raza, en cuanto a lo humano, vino el Mesías, el cual es Dios sobre todas las cosas, alabado por siempre. Amén.” “De su raza”: Cristo viene de Abraham, Isaac, y de Jacob. Pero El también es “Dios sobre todas las cosas,” Dios verdadero, concebido del Padre desde la eternidad, de la misma naturaleza que el Padre, igual a El, en poder y gloria. “En el principio ya existía la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios” (Juan 1:1). “Este es el Dios verdadero y la vida eterna” (1 Juan 5:20), es El a quien Tomás dijo: “¡Mi Señor y mi Dios!” (Juan 20:28). Por eso Jesucristo es Dios y hombre al mismo tiempo. Su divinidad convierte a Su nacimiento en Israel en el privilegio más grandioso que Dios diera a Su pueblo. ¡Yahvé, su Dios se ha convertido en su hermano!

2. La Palabra de Dios no ha fallado (Romanos 9:6-13)

Pero no es que las promesas de Dios a Israel hayan perdido su validez; más bien es que no todos los descendientes de Israel son verdadero pueblo de Israel. No todos los descendientes de Abraham son verdaderamente sus hijos, sino que Dios le había dicho: “Tu descendencia vendrá por medio de Isaac. Esto nos da a entender que nadie es hijo de Dios solamente por pertenecer a cierta raza: al contrario, solo a quienes son hijos en cumplimiento de la promesa de Dios, se les considera verdaderamente descendientes. Porque esta es la promesa que Dios hizo a Abraham: “Por este tiempo volveré, y Sara tendrá un hijo.”

Pero eso no es todo. Los dos hijos de Rebeca eran de un mismo padre, nuestro antepasado Isaac, y antes que ellos nacieran, cuando aún no habían hecho nada, ni bueno ni malo, Dios anunció a Rebeca: “El mayor será siervo del menor.” Lo cual también está de acuerdo con la Escritura que dice: “Amé a Jacob y aborrecí a Esaú.” Así quedó confirmado el derecho que Dios tiene de escoger, de acuerdo con su propósito, a los que quiere llamar, sin tomar en cuenta lo que hayan hecho.

Parece haber una gran contradicción entre estos grandes privilegios y el rechazo de Israel. ¿Realmente ha rechazado Dios a tales personas? ¿Habría fracasado el Señor hasta el punto de que todo eso (Ley, promesas, alianzas y culto) dejó de tener sentido? La respuesta a ambas preguntas es No: “No es que las promesas de Dios a Israel hayan perdido su validez.” Esto literalmente dice que: no cayó, cayó en la tierra o en el agua. Esto tiene que ver con las promesas para el futuro, particularmente la promesa Mesianica que Dios le había hecho a Su pueblo: ella fue cumplida a pesar de la incredulidad de Israel. “Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a Su Hijo, que nació de una mujer, sometido a la ley de Moisés, para rescatarnos a los que estábamos bajo esa ley y concedernos gozar de los derechos de hijos de Dios” (Gálatas 4:4-5). Cuando Zacarías sostuvo a Juan el Bautista, el precursor de Cristo, en sus brazos, él se alegró y dijo: “¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha venido a rescatar a su pueblo! Nos ha enviado un poderoso salvador, un descendiente de David, su siervo. Esto es lo que había prometido en el pasado por medio de sus santos profetas” (Lucas 1:68-70). ¡Nada puede evitar que el Señor lleve a cabo Su plan, especialmente cuando se trata de la salvación del mundo!

“Más bien es que no todos los descendientes de Israel son verdadero pueblo de Israel. No todos los descendientes de Abraham son verdaderamente sus hijos, sino que Dios le había dicho: “Tu descendencia vendrá por medio de Isaac. Esto nos da a entender que nadie es hijo de Dios solamente por pertenecer a cierta raza: al contrario, solo a quienes son hijos en cumplimiento de la promesa de Dios, se les considera verdaderamente descendientes.” Este texto es claro: el verdadero Israel, el único a quien Dios diera las promesas, no son los descendientes de Israel, que son los judíos según la sangre. Y todos aquellos que provienen de Abraham no son por lo tanto Sus hijos. Dios ha cumplido Sus promesas para los que “son hijos en cumplimiento de la promesa” Ellos no son verdaderos descendientes de los patriarcas. Por eso, no basta con tener sangre Judía en las venas para formar parte del pueblo de Dios. Juan el Bautista dijo lo siguiente a los líderes religiosos que vinieron a escucharlo desierto: “Y no presuman diciéndose a sí mismos: ‘Nosotros somos descendientes de Abraham; porque les aseguro que incluso a estas

piedras Dios puede convertirlas en descendientes de Abraham” (Mateo 3:9). Esto también es lo que Jesús y los apóstoles enseñaron (Juan 8:33; Romanos 4:11).

“Porque esta es la promesa que Dios hizo a Abraham: “Por este tiempo volveré, y Sara tendrá un hijo.” Esta fue la promesa que Abraham recibió (Génesis 18:14). Abraham tendría descendientes en el hijo que Sara le daría. Esta no sólo sería una línea natural de familia, sino también una descendencia espiritual, engendrada por medio de la promesa: “son hijos en cumplimiento de la promesa” de los cuales ya hablamos aquí. Eso es lo que enseña el Antiguo Testamento. Abraham había recibido la promesa en Caldea (Génesis 12:2-3). Luego Dios la renovó cuando él llegó a Champán y se separó de Lot (Génesis 13:16). Pero el hijo prometido aún no llegaba y Abraham se resignó a nombrar a su siervo Eliezer como su heredero. Dios después renovó Su promesa: no, no sería Eliezer sino un hijo que vendría del propio cuerpo de Abraham (Génesis 15:2-5). Y ese hijo todavía no llegaba. Entonces Abraham trató de forzar la mano de Dios. Animado por su mujer, él se acercó a la sierva de ella para engendrar al hijo prometido. Pero no es él, Ismael, quien es el hijo de la promesa (Génesis 17:3-7, 19-21).

Finalmente, Sara dio a luz al hijo prometido, como el Señor lo había anunciado. Después Ismael despreció a Isaac al tiempo que Agar despreció a Sara, y lo hizo a tal punto que Sara le pidió a Abraham que se llevara lejos a la sierva y a su hijo. Abraham no quería, pero Dios mismo le dio el coraje, porque El no tolera que insultemos Sus promesas y a Su plan (Génesis 21:12). Fue en ese momento que El le confirmó al patriarca que es en Isaac que él tendría descendientes. Esta promesa significa que no nos convertimos en hijos de Dios a través de descendencia natural ni por ser un descendiente de Abraham, sino por medio de la promesa.

Por eso Pablo compara a Ismael con Isaac, a los descendientes de uno con los del otro. Esto no puede ser una cuestión de su línea de familia natural. Sin duda alguna, Ismael y sus descendientes son descendientes de Abraham al igual que lo son Isaac y su descendencia. El apóstol piensa en la descendencia espiritual: Entre los judíos y Gentiles Dios tiene a gente que pertenece a El y a quienes él les cumple sus promesas (Gálatas 3:15-18, 26-29). “Por este tiempo volveré, y Sara tendrá un hijo.” El hijo de Sara no sólo es el hijo prometido que finalmente llegó, sino aquél a través del cual Dios cumpliría su promesa a Abraham y a todos los suyos. De los descendientes de Isaac vendrá un día el Mesías prometido. El nacimiento este hijo tan esperado fue el primer vínculo en toda una cadena de eventos que permitirían a Dios bendecir a todas las naciones de la tierra en el descendiente de Abraham, Jesucristo de Nazaret. Esta promesa incluye a todos los descendientes espirituales del patriarca, tanto judíos como Gentiles (Romanos 4:16-18). Ellos todos “son hijos en cumplimiento de la promesa.”

Como él era hijo de la promesa, Isaac heredó la promesa a costa de su hermano mayor, Ismael. El apóstol introduce ahora el segundo ejemplo, el de Jacob, para ilustrar su enseñanza. Su caso es aún más impactante que el de Isaac; él tuvo el mismo padre y madre que Esaú, mientras que Ismael era hijo de otra madre. Ismael e Isaac eran medio hermanos, mientras que Esaú y Jacob eran hermanos. Ellos eran estrictamente iguales por nacimiento. “Pero eso no es todo. Los dos hijos de Rebeca eran de un mismo padre, nuestro antepasado Isaac, y antes que ellos nacieran, cuando aún no habían hecho nada, ni bueno ni malo, Dios anunció a Rebeca: “El mayor será siervo del menor.” Ese no era el orden normal de las cosas, ya que de haber sido Esaú debió haber heredado la promesa y convertirse en el antepasado del pueblo de la alianza. Pero Dios

había decidido otra cosa, tal vez debido a que El sabía lo que Esaú haría con su progenitura, y el poco valor que él le dio. El Señor a menudo actúa contra los privilegios naturales y las dignidades. No es por causa de un derecho natural que uno es hijo Suyo y hereda la promesa. En Su Reino, las cosas son diferentes que en la tierra.

Una cosa más: Antes del nacimiento de los dos niños, el Señor ya había hecho su elección: “antes que ellos nacieran, cuando aún no habían hecho nada, ni bueno ni malo...” La elección de Dios no depende en lo absoluto de las cualidades morales o el mérito humano. No depende de su conducta, ni alguna dignidad humana, sino que es más bien Su voluntad de gracia la que determine Su elección divina. Antes de que los gemelos hubieran nacido, El le dijo a Rebeca que “el mayor estará sujeto al menor” (Génesis 25:23). Por lo tanto, el menor recibirá la primogenitura con los privilegios que la acompañan. En los gemelos por nacer, Rebeca daría a luz a dos naciones. Esaú sería el padre de los Edomitas, y Jacob de los Israelitas. Una de estas naciones dominaría a la otra.

Este es el escenario de lo que está sucediendo en el reino espiritual, y esto es lo que el apóstol quiere dejar claro. Jacob y la gente que vino de él simbolizan a los creyentes, mientras que Esaú y los Edomitas representan a los incrédulos. No hay duda de que Esaú se arrepintió de su pecado y obtuvo el perdón. De cualquier manera, la Biblia señala que él y su hermano hicieron las paces. Pero Edom, como nación, permaneció siempre hostil a Israel. Cuando ellos fueron a Canaán los Edomitas le prohibieron a Israel que cruzara su territorio. La hostilidad entre los dos pueblos era prácticamente permanente y simboliza la enemistad entre los incrédulos y los creyentes. Para respaldar su afirmación, Pablo cita lo que Dios había dicho con respecto a Jacob y Esaú: “Amé a Jacob y aborrecí a Esaú” (Malaquías 1:2-3).

Cuando leemos este texto en el libro de Malaquías, nos damos cuenta de que esta frase no se refiere a las personas de Jacob y Esaú; sino que las dos naciones que vienen de ellos simbolizan a los creyentes y a los infieles. Dios no le dice esto a Rebeca antes del nacimiento de sus dos hijos. Por lo tanto, El no señala que El rechazó y odió a Esaú antes de su nacimiento. Entonces, ¿cuál es el significado de la expresión: “Aborrecí a Esaú”? En Lucas 14:26, Jesús declaró que si “alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aún más que a sí mismo, no puede ser mi discípulo.” ¿Acaso debemos odiar a nuestros padres, a nuestra esposa, e hijos a fin de ser discípulo de Cristo? Obviamente que no. En Juan 12:25, el Señor dice que “el que desprecia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna.” ¿Tenemos que odiar la vida que Dios nos ha dado para recibir la salvación? Ciertamente no. En Hebreo, el verbo despreciar significa renunciar, rechazar, no hacer pacto con alguien. Jesús quiere que digamos que no nos vamos a atar a nuestros padres, esposo o esposa, a nuestros hijos o a nuestra propia vida para que nos volvamos hacia El. No debemos unirnos a nadie, en una unión que evite que sigamos siendo fieles a El. Nadie en el mundo puede impedir que lo sigamos a El fielmente. La expresión “Aborrecí a Esaú” no quiere decir que Dios detestaba a ese hombre aún antes de que viniera al mundo ni que él no quería salvarle. Es por eso que Juan Calvino y otros sostienen que hay personas a quienes Dios no ha agraciado desde la eternidad y a los cuales El no quiere salvar. Esto no es así. Esa expresión simplemente quiere decir que El no eligió a Esaú para ser el antepasado de Su pueblo y que Edom, la nación que vino de Esaú, no era el pueblo Mesianico que El había prometido a los patriarcas. Sin embargo, también debemos señalar que la nación que vino de Esaú siempre se

rebeló contra Israel, el pueblo de Dios, y que Dios los castigó por eso. Sin duda alguna, Dios no permite que alguien le haga daño a Su pueblo.

3. Dios no ha sido injusto (Romanos 9:14-33)

¿Diremos por eso que Dios es injusto? ¡Claro que no! Porque Dios dijo a Moisés: “Tendré misericordia de quien yo quiera, y tendré compasión también de quien yo quiera.” Así pues, no depende de que el hombre quiera o se esfuerce, sino de que Dios tenga compasión. Pues en la Escritura Dios le dice al rey de Egipto: “Te hice rey precisamente para mostrar en ti mi poder y para darme a conocer en toda la tierra.” De manera que Dios tiene compasión de quien él quiera tenerla, y también le endurece el corazón a quien él quiere endurecérselo.

Pero me dirás: “Siendo así, ¿de qué puede Dios culpar al hombre, si nadie puede oponerse a su voluntad? Y tu, hombre, ¿quién eres para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso la olla de barro le dirá al que la hizo: “Por qué me hiciste así?” El alfarero tiene derecho de hacer lo que quiera con el barro, y del mismo barro puede hacer una olla para uso especial y otra para uso común.

Dios, queriendo dar un ejemplo de castigo y mostrar su poder, soportó con mucha paciencia a aquellos que merecían el castigo e iban a la perdición. Al mismo tiempo quiso dar a conocer en nosotros la grandeza de su gloria, pues no tuvo compasión y nos preparó de antemano para tener parte en ella. Así que Dios nos llamó, a unos de entre los judíos, y a otros de entre los no judíos. Como se dice en el libro de Oseas: “A los que no sean mi pueblo, los llamaré mi pueblo; a la que no era amada, la llamaré mi amada. Y en el mismo lugar donde se les dijo: ‘Ustedes no son mi pueblo, serán llamados hijos del Dios viviente.’”

En cuanto a los israelitas, Isaías dijo: “Aunque los descendientes de Israel sean tan numerosos como la arena del mar, solamente un resto de ellos alcanzará la salvación, porque muy pronto el Señor cumplirá plenamente su palabra en todo el mundo. Como el mismo Isaías había dicho antes: “Si el Señor todopoderoso no nos hubiera dejado descendencia, ahora mismo estaríamos como Sodoma y Gomorra.”

¿Qué diremos a esto? Que, por medio de la fe, Dios ha hecho justos a los paganos, que no buscaban la justicia. En cambio, los israelitas, que querían basar su justicia en la ley, no lo lograron. ¿Por qué? Porque no se basaban en la fe, sino en sus propios hechos. Por eso tropezaron con la “piedra de tropiezo” que se menciona en la Escritura: “Yo pongo en Sión una roca, una piedra con la cual tropezarán; el que confíe en ella, no quedará defraudado” (Romanos 9:14-33).

¿Diremos por eso que Dios es injusto? ¡Claro que no! Es normal que el apóstol Pablo formulara esta pregunta. El sólo recordaba que Dios había tratado de manera diferente a Isaac e Ismael, y a Jacob y Esaú. ¿Cómo es que no todos los hombres están siendo salvados? Nosotros podríamos decidir responder lo siguiente: Bueno, simplemente porque Dios no quiere salvarlos a todos. El prefiere a Isaac sobre Ismael y a Jacob por encima de Esaú. Hay personas que le gustan a El y

otras que no. No todas esas personas tienen el mismo derecho a Su divino amor. Más esta conclusión es falsa y es un grave error. Si alguien alcanza la vida eterna, ese alguien se lo debe únicamente a la misericordia de Dios. Pero, por el otro lado, si alguien perece eternamente, esto es por su propia culpa.

El apóstol cita un texto de las Santas Escrituras que al principio parece contradecir eso: El le dijo a Moisés: “Voy a hacer pasar toda mi bondad delante de ti, y delante de ti pronunciaré mi nombre. Tendré misericordia de quien yo quiera, y tendré compasión de quien yo quiera” (Éxodo 33:19). Sin embargo, note que este texto sólo habla de compasión pero no de desaprobación. No dice que haya gente a quienes Dios no quiere demostrarles compasión, o que no quiere salvar. Sólo señala que El es soberano en Su compasión. El no la otorga a uno que la merezca, o que sea digno de ella, sino a quien El quiera. El no se la debe a nadie, y si El se la da al pecador, es porque El así lo quiere. “Así pues, no depende de que el hombre quiera o se esfuerce, sino de que Dios tenga compasión.” En una palabra, Su gracia es gratuita e inmerecida.

El contexto de la cita demuestra esto claramente: Israel acababa de hacer un becerro de oro y lo adoró. Dios amenazó con destruirlos a todos. Entonces Moisés intercedió por ellos, rogándole a El que les perdonara este pecado, y sugiriendo que lo condenara a él en lugar del pueblo (Éxodo 32:30-35). Como resultado, Dios estuvo de acuerdo en salvar a Israel, y señaló que El estaba actuando así por compasión. No hubo mérito alguno que motivara Su misericordiosa acción y El la fundamentó sólo en las promesas que El les había hecho a los patriarcas o antepasados. Este señalamiento concuerda perfectamente con Pablo. La gracia de Dios es totalmente gratuita. El no se la debe a nadie. Por lo tanto El no es injusto cuando El la ofrece a quien El quiera. El tampoco es injusto cuando El rehúsa Su salvación a un Israel incrédulo. El no quería condenar a Israel sino salvarla, pero Israel ha rechazado Su gracia que El ha ofrecido por medio de Jesucristo. De ningún modo el Señor es injusto cuando El condena a los que desprecian Su gracia y no quieren Su salvación. El ejemplo del Faraón ilustra esta verdad: “Pues en la Escritura Dios le dice al rey de Egipto: “Te hice rey precisamente para mostrar en ti mi poder y para darme a conocer en toda la tierra.” Dios había revelado Su poder cuando El liberó a Israel de las manos del Faraón. El había realizado milagros, siendo el mayor de todos, el cruce del Mar Rojo. El había querido sacarlos de Egipto tranquilamente y llevarlos al desierto del Sinaí, sin una demostración especial.

Pero el Faraón no le dio la oportunidad, porque El había endurecido su corazón, y El se lo endureció tanto que finalmente Dios lo endureció a cambio. Como resultado, la actitud del Faraón le dio a El la oportunidad de demostrar Su poder. ¿Entonces por qué algunos obtienen la salvación y no los otros? ¿Por qué Abel y no Caín, Moisés y no el Faraón, David y no Saúl, Pedro y no Judas? ¿Por qué algunos obtienen la gracia y no los otros? Porque algunos reciben esta gracia con un corazón humilde y contrito y otros la rechazan. El endurecimiento del corazón del Faraón le dio a Dios la oportunidad de mostrar Su majestad. Pero el Señor no lo planeó. Dios no quería eso. El meramente sabía como utilizarla para demostrar Su poder. Cuando El envió las plagas sobre Egipto, El meramente quería quebrar la voluntad del Faraón y hacerle reconocer Su soberanía. Al principio, el mismo Faraón endureció su corazón antes que Dios lo hiciera. Esto es lo que indica la Biblia en Éxodo 7:22, 8:11-28, 9:7. Pero cada vez que Dios hubo alejado una plaga a pedido suyo, el rey de Egipto se negó a dejar que el pueblo partiera. Después de la sexta plaga la Escritura señala explícitamente que Dios mismo endureció Su corazón (Éxodo 9:12) y a partir de allí lo hizo definitivamente e irrevocable (Éxodo 10:20, 14:8). El Señor meramente uso

la irreverencia del monarca para exhibir Su poder y dar una liberación milagrosa a Su pueblo, ante los ojos de todas las naciones. El éxodo, que prueba que el Señor es todopoderoso, también demuestra Su misericordia infinita para con Su pueblo, tal como lo demuestra el texto que cita Pablo (Éxodo 33:19, 34:5-7).

“De manera que Dios tiene compasión de quien él quiera tenerla.” Este es el resumen del relato del éxodo, de la misericordia que El tuvo por Israel y del destino del Faraón. Esto es lo que prueba esta historia. ¡Nada más! Dios reina sobre todos en Su misericordia y en Sus juicios. El apóstol señala tres verdades:

- 1) Dios quiere salvar a todos los hombres.
- 2) Solamente Dios los salva.
- 3) Los que endurecen sus corazones y perecen se lo deben solamente al hecho de que ellos rechazan Su gracia.

¿Cómo es esto, ya que todos los hombres son pecadores, que algunos reciben Su salvación, mientras que otros la rechazan? No hay una respuesta para esta pregunta. Por lo menos las Santas Escrituras no dan ninguna. Por eso, él tampoco dará ninguna.

“Pero me dirás: “Siendo así, ¿de qué puede Dios culpar al hombre, si nadie puede oponerse a su voluntad?” El hombre quiere discutir por siempre. Su corazón pecador hasta busca hacer a Dios responsable de muchas injusticias, acusarlo de ser injusto. El lo haría mejor si se inclinara ante la infinita sabiduría del Creador, se arrepintiera y humildemente lo adorara. “Y tú, hombre, ¿quién eres para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso la olla de barro le dirá al que la hizo: ‘Por qué me hiciste así?’” La lección es dura, pero necesaria. Pablo pone al hombre de vuelta en su lugar apropiado. El lo baja de su pedestal sobre el que le gusta tanto pararse, para recordarle que él no es otra cosa que polvo delante de Su Creador, como una olla en las manos del alfarero. Desde cuando cuestiona un envase semejante al alfarero y le pregunta por qué lo hizo así y no de otra manera. El hombre no se atreve a rogarle a Dios o a pedirle cuentas. Un hombre no puede acusar al Señor y el Señor no tiene que justificar Sus actos. Cuando no entendemos, quedémonos tranquilos, ya que además como pecadores, seguimos siendo muy pequeños y no desafiamos a Dios.

“El alfarero tiene derecho de hacer lo que quiera con el barro, y del mismo barro puede hacer una olla para uso especial y otra para uso común.” El alfarero fabrica envases que él necesita para su negocio. Sin preguntar si son aptos. El no le debe ninguna explicación a la arcilla que él moldea con sus manos. Hay recipientes para uso común, los cuales utilizamos en la cocina o para el mantenimiento del hogar, y vasos para usos más nobles como recibir flores, y embellecer una habitación. Hay vasos sencillos y baratos, mientras que hay otros hechos con el más fino arte, hermosamente decorados y naturalmente mucho más costosos. Algunos de estos vasos están hechos de arcilla, otros de cobre o de algún metal precioso. Dios también crea seres humanos diferentes: blancos o negros, bajos o altos, ricos o pobres. Algunos reciben Su Evangelio, mientras que otros no lo quieren. Así mismo, algunos recibirán la salvación, mientras que otros perecerán. El no le debe cuentas a nadie y pone en su lugar a los hombres que se atreven a desafiarlo. Esta es la gran lección de Job (Job 38:1-38, 40:3, 42:2-6). En Jeremías 18, hay un texto similar: Dios envía al profeta a ver a un alfarero, quien rompe un envase delante de él y fabrica otro. Esta es la misma lección: Israel está en las manos de Dios como arcilla en las manos del alfarero.

Sería un error decir que los que endurecen sus corazones lo hacen porque Dios quiere que así sea. El no quiere que nadie endurezca su corazón. Jesús ha dicho: “¡Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollitos bajo las alas, pero no quisiste! (Mateo 23:37). Y antes de ser apedreado, Esteban le dijo a sus jueces: “Pero ustedes - siguió diciendo Esteban - siempre han sido tercos, y tienen oídos y corazón paganos. Siempre están en contra del Espíritu Santo” (Hechos 7:51). Dios quiere, pero el hombre no. ¡Esta es la tragedia de la raza humana! Pero el Señor sabe como usarlos a todos: a los creyentes para mostrar Su infinita misericordia y a los incrédulos para demostrar Su poder y Su santidad.

“Dios, queriendo dar un ejemplo de castigo y mostrar su poder, soportó con mucha paciencia a aquellos que merecían el castigo e iban a la perdición. Al mismo tiempo quiso dar a conocer en nosotros la grandeza de su gloria, pues no tuvo compasión y nos preparó de antemano para tener parte en ella. “Con mucha paciencia, Dios tolera a los que perecerán por causa de su incredulidad. A El le gustaría convertirlos, pero ellos son los que se rehúsan. Ellos son vasijas a las cuales Dios quisiera llenar con su misericordia. Pero en aquellas personas que no lo quieren, El vierte Su castigo. Por eso algunos van camino “a la perdición”, mientras que a otros “nos preparó de antemano para tener parte [de Su gloria]” Note la diferencia: los creyentes alcanzarán la gloria porque Dios los ha destinado para ello “de antemano” desde la eternidad. En cuanto a los incrédulos, ellos no perecen porque El haya decidido “de antemano” no recibirlos en Su Reino, sino porque por su comportamiento ellos se prepararon para la condenación. Ellos mismos se están preparando para ello. Es por causa de Dios que los creyentes reciben la salvación, pero los incrédulos perecen por sus propias culpas. Dios tolera a los incrédulos “con mucha paciencia.” El demostró eso antes del Diluvio, durante el paso del desierto, después en el tiempo de los jueces y los reyes antes de partir hacia el exilio, y finalmente, antes de la destrucción de Jerusalén. La historia entera del mundo da testimonio de Su infinita paciencia.

Una vez más: ¿Por qué Isaac y no Ismael, Jacob y no Esaú, Israel y no Edom, David y no Saúl, Simón Pedro y no Judas? San Pablo no responde esta pregunta. El no desea resolver ninguno de estos problemas, sino que simplemente demuestra que ningún ser humano está calificado para discutir con Su creador. La olla no toma el lugar del alfarero, ni el alfarero el lugar de la olla. Nosotros nunca seremos capaces de intercambiar estos roles. Dios no bajará de Su trono para permitir que la raza humana se sienta allí.

“Así que Dios nos llamó, a unos de entre los judíos, y a otros de entre los no judíos.” El apóstol habla de sí mismo y de los Cristianos a quienes él les envía su epístola. Dios nos ha llamado y nos ha convertido en recipientes de la misericordia, sin importar cual es nuestro origen, si somos judíos o Gentiles. “Como se dice en el libro de Oseas: “A los que no sean mi pueblo, los llamaré mi pueblo; a la que no era amada, la llamaré mi amada. Y en el mismo lugar donde se les dijo: ‘Ustedes no son mi pueblo, serán llamados hijos del Dios viviente.’” El profeta Oseas tuvo un destino especial. Un poco antes de que Asiria deportara al Reino del Norte, Dios le pidió que se casara con una prostituta con la que tuvo dos hijos: una hija a quien el Señor hizo que el llamara *Lo-ruhama*, “a la que no se le mostrará compasión,” y un hijo quien recibió el nombre de *Lo-amí*, “el que no es mi pueblo.” Por eso El iba a rechazar a Israel: El no le mostraría su

misericordia ni lo trataría más como Su pueblo. Por otra parte El formaría un nuevo Israel, un nuevo pueblo que consistía de judíos y Gentiles creyentes llamados *Lo-Ruhama* y *Lo-Amí* (Oseas 2:23). En el tiempo del apóstol, esta es la realización de la promesa que El le hizo a Abraham, según la cual todas las naciones de la tierra serían bendecidas a través de su descendencia (Génesis 22:18; Romanos 4:18; Gálatas 3:14). Pablo pudo ver eso con sus propios ojos. Por todas partes él veía judíos y Gentiles que se convertían y recibían a Jesús de Nazaret como su Salvador y Señor.

“En cuanto a los israelitas, Isaías dijo: “Aunque los descendientes de Israel sean tan numerosos como la arena del mar, solamente un resto de ellos alcanzará la salvación, porque muy pronto el Señor cumplirá plenamente su palabra en todo el mundo. Como el mismo Isaías había dicho antes: “Si el Señor todopoderoso no nos hubiera dejado descendencia, ahora mismo estaríamos como Sodoma y Gomorra.” Estas son dos citas, Isaías 10:22-23 e Isaías 1:9. En Israel, el cual se convirtió en un pueblo numeroso, Dios había preservado un remanente. La nación en su mayoría había vivido en la incredulidad y no participaba en las promesas hechas a Abraham, pero en medio de este pueblo Dios tenía un resto pequeño de personas fieles a quienes El cumplió Sus promesas. Mientras El juzgaba a Israel, desde el tiempo de Isaías hasta la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C., el Señor salva a Su pequeño remanente. Mientras El tiene mucha paciencia con los muchos receptores de su ira, El demuestra Su bondad hacia los otros. Esto fue verdad en el tiempo de Isaías, y fue verdad en el tiempo de Pablo, y siempre será verdad hasta el fin de los tiempos.

“¿Qué diremos a esto? Que, por medio de la fe, Dios ha hecho justos a los paganos, que no buscaban la justicia. En cambio, los israelitas, que querían basar su justicia en la ley, no lo lograron.” El apóstol finaliza este capítulo y nos recuerda que la gracia de Dios es gratuita; no podemos obtenerla. Israel estaba orgulloso de sus privilegios como pueblo de Dios, de poseer la Ley. Israel pretendió alcanzarla y despreció a los no judíos. ¿Cuál fue el resultado? Los Israelitas “no lo lograron.” Por otra parte, los Gentiles que no conocían a Dios, que se habían sumido en la idolatría y habían vivido en pecado, sin tratar de hacer Su voluntad. “En cambio, los israelitas, que querían basar su justicia en la ley, no lo lograron.” ¿Por qué? Porque por medio de la fe “Dios ha hecho justos a los paganos, que no buscaban la justicia. Israel estaba orgulloso de sus obras, las presentó a Dios como un bello ramillete de flores, convencido de que así ganaría Su gracia y Su favor, mientras que los Gentiles sólo pudieron estirar la mano como mendigos y recibir un don de gracia del cual ellos eran totalmente indignos. Pero el hombre sólo puede recibir la salvación por la fe, una fe humilde que confía en el perdón y la salvación que Jesucristo nos trajo.

Israel no quiso eso. Esto se debió a que “tropezaron con la “piedra de tropiezo” que se menciona en la Escritura: “Yo pongo en Sión una roca, una piedra con la cual tropezarán; el que confíe en ella, no quedará defraudado.” Esta es una cita del Salmo 118:22. Cuando buscamos justificarnos a través de las obras, cuando creemos que somos capaces de obtener nuestra salvación, nos tropezamos con Cristo y Su Evangelio, el cual proclama una salvación gratuita. Entonces, las Buenas Nuevas de la salvación se convierten en la piedra de tropiezo y en una tontería (1 Corintios 1:18-23). A fin de obtener la salvación, la Ley debe romper el corazón; el hombre debe reconocer y confesar sus pecados y pedir humildemente el perdón que Dios ofrece en Su Hijo amado. Para una persona que no hace esto, Jesús es una piedra sobre la cual él tropieza y se cae.

Entonces, ¿no podemos acusar a Dios ni culparlo de ser injusto! Dios no quiere eso, pero quiere y desea verdaderamente que el pecador se arrepienta y crea (Mateo 3:2, 21:32; Lucas 12:3; Hechos 2:38, 3:19; 2 Corintios 7:8-10; Apocalipsis 9:20, 16:9).

Resumen:

Israel era una nación privilegiada a quien Dios había bendecido ricamente. Pero ella había endurecido su corazón, como lo había hecho el Faraón, y rechazó la justicia que alcanzamos por la fe en Jesucristo. Ella endureció su corazón y por lo tanto pereció por su propia culpa - excepto por un pequeño remanente que Dios dirige hacia la salvación. Por lo tanto, el Señor es misericordioso con quien El quiere ser misericordioso. El demuestra al mismo tiempo Su bondad y Su castigo, Su amor y Su justicia.

4. Dios es justo cuando rechaza al Antiguo Israel (Romanos 10:1-21)

Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por los Israelitas es que alcancen la salvación. En su favor puedo decir que tienen un gran deseo de servir a Dios; solo que es deseo no está basado en el verdadero conocimiento. Pues no reconocen que es Dios quien hace justos a los hombres; y pretenden ser justos por sí mismos; y así no se han sometido a lo que Dios estableció para hacernos justos. Porque la ley llega a su término con Cristo, y así todos por la fe pueden llegar a ser justos.

De la justicia basada en la ley, Moisés escribió esto: "La persona que cumpla la ley, vivirá por ella." Pero de la justicia basada en la fe, se dice: "No pienses, ¿quién subirá al cielo?" - esto es, para hacer que Cristo baje--; o '¿Quién bajará al abismo?' "-- esto es; para hacer que Cristo suba de entre los muertos."

¿Qué es, pues, lo que dice?: "La Palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón." Esta palabra es el mensaje de la fe que predicamos. Si con tu boca reconoces a Jesús como Señor, y con tu corazón crees que Dios lo resucitó, alcanzarás la salvación. Pues con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se reconoce a Jesucristo para alcanzar la salvación.

La Escritura dice: "El que confie en él, no quedará defraudado." No hay diferencia entre los judíos y nos no judíos; pues el mismo Señor es Señor de todos, y da con abundancia a todos los que lo invocan. Porque esto es lo que dice: "Todos los que invoquen el nombre del Señor, alcanzarán la salvación."

En este nuevo capítulo, el apóstol Pablo desarrolla la misma verdad que en anterior: En lo que concierne a Israel, Dios no es injusto, porque este pueblo ha rechazado Su gracia (Romanos 9). Pero ellos también han rechazado Su Palabra (Romanos 10). Pablo ha expresado su pena con respecto a la incredulidad de su pueblo y ha pedido a Dios que lo castigue, es decir, al apóstol mismo, en lugar de sus compatriotas (Romanos 9:1-3); él expresa ahora su sincero deseo de la salvación para ellos: "Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por los Israelitas es que alcancen la salvación." Israel está tan cerca de la salvación, tan cerca como los no judíos o Gentiles que practican su idolatría y cuya inteligencia los engaña.

En Romanos 9:4-5, Pablo enumeró los enormes privilegios que el Señor había otorgado a Su pueblo. El todavía va más allá afirmando lo siguiente: “En su favor puedo decir que tienen un gran deseo de servir a Dios; solo que es deseo no está basado en el verdadero conocimiento. Pues no reconocen que es Dios quien hace justos a los hombres; y pretenden ser justos por sí mismos; y así no se han sometido a lo que Dios estableció para hacernos justos.” Este es un hecho innegable: Israel demuestra mucho celo cumpliendo con los servicios de adoración, la lectura de la Ley, la observancia del Sabbath, la práctica del diezmo y del ayuno, lo cual demuestra que ellos quieren servir al Señor, que son un pueblo profundamente religioso que se toma muy en serio su religión y odian toda forma de idolatría. Nadie puede negar eso. Por lo tanto, ¿no es increíble y hasta impensable que con tanto celo ellos no alcancen la salvación? Antes de esta conversación el mismo Pablo demostró mucho fervor religioso, lo cual no le detuvo mientras él “perseguía con violencia a iglesia de Dios y procuraba destruirla” (Gálatas 1:13; Filipenses 3:6; Hechos 26:9). Era un empeño que “no está basado en el verdadero conocimiento.” Israel, y él mismo, antes de su conversión a Cristo, ignoraban “que es Dios quien hace justos a los hombres” y quisieron establecer su propia justicia. Su conocimiento de la Ley, su piedad y su celo fueron “por su bien;” fueron ventajas espirituales en la que había puesto todas sus esperanzas (Filipenses 3:4-7). El quiso justificarse a través de sus obras; él quiso salvarse. El no estaba enfermo, o por lo menos el pensaba que no estaba enfermo, y no necesitaba un médico. El no era lo suficientemente pecador como para necesitar un salvador. Por eso ignoró la justicia de Dios, que Cristo ofrece gratuitamente y que obtenemos por la fe.

Y así fue para la mayoría de sus hermanos de su mismo país. Cuando queremos salvarnos a nosotros mismos por nuestra propia justicia, no nos sometemos “a lo que Dios estableció para hacernos justos.” Nosotros lo ignoramos y lo despreciamos. No queremos tener nada que ver con eso. Recordemos que la justicia de Dios significa que El declara justo al creyente cuando El le acredita la justicia de Cristo, cuando El lo reviste con Su inocencia y Su santidad. Israel. Israel antepuso su propia justicia contra esta justicia gratuita que salva al pecador. Tercamente, pretendieron “ser justos por sí mismos,” buscaron la justicia de la Ley, y se rebelaron contra la justicia del Evangelio. Ellos “no se han sometido a lo que Dios estableció para hacernos justos.” Y no fue por simple ignorancia, sino más bien por obstinados y por una oposición consciente y deliberada.

“Porque la ley llega a su término con Cristo, y así todos por la fe pueden llegar a ser justos.” Esta frase explica por qué no justifica la Ley y por qué el hecho de que alguien busque establecer su propia justicia delante de Dios significa rechazar lo que El ofrece en el Evangelio. “La ley llega a su término con Cristo.” El le puso fin a su función esencial, que es acusar y condenar al pecador. Por Su perfecta obediencia, El libera al creyente del yugo de la Ley, de la necesidad de cumplirla para alcanzar la salvación. Ella ya no puede condenar ni castigar a uno que ha encontrado el perdón y la vida eterna en Cristo. Cristo justifica a todos “por la fe.” En El nos convertimos en “la justicia de Dios” (2 Corintios 5:21). Para nosotros El es “justicia, santidad y redención” (1 Corintios 1:30).

Israel trajo la condenación sobre sí mismo por rechazar la justicia que El le otorga gratuitamente al creyente. Y así la justicia está muy cercana, al alcance de la mano, en la Palabra de Dios: “De la justicia basada en la ley, Moisés escribió esto: “La persona que cumpla la ley, vivirá por ella.”

Nosotros alcanzamos la santidad por las obras, cumpliendo los mandamientos divinos. Para ser justo ante Dios es suficiente con realizar lo que la Ley exige. Con la condición, naturalmente, de que la cumplamos perfectamente, sin cometer ni un solo pecado. ¿Quién es capaz de hacer eso? Nadie. ¿Acaso antes no señaló el apóstol que: “Sabemos que todo lo que dice el libro de la Ley, lo dice a quienes están sometidos a ella, para que todos caigan y el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios... todos han pecado y están lejos de la presencia gloriosa de Dios?” (3:19, 23).

“Pero de la justicia basada en la fe, se dice: No pienses, ¿quién subirá al cielo? - esto es, para hacer que Cristo baje-- o, ¿quién bajará al abismo? -- esto es; para hacer que Cristo suba de entre los muertos.” Esta es una cita de Deuteronomio 30:12-14. Pero el apóstol hace unos pocos cambios muy brillantes para adaptarlo a su argumento. El utiliza palabras que Moisés pronunció acerca de la Ley y las aplica al Evangelio. Moisés dice que podemos conocer bien la Ley. Israel la conocía perfectamente, porque Dios la había revelado. El pueblo de Dios no tuvo que buscarla en la cima del cielo o las profundidades de la tierra. Dios la había dado en Su Palabra. No había necesidad de buscarla ciegamente. Lo que es verdad sobre la Ley también es cierto para el Evangelio. Dios la puso al alcance de los hombres al salvar a Su Hijo y los apóstoles la anuncian (Hebreos 1:1). La Ley y el Evangelio que son tan diferentes entre sí se parecen mucho en este punto: Dios las ha revelado a ambas.

¿Qué quiere decir “la justicia basada en la fe”? Dice que: “La Palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón. Esta palabra es el mensaje de la fe que predicamos.” Los judíos no tenían excusa para no conocer la Ley. Ellos tampoco tenían excusa alguna para no conocer “la justicia de Dios” que el Evangelio reveló. Nadie tiene que subir al cielo, viajar por el universo o bajar a las profundidades de la tierra para alcanzarla. Subir al cielo vendría siendo lo mismo que “hacer que Cristo baje.” Bajar al abismo sería lo mismo que “hacer que Cristo suba de entre los muertos.” Eso sería inútil, porque la justicia de Dios “está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón.” Los judíos tenían la costumbre de recitar la Ley en voz baja, murmurando, para dejar que ésta penetrara en sus corazones. Ellos lo aprendieron en un tiempo cuando el mundo aún no conocía los libros impresos, cuando la gente no tenía la Palabra de Dios en una Biblia en sus casas. En los tiempos de Moisés, ningún judío podía disculparse por no cumplir la Ley diciendo que no la conocía. Pues bien, en los tiempos de Pablo ninguno de sus hermanos de su país tuvo excusa para no conocer acerca de la justificación de Dios, porque el Evangelio que el apóstol predicaba por todas partes, la revelaba. Todo Israel pudo saber que Jesús de Nazaret era el Mesías que Dios había prometido y pudieron creer en El: es decir, “Esta palabra es el mensaje de la fe que predicamos.”

El apóstol acaba de hablar de la boca y del corazón. Luego él continúa y declara: “Si con tu boca reconoces a Jesús como Señor, y con tu corazón crees que Dios lo resucitó, alcanzarás la salvación. Pues con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se reconoce a Jesucristo para alcanzar la salvación.” Hay vínculo estrecho entre la boca y el corazón, entre la fe y la confesión: “De lo que abunda en el corazón, habla la boca,” dijo Jesús (Mateo 12:34). Cuando nuestro corazón cree, nuestra boca lo expresa. La boca habla de lo que está en el corazón. Por esto es que la fe y la confesión conducen a la salvación. Y ¿qué hay acerca de creer y confesar? La confesión de “Jesús como Señor” y el hecho de que “Dios lo resucitó.” El título Señor Jesús resume en dos palabras a toda la Cristología, de todo lo que la Biblia nos dice acerca de Cristo: Su Divinidad y Su Señorío, Su soberanía la cual ejerce sobre el mundo entero porque

El fue obediente hasta la muerte y que Dios lo resucitó y lo sentó a Su diestra (Filipenses 2:5-11). En cuanto a Su resurrección, ésta fue el centro de la prédica de los apóstoles (Hechos 2:24, 3:15, 4:10, 5:30, 10:40, 13:30); fue la prueba obvia de que El era el Hijo de Dios y el Mesías que los profetas habían anunciado, y que en El Dios se reconcilió con el mundo. No es la resurrección de cualquier hombre, sino la de El, quien fue entregado por nuestros pecados y que resucitó para justificarnos (4:25). Por lo tanto, esto prueba que El ha pagado la condena por nuestros pecados y que la salvación está aquí, al alcance de todos.

Pablo se dirige a cada uno de sus lectores: “Si con tu boca reconoces...y con tu corazón crees...” Todos estamos involucrados. Para alcanzar la salvación tenemos que creer y confesar. Es un poderoso llamado a la fe. Pablo insiste y repite lo que él quiere decir: “Pues con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se reconoce a Jesucristo para alcanzar la salvación.” Esta es una verdad señalada dos veces: el que cree y confiesa realmente alcanzará la salvación. Pero también, ¿no hay salvación sin fe ni confesión de esa fe en Cristo! Una vez dicho esto, recuerden que la confesión no es una obra con la cual nos ganamos la salvación, sino la expresión natural y necesaria de la fe. No existe la fe sin confesión, al igual que no hay confesión sin fe. La confesión es la expresión natural de la fe. Ambas van de la mano. Sólo la fe salva, porque acepta la salvación de Jesucristo. No necesita de la confesión para dar la salvación, pero donde existe una fe sincera y verdadera, el creyente siempre la confiesa de una manera o de otra. El Cristiano no puede permanecer callado. Tiene que hablar y expresar su fe.

La Escritura dice: “El que confíe en él, no quedará defraudado.” El apóstol Pablo cita a Isaías 28:16, según la Septuaginta. El énfasis está en el pronombre “El que.” Sin excepción, la Salvación es universal; El la ofrece a todos los hombres del mundo; pero para obtenerla el hombre debe creer. El apóstol también dice: “No hay diferencia entre los judíos y nos no judíos; pues el mismo Señor es Señor de todos, y da con abundancia a todos los que lo invocan. Porque esto es lo que dice: “Todos los que invoquen el nombre del Señor, alcanzarán la salvación.”” La regla es la misma para todos, tanto judíos como no-judíos. Dios los trata a todos por igual, porque todos son pecadores, Dios los ama a todos y Jesucristo ha expiado todos sus pecados. No hay salvación fuera de Cristo. Sin El nadie puede alcanzar la salvación. Pero también: en El, todo aquel que cree la obtiene. El Señor “da con abundancia a todos los que lo invocan.” En las parábolas del Reino, el Señor dice: “Vayan, pues, ustedes a las calles principales, e inviten al banquete a todos los que encuentren” (Mateo 22:9). “Ve por los caminos y los cercados, y obliga a otros a entrar” (Lucas 23:11). Invocar al Señor significa volverse a El, en culto y oración, pedir Su perdón y darle gracias a El de corazón. Esta oración incluye la fe y la confesión. Por eso los Cristianos simplemente son personas que “invocan al Señor” (Hechos 9:14; 1 Corintios 1:2). Esto significa también que para ser Cristiano hay que orar al Señor.

Noten también un detalle interesante: La oración, “Todos los que invoquen el nombre del Señor, alcanzarán la salvación” la cual es una cita de Joel 2:32 pero, ¿aplicaba a Cristo! El Señor de quien habla Joel es Yahvé, el Dios de Israel. El Señor de quien habla el apóstol es Jesús (10:9). Por lo tanto, San Pablo confiesa que Jesús es el verdadero Señor.

Pero, ¿cómo van a invocarlo, si no han creído en El? Y, ¿cómo van a creer en él, si no han oído hablar de él? Y, ¿cómo van a oír, sino hay quien les anuncie el mensaje? Y,

¿cómo van anunciar el mensaje, si no son enviados? Como dice la Escritura: “¡Que hermosa es la llegada de los que traen buenas noticias!”

Pero no todos han aceptado el Evangelio. Es como dice Isaías: “Señor, ¿quién ha creído al oír nuestro mensaje?” Así pues, la fe nace al oír el mensaje, y el mensaje viene de la palabra de Cristo.

Pero yo pregunto, ¿Será tal vez que no oyeron el mensaje? ¡Claro que lo oyeron! Porque la Escritura dice: “La voz de ellos salió por toda la tierra, y hasta los últimos rincones del mundo llegaron sus palabras.”

Y vuelvo a preguntar: “¿Será que los de Israel no se han dado cuenta? En primer lugar, Moisés dice: “Yo los pondré a ustedes celosos de un pueblo que no es pueblo; los haré enojar contra un pueblo que no quiere entender.” Luego Isaías se atreve a decir: “Los que no me buscaban, me encontraron; y me mostré a los que no preguntaban por mí.”

Y al hablar de los Israelitas, Isaías dice: “Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde” (Romanos 10:14-21).

Cuando invocamos al Señor, alcanzamos la salvación. Pero al invocarlo, debemos conocerle y creer en El. “Pero, ¿cómo van a invocarlo, si no han creído en El? Y, ¿cómo van a creer en él, si no han oído hablar de él? Y, ¿cómo van a oír, sino hay quien les anuncie el mensaje? Y, ¿cómo van anunciar el mensaje, si no son enviados?” Invocar lo presupone tener fe. Nadie invoca al Señor si no cree en El, de otro modo su invocación sería solamente hipocresía y superstición. Nos dirigimos a Dios o a Jesús cuando lo conocemos y cuando confiamos en El, cuando sabemos que El puede ayudarnos y bendecirnos (Mateo 9:28, 21:22; Marcos 5:36, 9:23). Nosotros debemos conocerlo. Por lo tanto es necesario predicar el Evangelio. Es por eso que Jesús le ha pedido a los apóstoles que vayan por el mundo entero y proclamen las Buenas Nuevas (Mateo 28:19-20; Marcos 16:15-16). No es necesario haber escuchado personalmente a Jesús predicando, pero debemos haber oído a alguien que habló de El.

Es obvio que no hay anuncio si no hay predicadores. Ellos son necesarios para ejecutar el plan de la salvación de Dios. “Y, ¿cómo van anunciar el mensaje, si no son enviados?” Para ser un predicador de Dios, Dios debe enviarlo, debe encargarlo de proclamar el Evangelio. La Iglesia Luterana enseña que nadie debe ejercer el ministerio de la proclamación y de los sacramentos sin haber sido debidamente llamado para esta tarea (Confesión de Augsburgo, Artículo XIV). Es Dios quien da los predicadores del Evangelio a Su Iglesia (1 Corintios 12:28-29; Efesios 4:11-12). Por lo tanto, hay una cadena de eventos a través de los cuales El lleva al mundo la salvación que da Su Hijo Jesús. Para que la gente lo invoque, El mismo tiene que enviar mensajeros y poner la fe en sus corazones por medio de su mensaje. Por eso el Señor es el único autor de la salvación a todo lo largo de esta cadena.

Para apoyar lo que él acaba de decir, Pablo cita dos textos del profeta Isaías. La primera, Isaías 52:7: “Como dice la Escritura: “¡Que hermosa es la llegada de los que traen buenas noticias!” Que una llegada sea hermosa significa que alguien viene a realizar algo útil. Para un paciente la llegada del médico o de la enfermera es hermosa. Esto también funciona para todas las personas

que ofrecen ayuda a otras. Entre esas personas están los que proclaman las buenas nuevas, en particular, los que predicán el Evangelio, que son las Buenas Nuevas de Dios. Ellos proclaman la paz, como los ángeles cantaron en la noche de la Navidad a los pastores de Belén, la paz que Dios le ofrece al mundo en Jesucristo. En Isaías 52, el profeta anunció anticipadamente el regreso de Israel a Jerusalén, libre de su esclavitud en Babilonia. Este retorno fue una señal de la entrada de los Gentiles a la Iglesia Cristiana. Los mensajeros que anunciaron estas buenas noticias y guiaron a Israel hasta su patria y por lo tanto simbolizaban a los predicadores del Evangelio que tuvieron la misión de dar a conocer a Cristo y Su salvación y de guiar a muchas personas hasta el Reino de Dios. Por eso, el regreso del exilio fue el primer cumplimiento de la profecía de Isaías, el segundo fue la proclamación del Evangelio en todo el mundo, evento que comenzó con los apóstoles, y que continuará hasta el fin de los tiempos. “Pero no todos han aceptado el Evangelio.” Israel no invocó al Señor, porque ellos no recibieron a Su Mesías ni creyeron en El. Aquí viene el segundo texto que cita Pablo: “Señor, ¿quién ha creído al oír nuestro mensaje?” Esto es Isaías 53:1, el primer versículo del magnífico capítulo que describe el sufrimiento y el sacrificio del Siervo de Dios. Su pueblo ha rechazado a Cristo quien sufrió y agonizó en la cruz del Gólgota. “Vino a Su propio mundo, pero los suyos no lo recibieron” (Juan 1:11). Israel no quería un Salvador que muriera en la cruz, sino que soñaban con un líder poderoso que los liberaría del yugo Romano y les traería gloria y honor.

Ahora viene una declaración especialmente importante: “Así pues, la fe nace al oír el mensaje, y el mensaje viene de la palabra de Cristo.” El apóstol explica de donde viene la fe. No nos cae del cielo; ni la da el Espíritu Santo directamente; sino que viene “al oír el mensaje,” y lo que oímos “viene de la palabra de Cristo.” No hay duda de que el Evangelio es “poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación” (Romanos 1:16), una semilla imperecedera por “la palabra de Dios que es viva y permanente” (1 Pedro 1:23), por la cual Dios nos dio vida y nos convierte en Sus hijos (Santiago 1:18). No hay fe sin el Evangelio. El Evangelio es un medio de gracia o de salvación por medio del cual el Señor llama e invita a la gente, las convierte y las mantiene en la fe.

“Pero yo pregunto, ¿Será tal vez que no oyeron el mensaje? ¡Claro que lo oyeron! Porque la Escritura dice: La voz de ellos salió por toda la tierra, y hasta los últimos rincones del mundo llegaron sus palabras.” Israel no cree. ¿Será porque no había escuchado el Evangelio y sería disculpada? Por supuesto que no. San Pablo cita al Salmo 19:4, y dice que el Evangelio ha sido proclamado hasta los últimos rincones del mundo. Todos los judíos dentro del Imperio Romano tenían amplias oportunidades para escucharlo, comenzando por aquellos que vivían en Palestina en el tiempo en que Jesús predicaba las Buenas Noticias de Su Reino. Los cielos y todo cuanto ellos contienen glorifican a Dios y proclaman Su majestad en todo el universo. Eso es lo que el salmista confiesa. Su mensaje es poderoso y llega a los confines de la tierra. Lo mismo pasa con el Evangelio según el apóstol. Es imposible no haberlo escuchado. Antes de volver al cielo, Jesucristo le había dicho a sus discípulos: “Pero cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí, en Jerusalén, en toda la región de Judea y de Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra” (Hechos 1:8). En la época en la que Pablo escribió su carta a los Romanos, esta palabra estaba en proceso de cumplirse.

Pablo había hecho la pregunta: “¿Será tal vez que no oyeron?”; ahora él formula otra: “¿Será que los de Israel no se han dado cuenta?” ¿No sabían ellos que Dios justifica al pecador por la fe en

el Mesías prometido? Ellos podían haberlo sabido, ya que habían escuchado el mensaje de los profetas, de Cristo y de los apóstoles. Si el Evangelio no había llegado a sus oídos, ellos habrían tenido excusas. Pero ellos no tenían ninguna: ellos sabían exactamente de que se trataba todo. Y el apóstol citó a Deuteronomio 32:21: “En primer lugar, Moisés dice: Yo los pondré a ustedes celosos de un pueblo que no es pueblo; los haré enojar contra un pueblo que no quiere entender.” Israel había provocado la ira de Dios por causa de su idolatría, habían provocado Sus celos cuando buscaron a otros dioses. El Señor había proclamado que El haría que Su pueblo estuviese celoso por bendecir y llamar a la salvación a “un pueblo que no es pueblo,” es decir, al recibir a personas que no eran Israelitas y unir las a Su pueblo. Esa fue la proclamación de que los Gentiles entrarían en la Iglesia Cristiana. Ellos escucharían de El, “Un pueblo que no quiere entender,” personas que eran ciegas espiritualmente, que no conocían al verdadero Dios de Israel, y que pedirían convertirse en Su pueblo y caminarían bajo Su bandera.

Esto es lo que causaría los celos de Israel y provocaría su ira. Por lo tanto, ellos no actuaron así por ignorancia, sino deliberada y obstinadamente, porque ellos no querían la salvación que El les ofrecía en el Evangelio de Jesucristo. Pablo y los otros apóstoles habían hecho de todo en vano por tratar de convencerlos y convertirlos. Es por esto que solamente ellos son responsables de su condenación. Ellos pudieron no aceptar que los Gentiles que habían vivido hasta entonces en la idolatría y el vicio encontrarán la salvación simplemente a través de la fe, que ellos tuvieran el mismo status que ellos, el pueblo elegido, que tenían las alianzas y la revelación divina. Eso era orgullo espiritual. Israel era el hermano mayor en la parábola de Lucas 15, el hermano que no acepta el hecho de que su padre reciba con los brazos abiertos, a su hijo desobediente, pero arrepentido.

“Luego Isaías se atreve a decir: Los que no me buscaban, me encontraron; y me mostré a los que no preguntaban por mí. ...Y al hablar de los Israelitas, Isaías dice: Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde.” Esto es otra cita de Isaías 62:1-2. Llevada hasta la era Mesianica por el Espíritu Santo, el profeta utiliza lo que llamamos el pasado profético. El describe el asunto como si estuviera sucediendo ya. El dice que aquellos que no buscaron a Dios, es decir, los Gentiles, lo encontraron. El se había mostrado a aquellos que no lo buscaron. El se reveló a ellos cuando ellos no hicieron nada por obtener esta revelación. Ellos habían recibido el Evangelio, en Éfeso, en Filipos, Tesalónica, Corinto o Roma. No son los hombres los que buscan a Dios, sino Dios quien busca a los hombres, quien va delante de ellos con Su mensaje liberador.

En todo ese tiempo cuando los Gentiles congregaron la Iglesia Cristiana, el Señor le extiende Sus brazos a Israel para ofrecerles Su gracia. Pero ellos no la quieren. Ellos son “un pueblo desobediente y rebelde.” Ellos se resisten ferozmente al Evangelio de Jesús de Nazaret y endurecen sus corazones. La profecía de Israel rechazando a Dios (Isaías 53:1; 65:2) alcanzó su realización en el tiempo de Cristo (Mateo 23:37). Pero Dios continuó teniendo paciencia e hizo que Sus apóstoles anunciaran el Evangelio. Eso no sirvió de nada, excepto por un pequeño remanente que se convirtieron a Cristo. A este punto, semejante incredulidad era rebeldía contra un Dios de gracia y amor. El desprecio y el rechazo a Sus promesas de perdón y de salvación, era un terrible pecado, el más grande de todos, en vista de la gracia que El ofrecía. Como esto se hizo durante siglos, a pesar de tales bendiciones, ellos no tenían excusas. Esta es la triste declaración que hace el apóstol Pablo, y el llora por eso, porque tiene que ver con sus hermanos de su misma tierra.

Resumen:

Nosotros alcanzamos la justificación por medio de la fe en Jesucristo. Israel, quien no tuvo que ir muy lejos para oír la Ley de Dios, igualmente pudo haber escuchado el Evangelio. Estaban muy cerca para escucharlo. La fe viene de estas Buenas Noticias; Dios planificó que Su Evangelio se proclamara por todo el mundo. Pero Su pueblo no quiso nada, mientras que los Gentiles lo recibieron con alegría y se volcaron hacia él. Por eso lo que el Señor proclamó a través de Sus profetas se cumplió.

5. Dios crea un nuevo Israel (Romanos 11:1-36)

El capítulo 11 finaliza el recuento de Pablo sobre Israel y al mismo tiempo termina con la parte doctrinal de Romanos. He ha demostrado que Israel está pereciendo por su propia culpa, por causa de su incredulidad (Romanos 9) y debido a que rechazó el Evangelio, que es el único medio de salvación (Romanos 10). Ahora él presentará el plan de Dios concerniente a las relaciones entre Israel y las naciones no-judías o gentiles.

Ahora pregunto, ¿será que Dios ha rechazado a su pueblo? ¡Claro que no! Yo mismo soy Israelita, descendiente de Abraham y de la tribu de Benjamín. Desde el principio, Dios había reconocido a los Israelitas como su pueblo; y ahora no los ha rechazado. ¿No saben ustedes que la Escritura dice en la historia del profeta Elías que este, en su oración a Dios, acusó al pueblo de Israel? Dijo: “Señor, han matado a tus profetas y han destruido tus alturas; solo yo he quedado con vida, y a mi también me quieren matar.” Pero Dios le contestó: “He apartado para mi siete mil hombres que no se han arrodillado ante el dios Baal.” Pues de la misma manera, ha quedado ahora un pequeño resto, que Dios, en su bondad, ha escogido. Y si es por la bondad de Dios, ya no es por los hechos, porque si así fuera, la bondad de Dios ya no sería bondad.

Desde el capítulo 9 al 10, sacamos la conclusión de que Dios ha rechazado completamente a Su pueblo. Que ni un solo judío más recibirá la salvación. Nada de eso. “Ahora pregunto: ¿Será que Dios ha rechazado a su pueblo? ¡Claro que no!” La expresión “su pueblo” significa o bien todo el pueblo de Israel, todos los judíos por la sangre (Mateo 4:16, 13:15, 15:8), o los que creen, tanto judíos como Gentiles que habían seguido a Jesucristo (Hechos 18:10; Romanos 9:25; 1 Corintios 9:25; 2 Corintios 6:16; Tito 2:14; Hebreos 4:9, 8:10; 1 Pedro 2:9). Naturalmente, este es el primer significado que se interpreta de la expresión de nuestro texto: Dios no ha rechazado a Su pueblo; El no ha rechazado a Israel. Aunque El rechazó a la mayoría de los judíos (Romanos 9:27-29), El no los rechazó a todos. Hay judíos que reciben la salvación por medio de la fe en Cristo. El Señor tiene a Sus elegidos entre ellos. Pablo da prueba de ello a través de su caso personal: “Yo mismo soy Israelita, descendiente de Abraham y de la tribu de Benjamín.” El es verdaderamente un judío, un descendiente de Abraham y, además, de la tribu de Benjamín, una de las dos tribus que constituyeron el reino del Sur, el cual tuvo un lugar de honor junto con Judá en la historia de Israel. Pablo no está solo. Piense en los muchos judíos que siguieron el Evangelio y que formaron una buena parte de las iglesias fundadas por los apóstoles. Piensen también en Nicodemo, el maestro de la Ley, José de Arimatea, y muchos otros más. Y hasta algunos Fariseos se volvieron creyentes (Hechos 15:5).

“Desde el principio, Dios había reconocido a los Israelitas como su pueblo; y ahora no los ha rechazado.” Esta es la respuesta a la pregunta en el versículo previo. Dios no podía rechazar a un pueblo a quien El había conocido “desde el principio,” como lo dice el texto, un pueblo que El había escogido, elegido y con el cual El había hecho un pacto. Recuerde lo que dijimos antes (8:29), con respecto al verbo conocer. No se trata de un conocimiento intelectual, sino un conocimiento consistente de amor y un conocimiento que implica una elección (Juan 10:14). Dios tiene a Sus elegidos en el seno de Israel, y es imposible que El los condene. He aquí otro ejemplo, esta vez tomado del Antiguo Testamento, que prueba esto: “¿No saben ustedes que la Escritura dice en la historia del profeta Elías que este, en su oración a Dios, acusó al pueblo de Israel? Dijo: “Señor, han matado a tus profetas y han destruido tus alturas; solo yo he quedado con vida, y a mi también me quieren matar.” Esta vez no se trata de un individuo único, sino de un grupo relativamente importante que vivió en un tiempo de gran decadencia espiritual. Era el tiempo en que Israel, animado por su rey Ahab y su esposa Jezabel practicó desvergonzadamente, la idolatría. Ellos persiguieron a los profetas, destrozaron sus altares y abolieron el culto verdadero. Elías creyó que él era el único que todavía adoraba al Señor y tuvo que huir para escapar de sus perseguidores. El gran milagro que él realizó en el Monte Carmelo no tuvo efecto alguno. Israel no se había alejado de la idolatría.

“Pero Dios le contestó: “He apartado para mi siete mil hombres que no se han arrodillado ante el dios Baal.” Pues, ¡no! Elías no está solo. Dios ha reservado para El a siete mil hombres. En el seno de un pueblo infiel y rebelde, El apartó un resto para El. Los creyentes a quienes el nuevo Testamento llama la Iglesia permanecerán por siempre. Las puertas del infierno no tuvieron poder sobre ella (Mateo 16:18). Nadie puede robar Sus ovejas de la mano de Jesús y de Su Padre. Ellas no perecerán (Juan 10:28-29).

El apóstol aplica esta verdad al pueblo de Israel de su tiempo: “Pues de la misma manera, ha quedado ahora un pequeño resto, que Dios, en su bondad, ha escogido.” El tiempo presente es el período completo de la nueva alianza que Jesús comenzó y que durará hasta Su retorno glorioso. Durante este tiempo, el Evangelio cubrirá al mundo entero. Su proclamación llegará a todos los hombres. En un mundo de incrédulos, Dios tiene sus elegidos. Esto es cierto para los judíos y para los no judíos (gentiles). Es lo que el apóstol llama “un pequeño resto, que Dios, en su bondad, ha escogido.” Esto se debe a que el Señor ha guardado para Si un pequeño resto, porque El ha escogido personas para la vida eterna, para que estos permanezcan y se mantengan en medio de este mundo. Cuando ellos escuchen el Evangelio, estas personas se volverán creyentes y así encontrarán el perdón y la vida. Pablo señala que esta es una elección que Dios hizo “en su bondad.” Nadie puede ganarla. Solo Su gracia lo ha llevado a hacerlo, y no los méritos que El ve entre algunos. Y así, Dios eligió a algunas personas para la vida eterna.

Más adelante el apóstol aclarará más este punto, porque debe quedar muy claro. No deben haber dudas con respecto a este punto: “Y si es por la bondad de Dios, ya no es por los hechos, porque si así fuera, la bondad de Dios ya no sería bondad.” Si Dios ha escogido a algunas personas y si El las preserva y las guarda para la vida eterna, si El cuida su fe para que perseveren hasta el final, es por su bondad y sólo por su bondad. No hay duda de que la gracia excluye a las obras. Si las buenas obras salvaran a una persona, ya no sería por la gracia, y si la gracia la salva, ya no sería por las buenas obras. Y lo que es cierto para la salvación, también es cierto para los pasos que conducen a ella: elección adecuada, la llamada, la conversión, la justificación y la

perseverancia final. Este versículo, al igual que muchos otros, tiene que ver con el sinergismo, la doctrina que enseña que alcanzamos la salvación por medio de una cooperación entre Dios y el hombre, entre la gracia y las buenas obras. Este es un grave error. Dios nos ha elegido justo como El nos ha justificado, y El nos preserva y nos mantiene en la fe justo como El nos ha elegido: por pura bondad.

¿Entonces qué? Los Israelitas no consiguieron lo que buscaban, pero los que Dios escogió si lo consiguieron. Los otros fueron endurecidos, como dice la Escritura: “Dios los hizo espiritualmente insensibles, y así son hasta el día de hoy; les dio ojos que no ven y oídos que no oyen.” También dice David: “Que sus banquetes se les vuelvan trampas y redes, para que tropiecen y sean castigados. Que sus ojos se queden ciegos y no vean; que su espalda se les doble para siempre.”

Ahora pregunto: ¿Será que los judíos al tropezar, cayeron por completo? ¡De ninguna manera! Al contrario, al desobedecer los judíos, los otros han podido alcanzar la salvación, para que los Israelitas se pongan celosos. Así que, si el tropiezo y el fracaso de los judíos han servido para enriquecer al mundo, a los que no son judíos, ¡ya podemos imaginarnos lo que será su plena restauración! (Romanos 11:7-12).

Israel buscaba la salvación, mientras que los Gentiles no. Podíamos esperar que un gran número de judíos acudiera a Jesucristo y que los gentiles lo rechacen. Pero no es así. “¿Entonces qué? Los Israelitas no consiguieron lo que buscaban, pero los que Dios escogió si lo consiguieron. Los otros fueron endurecidos.” Israel no obtuvo lo que buscaba, porque lo buscó de mala manera, por un camino donde no podemos encontrarlo, el camino de la Ley (Romanos 9:31). Siempre que estemos convencidos de que podemos justificarnos y encontrar la salvación por nuestros méritos y nuestras obras, dejamos pasar un grandioso tesoro que Dios quiere ofrecer a todas las personas, dejamos pasar Su perdón y Su salvación. Por otra parte, los Gentiles obtuvieron lo que no buscaban. Ellos habían recibido la justificación a la cual no aspiraban en sus vidas de pecado. La Ley ha roto sus corazones y el Evangelio ha hecho que se vuelvan hacia Cristo. Mientras tanto, los Israelitas que se rehusaron a humillarse ante Dios “fueron endurecidos” en su rechazo de la gracia. Se volvieron impenetrables al Evangelio de la gracia. Sus corazones se volvieron tan duros como una roca, tanto que ni la Ley ni el Evangelio pueden alcanzarlos. Es como una roca a la cual no puede penetrar ni siquiera una flecha.

Note que el apóstol indica explícitamente que ellos “fueron endurecidos.” Ellos mismos endurecieron sus corazones, se resistieron al llamado de Dios. Esto es lo que llamamos endurecimiento pasivo. Pero como ellos no dejaron de endurecerse, finalmente Dios los endureció. Eso es endurecimiento activo, el peor castigo que puede caer sobre una persona debido a su obstinado desprecio a la bondad de Dios. Compare lo que Pablo dijo anteriormente acerca del endurecimiento del Faraón (9:17). Esto no nos debe sorprender. El endurecimiento de Israel no es algo casual, no es nuevo. Los profetas ya habían proclamado esto en su tiempo: “como dice la Escritura: “Dios los hizo espiritualmente insensibles, y así son hasta el día de hoy; les dio ojos que no ven y oídos que no oyen.” Pablo cita a Deuteronomio 29:2-4 y en cierto modo modificó el texto. Dios había culpado a Su pueblo por ignorar lo que ellos habían presenciado -- todos los milagros que realizó Moisés desde las plagas de Egipto, el paso del Mar Rojo, el maná y el granizo en el desierto, y el agua que fluyó de las rocas. Pero el pueblo de Israel no había

entendido nada. Sus oídos escuchaban sin oír. En este texto, está claro que es Dios quien le da ojos a Su pueblo como para que no vean y oídos para que no oigan. El endurecimiento activo viene después del endurecimiento pasivo. Cuando una persona a quien Dios le había dado ojos para ver y oídos para escuchar, no quiere no quiere ver ni escuchar, el Señor finalmente le da ojos que no ven y oídos que no oyen. En otras palabras, El los convierte en ciegos y sordos.

Y aquí viene otra cita del Antiguo Testamento: “Que sus banquetes se les vuelvan trampas y redes, para que tropiecen y sean castigados. Que sus ojos se queden ciegos y no vean; que su espalda se les doble para siempre.” Este texto viene del Salmo 69:22-23. Este parece un salmo Mesiánico, porque muchas de sus afirmaciones no se aplican a David mismo (Salmo 69:2-4, 9, 15-16). Y el evento de la purificación del templo también parece indicar eso (Juan 2:17; Salmo 69:9) al igual que el de Jesús bebiendo vinagre en la cruz (Juan 19:28-30; Salmo 69:21). ¿Sabía el mismo David que él estaba hablando del Mesías que vendría o estaba eso oculto para sus ojos? Para nosotros es muy difícil responder esta pregunta. Pero si este texto es Mesiánico, también describe la actitud de Israel en el tiempo cuando el Mesías apareció en el mundo, de allí la actitud del pueblo en el tiempo de Pablo.

El autor utiliza la escena de una mesa llena de magníficos platos. Israel está como sentado ante una mesa sobre la cual hay una gran variedad de platos, un banquete abundante y nutritivo. Luego el pueblo concluye que Dios los bendice por su gran piedad. Bueno, hasta su bienestar se convertirá en una trampa en la cual están atrapados. El menciona que “ojos se quedan ciegos” y “su espalda se les doble.” Ellos tantean como los ciegos y no saben caminar sin doblarse. Ellos están condenados a errar y a ir a la deriva. Su endurecimiento, que es como un justo castigo porque no se arrepintieron debió servir de lección a los Gentiles. Aunque esta no es la última de las palabras de Dios con respecto a ellos. El plan divino no termina allí. Su endurecimiento tiene un objetivo o resultado doble: primero, la conversión de los Gentiles, después la conversión de los elegidos entre los judíos, de un pequeño resto que El ha apartado y que “en su bondad, ha escogido.”

“Ahora pregunto: ¿Será que los judíos al tropezar, cayeron por completo? ¡De ninguna manera! Al contrario, al desobedecer los judíos, los otros han podido alcanzar la salvación, para que los Israelitas se pongan celosos.” Este es el primer resultado de su endurecimiento. Los Israelitas tropezaron, como cuando usted tropieza con una piedra. Usualmente, en este caso, usted pierde el equilibrio y se cae. Es verdad que los judíos se tropezaron sobre la piedra que era Jesús y cayeron (9:32-33). Pero esa no fue la intención de Dios. De ningún modo fue su intención primaria, porque El tenía otra cosa en Su mente. El quiere salvar a judíos y Gentiles y El da prueba de ello a través de su ilimitada paciencia y bondad. Al endurecer a Israel por causa de su incredulidad, El perseguía un misterioso objetivo: el de proclamar el Evangelio a los Gentiles. En Hechos 13:46, los apóstoles dijeron a los judíos que se rehusaron a oír la Palabra de Dios: “Teníamos la obligación de anunciar el mensaje de Dios en primer lugar a ustedes, que son judíos, pero ya que ustedes lo rechazan y no se consideran dignos de la vida eterna, nos iremos a los que no son judíos.” El endurecimiento de Israel había tenido un efecto inmediato, la evangelización de los Gentiles. No hay duda de que los Gentiles habrían tenido la oportunidad de escuchar el Evangelio, aunque los judíos no hubiesen endurecido sus corazones. De hecho, Dios había prometido a Abraham que en su semilla todas las naciones del mundo serían bendecidas y El quiso ofrecer Su salvación al mundo entero. Sin embargo, el endurecimiento de Israel

funcionó dentro de este proceso. El Evangelio llegó a los Gentiles mucho más rápido mientras Israel no lo quiso. Por eso, ya en el Antiguo Testamento, Dios hizo uso del exilio de los judíos en Babilonia para llevar las Buenas Nuevas de Su salvación en el Mesías a los Gentiles, entre los cuales vivirían. No hay duda de que fue por causa del testimonio de los judíos piadosos que los magos vinieron del Oriente a adorar al niño Jesucristo.

Pero la salvación que vino a los Gentiles también tenía que tener algunos efectos sobre los mismos judíos. San Pablo escribe que uno de los efectos fue: “para que los Israelitas se pongan celosos.” Dios quiere que los judíos estén celosos. Moisés ya le había dicho a su pueblo: “¡Pues yo los provocaré a celos con un pueblo que no es pueblo, los haré enojar con un pueblo que no quiere entender!” (Deuteronomio 32:21; Romanos 10:19). Israel está celoso por el éxito que tiene el Cristianismo entre las naciones Gentiles, celoso porque Dios los ha castigado, mientras que los Gentiles entran en Su Reino. Como resultado, ellos desean participar de las bendiciones que El ofrece a los Gentiles. Estos son una buena clase de celos que ayudarán a convertir al “resto” entre los judíos. Los que debían llevar el Evangelio a los Gentiles lo recibirán de los Gentiles. Los roles están invertidos. De esta manera Dios hace que algo bueno venga de algo malo que hacen los hombres. En lugar de integrar a los Gentiles creyentes a la comunidad Judía, son los judíos creyentes los que entrarán a la Iglesia de los Gentiles.

“Así que, si el tropiezo y el fracaso de los judíos han servido para enriquecer al mundo, a los que no son judíos, ¡ya podemos imaginarnos lo que será su plena restauración!” “Si el tropiezo “: Los judíos habían tropezado con la piedra que era Cristo, y habían caído. “el fracaso de los judíos”: Ellos habían perdido. Ellos no alcanzaron la meta que querían alcanzar y no ganaron la justificación ni la salvación. Ellos se sintieron miserables. Pero este mismo fracaso enriqueció a los Gentiles. “¡ya podemos imaginarnos lo que será su plena restauración!” Los milenialistas ven en este versículo la afirmación de que, algún día, al final de los tiempos, los judíos se volverán abrumadoramente a Cristo. Si ese fuera el caso, tendríamos que decir que aquí Pablo quiere decir que todos sin excepción se volverán creyentes, y no solamente en el final de los tiempos. Más adelante veremos que el apóstol también habla de “todos los que no son de Israel” (11:25) y que no puede ser acerca de todos los Gentiles del mundo. ¿Se volverán Cristianos todos los judíos y todos los Gentiles? Eso no es lo que enseña la Biblia (Mateo 7:13-14, 21). El mismo Jesús señaló que a Su regreso El encontrará sólo unos pocos creyentes en el mundo (Lucas 18:8). “Todos los que no son de Israel” es el número total de los elegidos entre los Gentiles. Así mismo, la “plena restauración” de los judíos está entre los judíos, a quienes Dios he elegido. El resto del capítulo hablará más sobre este tema.

Pero tengo algo que decirles a ustedes, que no son judíos. Puesto que Dios me ha enviado a los no judíos, yo tengo en gran estima este servicio. Quiero que algunos de mi propia raza sientan celos de ustedes, y así llevarlos a la salvación. Pues si el rechazo de los judíos, ha traído al mundo la reconciliación con Dios, ¿qué no traerá el que sean aceptados? ¡Nada menos que vida para los que estaban muertos! Pues si el primer pan que se hace de la masa está consagrado a Dios, también lo está la masa entera. Y si la raíz del árbol está consagrada a Dios, también lo están las ramas.

Al olivo, que son los judíos, se le cortaron algunas de las ramas, y en su lugar se les injertó el olivo silvestre, que eres tú. Así llegaste a tener parte en la misma raíz, y en la

vida misma del olivo. Pero no te gloríes, despreciando las ramas naturales. Si lo haces, recuerda que no eres tú quien sostiene a la raíz, sino que la raíz te sostiene a ti.

Así que no te jactes, sino más bien siente temor. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará. Mira, pues, que bueno es Dios, aunque también que estricto. Ha sido estricto con los que cayeron, y ha sido bueno contigo. Pero tienes que vivir siempre de acuerdo con su bondad; pues de lo contrario también tú serás cortado. Por otra parte, si los judíos abandonan su incredulidad, serán injertados de nuevo; pues Dios tiene poder para volver a injertarlos. Porque si tú, que por naturaleza eras un olivo silvestre fuiste cortado e injertado contra lo natural en el olivo bueno, ¡cuánto más los judíos, que son ramas naturales del olivo bueno, serán injertados nuevamente en su propio olivo!

Hermanos, quiero que sepan este designio secreto de Dios, para que no presuman de sabios: los Israelitas se han endurecido en parte, pero sólo hasta que hayan entrado todos los que no son de Israel” (Romanos 11:13-25).

“Pero tengo algo que decirles a ustedes, que no son judíos. Puesto que Dios me ha enviado a los no judíos, yo tengo en gran estima este servicio. Quiero que algunos de mi propia raza sientan celos de ustedes, y así llevarlos a la salvación.” El apóstol escribe a los que “no son judíos” (o Gentiles) de Roma que se habían convertido al Cristianismo. El les había explicado a ellos que Dios había apartado a un resto entre el pueblo de Israel y ahora les enseña la lección práctica que deben extraer de ella. El se llama a sí mismo: el apóstol de los “que no son judíos.” Es cierto que en cada ciudad a donde él fue, lo primero que visitaba era la sinagoga para proclamar a Jesús de Nazaret entre sus hermanos judíos, a quienes les debía primero el Evangelio. Pero para él, la sinagoga era como un trampolín para predicar el Evangelio a los Gentiles, y él había acordado con los otros apóstoles en que el iría a evangelizarlos. Los doce le habían dado a él y a Bernabé la mano derecha de la hermandad cuando “reconocieron que Dios me había concedido este privilegio” (Gálatas 2:9). Esa fue sin duda alguna la misión que el Señor le había dado (Hechos 26:17-18; Romanos 1:5).

Pablo dice: “yo tengo en gran estima este servicio.” Esto no era para él un asunto para jactarse o para estar orgulloso del ministerio que Dios le había concedido entre los Gentiles, pues al actuar así, él no hubiera sido capaz de convertir a los judíos, sino que lo habría dejado para después. No hay duda de que él quiere decir que él demuestra su constancia, al estar dedicado íntegramente a su tarea, y al tratar de convertir a tantos Gentiles como sea posible, de modo que “algunos de mi propia raza sientan celos de ustedes, y así llevarlos a la salvación.” Si él no tiene éxito para convertirlos directamente a través de su proclamación del Evangelio -- lo cual no es su misión inmediata, ya que él es el apóstol de “los que no son judíos” -- él espera contribuir al menos indirectamente a la conversión de ellos y a su salvación al hacer que algunos de ellos sientan envidia. Es una envidia buena de la cual ya ha hablado el apóstol en el versículo 11, es el deseo de participar en las bendiciones y en la salvación concedida a los no judíos.

Note las maravillosas maneras de Dios en Su administración de la salvación. Israel mantuvo una posición privilegiada en Su Reino con relación a los Gentiles, porque “la salvación viene de los judíos (Juan 4:22). “Son descendientes de Israel, y Dios los adoptó como hijos, Dios estuvo

presente entre ellos con su presencia gloriosa, y les dio las alianzas, la Ley de Moisés, el culto y las promesas” (Romanos 9:4) y el Mesías. Pero ellos han rechazado todo eso, porque no quisieron a Jesús de Nazaret, el Mesías que Dios les había enviado; ellos endurecieron sus corazones. Pero allí queda un resto, del cual son vivos ejemplos el mismo Pablo y los demás apóstoles. Por medio de este pequeño remanente el Evangelio llega a los Gentiles. Esta evangelización de los Gentiles continuará hasta el fin del mundo y su resultado será “llevarlos” a algunos de Israel a que entren en la Iglesia Cristiana. Israel ha llevado el Evangelio a los Gentiles y los Gentiles lo llevaron a Israel. Ellos les devuelven el favor.

“Pues si el rechazo de los judíos, ha traído al mundo la reconciliación con Dios, ¿qué no traerá el que sean aceptados?” El apóstol ya había señalado que la “si el fracaso y el tropiezo” de los judíos “ha servido para enriquecer al mundo, a los que no son judíos” (11:12). El ahora habla de “el rechazo de los judíos.” Esto significa que ellos quedan apartados, a un lado. El texto no dice quien lo hace, y en ningún caso dice que es Dios. El se equivoca al decir esto. De hecho, Pablo ha expresado claramente que Dios no rechazó a Su pueblo (11:1). Ellos mismos se separaron al rechazar el Evangelio de Jesucristo. Este rechazo resultó en “la reconciliación [del mundo] con Dios.” No se trata de la que Jesús alcanzó cuando murió en la cruz (2 Corintios 5:19-21); esta no tenía nada que ver con el “rechazo” de Israel; sino que es una reconciliación subjetiva que tiene lugar a través de la fe. Como los judíos habían rechazado el Evangelio, Dios hizo que fuera proclamado a los Gentiles a quienes El les dio la reconciliación cuando se arrepintieron y recibieron a Cristo como su Salvador.

Si esto es así, “¿qué no será el que sean aceptados?,” o digamos más bien su regreso, (literalmente su recepción), o en una palabra, su ingreso a la iglesia. La mayoría de ellos se apartó, pero un pequeño resto regresará, entrará al pueblo de Dios de la nueva alianza. ¿Qué significará este retorno? “¡Nada menos que vida para los que estaban muertos!” Cuando ellos se vuelven hacia Cristo y reciben Su salvación, ellos pasan de estar muertos a estar vivos (Juan 5:24; Efesios 2:1, 5-6). Al mismo tiempo, es el paso de la muerte espiritual a la vida espiritual, y de la condenación a la vida eterna que recibirán el Día del Juicio. La incredulidad de los judíos ha ocasionado la conversión de los Gentiles. Por otra parte, la conversión de los Gentiles ocasionará la conversión de los judíos, al menos de aquellos que Dios ha elegido entre ellos.

“Pues si el primer pan que se hace de la masa está consagrado a Dios, también lo está la masa entera. Y si la raíz del árbol está consagrada a Dios, también lo están las ramas.” Estas dos figuras introducen lo que viene a continuación: Los Gentiles no debían estar orgullosos por la deserción de los judíos. El “primer pan” es la ofrenda que se hace después de la primera cosecha de trigo (Números 15:18-21; Ezequiel 44:30). Por eso, los judíos consagraban a Dios los primeros panes que ellos horneaban con la harina proveniente de esa primera cosecha. Las Escrituras llaman “consagradas” a estas ofrendas. Así mismo, la raíz también está consagrada. Los primeros frutos y la raíz representan al pueblo, a los patriarcas que formaron el tronco del pueblo de Israel. Sus descendientes, al menos los que son creyentes, son la “masa” y las “ramas.” Los primeros frutos y la masa, la raíz y las ramas conforman un todo. Los primeros frutos y la masa son de la misma naturaleza, al igual que la raíz y las ramas. Dios ha elegido (este es el significado de santo) a Abraham, a Isaac y a Jacob. Al elegirlos, El consagró para Si mismo a todos los elegidos en Israel que descendían de ellos. Cuando el judío ofrecía a Dios los primeros frutos de su cosecha, él con eso confesaba que toda la cosecha era un don del Señor. De la misma

manera, cuando Dios consagró a los patriarcas para El mismo, El, mirando hacia adelante, dedicó a todos los descendientes para Sí mismo, al menos a los creyentes entre ellos. En otras palabras, cuando El apartó a los patriarcas para El mismo, y no puede rechazar a sus descendientes.

“Al olivo, que son los judíos, se le cortaron algunas de las ramas, y en su lugar se les injertó el olivo silvestre, que eres tú. Así llegaste a tener parte en la misma raíz, y en la vida misma del olivo.” Tal como él lo ha hecho anteriormente, el apóstol inicia una discusión con un interlocutor ficticio que es un Cristiano de origen no judío. El recurre a una parábola para explicar lo sucedido. Israel es un árbol de olivo noble (cultivado), distinto a un árbol de olivo silvestre. El que Dios lo haya escogido lo convierte en noble. No hay duda de que el Señor lo ha escogido y lo ha apartado para que le pertenezca. El había hecho grande a Israel haciendo un pacto con él, dándole la Ley, el culto y las promesas. El cortó algunas ramas de este árbol de olivo, los había cortado por su incredulidad. Pero sólo a algunos de ellos. Los judíos restantes permanecieron en el árbol. Por otro lado, El injertó ramas de árboles de olivo silvestres en el lugar donde estaban aquellas que El había cortado. Algunos Gentiles han tomado el lugar de los judíos incrédulos en la Iglesia. “Así llegaste a tener parte en la misma raíz, y en la vida misma del olivo.” Ellos se benefician de la savia que sube por las raíces y les da la vida. Recuerde la parábola de la vid y de las ramas: Cristo había dicho que “ustedes no pueden dar fruto, si no permanecen unidos a mí” (Juan 15:1-8). Una rama cortada de la vid, no puede dar frutos. La vid produce la savia que necesita y que da vida.

Entonces, “no te gloríes, despreciando las ramas naturales. Si lo haces, recuerda que no eres tú quien sostiene a la raíz, sino que la raíz te sostiene a ti.” Una rama cortada del árbol, separada de la raíz, es nada. No es la rama la que le da vida al árbol, sino todo lo contrario. Los Cristianos de origen no judío no deben gloriarse de haber ocupado el lugar de los judíos en la Iglesia, el lugar del pueblo de Dios. Ellos no deben despreciar, ni a los judíos que siguieron siendo miembros del pueblo de Dios, ni a los que lo abandonaron. Por naturaleza, los Gentiles son las ramas del olivo silvestre, y los judíos, las ramas de un olivo noble. No es que los judíos sean mejores que los Gentiles por naturaleza, sino que ellos recibieron grandes privilegios que les han conferido una dignidad especial. Ellos lo tenían todo para ser del pueblo de Dios del Antiguo Testamento y debieron seguir siendo el pueblo de Dios en la nueva alianza. Todos ellos deberían ser miembros de la Iglesia. Comparados con los Gentiles, ellos representan a todos aquellos que tuvieron el privilegio de crecer en una familia Cristiana, de conocer la Palabra de Dios desde temprana edad, y de conocer al Salvador Jesucristo. Ellos también tienen grandes ventajas sobre aquellos que crecieron entre los Gentiles y que llegaron al Evangelio más adelante en la vida. En el tiempo de los apóstoles cuando un Gentil acudía a Cristo, él era injertado en el olivo de Dios, se convertía en miembro del pueblo de la alianza. Así, él compartía en el pacto que Dios había hecho con Su pueblo, y, con los judíos, se convertía en heredero de las promesas que Dios había hecho a Abraham y a sus descendientes (Génesis 12:3, 22:18; Gálatas 3:13-14).

¡Por eso los Gentiles no deben jactarse del hecho de haberse convertido en hijos de Dios, mientras Israel endureció su corazón! En la Iglesia del Señor, ellos no son miembros de segunda clase, y no deberían olvidar lo que ellos eran y de dónde vienen. Ellos se convirtieron en hijos de Dios al ser injertados en un olivo noble. Es por pura bondad que ellos pueden beneficiarse de las promesas que Dios le hiciera a Abraham, tal como una rama injertada en un árbol vive y produce frutos gracias a la savia proporcionada por las raíces. En realidad, la ilustración del apóstol no se

corresponde con la realidad. Nosotros no injertamos ramas de olivo silvestre en olivos cultivados, pero no podemos llegar a la conclusión de que Pablo se equivocó, puesto que él no sabía de agricultura. Para cumplir Su plan, Dios sabe hacer en el reino espiritual lo que es imposible en la naturaleza. El le da honor a las ramas silvestres, santifica y salva a los Gentiles por pura gracia y los lleva a la alianza que El había hecho con Abraham. El ir a veces más allá de la realidad es una característica especial de las parábolas, para demostrar cuán diferente es Dios de los hombres y que Su Reino es diferente de los reinos de este mundo. Por ejemplo: compare lo que dice Mateo 20:10 y Lucas 14:21-23.

“Tal vez dirás: “Sí, pero se cortaron unas ramas para injertarme a mí en el olivo.” Bien, pero fueron cortadas porque no tenían fe, y tú estás ahí únicamente porque tienes fe.” Pablo no niega que los Gentiles toman el lugar de los judíos incrédulos en la Iglesia, sino que él no les permite que se gloríen de ello. Por esta razón, ellos no son superiores a los judíos; sino que es por pura gracia que Dios los ha injertado en el árbol. Dios no cortó a los judíos para darles la bienvenida a los Gentiles, pero el hecho de que fueran cortados resultó en la proclamación del Evangelio a los Gentiles; y por eso ellos entraron en la Iglesia. Ellos fueron cortados “porque no tenían fe.” Esto significa que “tú estás ahí únicamente porque tienes fe.” Por lo tanto, en lugar de gloriarse, cuídate de perseverar en la fe. ¡Se humilde y permanece fiel a Dios! La fe es el medio por el cual nos adueñamos de las promesas del Evangelio, el perdón de los pecados y la vida eterna. Es la mano extendida del mendigo, el anillo que sostiene al diamante. Si ella, no hay salvación.

Una fe que consiste de la humildad y la confianza no puede estar acompañada del orgullo. “Así que no te jactes, sino más bien siente temor. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.” El orgullo espiritual comienza con la incredulidad que rechaza a la gracia de Dios y pone su confianza en las buenas obras. Los Israelitas son el mejor ejemplo: ellos se jactaron ante los Israelitas de que ellos adoraban al verdadero Dios. Ellos estaban orgullosos de su status de ser el pueblo elegido por Dios, y esa fue su perdición. ¡Los Gentiles no hacen lo mismo! La bondad de Dios clama por la fe, y la fe produce humildad. “No te jactes, sino más bien siente temor.” La humildad genera temor. Deja que el Gentil que se hincha de orgullo y se imagina que Dios lo ha elegido porque él no es mejor que los judíos; teme a cambio que el Señor pueda rechazarlo. Esto es lo que hará el Señor si él también se hundiera en la incredulidad. Si el Señor, “no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.” Si El castigó a los judíos por su incredulidad, El también castigará a los Gentiles si no permanecen en la fe. Tal vez hasta más, porque en contraste con los judíos, ellos no son “ramas naturales,” sino los de un árbol silvestre. En relación con la fe y la incredulidad, los judíos y los Gentiles están en el mismo campo: la fe salva y la incredulidad condena tanto a los primeros como a los segundos.

Esta es una seria advertencia contra la incredulidad y el rechazo a la gracia. Pero ella encaja con la seguridad de la salvación. El Cristiano tiene la seguridad de la salvación en Cristo y aún así necesita las advertencias. El Cristiano puede tener la humilde seguridad de que nada lo separará del amor de Dios y que el Señor cuidará de él y le dará la vida eterna. Este era el glorioso mensaje de Romanos 8:31-39. A pesar de esto, el Cristiano debe estar vigilante, luchar contra todas las tentaciones, desconfiar de toda clase de jactancia, y andar por el camino de la fe. En Romanos 11, a diferencia de Romanos 8:31-39, el apóstol no le habla a un hijo de Dios que está a prueba, y preocupado, sino a un Cristiano amenazado por la soberbia espiritual. Para este

Cristiano siempre es posible caer. Para todos los Cristianos, esta posibilidad debe ser una advertencia que lo mueva a desconfiar de sí mismo y a buscar su salvación únicamente en Cristo.

“Mira, pues, que bueno es Dios, aunque también qué estricto. Ha sido estricto con los que cayeron, y ha sido bueno contigo. Pero tienes que vivir siempre de acuerdo con su bondad; pues de lo contrario también tú serás cortado.” Aquí Pablo invita a los Cristianos de origen no judío o Gentiles a ver las cosas correctamente. Ante todo ellos deben ver la bondad del Señor en el hecho de que ellos fueron admitidos en la Iglesia. El los invita a atribuir su conversión y el haberse convertido en pueblo de Dios a la bondad y misericordia de Dios. Esta convicción evitará que caigan en la soberbia y la falsa seguridad. Ellos permanecerán humildes, confiados y agradecidos al Señor por la gracia que El les ha demostrado y por el honor que El les ha concedido. Pero ellos también deben pensar en que Dios “Ha sido estricto con los que cayeron.” Nadie se puede esconder del juicio que cayó sobre los judíos, el cual cae sobre todos los infieles. De esa misma manera, El cortará a los Gentiles, que fueron injertados por medio de la fe, pero que no perseveran. De allí la advertencia: “Así pues, el que crea estar firme, tenga cuidado de no caer” (1 Corintios 10:12). Cuánto más para los Cristianos de origen no judío. Es una advertencia que viene de la Ley, dirigida al viejo hombre que todavía vive dentro de cada Cristiano. Como todas las advertencias en la Biblia, esta es un medio que el Señor utiliza para proteger al hombre de caer y alejarse de El. El Cristiano no ve contradicciones entre el consuelo que proporciona el hecho de ser elegido y la advertencia contra la infidelidad.

Para Pablo, el siguiente punto es una fuente de consuelo concerniente a Israel: “Por otra parte, si los judíos abandonan su incredulidad, serán injertados de nuevo; pues Dios tiene poder para volver a injertarlos.” El puede re-injertar de nuevo a una rama que El haya cortado. Un hombre que se haya alejado de Cristo puede encontrar nuevamente la gracia si se arrepiente. “Dios tiene poder.” Esto no significa que El convertirá a un Israel que ha endurecido su corazón y desprecia al Evangelio, y deliberadamente rechaza a Su Mesías. Por el contrario, El sabe hacer lo que no sabe ningún jardinero. El tiene poder para injertar las ramas que han sido cortadas, de recibir bien nuevamente a los que se arrepienten. El no dice que todos los judíos se arrepentirán más de lo que dice que los Gentiles se convertirán. El habla en tiempo condicional y dice lo que Dios hará si los judíos no persisten en su incredulidad: El los recibirá nuevamente en Su Reino. La expresión “Dios tiene el poder” no se refiere a una conversión masiva de los judíos, sino a la restauración de los judíos que se han convertido. El que sabe cómo injertar a los Cristianos de origen Gentil, que son ramas silvestres, en un olivo noble y realizar lo que va realmente contra su naturaleza, también sabrá cómo re-injertar las ramas en un árbol del cual salieron y del cual El las cortó. Sin duda alguna los Cristianos “por naturaleza” forman parte del olivo. Recuerde que ellos tienen cierta prioridad en el Reino de Dios, que es el privilegio de ser los primogénitos, es decir, que en el plan de Dios ellos son los primogénitos de Su familia (Hechos 3:26; Romanos 1:16). “Porque si tú, que por naturaleza eras un olivo silvestre fuiste cortado e injertado contra lo natural en el olivo bueno, ¡cuánto más los judíos, que son ramas naturales del olivo bueno, serán injertados nuevamente en su propio olivo!”

El apóstol tiene unas palabras finales acerca del destino de Israel y el de los Gentiles. El mira hacia adelante y revela lo que sucederá en el Reino de Dios. El ha advertido a los creyentes de origen Gentil con respecto a la soberbia: a cambio, Dios podría cortarlos por causa de su incredulidad, como fue el caso de Israel. En lo concerniente a Israel, la situación presente durará

hasta el fin de los tiempos: Israel ha endurecido parcialmente su corazón, pero un resto de ellos se convertirá durante el cual se proclame el Evangelio a los Gentiles: “Hermanos, quiero que sepan este designio secreto de Dios, para que no presuman de sabios: los Israelitas se han endurecido en parte, pero sólo hasta que hayan entrado todos los que no son de Israel” Esto es un misterio, algo que no podemos saber sin una revelación divina. El dice “para que no presuman,” ni confíen en el juicio de la razón. Israel ha endurecido su corazón al rechazar a Cristo. La razón humana normalmente llegaría a la conclusión de que Dios había rechazado a este pueblo en su totalidad y para siempre. ¡Pues no! “Los Israelitas se han endurecido en parte,” solamente. Ha sido un endurecimiento parcial, pues no es total ni definitivo. Quizás sea definitivo para una mayoría de judíos, pero no para todos. La Biblia enseña que el endurecimiento del corazón es progresivo, y que no es inmediato ni instantáneo. También entre algunos Cristianos esto puede ocurrir poco a poco, y siempre y cuando no haya alcanzado cierto grado, todavía son posibles el arrepentimiento y la conversión. Todos los judíos de su tiempo no habían endurecido sus corazones hasta el mismo punto. No todos ellos habían recibido una condenación definitiva y por ende, eterna. Entre ellos y las generaciones futuras, todavía algunos se pueden convertir.

Este endurecimiento durará “hasta que hayan entrado todos los que no son de Israel.” La expresión “todos los que no son de Israel” de ningún modo puede designar a todos los Gentiles del mundo. De hecho, la Biblia no enseña en ninguna parte que todos ellos se convertirán a Cristo. Esta expresión tiene que ver con todos los elegidos entre los que no son judíos. Es el mismo caso cuando Pablo habla de la “la plena restauración” (11:12) de los judíos; él solo estaba pensando en los elegidos entre ellos. Ni todos los judíos ni todos los Gentiles alcanzarán la salvación. La Biblia es definitiva sobre este tema. La doctrina según la cual toda la gente de la tierra, incluyendo a los demonios, finalmente alcanzarán la salvación, es contraria a la Biblia. Pablo habría tenido que decir “todos los Gentiles” al igual que él dijo “todos” con respecto a los judíos. Esto siempre concierne a “un pequeño resto, que Dios, en Su bondad, ha escogido” (11:5) así como también a todos los Gentiles y también a los judíos, o “los elegidos” (11:7). La conversión de los Gentiles es progresiva y continua; y durará hasta el fin del mundo, porque el error, la mentira y las falsas doctrinas, la iniquidad, la incredulidad y alejarse de la fe durará hasta el fin (Mateo 24:4-14, 21-28). En cada período de la historia de la humanidad, nunca es más que una parte de los hombres la que viene a Cristo y alcanza la salvación. Esto es cierto aún hoy acerca de los habitantes de un pueblo, los miembros de una tribu, los ciudadanos de un país y la población del mundo. No hay razón por la cual esto deba cambiar, y no cambiará. Dios sabe el número de Sus elegidos. Cuando todos hayan venido a Cristo, entonces, “todos” habrán entrado.

Cuando esto suceda, todo Israel alcanzará la salvación, pues la Escritura dice: “El Libertador vendrá de Sión y apartará de Jacob la maldad. Y esta será mi alianza con ellos cuando yo quite sus pecados.”

En cuanto al evangelio, los judíos son tenidos por enemigos de Dios a fin de darles oportunidad a ustedes; pero Dios todavía los ama a ellos, porque escogió a sus antepasados. Pues lo que Dios da, no lo quita ni retira tampoco su llamamiento. En tiempos pasados, ustedes desobedecieron a Dios, pero ahora que los judíos han desobedecido, Dios tiene compasión de ustedes. De la misma manera, ellos han desobedecido ahora, pero solamente para que Dios tenga compasión de ustedes y para

que, también ahora, tenga compasión de ellos. Porque Dios sujetó a todos por igual a la desobediencia, con el fin de tener compasión de todos por igual (Romanos 11:26-32).

Muchos comentaristas de Romanos creen que este texto señala que habrá una conversión masiva de los judíos, cuando todos los elegidos entre los Gentiles hayan entrado a la Iglesia de Dios. Esto no es lo que dice Pablo. Por una parte, él dice que no todos los de Israel se endurecieron y que durante ese tiempo algunos judíos se convertirán. Los que no han endurecido sus corazones encontrarán el camino de la salvación al venir a Jesucristo, el Mesías que Dios había prometido. Con la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., Dios no borró a Israel sino que lo protege hasta el fin de los tiempos, porque entre ellos El ha elegido a individuos a quienes El quiere llamar a la salvación. Por otra parte, el apóstol no dice: “En ese tiempo, todo Israel será salvo,” sino “Cuando esto suceda, todo Israel alcanzará la salvación.” Los judíos no entrarán en la Iglesia después que los Gentiles hayan sido convertidos, sino mientras ellos vienen a Cristo. La conversión de los judíos y los Gentiles sucede al mismo tiempo y durará hasta el fin del mundo, pero siempre será la conversión de los elegidos, entre los judíos y también entre los Gentiles. Después de que todo el mundo haya escuchado la proclamación del Evangelio, entonces vendrá no una conversión masiva de los judíos, sino que vendrá el fin (Mateo 24:14).

“Cuando esto suceda, todo Israel alcanzará la salvación.” Si esto quiere decir que todo Israel según la carne, es decir, todos los descendientes de Abraham y los que son judíos, por su sangre, entonces tendríamos que concluir que los judíos de todos los tiempos alcanzarán la salvación, los que vivieron antes de Cristo y los apóstoles, así como también a todos sus contemporáneos y todas las generaciones que todavía vendrán hasta el fin de los tiempos. Pero como hemos visto, el mismo Pablo explica la diferencia entre el Israel según la carne y el Israel espiritual (9:6). También hemos visto que sólo un remanente acudirá a Cristo (9:28-29, 11:1, 5, 7). Para sustentar su argumento, Pablo cita al profeta Isaías: “pues la Escritura dice “El Libertador vendrá de Sión y apartará de Jacob la maldad. Y esta será mi alianza con ellos cuando yo quite sus pecados” (Isaías 59:21 y 27:9). Una vez más, esto sólo puede referirse al Israel espiritual, los elegidos entre los judíos, porque nosotros jamás hemos visto todo Israel convertirse al Señor. El Antiguo Testamento predijo que el “libertador” (literalmente el “Redentor”) vendría de Sión y que Su raíz vendría del pueblo de Israel (Deuteronomio 18:15, 18; Salmo 14:7, 110:2). Cuando Pablo cita este texto, él quiere confirmar que la salvación concedida a Israel se debe al Redentor que vino de su seno. La profecía de Isaías no mira hacia un evento futuro, pero se ha hecho realidad desde que vino este Redentor. De cualquier modo, podemos preguntarnos si en este texto la palabra “Israel” no se refiere al Israel de la nueva alianza, es decir la Iglesia Cristiana consistente de los judíos y los Gentiles creyentes. Mucho más puesto que el profeta dice: “Y esta será mi alianza con ellos cuando yo quite sus pecados.” ¿Es la nueva alianza que Jeremías proclamó en 31:31-34 y tiene al perdón de los pecados como su punto central? El perdón es el fundamento mismo por el cual el mismo Cristo derramó su sangre, la cual El ofrece a los creyentes en la Cena del Señor. El Nuevo Testamento debe interpretar al Antiguo, y no a la inversa. Esto significa que debemos explicar las palabras de Isaías a la luz del misterio que Pablo ha revelado.

“En cuanto al evangelio, los judíos son tenidos por enemigos de Dios a fin de darles oportunidad a ustedes; pero Dios todavía los ama a ellos, porque escogió a sus antepasados.” El apóstol les habla a los judíos que no han endurecido su corazón hasta el punto de que su conversión ya no es posible. O si lo prefieren, él le habla a los elegidos entre los judíos. Por ahora, ellos “son tenidos

por enemigos de Dios a fin de darles oportunidad a ustedes.” Según la norma del Evangelio, ellos son enemigos, porque la rechazan. Dios los considera como enemigos suyos, porque ellos no quieren la salvación que El en su bondad les ofrece en Jesucristo. Es por esto que el Señor se alejó de Su pueblo para ofrecérsela a los Gentiles (Hechos 14:46; Romanos 11:11). Es por causa de los Gentiles a quienes El quiso salvar que El se alejó de los judíos incrédulos. Por otra parte, según la norma de la elección, “Dios todavía los ama a ellos, porque escogió a sus antepasados.” El Señor ama a los elegidos por causa de los patriarcas y del pacto que Dios hizo con ellos. El Señor desprecia la incredulidad de Israel, pero El lo superará (al menos entre los elegidos entre ellos) debido a la promesa que El les hizo a Abraham, Isaac y Jacob.

“Pues lo que Dios da, no lo quita ni retira tampoco su llamamiento.” Dios no lamenta los dones que El le promete a los suyos y que El quiere otorgarles. El se comprometió en las personas de los patriarcas a invitar a Israel a la salvación y a convertir a los elegidos entre sus descendientes. Sus dones y Su llamamiento son irrevocables, El “no lo quita.” El no se retracta de ello, porque El no es un ser humano que olvidaría sus promesas o mentiría. “En tiempos pasados, ustedes desobedecieron a Dios, pero ahora que los judíos han desobedecido, Dios tiene compasión de ustedes. De la misma manera, ellos han desobedecido ahora, pero solamente para que Dios tenga compasión de ustedes y para que, también ahora, tenga compasión de ellos.” Al leer estas palabras, podemos decir: ¡a cada uno le llega su turno! Los Gentiles han desobedecido a Dios en el pasado. Esto es lo que los judíos están haciendo ahora. Y así como el Señor tuvo piedad de los Gentiles y fue bondadoso con ellos, les proclamó Su Evangelio y los llamó a la salvación, por eso El sabrá cómo ser bondadoso con los que recibirán el Evangelio entre los judíos. Porque habrá algunos, ¡aunque no sean muchos! No hay razón para que El no les ofrezca a ellos el amor y la paciencia que El les dio a los Gentiles. Su misericordia hacia los Gentiles se debe a la desobediencia de Israel (11:11; Hechos 13:46). Pero Su misericordia no termina allí. Ella rebota y regresa hasta los judíos que fue de donde vino. Es como un boomerang divino. Después de haber recibido el Evangelio de parte de los judíos, ahora es el turno de los Gentiles conversos para proclamárselo a ellos.

“Porque Dios sujetó a todos por igual a la desobediencia, con el fin de tener compasión de todos por igual.” Esta es la gran lección de este texto, el sumario de todo lo que Dios ha hecho y planificado para los judíos y los Gentiles. Su Ley los condena a todos: “Sabemos que todo lo que dice el libro de la Ley, lo dice a quienes están sometidos a ella, para que todos callen y el mundo entero caiga bajo el juicio de Dios” (3:19). Pero los apóstoles dicen aún más: Dios sujetó a todos los hombres por igual a la “desobediencia.” Por naturaleza todos están en la incredulidad. El Señor no es responsable de esta incredulidad. Esto es consecuencia de la caída y forma parte del pecado original. Sin embargo, El permitió que la humanidad fracasada se hundiera en la incredulidad para revelar Su gran misericordia. El había criado a un pueblo, Israel, donde debía nacer el Mesías y que proclamaría el Evangelio a las naciones. Este pueblo rechazó a Cristo y no lo siguió. A pesar de todo, el Señor ha decidido proclamar las Buenas Nuevas a las naciones, y después usarlos para proclamar el Evangelio a Israel. Y todo eso para exaltar y glorificar Su misericordia, la única fuente de salvación en el mundo.

¡Qué profundas son las riquezas de Dios, y su sabiduría y entendimiento! Nadie puede explicar sus decisiones, ni llegar a comprender sus caminos. Pues “¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá darle consejos? ¿Quién le ha dado algo antes, para que él

tenga que devolvérselo?” Porque todas las cosas vienen de Dios, y existen por él y para él. ¡Gloria para siempre a Dios! Amén.

La porción previa de la Epístola (Romanos 8) termina con uno de los textos más hermosos de la Biblia, una verdadero canto de triunfo (Romanos 8:31-39). Esta sección que ahora llega a su final nos conduce a una doxología que alaba a la infinita sabiduría de Dios en Su plan para llevar a cabo Su salvación. “¡Qué profundas...!” Esta es la idea principal de estos últimos versículos. Con Dios todo es profundo, asombroso e incomprensible. Su plan de salvación es como un vasto océano. El Evangelio es un misterio maravilloso. “Se trata más bien de la sabiduría oculta de Dios, del designio secreto que él, desde la eternidad, ha tenido para nuestra gloria. Esto es algo que no han entendido los gobernantes del mundo presente, pues si lo hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de la gloria” (1 Corintios 2:7-8). “Y es que, para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo. Así nadie podrá presumir delante de Dios” (1 Corintios 1:27-29). ““Dios ha preparado para los que lo aman cosas que nadie ha visto ni oído y ni siquiera pensado’ Estas son las cosas que Dios nos ha hecho conocer por medio del Espíritu, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las cosas más profundas de Dios” (1 Corintios 2:9-10). Dios las ha revelado para nosotros. Aunque sólo las entendemos parcialmente. Las conocemos por fragmentos. Pero un día, nosotros las conoceremos como si las hubiéramos conocido (1 Corintios 13:9; 1 Juan 3:2).

Pablo habla acerca de la “sabiduría” y el “entendimiento” de Dios. La sabiduría consiste de saber como hallar la solución a los problemas más difíciles. El pecado fue el más grande, los enormes problemas para los cuales los hombres no tenían solución alguna. En Su sabiduría Dios sabía cómo encontrar una solución: El finalizó un plan de salvación que libera efectivamente al hombre del pecado, la muerte y de Satanás y al mismo tiempo glorifica Su justicia y Su misericordia. Y El llevó a cabo Su plan, sin que nada ni nadie pudiera detenerlo. El hasta sabe cómo usar la incredulidad y la rebeldía de Su pueblo para traer el bien. Tal como habló José a sus hermanos, El sabe como convertir en bien el mal que la gente ha hecho (Génesis 50:20). Muchas personas tienen sabiduría pero no mucho conocimiento. Otros tienen conocimiento pero casi no poseen sabiduría. Dios posee ambas cosas a la perfección. El también posee “riquezas.” El es rico en todo, en particular en sabiduría y en entendimiento, en amor y en bondad, tan rico que el hombre no puede tener una medida de su profundidad. No podemos ver su fondo, como no podemos ver la profundidad del mar. “Nadie puede explicar sus decisiones, ni llegar a comprender sus caminos.” El es como una persona que va caminando sin dejar ninguna huella tras de sí. “Te abriste paso por el mar; atravesaste muchas aguas, pero nadie encontró tus huellas” (Salmo 77:19). Dios es justo cuando castiga a Israel por su incredulidad. El es justo cuando El es bondadoso con ellos. El es justo cuando El castiga y cuando El salva, cuando El rechaza y cuando El recibe. El es justo cuando le pide a Israel que proclame el Evangelio a los Gentiles. El es justo cuando les pide a los Gentiles que llamen a Israel a arrepentirse. El convierte a los unos usando a los otros, aprovechándose de la incredulidad de unos y de la fe de los otros, poniendo todo eso a Su servicio para cumplir Su meta de la salvación. Por eso, solamente el hombre es responsable de su condenación, y solo Dios sigue siendo el único autor de su salvación.

Todo eso escapa de la inteligencia humana. Esto no debería sorprender, y el Antiguo Testamento lo confirma una vez más: Pues “¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá darle consejos? ¿Quién le ha dado algo antes, para que él tenga que devolvérselo?” Estas dos son citas tomadas de Isaías 40:13; Job 41:11), a las cuales el apóstol le hizo unos pocos cambios para Su argumento. La primera glorifica a la infinita sabiduría de Dios que revela el Evangelio. La otra sostiene que El no le debe nada a nadie. El no tiene que rendirle cuentas a ninguna de Sus criaturas. Para conocer y para entender Sus juicios, nosotros tendríamos que sondear Su mente, o haberle servido como Su consejero, como un experto a quien El tuvo la necesidad de explicarle por qué El actúa como actúa. Pero Dios no necesita de Sus criaturas y El no tiene por qué dar explicaciones, El no tiene que decir por qué hace esto o aquello, y mucho menos justificarse delante de ellos. El es soberano.

Este comentario termina en la siguiente doxología: “Porque todas las cosas vienen de Dios, y existen por él y para él. ¡Gloria para siempre a Dios! Amén.” “Porque todas las cosas vienen de Dios, y existen por él y para él...”. Estas tres expresiones señalan que el Señor es el autor de todas las cosas y que El también es el fin último de todas las cosas que existen para contribuir a la salvación de todos los hombres, y finalmente son para Su gloria.

Resumen:

Israel no quiso creer y endureció su corazón. Pero este endurecimiento solamente es parcial, porque Dios tiene a Sus elegidos entre los de este pueblo. El sabe cómo re-injertar a los que El ha cortado por su incredulidad. Los Gentiles no deben gloriarse, sino más bien tratar de permanecer fieles, porque saben que el Señor puede cortarlos a ellos a cambio. Deben ser instrumentos de Dios para la proclamación del Evangelio a los judíos a quienes El volverá a recibir entre el pueblo de la nueva alianza, si ellos vienen a Cristo. Todas las cosas glorifican a la misericordia de Dios y proclaman Su sabiduría.

SECCIÓN SEIS

EXHORTACIONES PARA LA SANTIFICACION

Romanos 12 al 15

Esta sección consiste de dos partes grandiosas: 1) La vida en la Iglesia y en el mundo entero es una adoración espiritual (12:1-13:14). A través de la fe, los débiles y los fuertes le rinden un mismo culto a Dios; por lo tanto, Dios los llama a vivir unos con otros y a no despreciarse ni juzgarse mutuamente.

1. La vida en la Iglesia y en el mundo entero es una adoración espiritual (Romanos 12:1-13:14)

Por tanto, hermanos míos, les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer. No vivan ya según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que es grato, lo que es perfecto.

En el Capítulo 12 de Romanos, Pablo da un serie de exhortaciones para la santificación (12:1-2). Luego, ellas se vuelven más específicas y envuelven todo lo que tiene que ver con la vida de los creyentes en la Iglesia. En el Capítulo 13, el autor se extenderá a lo que es la vida de los creyentes en el mundo. “Por tanto, hermanos míos, les ruego...” Estas son las palabras con las que comienza la sexta sección de la epístola. El apóstol ha finalizado las explicaciones doctrinales, e inicia la parte práctica, la vida Cristiana. ¿A qué apela él en estas exhortaciones? Respuesta: “la misericordia de Dios.” La misericordia de Dios los ha hecho de los Cristianos lo que son, pecadores justificados, hijos de Dios y herederos de la vida eterna. Por esta razón Pablo les habla. El invoca las misericordias de Dios, les recuerda a los lectores que ellos son el objeto de la misericordia que El les demostró en Jesucristo. El recuerdo de todos los favores que El les ha hecho, sin ningún mérito por parte de ellos, es para animarlos a buscar la santificación y a vivir una vida Cristiana, a hacer la voluntad del Señor por gratitud y amor a El. No son órdenes ni amenazas, sino exhortaciones, consejos motivados por la divina misericordia que ellos han experimentado.

Es importante notar esto. Muchos predicadores opinan que, a fin de conseguir que los Cristianos renuncien al mal, busquen ser justos y avancen hacia la santificación, es buena idea amenazarlos con la Ley, como si la santificación fuera la obra del viejo hombre. No es nada de eso. Cuando pretendemos ser el nuevo hombre, el Cristiano aprende a caminar en la santificación. Por eso, no debemos obligarlo a hacer el bien amenazándolo con los castigos de la Ley, sino recordándole cuan bondadoso es su Padre celestial. Por eso la santificación será algo que se hace libremente y con alegría, dirigida por la fe y el amor. La Ley muestra y marca el camino por el cual deben andar los Cristianos a fin de servir al Señor; pero solamente el Evangelio provee el deseo y la fuerza. Eso lo debemos reconocerlo definitivamente y ponerlo en práctica a través de la proclamación y la enseñanza; es así como hacemos la distinción entre Ley y Evangelio.

La primera exhortación concierne al cuerpo Cristiano, de cual el apóstol ha dicho: “Por lo tanto, no dejen ustedes que el pecado siga dominando en su cuerpo mortal y que los siga obligando a obedecer los deseos del cuerpo. No entreguen su cuerpo al pecado, como instrumento para hacer lo malo. Al contrario, entréguese a Dios, como personas que han muerto y han vuelto a vivir, y entréguele su cuerpo como instrumento para hacer lo que es justo ante él” (6:12-13). Todo nuestro cuerpo, con todas sus partes, le pertenece a Dios y debería estar a Su servicio. Esta es la verdad sobre la cual vuelve el apóstol ahora y utiliza la escena del sacrificio: “les ruego... que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer.” En otra parte él escribe: “¿No saben ustedes que el cuerpo es templo del Espíritu Santo que Dios les ha dado, y que el Espíritu Santo vive en ustedes? Ustedes no son sus propios dueños, porque Dios los ha comprado. Por eso deben honrar a Dios en el cuerpo” (1 Corintios 6:19-20). Ya que mi cuerpo le pertenece a Dios, lo propio es ofrecérselo a El, apartarlo para El. Desde el punto de vista de la Biblia, resulta completamente equivocado decir que mi cuerpo me pertenece, que puedo hacer con él lo que me plazca, como dice muchas veces la gente para justificar la liberación sexual y el aborto. ¡No! el cuerpo del Cristiano no le pertenece al hombre o a la mujer. Por un lado, porque somos criaturas de Dios y lo hemos recibido de él, y por el otro, porque Dios nos ha redimido a un grandísimo precio. En cuerpo y alma, por lo tanto, nuestro cuerpo y nuestra alma le pertenecen a El y debemos servirle con ambas cosas.

Pablo llama a nuestros cuerpos “ofrenda viva, santa y agradable a Dios.” “Viva,” porque el individuo entrega su propia vida a Dios, pone todas las partes de su cuerpo a Su servicio, por tanto, todas las partes de su vida. “Santa,” porque el Señor lo ha pedido y para glorificarlo. “Agradable a Dios,” porque en esto El ve la prueba del temor, la confianza y el amor de Sus hijos y la voluntad para poner las cosas a Su servicio, sin retener nada. Finalmente, dice “este es el verdadero culto [espiritual] que deben ofrecer,” que es espiritual como cuando traducimos el adjetivo Griego en 1 Pedro 2:2: “la leche espiritual pura” que los Cristianos deben querer. Este regalo total de uno mismo es un “verdadero culto [espiritual],” en contraste con el culto externo característico de los sacrificios que muchos judíos incrédulos ofrecieron a Dios y que los Gentiles ofrecían a sus ídolos.

“No vivan ya según los criterios del tiempo presente.” El pecado de la humanidad ha corrompido a este mundo, que desaparecerá algún día para hacerle lugar al nuevo mundo que el Señor creará. Los Cristianos viven en este mundo, pero no son de este mundo. Su hogar está en otra parte (Filipenses 3:20; Hebreos 12:22-24). Ellos no deben hacerse conforme a él, pues este mundo es malo. Los creyentes viven como forasteros y peregrinos en el mundo y esperan por un mundo mejor donde tendrán su lugar. Por eso, ellos deben “al contrario, cambien su manera de pensar.” Esta es una transformación interna, a imagen de su Creador. Ellos deben suspender al viejo hombre, “Deben renovarse espiritualmente en su manera de juzgar, y revestirse de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios y que se distingue por una vida recta y pura” (Efesios 4:23-24). “Para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que es grato, lo que es perfecto.” El culto del Cristiano, la ofrenda de su cuerpo a Dios consiste en hacer Su santa voluntad en todas las cosas. Este es el deseo más sincero del Cristiano: hacer “lo que es bueno, lo que es grato, lo que es perfecto,” la perfecta voluntad de Dios.

Por el encargo que Dios en su bondad me ha dado, digo a todos ustedes que ninguno piense de sí mismo más de lo que debe pensar. Antes bien cada uno piense de sí con moderación, según los dones que Dios le haya dado junto con la fe. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros sirven para lo mismo, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y estamos unidos unos a otros como miembros de un mismo cuerpo.

Dios nos ha dado diferentes dones, según lo que él quiso dar a cada uno. Por lo tanto, si Dios nos ha dado el don de profecía, hablemos según la fe que tenemos; si nos ha dado el don de servir a otros, sirvámoslos bien. El que haya recibido el don de enseñar, que se dedique a la enseñanza; el que haya recibido el don de animar a otros, que se dedique a animarlos. El que da, hágalo con sencillez; el que ocupa un puesto de responsabilidad, desempeñe su cargo con todo cuidado; el que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría (Romanos 12:3-8).

“Por el encargo que Dios en su bondad me ha dado...” Pablo nos recuerda que El ha recibido un gran favor. Naturalmente está hablando de su conversión a Jesucristo en quien él ha encontrado el perdón y la vida, y también, en este caso, el privilegio de ser un apóstol de Jesucristo. Pablo mira su apostolado como un favor, algo para lo cual él es absolutamente indigno, él quien ha odiado y perseguido a Cristo y a Su Iglesia. El dijo esto al principio de su epístola (1:5) y ahora lo repite. Es el un apóstol de Cristo, y como tal escribe a los Cristianos de Roma, revestido con la autoridad que le confiere su apostolado. Cristo le había dicho a sus apóstoles: “El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; y el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me envió” (Lucas 10:16). En 2 Corintios 2:20, Pablo nos recuerda que “somos embajadores de Cristo, lo cual es como si Dios mismo les rogara a ustedes por medio de nosotros.” Pablo se reviste con la autoridad de El quien le ha confiado él Su ministerio (Romanos 15:15; Efesios 3:7-8). Esto también es cierto para todos los pastores, evangelistas, y líderes de la Iglesia en lo que se refiere al fiel ejercicio de su ministerio.

“Digo a todos ustedes...” Las siguientes exhortaciones son válidas para todos los Cristianos. Tiene que ver con cómo usar los dones que los creyentes han recibido. La mala conducta de un solo Cristiano puede, sin duda alguna, ocasionar problemas para toda la congregación y es un mal testimonio que hará sufrir a la Iglesia entera. De hecho, el apóstol mostrará que la Iglesia es un cuerpo y que por eso, todos sus miembros son interdependientes entre sí. El le pide a cada Cristiano que “ninguno piense de sí mismo más de lo que debe pensar. Antes bien cada uno piense de sí con moderación, según los dones que Dios le haya dado junto con la fe.” El Cristiano debe tener una correcta apreciación de su persona, con respecto a la cantidad, el valor y la importancia de los dones que él posee. El apóstol no habla de subestimarse a uno mismo, que es relativamente raro entre los hombres, sino de estimarse demasiado. Consiste en atribuirnos dones, cualidades y habilidades que realmente no poseemos, o jactarse de los dones que tenemos, pero que poseemos solamente porque Dios nos los concedió. “Pues, ¿quién te da privilegios sobre los demás? Y, ¿que tienes que Dios no te haya dado? Y si él te lo ha dado, ¿por qué presumes, como si lo hubieras conseguido por ti mismo?” (1 Corintios 4:7). Lo que opinamos de nosotros mismos debe ser “con moderación”. Dice el apóstol que “según los dones que Dios le haya dado junto con la fe.” De hecho, los dones de Dios vienen junto con la fe, concedidos por medio de ella. La fe misma es un don divino, y lo mismo es cierto con respecto a los dones

espirituales que Dios da a Sus hijos para edificar la Iglesia. La humildad y la modestia son necesarias, pues de lo contrario hacemos mal uso de estos dones, glorificándonos a nosotros mismos en lugar de trabajar para hacer crecer a la Iglesia.

“Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros sirven para lo mismo, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y estamos unidos unos a otros como miembros de un mismo cuerpo.” Los Cristianos no son un cuerpo que consiste de muchos miembros donde cada uno tiene su función y juega un papel propio. Cuando ponemos todos estos dones al servicio de un uso común, entonces la Iglesia crece de manera pacífica y armoniosa. La variedad de los dones no divide a la Iglesia, sino que contribuyen a su unión y su realización. En un cuerpo, cada miembro tiene un papel que cumplir. La mano no puede funcionar bien si la vista, ni la vista puede funcionar bien sin la mano. Solo podemos vivir armoniosamente, si cada miembro cumple su propia función y no busca asumir la función de los otros. Lo mismo sucede con la Iglesia. Esto es lo que Pablo enseña en 1 Corintios 12:12-31. Por lo tanto, en la Iglesia no hay cabida para la jactancia, la envidia y el odio. Y puesto que los Cristianos dependen unos de otros, podemos causarnos daño cuando perjudicamos a la comunidad.

“Dios nos ha dado diferentes dones, según lo que él quiso dar a cada uno.” Los dones de Dios son numerosos y diversos, de diferentes tipos. Algunos Cristianos tienen un gran conocimiento de las verdades del Evangelio. Otros tienen una fe y una confianza en Dios inquebrantables. Otros brillan por su amor y su paciencia. Algunos tienen el don de hablar sobre su fe. Otros saben enseñar, exhortar, consolar, o nuevamente orar e interceder. Dios también otorga a algunos más riquezas materiales que a otros, para que las compartan, para hacer el bien a su alrededor y ayudar a los pobres y a los desposeídos. En la Iglesia apostólica, algunos hasta han recibido dones milagrosos, como el don de la profecía, de hablar en lenguas extranjeras o de sanar. “... según lo que él quiso dar a cada uno.” Dios ha dado estos dones; nosotros no los adquirimos; El los ha dado por su bondad, por su gracia. No se deben a esfuerzos personales, sino que son dones de Dios. Por lo tanto, Dios quiere poner a estos dones a servicio de los demás.

Y he aquí algunos ejemplos: “Por lo tanto, si Dios nos ha dado el don de profecía, hablemos según la fe que tenemos; si nos ha dado el don de servir a otros, sirvámoslos bien. El que haya recibido el don de enseñar, que se dedique a la enseñanza; el que haya recibido el don de animar a otros, que se dedique a animarlos. El que da, hágalo con sencillez; el que ocupa un puesto de responsabilidad, desempeñe su cargo con todo cuidado; el que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría.” Pablo menciona primero el don de la profecía. En la Iglesia primitiva, junto a los apóstoles, estaban los profetas. En su lista de ministerios, él los menciona inmediatamente después de los apóstoles (1 Corintios 12:8; Efesios 4:11). Esto enfatiza la importancia del papel que ellos jugaron. Puesto que es Dios quien da a los profetas a Su pueblo, El lo hace cuando y donde El quiere. La Historia Cristiana enseña que el don de la profecía ha desaparecido rápidamente. No hay duda de que Dios hizo surgir a estos hombres junto con los apóstoles para establecer el fundamento de Su Iglesia, y una vez que la implantó firmemente, ésta ya no necesitó este don particular; ella debía extenderse y crecer solo por medio de la proclamación del Evangelio. Por otra parte, siempre han existido falsos maestros; y la Iglesia debe estar alerta y huir de ellos.

“Por lo tanto, si Dios nos ha dado el don de profecía, hablemos según la fe que tenemos.” Esta es una vieja traducción y es la preferida. La profecía debe ser similar a la fe que los Cristianos predicán y creen, debe estar conforme a la fe de la cual hablan las Santas Escrituras. En la Iglesia primitiva, hubo profetas falsos y verdaderos. Los Cristianos tenían que saber distinguirlos. En otra parte el apóstol escribe: “No apaguen el fuego del Espíritu. No desprecien el don de profecía. Sométanlo todo a prueba y retengan lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:19-21). Para construir la Iglesia del Señor, los profetas tienen que enseñar lo que está de acuerdo con la fe Cristiana, sus enseñanzas tienen que estar conformes con las de Cristo y los apóstoles. Si ese no es el caso, ellos causan más mal que bien.

“Si nos ha dado el don de servir a otros, sirvámoslos bien.” El apóstol, sin duda, piensa en todos los tipos de ministerios que existen en la Iglesia. Si alguien ha recibido una responsabilidad, él o ella deben llevarla a cabo fielmente y cumplir todas sus obligaciones. Esa persona debe usar los dones que ha recibido en el ministerio que le toca llevar a cabo, sin ocupar el lugar de otros o asumir las responsabilidades de los demás. “El que haya recibido el don de enseñar, que se dedique a la enseñanza.” En la Iglesia apostólica hubo profetas, pero también hubo maestros, evangelistas, y diáconos (Hechos 13:1; 1 Corintios 12:28; Efesios 4:11). Algunos eran predicadores. Otros enseñaban a los nuevos miembros, mientras que otros iban a visitar a los enfermos para consolarlos y orar por ellos. Pablo piensa en estos últimos cuando le pregunta a uno que le gusta animar “que se dedique a animarlos.” Eran también estos con el don de animar quienes debían atender a los Cristianos en dificultades, a los afligidos, a los perseguidos, a los que se perdían en el error o se hundían en el pecado.

“El que da, hágalo con sencillez.” Hay Cristianos a quienes el Señor les confía más bienes materiales que a otros. Ellos no deben disfrutarlos egoístamente, sino usarlos para dar prueba de su amor y compartirlos con los que tienen menos. Por lo tanto, si alguien da, “hágalo con sencillez.” La palabra “sencillez,” tiene un doble significado ya que también significa generosidad. El Cristiano debe ser generoso y sencillo en su manera de dar, es decir, sin hacer un espectáculo, sin buscar la admiración de los demás, y también sin un motivo externo, sin buscar obtener nada a cambio, pero de una manera sincera, sólo pensando en el bienestar del necesitado.

“El que ocupa un puesto de responsabilidad, desempeñe su cargo con todo cuidado.” Pablo piensa en todos aquellos que tienen autoridad en la Iglesia, de sus líderes a nivel de las congregaciones o a nivel de toda la Iglesia. El liderazgo no se debe usar para demostrar poder o para imponer la voluntad de uno sobre los demás, para demostrar que uno es más fuerte o para ocupar una posición de honor, sino para que “desempeñe su cargo con todo cuidado.” Sin buscar pequeñas ganancias ni un poco de gloria, los líderes deben cuidar del bienestar del pueblo de Dios.

“El que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría.” En esta exhortación Pablo vuelve sobre el punto donde él había pedido dar con “sencillez” o generosamente. Es apropiado tener misericordia, sentir piedad por los necesitados y acudir en su ayuda. No se trata de que sintamos que tenemos un deber, que estamos obligados o que necesitamos calmar nuestra conciencia, sino con “alegría,” de servir a Dios y al prójimo, de honrar la Señor y de rescatar a otros de la miseria.

Ámense sinceramente unos a otros. Aborrezcan lo malo y apéguese a lo bueno. Ámense como hermanos los unos a los otros, dándose preferencia y respetándose mutuamente.

Esfuércense, no sean perezosos y sirvan al Señor con corazón ferviente.

Vivan alegres por la esperanza que tienen; soporten con valor los sufrimientos; no dejen nunca de orar.

Hagan suyas las necesidades del pueblo santo; reciban bien a quienes los visitan.

Bendigan a quienes los persiguen. Bendíganlos y no los maldigan.

Alégrese con los que están alegres y lloren con los que lloran.

Vivan en armonía unos con otros. No sean orgullosos, sino pónganse al nivel de los humildes. No presuman de sabios (Romanos 12:9-16).

El apóstol ha dado ciertas exhortaciones sobre los ministerios y las responsabilidades que el Señor les confió a algunos en Su Iglesia. Ahora él añade algunas que más generalmente son para todos los Cristianos entre ellos mismos. Esta es la primera: “Ámense sinceramente unos a otros.” Naturalmente que esta es la virtud Cristiana más importante, de la cual fluyen todas las demás. El amor es el cumplimiento de la Ley (Romanos 13:10). El Cristiano debe amar a Dios de todo corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo. El Cristianismo es la religión del amor, porque ninguna otra religión lo enfatiza de la misma manera. Primero el amor de Dios por los hombres, tal como lo demostró Cristo, pero también el amor del creyente hacia Dios y hacia su prójimo. Sin amor no hay vida Cristiana. Cristo y todos Sus apóstoles hablan de él, y particularmente el apóstol Juan en sus epístolas. Lo que Dios pide acerca del amor es que sea “sincero,” que sea verdadero. La demostración del amor fraternal en la Iglesia debe ser el verdadero fruto de la fe. No debe ser un amor de apariencias; no debe ser un amor para obtener algo a cambio, ni cerrar los ojos ante los pecados de un hermano para no meternos en problemas con él, sino un amor que viene de un corazón sincero.

“Aborrezcan lo malo y apéguese a lo bueno.” El Cristiano aborrece el mal y busca el bien. El se aleja de lo malo y lo perjudicial, de lo que es opuesto a la voluntad de Dios, y disfruta de todos lo que es bueno y útil, lo que fortalece y es agradable a Dios. He aquí algunos ejemplos: “Ámense como hermanos los unos a los otros, dándose preferencia y respetándose mutuamente... Esfuércense, no sean perezosos y sirvan al Señor con corazón ferviente.” Los Cristianos deben probar su amor y su afecto, sin discriminación de raza, tribu, status social o sexo. Así mismo, se les dice que “dándose preferencia y respetándose mutuamente,” evitando cuidadosamente todo desprecio y dando a cada uno el honor que merece. Del mismo modo el Cristiano debe probar su esfuerzo. “Sirvan al Señor con corazón ferviente,” esto significa demostrar entusiasmo y fervor, buscar a los necesitados significa trabajar para la Iglesia. Todo eso con una meta: “servir al Señor.” No hay duda de que el fervor y el esfuerzo pudieran tener como meta nuestra propia gloria, fama personal y honor. También existe un fervor fanático el cual no toma en cuenta al prójimo. El apóstol quiere que nos empeñemos en servir al Señor sirviéndole a la Iglesia. Somos

siervos que no pertenecemos a nosotros mismos, sino a El quien murió y resucitó otra vez por nosotros y nos ha redimido a un gran costo (1 Corintios 6:20).

Pero la lista continua: “Vivan alegres por la esperanza que tienen.” La esperanza tiene que ver con la vida eterna, lo que el Señor le ha prometido al Cristiano, la cual él todavía no puede ver (Romanos 11:1). Esta esperanza llena su corazón de alegría, particularmente en tiempos de aflicción y de persecución (Romanos 5:1-5, 8:18-21). Esto es en lo que Pablo piensa, cuando añade: “soporten con valor los sufrimientos.” En la aflicción, el Cristiano tiene puestas sus esperanzas en lo que el Señor le ha prometido, y esta esperanza lo hace firme y perseverante. Y debido a que la vida Cristiana es una lucha ardua, es necesario que oremos. El dice “no dejen nunca de orar.” Cuando el Cristiano sufre y pasa por pruebas difíciles, necesita refugiarse en la oración para pedirle a Dios que lo libre de las causas de su sufrimiento, o que le de la fortaleza necesaria para soportar la prueba. Es a través de la oración que despertamos la llama de la perseverancia.

El apóstol continua con la lista de sus exhortaciones: “Hagan suyas las necesidades del pueblo santo; reciban bien a quienes los visitan. “Estas son dos ocasiones en las que el Cristiano demuestra su amor. En ese tiempo la hospitalidad era algo urgente porque muchos Cristianos viajaban por el imperio Romano. Algunas veces ellos fueron sacados de sus hogares y tuvieron que deambular por las calles. El apóstol insta a los Cristianos a poner a prueba su hospitalidad, a acoger a los viajeros en sus casas y a darles lo que necesiten. La hospitalidad es una buena virtud Cristiana. “No se olviden de ser amables con los que lleguen a su casa, pues de esa manera, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles” (Hebreos 13:2). Esto probablemente sea una alusión a la hospitalidad que demostraron Abraham y Lot (Génesis 18 y 19).

“Bendigan a quienes los persiguen. Bendíganlos y no los maldigan.” El hombre natural reacciona al mal con odio. Le desea el mal a quienes lo maltratan; devuelve mal con mal. Dios le pide a Sus hijos que hagan lo contrario, a devolver el mal con bien, y particularmente bendecir a los que los persiguen en lugar de hacer lo que naturalmente harían, o sea, maldecirlos. “Alégrense con los que están alegres y lloren con los que lloran.” Como miembros de un mismo cuerpo, los Cristianos se alegran con los que están felices y ayudan a soportar las cargas de los que sufren. Así comparten su alegría con unos y llevan sobre sus hombros el sufrimiento de los otros (Gálatas 6:2). Ellos no viven para sí mismos, sino que se identifican con sus hermanos y hermanas en la fe.

“Vivan en armonía unos con otros.” No debemos hacer ninguna distinción como: amar a unos y ser indiferente con los demás, ayudar a los que son agradables y pasar por alto a los otros. “No sean orgullosos, sino pónganse al nivel de los humildes. No presuman de sabios.” Los hijos de Dios están invitados a olvidar sus propios intereses y a pensar en interés a los demás y así probar su humildad. Esta es otra buena virtud Cristiana. Cuando uno presume, uno busca cosas de alto rango, funciones y responsabilidades importantes, por ejemplo, un alto cargo en la iglesia o en la sociedad. Cuando vamos tras el honor y la fama, colocamos nuestros intereses por encima de los intereses de los demás. Los Cristianos deben hacer lo contrario. “Dios se opone a los orgullosos, pero ayuda con su bondad a los humildes” (Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5). Jesús mismo fue gentil y tenía un corazón humilde (Mateo 11:29). El Se humillo a Si mismo y se convirtió en siervo para

redimir al mundo (Filipenses 2:5-8). El Cristiano no puede hacer otra cosa que imitar a Dios. Este es el precio de ser Su discípulo a quien el Señor dará Su bendición.

No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos. Hasta donde dependa de ustedes, hagan cuanto puedan por vivir en paz con todos. Queridos hermanos, no tomen venganza ustedes mismos, sino dejen que Dios sea quien castigue; porque la Escritura dice: “A mí me corresponde hacer justicia; yo pagaré, dice el Señor.” Y también: “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; así harás que le arda la cara de vergüenza.” No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence con el bien, el mal.

“No paguen a nadie mal por mal.” En esto, el apóstol sigue la enseñanza del Señor (Mateo 5:5, 9-12). La venganza dice “ojo por ojo, y diente por diente” (Éxodo 21:24). Esto no tiene lugar en la vida del Cristiano (Mateo 5:38-41). El Cristiano encuentra en el Evangelio, “por la misericordia de Dios” (12:1), la fuerza para responder el mal con el bien, como lo hizo Cristo, quien no sólo es su Salvador, sino también su modelo.

“Procuren hacer lo bueno delante de todos.” Es necesario hacer un esfuerzo constante para hacer el bien, aún y especialmente, delante de los que no creen, así les daremos un buen testimonio. Jesús dijo: “Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo” (Mateo 5:16).

“Hasta donde dependa de ustedes, hagan cuanto puedan por vivir en paz con todos.” Esto no siempre es posible. Para que dos personas vivan en paz, ambas deben querer hacerlo y buscarlo. Algunas veces al Cristiano le gustaría hacer las paces con alguien, pero no lo consigue, porque el otro se rehúsa. El apóstol sabe esto y por eso dice: “Hasta donde dependa de ustedes, hagan cuanto puedan...”. Por nada del mundo debería rehusarse el Cristiano a la reconciliación y a la paz cuando alguien la sugiere, porque sería un insulto al Señor. Por el contrario, éste debe tratar de hacer todo lo posible por preservar la paz donde esta exista y buscar el restablecimiento de ésta cuando ya no exista. No podemos vivir en paz con Dios y con nuestro Señor Jesucristo cuando no estamos listos para hacer las paces con los demás.

“Queridos hermanos, no tomen venganza ustedes mismos, sino dejen que Dios sea quien castigue; porque la Escritura dice: “A mí me corresponde hacer justicia; yo pagaré, dice el Señor.” San Pablo toma nuevamente lo que él ha dicho en dos versículos anteriores y les agrega algo más. ¿Cuán lejos podemos llegar en nuestro amor? ¿Debemos dejar el mal sin un castigo? ¿Acaso es un aliciente para la injusticia? Los Cristianos, de cualquier manera, estamos más expuestos a la injusticia que los demás, y por eso, algunas veces a ellos les gustaría vengarse. Es por eso que Pablo insiste en esto y se apeg a ello. No es cosa de dejar el mal sin castigo, sino de respetar la orden que Dios ha establecido; según éste el castigo y la venganza le corresponden a El y no son asunto nuestro. El hombre es pecador por naturaleza, por lo tanto es difícil ser buen juez, mientras que Dios es justo y santo. El Cristiano que se siente oprimido debe recurrir a El, pues tomar la justicia por nuestra propia mano o vengarse es asumir la función de Dios, es ocupar el lugar de Dios. Una cita del Antiguo Testamento confirma esto: “A mí me corresponde hacer justicia; yo pagaré, dice el Señor” (Deuteronomio 32:35).

“Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; así harás que le arda la cara de vergüenza.” Aquí Pablo está citando Proverbios 25:21-22. Esto es lo contrario de la venganza; y precisamente lo contrario es lo que quiere el Señor. “No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence con el bien, el mal.” “Así harás que le arda la cara de vergüenza.” El ardor de la cara se refiere a la mala conciencia que siente la persona cuando nota que usted ha respondido su maldad con amor. Su conciencia no lo deja en paz. Entonces, si Dios así lo quiere, la persona se arrepentirá y renunciará a su maldad. Cuando respondemos al mal con bondad, hasta tenemos la oportunidad de ganar el corazón del enemigo para el Evangelio.

“No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence con el bien, el mal.” Pagar mal con mal, significa que el mal nos ha vencido; que nos ponemos al mismo nivel que el enemigo y cometemos su mismo pecado. Esto es lo que busca Satanás cuando tienta a los Cristianos con la maldad que otros les hacen. El único deseo de él es que el Cristiano pague mal con mal y se comporte como la gente de este mundo, en vez de hacer lo que Jesucristo hizo. Triunfamos sobre el mal cuando perseveramos en hacer lo bueno y al no hacer lo malo a quien nos haya hecho daño. Triunfar sobre el mal es transformar el odio en amistad por puro amor y bondad. La bondad debe tener la última palabra en la vida del Cristiano. Por eso este capítulo finaliza con esta obra maestra de la caridad, con este grito de triunfo del amor Cristiano. En este capítulo el apóstol ha arreglado un hermoso ramillete de virtudes Cristianas, de acciones, pensamientos y actitudes a través de las cuales los hijos de Dios glorifican a Su Padre celestial y son la luz del mundo y la sal de la tierra (Mateo 5:13-16).

Resumen:

Los Cristianos deben ofrendarse enteramente a Dios como un sacrificio agradable a El. Ellos son miembros del mismo cuerpo. Usemos todos los dones que hemos recibido al servicio de los demás. Que todos los Cristianos traten de amarse mutuamente, que muestren su hospitalidad, que sean amables y útiles, y den prueba de su humildad. Que renuncien a toda venganza, y dejen que Dios castigue la maldad; y venzan al mal con el bien.

2. Romanos, capítulo 13

Todos deben someterse a las personas que ejercen la autoridad. Porque no hay autoridad que no venga de Dios, y las que existen, fueron puestas por él. Así que quien se opone a la autoridad, va en contra de lo que Dios ha ordenado. Y los que se oponen serán castigados; porque los gobernantes no están para causar miedo a los que hacen lo bueno, sino a los que hacen lo malo. ¿Quieres vivir sin miedo a la autoridad? Pues pórtate bien, y la autoridad te aprobará, porque está al servicio de Dios para tu bien. Pero si te portas mal, entonces sí debes tener miedo; porque no en vano la autoridad lleva la espada, ya que está al servicio de Dios para dar su merecido al que hace lo malo. Por lo tanto, es preciso someterse a las autoridades, no solo para evitar el castigo, sino como un deber de conciencia. También por esta razón ustedes pagan impuestos; porque las autoridades están al servicio de Dios, y a eso se dedican.

Denle a cada uno lo que le corresponde. Al que deban pagar contribuciones, páguenle las contribuciones; al que deban pagar impuestos, páguenle los impuestos; al que deban respeto, respétenlo; al que deban estimación, estímenlo (Romanos 13:1-7).

En el capítulo 12, Pablo enseñó cuáles son los deberes del Cristiano en el corazón de la Iglesia, la cual es un cuerpo con muchos miembros, y lo que son sus relaciones con sus hermanos y hermanas en la fe. El también amplió el rango de sus exhortaciones: enumeró sus obligaciones más importantes hacia las personas en general, es decir, en la sociedad. Ahora él habla acerca de los deberes hacia las autoridades. Este texto es fundamental; ya que explica de donde vienen las autoridades, por qué están aquí, cuál es su misión y cuáles son los deberes de los Cristianos hacia ellos.

No hay duda de que la epístola a los Romanos fue escrita antes de la Pascua del año 56, quizás antes del fin del año 55, mientras Pablo aún permanecía en Corinto. Nerón, uno de los primeros emperadores en perseguir a los Cristianos, reinaba en Roma. El ascendió al trono imperial en el 54 y gobernó hasta el 68. Antes de eso, hubo persecuciones aquí y allá, pero no habían llegado al punto de asesinar a los Cristianos. Después, las persecuciones se tornaron sangrientas. Una gran ola de persecuciones sacudió a Roma después del incendio de la ciudad en el 64; del cual Nerón acusó a los Cristianos, para así poderlos destruir más fácilmente. Estas persecuciones aumentaron y se volvieron algo común en el imperio, cuando las autoridades establecieron el culto al emperador y los Cristianos que querían permanecer fieles a Dios, se negaron a adorar al emperador como a una encarnación de los dioses. Debemos saber esto cuando leemos estas palabras donde el apóstol se expresa acerca de las relaciones entre la Iglesia y el estado.

“Todos deben someterse a las personas que ejercen la autoridad.” Esta es una orden de naturaleza general que le concierne a todos y a cada Cristiano en particular. Existen diferentes tipos de autoridad, en la familia, en la ciudad, en la escuela, en el trabajo, a nivel regional y finalmente a nivel nacional. Por eso el apóstol afirma la existencia de una jerarquía social y la necesidad de que la mayoría de los habitantes de un país se sometan a una minoría que tiene el poder y la autoridad. Aquí él también nos da la razón de esto: “Porque no hay autoridad que no venga de Dios, y las que existen, fueron puestas por él.” El repite la misma cosa dos veces para enseñarla claramente, la primera vez negativamente y luego positivamente. En este mundo no hay autoridades que no vengan de Dios; y Dios ha establecido todas las que existen. Primero, él manifiesta un principio general, luego él aplica este principio a las autoridades existentes. El no habla de la monarquía, de la república, de la democracia o de cualquier sistema político existente, él se contenta con señalar que Dios ha instituido a todas las autoridades que hayan; y por lo tanto debemos someternos a ellas.

Muchas autoridades han utilizado la violencia o la revolución para establecerse, y Dios ha tolerado eso. Este fue el caso de Jeroboam en el Antiguo Testamento, de la Revolución Francesa en 1789 y de muchas formas de dictadura. Podíamos comenzar con el comunismo, pero ha habido y habrán otras más. ¿Cuándo tenemos el derecho a resistirnos a una autoridad, y hasta de derrocar a un régimen? Estas son preguntas difíciles para las cuales el apóstol no da una respuesta. En un caso específico, cuando las autoridades de Israel quisieron prohibir que los apóstoles predicaran el Evangelio, ellos respondieron: “Juzguen ustedes mismos si es justo delante de Dios obedecerlos a ustedes en lugar de obedecerlo a él... Es nuestro deber obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 4:19, 5:29). En este caso específico, la situación era muy clara y los apóstoles no dudaron, y a menudo este es el caso. Pero muchas veces no está del todo claro. Cualquiera que sea la situación, el apóstol no quiere discutirlo. Comenzando por el

principio de que las autoridades cumplen bien con sus responsabilidades, él les pide a sus lectores que se sometan a ellas. Pero debemos hacer la distinción entre el ámbito natural y en el espiritual. En el campo espiritual, Dios sabe cómo usar, y muchas veces lo hace, a los que no creen para alcanzar sus objetivos, gobernar a la gente y cuidar de su bienestar. Pero esto no quiere decir que El apruebe sus pecados. Por lo tanto, el Cristiano debe distinguir entre la persona y el oficio que ella desempeña, entre las convicciones religiosas de un magistrado y el cargo que ocupa. Mientras las autoridades cumplan fielmente con la tarea que tienen y ellos vean por la justicia, la seguridad y la paz, nosotros debemos obedecerlas; porque esa es la razón por la cual Dios las estableció, ¡sean Cristianas o no!

El apóstol concluye: “Así que quien se opone a la autoridad, va en contra de lo que Dios ha ordenado. Y los que se oponen serán castigados.” Cuando nos resistimos ante una autoridad que cumple fielmente su deber; nos resistimos a Dios. Y los que actúen así “serán castigados.” No hay duda de que esta condenación es el castigo que la autoridad inflige como el castigo que Dios mismo manda sobre aquellos que desafían a Sus instituciones y lo desobedecen. El ahora utiliza a las autoridades para castigar a los rebeldes, pero les espera un mayor castigo en el Día del Juicio, que es el castigo que El mismo impondrá. Los rebeldes siempre trabajan para su calamidad, aunque a veces Dios les permite triunfar por razones que sólo El conoce. Pero El también sabe como castigar a un mal gobierno haciendo que éste llegue a su fin y sustituyéndolo. Piensen en el Rey Saúl en el Antiguo Testamento, o en un tiempo más reciente, en Hitler y otros dictadores. Sus acciones casi siempre están más allá de nuestro entendimiento, tanto en el Reino de la gracia como en los reinos de este mundo.

“Porque los gobernantes no están para causar miedo a los que hacen lo bueno, sino a los que hacen lo malo. ¿Quieres vivir sin miedo a la autoridad? Pues pórtate bien, y la autoridad te aprobará, porque está al servicio de Dios para tu bien.” Pablo va a definir la razón de la existencia de las autoridades y el objetivo de la institución divina. Ellas están allí para observar las acciones de las personas, para juzgarlas y castigar a los que causan el mal. Esto tiene que ver con las acciones externas que vienen con la vida social, y no los pensamientos de nuestro corazón ni las motivaciones internas. Las autoridades civiles son responsables de la moralidad externa que dicta la conciencia humana, del buen orden, la disciplina, la justicia, y de la prosperidad y la paz. Ese es su radio de acción, y ellos deben ser temidos en su responsabilidad; el temor es el único motivo que impulsa al hombre natural a la obediencia y a la justicia civil. En todos los países del mundo existe el temor al uniforme, y en eso todos estamos de acuerdo. Ver a un policía o pensar que estaremos parados frente a un juez evita que hagamos algo malo.

“Pues pórtate bien, y la autoridad te aprobará, porque está al servicio de Dios para tu bien.” Literalmente, la autoridad es un diácono de Dios. Está al servicio del Señor y es responsable de la tarea que Dios le ha encomendado. No por la misma razón que los Cristianos, que le pertenecen a Dios en cuerpo y alma, y se someten totalmente a Su voluntad, sino simplemente debido a su función, porque el Señor usa a la autoridad para dirigir y gobernar, aunque quien la detente no sea creyente. Un pueblo estaría muy bien aconsejado al tener verdadero Cristianos en el gobierno, pues son gente que lucha con todas sus fuerzas contra la injusticia y la corrupción. No obstante, y esto debemos decirlo con mucha firmeza, no es esencial que los que gobiernan sean creyentes. El apóstol dice que ellos están allí para nuestro bien, sin importar cuales sean sus convicciones religiosas. Es por eso que en otra epístola él exhorta a los Cristianos a orar por

ellos: “Ante todo recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias a Dios por toda la humanidad. Se debe orar por los que gobiernan y por todas las autoridades, para que podamos gozar de una vida tranquila y pacífica, con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agrada a Dios nuestro Salvador” (1 Timoteo 2:1-3). Pedro, por su parte, escribe: “Por causa del Señor, sométanse a toda autoridad humana: tanto al emperador, porque ocupa el cargo más alto, como a los gobernantes que él envía para castigar a los malhechores y honrar a los que hacen el bien...Den a todos el debido respeto. Amen a los hermanos, reverencien a Dios, respeten al emperador” (1 Pedro 2:13-14, 17).

Debemos obedecer a las autoridades porque Dios las estableció para el bien de la gente. “Porque está al servicio de Dios para tu bien. Pero si te portas mal, entonces sí debes tener miedo; porque no en vano la autoridad lleva la espada, ya que está al servicio de Dios para dar su merecido al que hace lo malo.” El emperador y sus representantes en las distintas provincias del imperio solían llevar una espada o hacían que las llevaran delante de ellos en las procesiones. Esta espada simbolizaba el poder que tenían. En latín llamamos a esto “*jus gladii*,” la Espada de la Justicia. Ellos tenían el poder para castigar a los que hacían lo malo con diversas multas o sentencias de prisión, ellos además tenían el poder para imponer la pena capital y para hacer que los criminales fuesen ejecutados. Cuando la autoridad condena a muerte a los criminales, está usando la autoridad que Dios le ha confiado, está a Su servicio y cumpliendo la misión que le han encomendado. La Biblia da la pena de muerte a los que matan. Está claro que no la impone como una regla que deba ser aplicada en todas partes y en todo momento, pero debemos reconocer que no hay nada en las Escrituras que nos permita rechazarla. Nadie tiene derecho de matar, y Dios protege la vida de las personas cuando El les otorga a las autoridades el poder de sentenciar a muerte a los asesinos. Matar está categóricamente prohibido, excepto en defensa propia, naturalmente, lo cual está previsto en la ley. Eso también significa que el gobierno tiene el poder de reunir a un ejército para defender al país contra una agresión. La guerra siempre es mala, porque ocasiona mucho derramamiento de sangre y trae mucho sufrimiento de mucha gente inocente; pero a veces es un mal necesario. No hace falta decir que la mayoría de las guerras, tanto civiles como de otro tipo, son profundamente injustas y sólo sirven los intereses de los que están combatiendo.

Es verdad que las autoridades muchas veces han abusado del derecho de aplicar la pena capital a los criminales, y han ejecutado a personas inocentes y a todos aquellos que les han causado problemas, sin haberlos llevado antes a un juicio justo. Han habido y sin duda todavía hay muchos abusos contra los cuales es importante luchar, pero con la condición de que usemos medios legítimos, y no sembremos la anarquía y el desorden. Cuando las autoridades se exceden en sus derechos, no están siendo fieles a la misión que se les ha confiado. Pero exceptuando estos casos particulares, debemos sostener con Pablo y con todas las Santas Escrituras que las autoridades son una institución divina y que ejercen una función que les viene de Dios. Es una misión para la cual ellos deberán rendir cuentas algún día. Esto es lo que los profetas no dejaron de recordarles a los Reyes de Israel.

“Por lo tanto, es preciso someterse a las autoridades, no solo para evitar el castigo, sino como un deber de conciencia.” Someterse a las autoridades “como un deber de conciencia” significa hacerlo, no porque estemos obligados y no nos queda otra salida, y arriesgarnos al castigo; sino porque reconocemos que su poder viene de Dios y que ellas están a Su servicio. Aún donde los

Cristianos vean las injusticias de un gobierno, ellos no deben deshonrarlo ni rechazarlo, sino actuar como si ellos fueran capaces de luchar contra el mal. Algunas veces esto se hace no renovando el mandato de los que gobiernan y confiándole esta misión a otras personas. Noten la noble idea que Pablo tiene acerca de un gobierno, no se debe a sus personalidades, sino a sus funciones, las cuales, por definición, son útiles y beneficiosas.

“También por esta razón ustedes pagan impuestos; porque las autoridades están al servicio de Dios, y a eso se dedican.” Un país no puede vivir sin impuestos para pagar a los gobernantes y a los que cuidan del bienestar de sus habitantes. Para esto se necesita trabajar y planificar, construir carreteras y puentes, conducir el agua y la electricidad, construir un sistema educativo para la gente joven, y hospitales para atender a los enfermos, provisiones para las pensiones de jubilación de las personas mayores, etc. El gobierno necesita dinero para todo eso. Es para esto que el Cristiano paga sus impuestos, al igual que lo hizo Jesús (Mateo 17:24-27). Un Cristiano no tiene derecho a evitar que esto se haga. Idealmente, los impuestos deben ser distribuidos equitativamente y deben ser proporcionales a los recursos de las personas; pero a nadie se le debe permitir estar exento de hacerlo. Jesús mismo ha dicho que el que trabaja merece su salario (Lucas 10:7). Esto también es cierto con respecto a los que ejercen la autoridad. El dinero es necesario para eso. Esta es la razón de los impuestos que pagamos por nuestros ingresos (impuestos directos) y por las cosas que compramos (impuestos indirectos). Tal como lo hemos señalado antes, no es solamente para su sustento personal, sino también por muchas cosas que un país necesita mantener el orden, la justicia y el bienestar.

“Denle a cada uno lo que le corresponde. Al que deban pagar contribuciones, págúenle las contribuciones; al que deban pagar impuestos, págúenle los impuestos; al que deban respeto, respétenlo; al que deban estimación, estímenlo.” Contribuciones, impuestos, respeto, y estimación. Estas son las cuatro cosas más importantes que les debemos a las autoridades. No es el temor, del cual hablamos anteriormente, temor al castigo (13:3-4), sino el respeto que las autoridades deben inspirarle a las personas razonables sobre la noble misión que ellos ejercen. “Respeto” y “estimación” son sinónimos. Ambas vienen de apreciar la importancia y el valor de las autoridades. Un niño Cristiano verá con amor, mostrará respeto y gratitud, y obedecerá a sus padres porque sabe que son las personas a quienes Dios ha encomendado su crianza y educación. Lo mismo pasa con las autoridades. Cuando sabemos que Dios las ha instituido y que las usa para cumplir Su obra y permitir que la gente viva, sentimos hacia ellas una mezcla de respeto y gratitud. Desdichadamente, el hombre pecador tiene la costumbre de dañar las obras de Dios. Por ejemplo, lo que es verdad con respecto al sexo y el matrimonio, también es cierto con respecto a las autoridades: esta noble y hermosa institución es la fuente de numerosos abusos e injusticias. Pero eso es de otro capítulo. Pablo sabía eso tan bien como nosotros, pero no impidió que escribiera este capítulo 13 de su epístola a los Romanos.

No tengan deudas con nadie, aparte de la deuda de amor que tienen unos con otros; pues el que ama a su prójimo ya ha cumplido todo lo que la ley ordena. Los mandamientos dicen: “No cometas adulterio, no mates, no robes, no codicies”; pero estos y los demás mandamientos quedan comprendidos en estas palabras: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” El que tiene amor no hace mal al prójimo; así que en el amor se cumple perfectamente la ley.

En todo esto tengan en cuenta el tiempo en que vivimos, y sepan que ya es hora de despertarnos del sueño. Porque nuestra salvación está más cerca ahora que al principio, cuando creíamos en el mensaje. La noche está muy avanzada, y se acerca el día; por eso dejemos de hacer las cosas propias de la oscuridad y revistámonos de luz, como un soldado se reviste de su armadura. Actuemos con decencia, como en pleno día. No andemos en banquetes y borracheras, ni en inmoralidades ni vicios, ni en discordias y envidias. Al contrario, revístanse ustedes del Señor Jesucristo, y no busquen satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana (Romanos 13:8-14).

Pablo acaba de señalar que los hombres le “deben” a las autoridades impuestos, contribuciones, respeto y estimación. Es un deber que debemos cumplir. El Cristiano siempre tiene que pagar sus deudas, bien sean morales o de dinero. “No tengan deudas con nadie.” No obstante, hay una deuda que jamás podemos pagar, que nunca nos abandona, y esta es la deuda del amor: “la deuda de amor que tienen unos con otros.” El amor es una deuda permanente. Es algo que siempre le debemos a otros. Quien crea que ha amado lo suficiente y que no le debe amor alguno a su prójimo, no ha comprendido la voluntad de Dios, y es víctima de un gran error. Pablo escribió: “El amor jamás dejará de existir... Tres cosas hay que son importantes: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más importante de las tres es el amor” (1 Corintios 13:8, 13).

“Pues el que ama a su prójimo ya ha cumplido todo lo que la ley ordena.” El amor es lo opuesto al orgullo egoísta: ya que lejos de refugiarse en sí mismo, el Cristiano debe ir hasta su prójimo y para demostrarle su afecto y ayudarlo. Es por el amor que cumplimos la Ley: “Los mandamientos dicen: “No cometas adulterio, no mates, no robes, no codicies”; pero estos y los demás mandamientos quedan comprendidos en estas palabras: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” Pablo prácticamente da una lista de todos los Mandamientos del Decálogo. El amor es la suma de todos ellos. Demostrar amor es: no cometer adulterio lo cual significa no destrozar el matrimonio de uno o el de su prójimo; no robar o codiciar los bienes del prójimo, ni atentar contra su vida. “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” Esto resume la segunda tabla de la Ley; ha sido tomada de Levítico 19:18. Jesús dijo: “Así pues, hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes; porque en eso se resumen la Ley y los Profetas” (Mateo 7:12). Y el Señor le contó la parábola del Buen Samaritano al maestro de la Ley que preguntó quién era prójimo: el prójimo es todo el que me necesite, aunque sea un desconocido o un enemigo (Lucas 10:30-37).

“El que tiene amor no hace mal al prójimo; así que en el amor se cumple perfectamente la ley.” Casi todos los Mandamientos son enunciados negativos: le dicen a los hombres lo que no deben hacer. Esa probablemente es la razón por la cual el apóstol también usa una expresión negativa: “El que tiene amor no hace mal al prójimo.” Por lo tanto, es el cumplimiento de la Ley. No es suficiente ser recto y honrado, amar la verdad y la honestidad, a fin de cumplir los mandamientos divinos. Para eso es necesario el amor. Pablo mismo lo dijo: “Yo voy a enseñarles un camino mucho mejor. Si hablo las lenguas de los hombres y aún de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido. Y si tengo el don de profecía, y entiendo todos los designios secretos de Dios, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aún si entrego mi propio cuerpo para tener de qué enorgullecerme, pero no tengo amor, de nada me sirve” (1 Corintios 13:1-3). Resulta obvio que podemos hacer el bien sin amor a

nuestro alrededor. Pero Dios conoce los corazones. Ni las acciones más nobles, ni las conductas más hermosas, tienen validez alguna ante Sus ojos si no están motivadas por el amor.

De esta exposición acerca de las autoridades y el amor, se ve claramente que el apóstol no es un antinomista. El no rechaza la Ley. El ha enseñado muy claramente que sólo la fe, sin las obras de la Ley, justifica (Romanos 3 al 5). Sin embargo, él habla de una necesidad de cumplir la Ley. No para ser justificados y salvarnos, sino porque la justificación por medio de la fe en Cristo es gratuita, y así, al cumplirla, le demostramos nuestro amor y nuestra gratitud. El hombre no realiza buenas obras para ganar el cielo, sino porque Cristo le ha ofrecido el cielo. ¡Felizmente, de todos modos alabemos al Señor! De hecho, si las puertas del cielo se abrieran a condición de que una persona ame a Dios con todo su corazón y su alma, y a su prójimo como a sí mismo, ellas estarían cerradas para siempre. De hecho, ¿quién entre los hombres puede quedar libre de esta deuda permanente?

“En todo esto tengan en cuenta el tiempo en que vivimos, y sepan que ya es hora de despertarnos del sueño. Porque nuestra salvación está más cerca ahora que al principio, cuando creíamos en el mensaje. La noche está muy avanzada, y se acerca el día.” El apóstol está finalizando este capítulo. El dirige a sus lectores hacia lo que les espera, hacia la salvación que Dios les ha ofrecido y que El guarda para ellos en el cielo. El recuerda el día del Señor, indica que está cerca; y así da una urgencia a su exhortación. Es urgente que marchemos por el camino de los Mandamientos divinos y vivamos en amor, porque la salvación “está más cerca ahora que al principio, cuando creíamos en el mensaje.” Literalmente esto quiere decir: “cuando nos convertimos a Cristo por primera vez.” La noche “está muy avanzada” y el día “se acerca.” Los creyentes esperan el regreso del Señor. Ese día cuando El juzgará a los vivos y a los muertos será para ellos el día de la liberación. Ellos saben que está cerca, que viven en el fin de los tiempos. Es por esto que ellos deben tratar de caminar con obediencia a Dios y amor al prójimo.

“Y sepan que ya es hora de despertarnos del sueño.” El apóstol no habla de una hora de sesenta minutos. Aquí esa palabra denota un momento preciso (Mateo 8:13, 24:26; Juan 2:4; 1 Juan 2:18). Dependiendo del caso, puede designar a un breve instante o a todo un período de la historia del mundo. “Ya es hora de despertarnos del sueño.” La noche está aquí para dormir, pero cuando el sol brilla en el cielo, es hora de levantarse. El día del Señor se aproxima, por lo tanto debemos levantarnos, ponernos a trabajar y actuar. Algunas veces los Cristianos se encuentran en un estado de apatía espiritual y de pereza. Ellos no están conscientes de los peligros que representan para ellos el pecado, el mundo y Satanás. O no comprenden que es urgente que ellos demuestren su fervor y se preparen para el regreso del Señor. “La salvación está más cerca.” Para cada Cristiano, la hora de la salvación es particularmente la hora de su muerte, porque es entonces cuando él irá a donde está Su Señor (Lucas 23:43; Filipenses 1:23). La salvación está cerca para quien es fiel y permanece en la fe hasta el final. En cuanto a la Iglesia, la hora de la salvación será la de la parusía, cuando Cristo vuelva. La proximidad de ese día es una invitación apremiante a la santificación, al despertar y a la acción vigilante. Los Cristianos deben ser como los siervos que esperan el regreso de su patrón (Mateo 24:36-51).

El apóstol le pide a los creyentes que se despierten de su sueño cuando les dice: “La noche está muy avanzada, y se acerca el día.” Luego añade: “por eso dejemos de hacer las cosas propias de la oscuridad y revistámonos de luz, como un soldado se reviste de su armadura.” El continúa con

la misma imagen que ha estado utilizando: cuando ustedes se levantan, se quitan sus ropas de dormir y se visten con la ropa que usan durante el día. No salimos a la calle en pijamas. Pero en lugar de estar hablando de ropa, Pablo habla de usar “las cosas propias de la oscuridad,” y de revestirnos de luz, como un soldado con su “armadura.” Los Cristianos son soldados, personas que van a la guerra. Ellos combaten la buena pelea de la fe. En la Biblia, la noche y la oscuridad son imágenes del pecado y del mal. Los borrachos se embriagan durante la noche; en la noche los ladrones van a robar y los pandilleros y todo tipo de hacedores del mal salen a cometer sus fechorías. Que “dejemos de hacer las cosas propias de la oscuridad” quiere decir que renunciemos al mal, que digamos que no al pecado, a alejarnos de la injusticia. Revestirse “de su armadura,” quiere decir tomar las armas del Señor Jesucristo, quien es la luz del mundo y el que le pide a los Cristianos que también lo sean (Mateo 5:14-16), Los Cristianos deben perseverar en la fe hasta la victoria final y para eso ellos necesitan armas potentes (Efesios 5:8-14, 6:11-17).

“Actuemos con decencia, como en pleno día. No andemos en banquetes y borracheras, ni en inmoralidades ni vicios, ni en discordias y envidias. Al contrario, revístanse ustedes del Señor Jesucristo, y no busquen satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana.” El apóstol utiliza la primera persona del plural. El se incluye a sí mismo en sus exhortaciones. El predica para otros, pero también para él mismo. Eso es lo que hace todo predicador fiel de la Palabra de Dios. El peligro de adormecerse, de bajar la guardia, de volvernos apáticos y negligentes es una amenaza para todo Cristiano. Este peligro incluye hasta los líderes de la Iglesia. Los entornos Gentiles en los cuales viven los hijos de Dios constituyen una permanente tentación para ellos, son una tentación diaria. Roma, en particular, era la fortaleza de la inmoralidad. Todos los días, los Cristianos deben vivir en tentación. No hay duda de que el espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil (Mateo 26:41). Por lo tanto, necesitan de estas exhortaciones.

En el Bautismo nos hemos revestido en Cristo (Gálatas 3:27) y debemos revestirnos de El todos los días, ya que revestidos en Su santidad por el perdón de nuestros pecados, debemos revestirnos de Sus sentimientos y de Sus virtudes. En una palabra, El es nuestro Salvador, y también nuestro camino; - el mejor ejemplo que tienen los hombres. Los Cristianos no están al servicio de la carne; ellos no necesitan cuidar de ella, ni querer “satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana.” Ellos son siervos de otra persona, ¡de un Patrón mucho más grande, noble y justo!

Resumen:

Los Cristianos deben obedecer a las autoridades, porque Dios las ha instituido y las ha encargado de cuidar de la seguridad, la justicia, y el bienestar de los pueblos y las naciones. Que los Cristianos practiquen también el amor entre los que los rodean, porque el amor es el cumplimiento de la Ley. Y finalmente, que se despierten porque el día final se acerca. Que renuncien a las obras de la oscuridad y caminen en la luz, porque Cristo vendrá pronto. ¡Que estén listos para Su regreso!

3. Los fuertes y los débiles adoran a Dios de igual modo por la fe y deben vivir juntos sin despreciarse ni juzgarse mutuamente (Romanos 14:1-15:3)

Reciban bien al que es débil en la fe, y no entren en discusiones con él. Por ejemplo, hay quienes piensan que pueden comer de todo, mientras otros, que son débiles en la fe, comen solamente verduras. Pues bien, el que come de todo no debe menospreciar al que no come ciertas cosas; y el que no come ciertas cosas no debe criticar al que come de todo, pues Dios lo ha aceptado. ¿Quién eres tú para criticar al servidor de otro? Si queda bien o queda mal, es asunto de su propio amo. Pero quedará bien, porque el Señor tiene poder para hacerlo quedar bien.

Otro caso: Hay quienes dan más importancia a uno que a otro, y hay quienes creen que todos los días son iguales. Cada uno debe estar convencido de lo que cree. El que guarda cierto día, para honrar al Señor lo guarda. Y el que come de todo, para honrar al Señor lo come, y da gracias a Dios; y el que no come ciertas cosas, para honrar al Señor deja de comerlas, y también da gracias a Dios (Romanos 14:1-6).

En el capítulo 13, el apóstol le presentó a sus lectores unas exhortaciones muy concretas y precisas para la santificación, aunque de una naturaleza general. Eran acerca de las relaciones con los hermanos y las hermanas en la fe en la Iglesia, o acerca de las relaciones con el prójimo en general. En el Capítulo 14, él hablará sobre un tema particular en la vida de la Iglesia: las relaciones entre los que son débiles en la fe, y los que no lo son. Esas relaciones no siempre son fáciles y pueden causar tensiones y conflictos. Aunque él no ha estado en Roma todavía, él tenía muchos amigos en la ciudad que, sin duda, le habían informado acerca de la situación en la iglesia y de su problema.

“Reciban al que es débil en la fe, y no entren en discusiones con él.” En toda congregación Cristiana hay personas que son débiles en la fe, y otras que no lo son. Las proporciones de los débiles con respecto a los otros puede variar de una congregación a otra. “Y no entren en discusiones con él.” Pablo no quiere que la gente pelee por sus opiniones particulares. El no habla de dogmas, verdades que las Santas Escrituras revelan, ni sobre los mandamientos que la Biblia señala claramente. En este campo no podemos tener opiniones diferentes. No, esto tiene que ver con cuestiones donde la Biblia no expresa una opinión y por lo tanto, donde se debe permitir la libertad Cristiana. Entre los Cristianos de Roma hubo un debate acerca de los alimentos. Fue un asunto de que si podían comer de todo, incluyendo la carne proveniente de los sacrificios a dioses paganos, o si debían negarse a comer esa carne: “Por ejemplo, hay quienes piensan que pueden comer de todo, mientras otros, que son débiles en la fe, comen solamente verduras.” Algunos estaban convencidos de que no estaban transgrediendo la Ley de dios ni ofendían a su Señor cuando comían de todo, si averiguar el origen ni la naturaleza de esa comida; ellos creían que actuaban de una manera que fuera completamente acorde con el Cristianismo. Naturalmente, tal convicción se basa en la fe que justifica, en la seguridad de que Dios en Su gracia perdona a todos los que creen en Su Hijo Jesús. Un Cristiano que basa su vida en la fe en Cristo siempre quiere actuar con convicción y con una buena conciencia.

Por otra parte, otros Cristianos, que son igualmente sinceros, no quieren comer la carne sacrificada a los ídolos. Su conciencia se los prohibía porque ellos pensaban que ofenderían a

Dios. Por lo tanto, evitaban consumir carne, o hacían preguntas sobre ella antes de comerla para asegurarse de que no viniera de un templo pagano. La iglesia de Corinto tuvo el mismo problema (1 Corintios 8). ¿Quiénes tenían la razón? Ellos seguramente consultaron al apóstol quien ahora trataba de contestarles. Primero, él menciona la primera regla: “Pues bien, el que come de todo no debe menospreciar al que no come ciertas cosas; y el que no come ciertas cosas no debe criticar al que come de todo, pues Dios lo ha aceptado.” Señalando así lo que ambos no deberían hacer. Los unos no debían despreciar a los otros y ellos, por su parte, no debían condenarlos.

Y ¿por qué no debía el más fuerte despreciar al más débil, ni el más débil juzgar al más fuerte? ¿Por qué no debían reírse de los que tenían una conciencia delicada que impedía que hicieran ciertas cosas? Y ¿por qué no debían los otros juzgar a aquellos a quienes su conciencia no los molestaba con respecto a ciertas cosas que la Biblia ni censura ni prohíbe? Porque Dios “ha aceptado” tanto a los unos como a los otros. “¿Quién eres tu para criticar al servidor de otro? Si queda bien o queda mal, es asunto de su propio amo. Pero quedará bien, porque el Señor tiene poder para hacerlo quedar bien.” Ambos tienen a Jesús como su Señor y quieren servirle. Si alguien queda bien o cae, eso le concierne a su Patrón y no a otros. Los otros no deben juzgar porque no pueden. Es su patrón, y sólo él, es quien decide si él ha quedado bien, es decir, si le ha sido fiel, o por el contrario, ha caído, es decir, si le ha sido infiel. En términos más simples: Si él obedece y si cumple su deber o no.

“Otro caso: Hay quienes dan más importancia a uno que a otro, y hay quienes creen que todos los días son iguales. Cada uno debe estar convencido de lo que cree.” Algunas personas hacen diferencia entre los días, no creen que todos sean iguales, sino que consideran que unos días son más santos que otros. Por lo tanto, ellos desean adorar al Señor algunos días y no en otros. En esos días, ellos no deben trabajar. ¿Tienen ellos que consagrar ciertos días del año y un determinado día de la semana a Dios, Su Palabra y a Su adoración, para avanzar en la fe y la piedad? He aquí la respuesta de Pablo: ¡Esto no importa, siempre y cuando tengamos una buena conciencia en todo y estemos totalmente convencidos!

En este punto estamos hablando de un *adiaphoron*. Pablo le escribe a los Colosenses: “Por tanto, que nadie los critique a ustedes por lo que comen o beben, o por cuestiones tales como días de fiesta, lunas nuevas o sábados. Todo esto no es más que la sombra de lo que ha de venir, pero la verdadera realidad es Cristo” (Colosenses 2:16-17). Por tanto, el Señor nos prohíbe que juzguemos a otros por la comida que comen o si ellos observan el Sabbath o algún otro día festivo. Donde las Santas Escrituras no expresan una opinión, hay libertad que nadie puede quitarle a los Cristianos.

“El que guarda cierto día, para honrar al Señor lo guarda. Y el que come de todo, para honrar al Señor lo come, y da gracias a Dios.” Algunos Cristianos creen que algunos días son particularmente santos y, por eso, deberíamos consagrarlos al Señor. Ellos hacen esto por una buena razón, y esta es buena. Es su manera de servirle al Señor. Forma parte del culto que quieren rendirle a El. Así mismo, algunos Cristianos comen de todo sin hacer preguntas. Ellos no preguntan si esta o aquella comida es impura o está contaminada, porque nada que el Señor ha creado es impuro en sí mismo. Por eso ellos comen de todo sin atormentar su conciencia. Y eso también es bueno, porque ellos también quieren servir al Señor y están convencidos de que lo están haciendo. Nosotros no debemos juzgarlos.

Y después están los otros: “Y el que no come ciertas cosas, para honrar al Señor deja de comerlas, y también da gracias a Dios.” Algunos temen comer alimentos impuros y, por lo tanto, se abstienen de comer carne, particularmente la carne que proviene de los templos paganos. Como ellos no saben de donde viene la carne propuesta, ellos prefieren abstenerse de comerla. Ellos también quieren servir al Señor y hacerlo con sinceridad. Eso también es bueno, y no debemos despreciarlos. Podemos servirle al Señor cuando consideramos que un día es más santo que otros, y podemos servirle cuando consideramos santo a cualquier día del año. Es esencial hacerlo con una buena conciencia y con la voluntad de servirle a Dios. Jesús dijo a Sus discípulos: “Si ustedes se mantienen fieles a mi Palabra, serán de veras mis discípulos; conocerán la verdad, y la verdad los hará libres (Juan 8:31-32). Pablo habla de la libertad que los Cristianos tenemos en Cristo (Gálatas 2:4) y señala que El nos dio libertad para que seamos libres (Gálatas 5:1). Pablo también declara que El nos ha llamado a la libertad (Gálatas 5:13). En otra parte él escribe: “Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Jesucristo es el fin de la Ley para la justificación de todos los que creen (Romanos 10:4). El ha liberado a los creyentes de la nueva alianza del yugo de la antigua Ley, terminó con muchas regulaciones rituales, las reglas que Dios le había dado al pueblo de la antigua Alianza; porque ellos eran la sombra, y apuntaban hacia las cosas por venir. Los Cristianos ya no están obligados a observar esos rituales los cuales se cumplieron en la obra de Jesús. Ya no es esencial que comamos carne o no, u observemos ciertos días en lugar de otros; sino actuar con una buena conciencia y querer servir a Dios en todas las cosas. En la materia esencial, entre los Cristianos de Roma no había diferenciación entre fuertes y débiles en la fe.

Ninguno de nosotros vive para sí mismo ni muere para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos. De manera que, tanto en la vida como en la muerte, del Señor somos. Para eso murió Cristo y volvió a la vida: para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos.

¿Por qué, entonces, criticas a tu hermano? ¿O tú, por qué lo desprecias? Todos tendremos que presentarnos delante de Dios, para que él nos juzgue. Porque la Escritura dice: “Juro por mi vida, dice el Señor, que ante mí todos doblarán la rodilla y todos alabarán al Dios.”

Así pues, cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta de sí mismo a Dios (Romanos 14:7-12).

Este es un maravilloso texto de las Santas Escrituras, una extraordinaria fuente de alegría y consuelo. El apóstol allí señala un principio general: Los Cristianos no viven para sí mismos. Ellos no actúa por cuenta propia, como les provoque; porque están al servicio del Señor, a quien le pertenecen, ahora y para siempre, tanto en la vida como en la muerte. Vivos o muertos, el Cristiano le pertenece a Dios. Y cuando pertenecemos a El de manera general, también le pertenecemos en las situaciones concretas de nuestra vida. Ya sea vivos o muertos, los creyentes tienen la firme de voluntad de servir a Dios que los ha redimido a un gran precio. No hay excepción a esta regla, de modo que quien no tenga esta voluntad, simplemente no es un Cristiano.

“Si vivimos, para el Señor vivimos.” “Porque para mí, seguir viviendo es Cristo,” señaló Pablo (Filipenses 1:21). O nuevamente en otra parte: “Y ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí” (Gálatas 2:20). La vida entera del Cristiano está dedicada a El quien la ha redimido por Su sacrificio. “Si morimos, para el Señor morimos.” La muerte es una necesidad que no deseamos y de la cual nos gustaría escapar. Pero el Cristiano acepta la muerte que Dios le tiene reservada, en el tiempo y de la forma en que esta ocurra. ¿No sabe él a dónde va, a dónde lo conducirá la muerte? Pablo dijo: “Y morir una ganancia” (Filipenses 1:21). En esto también, el Cristiano quiere probar su obediencia y honrar a Su Dios: El acepta la muerte, cuando el Señor lo llama a venir a El y éste acepta la muerte por El, con fe en Sus promesas.

Si nos dedicamos así a Dios, es porque le pertenecemos: “De manera que, tanto en la vida como en la muerte, del Señor somos.” Pertenecemos a El en la vida y en la muerte. La muerte no puede terminar nuestra relación con El. “Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán ni nadie me las quitará. Lo que el Padre me ha dado es más grande que todo, y nadie se lo puede quitar. El Padre y yo somos uno solo” (Juan 10:28-30). Ni la muerte ni la vida puede separarlos del amor que Dios ha demostrado en Jesucristo, su Señor (Romanos 8:38-39). Esto es lo que los creyentes confiesan en sus oraciones y en algunos de los himnos más hermosos.

“Para eso murió Cristo y volvió a la vida: para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos.” Los Cristianos pertenecen al Señor porque El ha muerto y vuelto a la vida otra vez. El apóstol ya ha dicho por qué: El murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (4:25). Por eso, El se convirtió en el Señor de todas las cosas, el Señor de los vivos y de los muertos. En el Bautismo nos hemos revestido en Cristo; por eso los Cristianos le pertenecen tanto en la vida como en la muerte. El será su Señor aún cuando ellos mueran. Sin duda alguna, ellos viven para El (Lucas 20:38). Los Cristianos que han muerto son “la comunidad de los primeros hijos de Dios inscritos en el cielo. Se han acercado a Dios, el juez de todos, a los espíritus de los hombres buenos que Dios ha hecho perfectos (Hebreos 12:23). Esto es verdad para cada uno de ellos. Esta gloriosa verdad prohíbe que los creyentes luchen por la adífora, las cosas que Dios ni ha proscrito ni prohibido, que ellos se peleen por las cosas que comen o beben. Ellos saben a qué precio fueron redimidos, y que vínculo tan indestructible los une a Cristo; ellos deben hacer de todo para superar diferencias de este tipo.

“¿Por qué, entonces, criticas a tu hermano? ¿O tú, por qué lo desprecias? Todos tendremos que presentarnos delante de Dios, para que él nos juzgue.” ¿Por qué el débil juzga al más fuerte, y los fuertes desprecian a los débiles? Resulta inconcebible cuando sabemos que vamos a comparecer ante Dios para que nos juzgue. Nuestro juez está arriba, en el cielo. ¡Gracias a Dios que El no es un ser humano que podría errar o cometer un error en un juicio! Es Dios en persona. ¿Dios o Jesús? La pregunta ha sido enunciada de una manera deficiente, porque Jesús es Dios. De cualquier modo, la Biblia enseña ambas cosas: que Dios juzgará al mundo y que Jesús lo juzgará. De hecho, Dios juzgará al mundo por medio Jesús, porque El también murió y lo redimió (Juan 5:22; Hechos 17:31). “Porque la Escritura dice: “Juro por mi vida, dice el Señor, que ante mí todos doblarán la rodilla y todos alabarán al Dios.” Así pues, cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta de sí mismo a Dios.” Esta es una cita tomada de Isaías 45:23. Pablo cree en la inspiración de todas las Escrituras, pero ¡él favorece al profeta Isaías! ¿Cuántas veces no lo ha citado él en

esta epístola? Como Dios es el juez de todos, todos tendremos que responder por nuestros actos ante El. Como los Cristianos saben que todos tenemos que rendirle cuentas a Dios, uno por uno, ellos dejarán de despreciarse y juzgarse entre sí, dejarán de erigirse en jueces, porque sólo Dios puede ser juez. ¡Y eso es mucho mejor!

Por eso, ya no debemos criticarnos unos a otros. Al contrario, propónganse ustedes no hacer nada que sea causa de que su hermano tropiece, o que ponga en peligro su fe. Yo sé que no hay nada impuro en sí mismo; como creyente en el Señor Jesús, estoy seguro de ello, Pero si alguno piensa que una cosa es impura, será impura para él. Ahora bien, si por lo que tú comes tu hermano se siente ofendido, tu conducta ya no es de amor. ¡Qué tu comida no sea causa de que se pierda aquel por quien Cristo murió! No den, pues, lugar a que se hable mal de ese bien que ustedes tienen. Porque el reino de Dios no es cuestión de comer o beber determinadas cosas, sino de vivir en justicia, paz y alegría por medio del Espíritu Santo.

El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres.

Por lo tanto, busquemos todo lo que conduce a la paz y a la edificación mutua. No echas a perder la obra de Dios por causa de la comida. En realidad, todos los alimentos son limpios; lo malo es comer algo que haga perder la fe a otros. Es mejor no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada que sea causa de que tu hermano tropiece” (Romanos 14:13-21).

“Por eso, ya no debemos criticarnos unos a otros. Al contrario, propónganse ustedes no hacer nada que sea causa de que su hermano tropiece, o que ponga en peligro su fe.” El apóstol da un paso más adelante. El acaba de demostrar, en las cuestiones que aparentemente dividían a los Cristianos de Roma, que cada uno es libre de actuar de acuerdo a su conciencia, que lo esencial es ser sincero, actuar con convicción y con el único deseo de servirle a Dios. Pero esta libertad no los autoriza para hacer casi cualquier cosa, y sobre todo, no los autoriza para hacer daño ni para escandalizar a los demás. La libertad tiene límites: que no son otra cosa que las consideraciones que debemos tenernos mutuamente. Por eso, el apóstol hace un último ruego a los que están fuertes en la fe: y es que ellos no deben hacer nada por lo cual los débiles en la fe “pongan en peligro su fe” o tropiecen. Estas dos cosas significan lo mismo. Un tropiezo puede ser una piedra contra la cual chocamos y hace que caigamos. La palabra “tropiezo” u obstáculo, es una palabra Griega que significa: trampa. El Cristiano no debe hacer nada que pueda hacer que su hermano tropiece y caiga o para atrapararlo con una trampa, o que pudiera distanciarlo de Dios, lo cual lo haría responsable de su pérdida.

“Yo sé que no hay nada impuro en sí mismo; como creyente en el Señor Jesús, estoy seguro de ello, Pero si alguno piensa que una cosa es impura, será impura para él.” Pablo señala algo de lo cual él está convencido “en el Señor,” es una sólida convicción Cristiana, la cual es una enseñanza Bíblica que está fuertemente anclada. Nada es impuro en sí mismo, ni la carne de los animales; ni siquiera los que han sido sacrificado para los ídolos. Jesús les dijo a los Fariseos: “Lo que entra por la boca del hombre no es lo que lo hace “impuro.” Al contrario, lo que hace “impuro” al hombre es lo que sale de su boca” (Mateo 15:11). El consumo de alimentos no tiene nada que ver con la santificación Cristiana. El Cristianismo es una religión del corazón y no de la

comida o del tracto digestivo. Pablo no considera impuro a nada de haya creado Dios. Pero él añade una restricción: nada es impuro en sí mismo, pero se vuelve impuro si la consideramos como tal. En otras palabras, quien piense que está cometiendo un pecado por comer carne, de hecho está pecando cuando la come. El está actuando contra su conciencia y la está ofendiendo; al ir en contra de su conciencia él está haciendo algo malo. Maltratamos a un hermano que es débil en la fe cuando comemos delante de él alimentos que él cree que no debemos consumir, ya que estamos actuando desconsideradamente hacia él y quizás esto lo incite a comer esa comida también, cuando su conciencia le dice que no debe hacerlo. Esto es lo serio.

“Ahora bien, si por lo que tú comes tu hermano se siente ofendido, tu conducta ya no es de amor. ¡Qué tu comida no sea causa de que se pierda aquel por quien Cristo murió!” El que se convierte en una trampa para su hermano no está actuando con amor. El lo está angustiando, y literalmente lo está “perjudicando” cuando lo incita a hacer algo que su conciencia no aprueba. Por eso, cuando un Cristiano toma la costumbre de actuar en contra de su conciencia, éste puede perder su fe y perecer eternamente. ¡Semejante desastre podría comenzar con un asunto como el de la carne! Por supuesto que Cristo murió también por los débiles. El se sacrificó por todos, incluyendo a aquellos que perecen; y El ama al débil tanto como ama al fuerte. El sacrificó Su vida para redimirlos y salvarlos a todos. Sería una cosa muy seria si el hermano débil no pudiera alcanzar la salvación por causa de una conducta poco caritativa de los que son fuertes en la fe.

“No den, pues, lugar a que se hable mal de ese bien que ustedes tienen.” Los que son fuertes en la fe deben evitar ofender a los débiles y renunciar a todo lo que para ellos pudiera representar una ocasión para perder su fe, incluso la libertad que Cristo ha obtenido para ellos. Esta libertad es un derecho y un privilegio, pero no podemos practicarla de cualquier modo, ya que no es un asunto de no ofender a los débiles, sino también de no ocasionar la difamación de alguien. Pareciera que aquí el apóstol piensa particularmente más en el mundo que busca muchas ocasiones de hablar mal de los Cristianos. Bajo ninguna circunstancia, los Cristianos no deben dar razón alguna para que otros hablen mal de ellos, como cuando discuten acerca de lo que comen o beben. ¿Qué pensaría el mundo? Ellos no dejarían pasar por alto la ocasión para reírse de la Iglesia e insultar a Dios. No debemos hacer nada que pudiera llevar a la gente a pensar que el Cristianismo no es otra cosa que la observancia de ciertos rituales en la alimentación o algo más y que la salvación depende de ello, porque ciertamente no es así. Actuar de esta manera sería un terrible insulto a Dios.

“Porque el reino de Dios no es cuestión de comer o beber determinadas cosas, sino de vivir en justicia, paz y alegría por medio del Espíritu Santo.” Este es un recordatorio: la fe Cristiana no consiste de rituales y tabúes alimentarios u otros tabúes, sino que se centra en realidades más elevadas, en la justicia, la paz y la alegría en el Espíritu Santo. Es una religión interior, que compromete completamente al hombre en cuerpo y alma a Dios; no se trata de un conjunto de reglas que determinan lo que comemos o bebemos. La “justicia,” es la justicia de Cristo, la del corazón, dentro de la cual debe marchar el Cristiano para glorificar a Dios. La “paz” viene del perdón de los pecados y llena al corazón y todo el ser humano. Esta particularmente se muestra en las relaciones que un Cristiano tiene con sus hermanos y hermanas en la fe. En cuanto a la “alegría,” se trata de lo que siente el pecador cuando sabe que Dios lo ama, que lo ha redimido a un gran precio y lo ha liberado del pecado, la muerte y de la condenación que pesaba sobre él.

“El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres.” El que sirve a Cristo, porque sabe que Cristo lo ha justificado, y cuyo corazón está lleno de paz y alegría, es agradable a Dios. Esa persona vive una vida que es aprobada por su Creador y El lo colma de bendiciones. Y también es “aprobado por los hombres,” porque es un pacificador (Mateo 5:9). Como la luz del mundo y la sal de la tierra, él ejerce una buena influencia sobre las personas, aún sobre los incrédulos, terminando con su mala fama y provocando su respeto y aprobación. Pedro escribió: “Porque Dios quiere que ustedes hagan el bien, para que los ignorantes y los tontos no tengan nada que decir en contra de ustedes. Pórtense como personas libres, aunque sin usar su libertad como un pretexto para hacer lo malo. Pórtense más bien como siervos de Dios” (1 Pedro 2:15-16).

Conclusión: “Por lo tanto, busquemos todo lo que conduce a la paz y a la edificación mutua.” Con la paz de Dios, los Cristianos deben vivir también en paz entre sí, para edificarse mutuamente en lugar de juzgarse y despreciarse unos a otros. Pablo había dicho antes: “¡Qué tu comida no sea causa de que se pierda aquel por quien Cristo murió!” (14:15). En las siguientes palabras el renueva esta advertencia: “No echas a perder la obra de Dios por causa de la comida.” Y después expresa: “En realidad, todos los alimentos son limpios; lo malo es comer algo que haga perder la fe a otros.” Todo en sí mismo es puro (Mateo 15:11). El Cristiano tiene derecho a comer de todo, pero con una condición: jamás debes hacer nada que “haga perder la fe a otros.” Esta libertad se termina donde la conciencia del otro alza su voz y protesta; cuando pone en peligro la fe de su prójimo. La libertad Cristiana jamás le permitirá hacerle daño a su prójimo, debilitarlo en su fe y alejarlo de Dios. Pablo le escribe a los Corintios: “Claro que el que Dios no acepte no depende de lo que comamos; pues no vamos a ser mejores por comer, ni peores por no comer. Pero eviten que esa libertad que ustedes tienen haga caer en pecado a los que son débiles en su fe... Por eso, si por causa de mi comida hago caer en pecado a mi hermano, no debo comer carne nunca, para no ponerlo en peligro de pecar” (1 Corintios 8:8-9, 13).

La fe que tienes, debes tenerla tú mismo delante de Dios. ¡Dichoso aquél que usa de su libertad sin cargos de conciencia! Pero el que no está seguro de si debe o no comer algo, al comerlo se hace culpable. Porque no lo come con la convicción que da la fe; y todo lo que no se hace con la convicción que da la fe, es pecado (Romanos 14:22-23).

Un Cristiano puede tener fe y estar convencido de no estar cometiendo pecado cuando come carne o bebe vino (con la condición, naturalmente, de que lo haga con moderación). Que lo crea ante Dios pero que no lo exhiba delante de los demás. Que no lo exhiba delante de todos jactándose de la libertad que él ha encontrado en Cristo. El que es fuerte en la fe come de todo sin tener un problema de conciencia. El está “bendecido” es “dichoso”, porque su conciencia está en paz. Pero que no trate de imponer su libertad a los demás, y que por su ejemplo, no incite a los demás a actuar en contra de sus conciencias. Cuando un hermano débil imita al que es fuerte en la fe, él entonces comerá carne aunque no esté seguro, y en ambos casos estará cometiendo un pecado, cuando su conciencia desapruueba lo que está haciendo, o simplemente, cuando tenga dudas. Hay un proverbio que dice que cuando hay dudas es mejor abstenerse. Indudablemente, “todo lo que no se hace con la convicción que da la fe, es pecado.”

Sólo diremos esto acerca de la enseñanza de este capítulo. Se trata de la adiáfora, que la Biblia ni ordena ni prohíbe, sino que lo deja a la conciencia y al sentido de la libertad de cada uno. Elegir

un día específico para rendirle culto a Dios, abstenerse de comer carne, y sobre todo carne de animales sacrificados a ídolos, abstenerse de beber vino - en una palabra, adorar en días específicos y abstenerse de ciertos alimentos y bebidas son asuntos de la *adiaphora*. Las Escrituras no las ordenan ni las prohíben. Pero existen dos condiciones:

- 1) que actuemos con la convicción;
- 2) que no hagamos que nuestro hermano pierda su fe.

Bajo ninguna circunstancia debemos comprometer la unidad de la fe en la Iglesia, ni dejar que la diversidad que existe en la *adiaphora* se convierta en una amenaza para esa unidad. La libertad y el pluralismo son legítimos en esta materia. Sin embargo, están fuera de lugar en las doctrinas que Dios ha revelado en las Santas Escrituras, o en la interpretación de Sus Mandamientos.

Podemos instruir y tratar de convencer al Cristiano débil cuya conciencia tiene problemas con la *adiaphora*. Pero no debemos presionarlo. Pablo no trató de convencer de que estaban equivocados a los débiles en la fe de la Iglesia de Roma. Por eso, dejemos que la *adiaphora* sea lo que es: la *adiaphora*. Por otra parte, no transformemos doctrinas en *adiaphora*. No dejen que cada uno en la Iglesia tenga la libertad de creer y de confesar lo que él o ella quieran, ni interpretar los Mandamientos divinos como le plazca. Una doctrina no es un *adiaphoron*. Y un *adiaphoron* cesa de serlo, si no actuamos con convencimiento y con una buena conciencia. O pecamos cuando usamos nuestra libertad sin consideración de los Cristianos débiles. Para finalizar, debemos saber renunciar a nuestra libertad si nos arriesgamos a ser un tropiezo o una piedra para los demás. Por otro lado, no debemos permitir que personas que actúan con debilidad impongan leyes humanas a los demás cuando son movidos por la obstinación o una falsa concepción de la piedad Cristiana. Por tanto, debemos determinar si una materia le concierne a la verdadera *adiaphora* y entonces adoptar la actitud que el apóstol recomienda. Entonces el amor y la paz gobernarán la Iglesia y las diferencias no perjudicarán a nadie.

Resumen:

Un adiaphoron es algo que la Biblia no ordena ni prohíbe; algo en lo cual el Cristiano puede usar la libertad que Jesucristo le ha dado. Pero debe saber también que puede ser que tenga que renunciar a esta libertad y abstenerse de cosas a las cuales normalmente tiene derecho, si por hacer tales cosas, se arriesga a ser una piedra de tropiezo para los que son débiles en la fe. La libertad Cristiana es muy preciosa, siempre y cuando no cause daño a otros. Es algo importante, pero el amor Cristiano es todavía más importante.

4. Romanos 15

Los que somos fuertes en la fe debemos aceptar como nuestras las debilidades de los que son menos fuertes, y no buscar lo que a nosotros mismos nos agrada. Todos nosotros debemos agradar a nuestro prójimo y hacer las cosas para su bien y para la edificación mutua. Porque tampoco Cristo buscó agradarse a sí mismo; al contrario, en él se cumplió lo que dice la Escritura: "Las ofensas de los que te insultaban cayeron sobre mi." Todo lo que antes se dijo en las Escrituras, se escribió para nuestra instrucción, para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza. Y Dios, que es quien da constancia y consuelo, los ayude a ustedes a vivir en armonía unos con otros, conforme al ejemplo de Cristo Jesús, para que todos juntos, a una sola voz, alaben al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Algunos teólogos piensan que los capítulos 15 y 16 no formaban parte de la epístola original a los Romanos, sino que provenían de otra carta de Pablo y que en algún momento fueron añadidos a nuestra epístola. Algunos van más allá y dicen que no la escribió el mismo Pablo, pero sus argumentos no son convincentes. De hecho, todos los manuscritos que tenemos de Romanos contienen a estos dos capítulos. Todos sin excepción. Ninguno de ellos los deja fuera. Los primeros padres de la Iglesia también los citan como parte de la epístola a Romanos. Además, hay un estrecho lazo entre Romanos 15 y 16, y antes del cual viene.

“Los que somos fuertes en la fe debemos aceptar como nuestras las debilidades de los que son menos fuertes, y no buscar lo que a nosotros mismos nos agrada.” El apóstol continúa hablando de los fuertes y los débiles. Pero la idea se expande. El ya no habla acerca de los fuertes y los débiles en la fe, sino de los fuertes y los débiles en general. En la Iglesia hay Cristianos que son fuertes, firmes, confiados, llenos de seguridad -- sin embargo, ellos no han alcanzado la perfección. Y luego están los débiles, los que tienen muchas brechas en su conocimiento, en su fe y dedicación a Dios, y en la vida santa. ¿Qué deben hacer los que son fuertes? Soportar las debilidades de los débiles. Esto es normal y natural. Así actuamos en cada familia: los fuertes deben asistir y ayudar a los débiles, y tanto como puedan, ayudarlos a superar sus debilidades.

“Todos nosotros debemos agradar a nuestro prójimo y hacer las cosas para su bien y para la edificación mutua.” No debemos agradarnos a nosotros mismos sino agradar a nuestro prójimo. No vivimos para nosotros, pero, como le pertenecemos a Dios, vivimos para El. Y por lo tanto, también para el prójimo, eso es lo que El nos pide. No sólo debemos mejorarnos, sino ayudar a los demás a que mejoren. En la Iglesia Cristiana cada uno es responsable del bienestar espiritual de sus hermanos y hermanas en la fe.

¿Quién nos ha dado el mejor ejemplo? Jesucristo mismo: “Porque tampoco Cristo buscó agradarse a sí mismo; al contrario, en él se cumplió lo que dice la Escritura: “Las ofensas de los que te insultaban cayeron sobre mí.” El apóstol cita al Salmo 69:9 y la aplica a Cristo. Esto es bien sabido. Ese también es el precio que El pagó para redimir a los hombres: Jesús no pensaba en Su propio bienestar, sino en el de los demás, en el bienestar de los que él vino a salvar. Es por eso que El deja que los insultos dirigidos contra Dios cayeran sobre El. El asumió la injusticia y la iniquidad de la humanidad, las cargó sobre Si mismo y las expió en silencio y en perfecta obediencia. “el Hijo del Hombre no vino para que le sirvan, sino para servir, y para dar su vida en rescate por una multitud” (Mateo 20:28). “Los hombres lo despreciaban y lo rechazaban. Era un hombre lleno de dolor, acostumbrado al sufrimiento. Como a alguien que no merece ser visto, lo despreciamos, no lo tuvimos en cuenta. Y sin embargo él estaba cargado con nuestros sufrimientos, estaba soportando nuestros propios dolores. Nosotros pensamos que Dios lo había herido, que lo había castigado y humillado. Pero fue traspasado a causa de nuestra rebeldía, fue atormentado a causa de nuestras maldades; el castigo que sufrió nos trajo la paz, por sus heridas alcanzamos la salud” (Isaías 53:3-5). Debemos imitar a Cristo. Debemos seguir Sus pasos cuando llevamos Su nombre. Pablo dijo en Filipenses 2:5, el cual es un texto que habla de humildad y auto-sacrificio: “Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús.”

“Todo lo que antes se dijo en las Escrituras, se escribió para nuestra instrucción, para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza.” Esto es para justificar

la cita del Salmo 69:9 y a todas las demás citas del Antiguo Testamento. Los profetas no escribieron eso en vano, sino con un objetivo específico: “para nuestra instrucción,” para enseñarnos a los Cristianos de todos los tiempos. Ciertamente los profetas las escribieron para sus contemporáneos, pero también para nosotros. Pedro hasta llega a decir: “Pero Dios les hizo saber que lo que ellos anunciaban no era para ellos mismos, sino para bien de ustedes. Ahora pues, esto es lo que les ha sido anunciado por los mismos que les predicaron el Evangelio con el poder del Espíritu Santo que ha sido enviado del cielo. ¡Estas son cosas que los ángeles mismos quisieran contemplar! (1 Pedro 1:12). Hablando de las Escrituras, es decir, del Antiguo Testamento, porque en ese tiempo aún no existía el Nuevo Testamento, Pablo señala: “Recuerda que desde niño conoces las Sagradas Escrituras, que pueden instruirte y llevarte a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar y reprender, para corregir y educar en una vida de rectitud, para que el hombre de Dios esté capacitado y completamente preparado para hacer toda clase de bien” (2 Timoteo 3:15-17). La Biblia es, y lo será hasta el fin del mundo, la fuente y la norma absoluta de doctrina y vida Cristiana. Es por eso que es “inspirada,” es decir, que Dios la ha inspirado a los profetas, y después a los apóstoles.

El Señor quiere enseñarnos. El lo hace a través de las Escrituras, de “todo lo que antes se dijo en las Escrituras.” Esta enseñanza es “para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza,” y produzcan en nosotros perseverancia, fuerza y esperanza. Lo que es cierto acerca de los escritos de los profetas, es cierto también acerca de la Biblia en general; ésta no es un simple libro de información religiosa, sino el poder de Dios que produce fe y todos sus frutos. Ella predica paciencia, pero también produce paciencia en la vida de los creyentes. Ella da fuerza para vivir, brinda consuelo y esperanza, e inunda al corazón de paz y alegría, hasta el punto de que un Cristiano hasta puede jactarse de sus pruebas y aflicciones. Hay que recordar lo que Pablo dijo en Romanos 5:1-5 y después en 8:18-39. La Biblia a menudo habla de paciencia en las pruebas. Existe otra forma de paciencia, que soporta las debilidades y las deficiencias de los demás y esta es ayudarles a deshacerse de ellas con amor y generosidad. No es fácil, pero la Biblia sabe cómo darnos la voluntad y la fuerza, al igual que nos da la confianza necesaria y el consuelo. Por la paciencia nos aferramos a la esperanza de la vida eterna, mientras mantenemos nuestros ojos puestos en El.

“Y Dios, que es quien da constancia y consuelo, los ayude a ustedes a vivir en armonía unos con otros, conforme al ejemplo de Cristo Jesús.” Las Escrituras deben instruirnos sobre como conseguir esa constancia y ese consuelo. Dios posee las mismas cualidades. El es el “Dios que da constancia y consuelo.” Esto no tiene que sorprendernos, porque la Biblia viene de El, Su Espíritu la inspiró, y ella por lo tanto, es el espejo de su divina perfección. Dios actúa a través de ella. A Pablo le gustaría que los Cristianos tuviesen la misma actitud entre ellos. Como por naturaleza ellos son incapaces de hacerlo, porque el “viejo hombre” en ellos es orgulloso y centrado en sí mismo, el apóstol acude a Dios y le ruega que les otorgue este don. Jesús también oró por ello cuando le dijo a Su Padre: “Yo no voy a seguir en el mundo, pero ellos si van a seguir en el mundo, mientras que yo me voy para estar contigo. Padre santo, cuídalos con el poder de tu nombre, el nombre que me has dado, para que estén completamente unidos, como tú y yo... No te ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí al oír el mensaje de ellos. Te pido que todos ellos estén unidos; que como tú, Padre, estés en mí y yo en tí, también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Les he dado la

misma gloria que tú me diste, para que sean una sola cosa, así como tú y yo somos una sola cosa: yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a ser perfectamente uno, y que así el mundo pueda darse cuenta de que tú me enviaste, y que los amas como me amas a mí” (Juan 17:11, 20-23).

“Para que todos juntos, a una sola voz, alaben al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.” Por eso, cuando esta misma actitud mutua mueve a los Cristianos y ellos verdaderamente viven como hermanos, ellos glorifican a Dios, lo alaban y lo exaltan. Y lo hacen “a una sola voz.” El culto que Dios quiere es que lo alaben “todos juntos, a una sola voz.” Esto solamente es posible si ellos están de acuerdo y se aman entre sí como hermanos. Una parroquia deteriorada y dividida de ningún modo puede darle al Señor la adoración que debemos a El.

Así pues, acéptense los unos a los otros, como también Cristo los aceptó a ustedes, para gloria de Dios. Puedo decirles que Cristo vino a servir a los judíos para cumplir las promesas hechas a nuestros antepasados y demostrar así que Dios es fiel a lo que promete. Vino también para que los no judíos alaben a Dios por su misericordia, según dice la Escritura: “Por eso te alabaré entre las naciones y cantaré himnos a tu nombre.” En otra parte, la Escritura dice: “Naciones y pueblos todos, ¡alaben al Señor!” Isaías también escribió: “Brotará la raíz de Jesé, que se levantará para gobernar a las naciones, las cuales pondrán en él su esperanza.”

Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les da abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo.

“Así pues, acéptense los unos a los otros, como también Cristo los aceptó a ustedes, para gloria de Dios.” La misión y la obra de Cristo es la de aceptar a los pecadores, mostrarles misericordia y acercarlos a Su Padre. Por eso Cristo glorifica a Su Padre y los Cristianos a su vez lo glorifican a El. El recibe a todos los que acuden a El con un corazón creyente y arrepentido. A su vez, El le pide a Sus discípulos que hagan lo mismo, aceptarse unos a otros, tal como son, con sus fallas y debilidades. Unidos a El, los Cristianos también están unidos entre sí. “Si decimos que estamos unidos a él, y al mismo tiempo vivimos en la oscuridad, mentimos y no practicamos la libertad. Pero si vivimos en la luz, así como Dios está en la luz, y entonces hay unión entre nosotros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:6-7). La Comunión con Jesucristo nos trae la comunión con todos los que creen en El. Cuando sabemos que El nos recibe, no podemos evitar recibir a nuestro prójimo. Cuando sabemos que El nos ama tal como somos, no podemos rehusarnos a amar a nuestro hermano tal como él es.

“Puedo decirles que Cristo vino a servir a los judíos para cumplir las promesas hechas a nuestros antepasados y demostrar así que Dios es fiel a lo que promete. Vino también para que los no judíos alaben a Dios por su misericordia.” Jesucristo acepta a los judíos y a los no judíos. Primero, El fue el siervo de los judíos. El vino a servirles y dedicó Su ministerio a ellos, como se lo recordó a la mujer de Canaán en Mateo 15:24. Subsecuentemente, los apóstoles proclamaron el Evangelio a sus paisanos judíos antes de predicárselo a los Gentiles. Fue en Israel que ellos fundaron la Iglesia Cristiana, y desde Israel lo transmitieron a todas las naciones. Los judíos tienen una especie de prioridad en el Reino de Dios. El apóstol lo ha dicho y lo repitió de muchas maneras en la epístola a los Romanos.

Cristo le sirvió a los judíos “para cumplir las promesas,” a probar que el Señor es fiel a Sus promesas, y por lo tanto, a las promesas que El hizo a los patriarcas y a Israel. El se ha unido a Su pueblo con el cual El hizo una alianza, y nosotros sabemos que la infidelidad humana no puede destruir la fidelidad de Dios. En el nombre de esta fidelidad, El tuvo que hacer lo que El prometió que haría. Por tanto, El tuvo que darle un Salvador a Israel. Todos los judíos que se convirtieron cuando recibieron a Jesús de Nazaret como el Salvador prometido alaban al Señor por Su lealtad, confiesan que El ha dicho la verdad, y lo glorifican por ello. En cuanto a los Gentiles o no judíos, ellos “alaben a Dios por su misericordia.” Ellos no pueden apelar a las promesas que El les hubiese hecho. Por eso no celebran tanto la fidelidad de Dios como Su misericordia. Como ellos no han recibido promesas especiales, ellos eran totalmente dependientes de Su misericordia. Por eso, ellos alaban y celebran Su misericordia; ellos le dan gracias por haberles otorgado en Su bondad la misma salvación que El trajo para los judíos. Ellos son los perritos que reclaman las migajas que caen de la mesa de su amo (Mateo 15:27).

He aquí algunos textos del Antiguo Testamento que demuestran que si los Gentiles no fueron objeto de una promesa particular, los profetas, sin embargo, dijeron que si ellos acudían a Cristo, en El ellos encontrarían a su Rey y Redentor: “Por eso te alabaré entre las naciones y cantaré himnos a tu nombre.” En otra parte, la Escritura dice: “Naciones y pueblos todos, ¡alaben al Señor!” Isaías también escribió: “Brotará la raíz de Jesé, que se levantará para gobernar a las naciones, las cuales pondrán en él su esperanza.” Pablo cita el Salmo 18:49; Deuteronomio 32:43; Salmo 117:1; e Isaías 11:10. En el primero de estos textos, el pone las palabras del Salmista en labios del Mesías. Cristo alaba a Dios entre las naciones, le da gracias a Dios por hacer que ellos lo conozcan y ofrecerles Su salvación. En los dos textos siguientes los Gentiles deben alegrarse junto con Israel, el pueblo de Dios, y alabar al Señor por Su misericordia. La última cita proclamaba a Israel que el Rey prometido vendría de Jesé, el padre de David, como un brote que sale del tallo de un árbol. Los Gentiles “pondrán en él su esperanza.” Estas cuatro citas muestran que la conversión de los Gentiles y su ingreso a la Iglesia fue parte del plan de Dios. Todo esto fue proclamado por los profetas anticipadamente, y el Señor lo hizo en Su tiempo.

“Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les da abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo.” Es el sincero deseo del apóstol. Se trata de esperanza, alegría y paz en la fe. El ya había hablado de la alegría y la paz por el Espíritu Santo en Romanos 14:17, y dijo que de esto es de lo que consistía el Reino de Dios. Los Cristianos sienten ambas cosas: la alegría de la salvación en la cual tienen parte tanto judíos como Gentiles, y la paz por la certeza de que nada puede separarlos del amor de Dios y en la seguridad de la salvación que tenemos. Pero para que la paz y la alegría nos llenen, debemos crecer en la fe. Cuando vivimos en paz y alegría, abundará la esperanza. Cuando la fe crece, y cuando la felicidad y la paz llenan el corazón, la esperanza de la gloria futura se hará más firme, una esperanza que Pablo señaló maravillosamente en Romanos 8. Y para todo eso se necesita “el poder del Espíritu Santo.” El produce la fe en nuestros corazones; El fortalece nuestra fe y nos ayuda a dar buenos frutos. A través de El, el Cristiano supera los obstáculos que nos separan de la futura gloria, y perseveramos en la esperanza, hasta contra viento y marea. Esto es lo que el apóstol desea con todo su corazón.

4. Los planes del apóstol (Romanos 15:14-33)

Lentamente estamos llegando al final de la epístola. El apóstol Pablo ha explicado su enseñanza y ha dado exhortaciones para la santificación. El final de este capítulo es el epílogo de su epístola:

Hermanos míos, estoy convencido de que ustedes están llenos de bondad y de todo conocimiento, y que saben aconsejarse unos a otros; pero en esta carta me he atrevido a escribirles francamente sobre algunas cosas, para que no las olviden. Lo hago por el encargo que Dios en Su bondad me ha dado, de servir a Cristo Jesús para bien de los que no son judíos. El servicio sacerdotal que presto consiste en anunciar el evangelio de Dios, con el fin de presentar ante El a los no judíos, como ofrenda que le sea grata, santificada por el Espíritu Santo (Romanos 15:15-16).

“Estoy convencido de que ustedes están llenos de bondad y de todo conocimiento, y que saben aconsejarse unos a otros.” Pablo está convencido que los Cristianos, a quienes les está enviando esta carta, saben cuáles son sus deberes, dejan que las buenas intenciones los muevan, desean hacer la voluntad de Dios, y son capaces de aconsejarse unos a otros. El ha oído cosas buenas acerca de la iglesia de Roma; él conoce a algunos miembros porque él los conoció durante sus viajes misioneros. El tampoco halaga a sus lectores, sino que meramente testimonia que ellos tienen un conocimiento avanzado y que ellos viven en la piedad.

Y aunque él quiso escribirles, a pesar de que él no estableció esta parroquia ni jamás había ido a Roma, él se ha “atrevido a escribirles francamente sobre algunas cosas, para que no las olviden.” El escribió francamente, pero “sobre algunas cosas.” Su franqueza y su prisa son solamente parciales. Su señalamiento doctrinal está muy claro y preciso y sus exhortaciones para la santificación son urgentes. El no lo hizo, para enseñar algunas cosas que ellos no hubieran sabido, sino más bien para “que no las olviden.” Ese era el objetivo de su carta: recordarle a los Cristianos de Roma las cosas que ellos ya sabían puesto que las habían escuchado de otros. Los Cristianos necesitan constantes recordatorios para crecer fuertes en la fe. Indudablemente, las verdades del Evangelio son tonterías y un obstáculo que el hombre natural no puede entender (1 Corintios 2:14).

Y, ¿por qué se dio Pablo a la tarea de escribir esta carta para una parroquia que él no había establecido? “Lo hago por el encargo que Dios en Su bondad me ha dado, de servir a Cristo Jesús para bien de los que no son judíos. El servicio sacerdotal que presto consiste en anunciar el evangelio de Dios, con el fin de presentar ante El a los no judíos, como ofrenda que le sea grata, santificada por el Espíritu Santo.” Dios lo había elegido para ser apóstol de los Gentiles (Hechos 26:17; Romanos 1:5; Gálatas 1:16, 2:9). Esta es razón suficiente, y por lo tanto él también tiene planeado visitar a los Cristianos de Roma. Cuando él escribió esta carta, él sólo cumplía con su “servicio sacerdotal que...consiste en anunciar el evangelio de Dios,” con el ejercicio de su ministerio, el apostolado que Cristo le había confiado. Cuando él convierte a los Gentiles, cuando los lleva a Cristo y los fortalece en su fe, él los presenta ante Dios como una ofrenda, que es agradable a El. Esta ofrenda está “santificada por el Espíritu Santo.” El ciertamente santifica a las personas por la fe en el Evangelio y los consagra a Dios. Los Cristianos de Roma se habían convertido en una ofrenda para Dios antes de que Pablo escribiera su epístola. Sin embargo, él la

escribió, porque desde su punto de vista eso era parte de la misión que Dios le habían confiado. Era su derecho y su deber.

Tengo razón para gloriarme en Cristo Jesús de mi servicio a Dios, porque no me atrevo a hablar de nada, aparte de lo que Cristo mismo ha hecho por medio de mí para llevar a los no judíos a obedecer a Dios. Esto se ha realizado con palabras y hechos, por el poder de señales y milagros y por el poder del Espíritu de Dios. De esta manera he llevado a buen término el anuncio del Evangelio de Cristo, desde Jerusalén y por todas partes hasta la región de Iliria. Pero siempre he procurado anunciar el evangelio donde nunca antes se había oído hablar de Cristo, para no construir sobre bases puestas por otros, sino más bien, como dice la Escritura: “Verán los que nunca habían tenido noticias de él; entenderán los que nunca habían oído de él.”

Precisamente por esto no he podido ir a verlos, aunque muchas veces me lo había propuesto. Pero ahora que ya he terminado mi trabajo en estas regiones, y como desde hace muchos años estoy queriendo visitarlos, espero que podré hacerlo durante mi viaje a España. Y una vez que haya tenido el gusto de verlos, aunque sea por poco tiempo, espero que ustedes me ayuden a continuar el viaje. Pero ahora voy a Jerusalén, a llevar ayuda a los hermanos de allí. Porque los de Macedonia y Acaya decidieron voluntariamente hacer una colecta y mandarla a los hermanos pobres de Jerusalén. Lo decidieron voluntariamente, aunque, en realidad, estaban en la obligación de hacerlo, porque así como los creyentes judíos compartieron sus bienes espirituales con los no judíos, estos a su vez, deben ayudar con sus bienes materiales a los creyentes judíos. Así que, cuando yo haya terminado este asunto y les haya entregado a ellos la colecta, saldré para España, y de paso los visitaré a ustedes. Estoy seguro de que cuando yo vaya, nos enriqueceremos todos con las bendiciones de Cristo.

Hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor que el Espíritu Santo nos da, les ruego que se unan conmigo en la lucha, orando a Dios por mí. Pidan a Dios que me libre de los incrédulos que hay en Judea, y que la ayuda que llevo a los hermanos de Jerusalén sea bien recibida, para que, si Dios quiere, llegue yo con alegría a verlos a ustedes y tenga descanso al visitarlos. Que el Dios de paz esté con todos ustedes. Amén (Romanos 15:27-33).

Para convencer a sus lectores de la naturaleza divina de su llamado como apóstol para los Gentiles o no judíos, Pablo les muestra el éxito de su apostolado: “Tengo razón para gloriarme en Cristo Jesús de mi servicio a Dios, porque no me atrevo a hablar de nada, aparte de lo que Cristo mismo ha hecho por medio de mí para llevar a los no judíos a obedecer a Dios. Esto se ha realizado con palabras y hechos, por el poder de señales y milagros y por el poder del Espíritu de Dios. De esta manera he llevado a buen término el anuncio del Evangelio de Cristo, desde Jerusalén y por todas partes hasta la región de Iliria. Pero siempre he procurado anunciar el evangelio donde nunca antes se había oído hablar de Cristo.” El tenía razón de gloriarse: porque llevó muchos Gentiles a la fe y, por lo tanto, a la salvación. Pero él lo hace “en Cristo Jesús.” El sujeto de su gloria es Cristo. De hecho, él no tiene ningún mérito. Pues, Cristo, quien lo llamó para ser apóstol, ha bendecido ricamente su ministerio. ¡Para El es toda la gloria! Pablo ha llevado a los no judíos a “obedecer a Dios” de palabra y acción, al obrar los milagros y señales

para los cuales Dios le había dado poder para dar testimonio de que el Evangelio que él proclamaba venía del cielo. Todo esto él lo ha hecho, no por su propia fortaleza, porque él carecía del poder en sí mismo, sino “por el poder del Espíritu de Dios.” El sólo era un instrumento del Señor. El difundió el Evangelio desde Jerusalén hasta Iliria. De algún modo él estaba cerca de Italia. El sólo necesitaba cruzar el Adriático, que es el mar que separa a Italia de los Balcanes, para ir a ver a los Cristianos de Roma. Pero hasta entonces, las circunstancias no se lo habían permitido. “Pero siempre he procurado anunciar el evangelio donde nunca antes se había oído hablar de Cristo, para no construir sobre bases puestas por otros.” Pablo no quiere construir sobre bases puestas por otros. El no quiere ir a donde otros que ya están trabajando y transmitiendo la semilla del Evangelio. El quiere proclamar a Cristo donde nadie lo ha predicado. Y como los demás apóstoles proclamaron el Evangelio principalmente a los judíos, el Señor le había pedido que predicara entre los no judíos, es decir, entre los Gentiles. Jesús lo había cambiado para que “lleve su nombre” a aquellos que aún no lo conocen (Hechos 9:15, 26:17-18). Un texto del Antiguo Testamento nos recuerda que Dios cumplieron lo que los profetas habían proclamado: “Verán los que nunca habían tenido noticias de él; entenderán los que nunca habían oído de él.” Este texto viene de Isaías 52:15 y junta promesas concernientes a los Gentiles citadas al principio del capítulo (15:9-12). Pues, el Señor tenía que cumplir la promesa que El le hizo a Abraham de que de su descendencia todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

“Precisamente por esto no he podido ir a verlos, aunque muchas veces me lo había propuesto. Pero ahora que ya he terminado mi trabajo en estas regiones, y como desde hace muchos años estoy queriendo visitarlos, espero que podré hacerlo durante mi viaje a España. Y una vez que haya tenido el gusto de verlos, aunque sea por poco tiempo, espero que ustedes me ayuden a continuar el viaje.” Después de haberle echado un vistazo a sus actividades pasadas, el apóstol habla de sus proyectos futuros. Su tarea de proclamar el Evangelio donde no ha sido escuchado le había impedido venir a Roma. El “muchas veces” intentó hacerlo pero no pudo, tal como él mismo lo dice. Pero esa no fue la única razón, porque obviamente, hubo otras cosas que se lo impidieron, pero lo que tuvo que hacer fue absolutamente lo más importante. Ahora que ya no tiene nada más que hacer en Oriente, él podrá cumplir su sueño: El irá a Roma a verlos de paso en el camino que lo conducirá hasta España. Este es su plan para el futuro. Como él había difundido el Evangelio por todo el Imperio Romano Oriental, él ahora quiere llevarlo a Occidente, particularmente a España, donde nadie lo ha escuchado todavía. Luego de una breve estadía en Roma, que está en su camino, él espera continuar con su viaje. El espera que algunos lo acompañen durante una parte del viaje, y que ellos le ayuden a pagar los gastos del viaje. El dice “espero que ustedes me ayuden a continuar el viaje.” Pablo no está pidiendo a los Cristianos de Roma que le paguen un salario, sino que le asistan en cuanto a cubrir sus necesidades en España. Es normal que los que reciben el Evangelio ayuden a los pastores y a los misioneros a proclamarlo a los que aún no lo han escuchado.

Antes de partir a Occidente, el apóstol aún tiene una importante misión que realizar en el Oriente: “Pero ahora voy a Jerusalén, a llevar ayuda a los hermanos de allí. Porque los de Macedonia y Acaya decidieron voluntariamente hacer una colecta y mandarla a los hermanos pobres de Jerusalén. Lo decidieron voluntariamente, aunque, en realidad, estaban en la obligación de hacerlo, porque así como los creyentes judíos compartieron sus bienes espirituales con los no judíos, estos a su vez, deben ayudar con sus bienes materiales a los creyentes judíos.” Pablo tiene que ir a Jerusalén “a llevar ayuda a los hermanos de allí.” Este título (el de hermanos

santos) él muchas veces lo da a los Cristianos, y en otra parte hemos explicado el por qué (Romanos 8:27, 16:2; 1 Corintios 6:2, 16:15; 2 Corintios 1:1, 8:4; Efesios 1:18). A los santos de Jerusalén, a los que son pobres, él va a llevarles lo que ha recolectado en Macedonia y Acaya, las cuales son dos provincias de Grecia. Estas provincias no judías tiene una gran deuda con Jerusalén, porque el Evangelio les llegó de allí. Ellos le deben su salvación a los Cristianos judíos de Palestina. Lo que él ha recolectado entre ellos no es sino un pequeño regalo de agradecimiento. Jerusalén era la iglesia materna a la cual todas las demás iglesias le adeudaban enormes riquezas espirituales y bendiciones, lo cual es un tesoro extraordinario.

El llevar esta colecta era algo que el apóstol apreciaba mucho; él habla de ello muchas veces en sus epístolas (1 Corintios 16:1; 2 Corintios 8 y 9). Ellos compraban sus regalos voluntariamente, Las iglesias de Macedonia y Acaya “decidieron voluntariamente,” hacer una colecta. Esto era una deuda, pero acordaron hacerla voluntariamente. “Así que, cuando yo haya terminado este asunto y les haya entregado a ellos la colecta, saldré para España, y de paso los visitaré a ustedes. Estoy seguro de que cuando yo vaya, nos enriqueceremos todos con las bendiciones de Cristo.” La entrega de estas dádivas para los pobres de Jerusalén tenía un significado simbólico para el apóstol. Cuando él las lleve, en cierto modo él sellará este fruto de fe, amor y gratitud. Después de eso él iría a Roma en su camino hacia España. Y él no volvería con las manos vacías, porque Pablo no es un turista. Dondequiera que él va, él lleva el maravilloso mensaje que Cristo le ha confiado. El viene con un tesoro y trae bendiciones para todos los que lo escuchan, y “nos enriqueceremos todos con las bendiciones de Cristo.”

“Hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor que el Espíritu Santo nos da, les ruego que se unan conmigo en la lucha, orando a Dios por mí. Pidan a Dios que me libre de los incrédulos que hay en Judea, y que la ayuda que llevo a los hermanos de Jerusalén sea bien recibida, para que, si Dios quiere, llegue yo con alegría a verlos a ustedes y tenga descanso al visitarlos. Que el Dios de paz esté con todos ustedes. Amén.” Pablo tiene ciertos temores acerca de las dificultades que le podían esperar en Judea, de parte de los judíos incrédulos y especialmente de los líderes religiosos. El tiene buenas razones para estos temores. El irá a Roma, pero como prisionero y allí morirá; el Sanedrín, que es el tribunal religioso de Israel lo entregará en manos de los Gentiles. También es posible que no todos apreciaran los regalos que él llevó, que levantarán críticas, envidia y desconfianza. Muchas veces lo esperaron en el camino. Es por eso que él le pide a los Cristianos de Roma que oren por él. El lo hace “por nuestro Señor Jesucristo y por el amor que el Espíritu Santo nos da.” Jesús, el Señor de los Cristianos, y el Espíritu Santo son la causa para vivir en una comunidad en la cual cada uno necesita de las oraciones de los demás. El amor producido por el Espíritu de Dios es lo que debe moverlos. Existe una batalla que el apóstol le pide a sus lectores que combatan con él. A través de la oración ellos tienen que luchar fuertemente contra los poderes que se ocultan detrás de todo el que quiere frenar la proclamación del Evangelio.

Si ellos hacen eso, y si Dios los escucha, entonces Pablo podrá felizmente ir a Roma. El descansará un poco del cansancio del viaje y recuperará sus fuerzas entre ellos. Sabemos que su petición fue concedida. Los Cristianos de Jerusalén estaban contentos de recibir la colecta que era una gran ayuda para ellos. Es verdad que el apóstol cayó en manos de los judíos, pero escapó, al menos temporalmente, de sus intenciones asesinas. Pablo era un ciudadano Romano con todos los derechos, por lo tanto, en Cesárea él apeló ante el emperador, viajó a Roma y allí vivió

alrededor de dos años con los Cristianos de esta ciudad y pudo predicar con libertad. El estaba custodiado, antes de que el emperador lo tomara como prisionero, lo juzgara y lo ejecutara.

El apóstol concluye este epílogo con una bendición en la cual él implora la paz de Dios para los Romanos, la paz de El quien a través de Su muerte reconcilió al mundo, dándole paz en Su nombre a todos los que creen (Filipenses 4:9-1; 1 Tesalonicenses 5:23; 2 Tesalonicenses 3:16). Por eso él les desea el más grandioso regalo de Dios, que es la paz que únicamente El puede dar, y que el creyente encuentra en el consuelo del perdón y la vida eterna.

Resumen:

En la Iglesia Cristiana todos deben glorificar al Señor, con una sola voz para darnos la bienvenida unos a otros, sin importar si somos de origen judío o Gentil. Que la esperanza, la alegría y la paz llenen sus corazones. Pablo quien ha cumplido su misión en Oriente visitará a los Cristianos de Roma, después de haberles llevado lo que el recolectó en Grecia para los pobres en Palestina. El ve a esta colecta como un regalo de agradecimiento que los Gentiles, que se convirtieron al Cristianismo, tienen para sus hermanos en la fe, que son de origen judío.

SECCIÓN SIETE

ITEMS NOTICIOSOS, COMUNICACIONES, DESEOS Y CONCLUSIONES

(Romanos 16)

El apóstol Pablo terminará su carta con información, diversas comunicaciones, deseos y finalmente una conclusión. En este capítulo, él saluda a una larga lista de personas. Muchos comentaristas piensan que él no pudo haberla escrito, o al menos que éste capítulo no formaba parte de la epístola original. Dado que él no había estado nunca en Roma, y ellos encuentran difícil imaginarse que él hubiese conocido a tanta gente allí. Sin embargo, es muy posible que él hubiera conocido a esta gente en Asia Menor o en Grecia durante sus viajes misioneros., y que ellos hubieran viajado a la capital del imperio a vivir allí temporalmente o para quedarse allí. De todos modos, esta lista no es muy larga.

Les recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa en la iglesia de Cencrea. Recibanla bien en el nombre del Señor, como se debe hacer entre los hermanos en la fe, y ayúdenla en todo lo que necesite, porque ha ayudado a muchos, porque ha ayudado a muchos, y también a mí mismo.

Saluden a Priscila y Aquila, mis compañeros de trabajo en el servicio de Cristo Jesús. A ellos, que pusieron en peligro su propia vida por salvar la mía, no solo yo les doy las gracias, sino también todos los hermanos de las iglesias no judías. Saluden igualmente a la iglesia que se reúne en la casa de Aquila y Priscila. Saluden a mi querido amigo Epéneto, que en la provincia de Asia fue el primer creyente en Cristo. Saluden a María, que tanto ha trabajado por ustedes. Saluden a mis paisanos Andrónico y Junías, que fueron mis compañeros de cárcel; se han distinguido entre los apóstoles, y se hicieron creyentes en Cristo antes que yo.

Saluden a Ampliato, mi querido amigo en el Señor. Saluden a Urbano, nuestro compañero de trabajo en Cristo, y a mi querido Estaquis. Saluden a Apeles, que ha dado tantas pruebas de su fe en Cristo; y también a los de la familia de Aristóbulo. Saluden a mi paisano Herodión, y a los de la familia de Narciso, que creen en el Señor. Saluden a Trifena y a Trifosa, que trabajan en la obra del Señor. Saluden a Rufo, distinguido creyente en el Señor, y a su madre, que ha sido también como una madre para mí. Saluden a Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas, y a los hermanos que están con ellos. Saluden también a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpas y a todos los hermanos en la fe que están con ellos.

Salúdense los unos a los otros con un beso santo. Todas las iglesias de Cristo les mandan saludos (Romanos 16:1-16).

He aquí a la primera persona mencionada por el apóstol: “Les recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa en la iglesia de Cencrea. Recíbanla bien en el nombre del Señor, como se debe hacer entre los hermanos en la fe, y ayúdenla en todo lo que necesite, porque ha ayudado a

muchos, porque ha ayudado a muchos, y también a mí mismo.” El apóstol coloca primero entre su información y sus deseos a esta mujer llamada Febe. Ella era “diaconisa en la iglesia de Cencrea.” Este lugar era uno de los dos puertos de Corinto, y allí ella había atendido a los enfermos y a los pobres, e iba a viajar a Roma. Ella es quizás la persona a quien Pablo le ha confiado para entregar esta carta en la iglesia. Cualquiera que haya sido la circunstancia, él desea que ellos la reciban “Recíbanla bien en el nombre del Señor, como se debe hacer entre los hermanos en la fe”; él les pide que la ayuden con todo lo que pueda necesitar, pues ella también ha ayudado al apóstol, quizás durante el período en que él estuvo enfermo. En general, ella había hecho mucho bien a los Cristianos. Era completamente natural que ellos le devolvieran el favor en esa oportunidad cuando ella iba a viajar y necesitaba hospitalidad y ayuda. Este texto es interesante ya que manifiesta que en la antigua Iglesia Cristiana las mujeres ejercían el ministerio como diaconisa. La Iglesia había recibido del Señor la libertad y el poder de establecer los ministerios que ella necesitaba para cumplir la misión que el Señor le había confiado.

Después viene una lista de gente a quien Pablo desea saludar personalmente: “Saluden a Priscila y Aquila, mis compañeros de trabajo en el servicio de Cristo Jesús.” Cuando el apóstol se dirige a las parroquias que él mismo ha establecido, usualmente no saluda a algunos de sus miembros y a otros no, sino que más bien los saluda a todo. Esto confirma que él todavía no había estado en Roma y que él no había establecido esta parroquia. Aquila y Priscila (o Priscila) eran una pareja Judía, y sabemos de ellos en Hechos. En el año 52, el emperador Claudio había emitido un edicto que ordenaba que los judíos deberían salir de Roma. Pablo conoció a esta pareja en Corinto donde ellos se habían convertido al Cristianismo. Luego los llevó con él a Éfeso y allí se comprometieron en el servicio de la Iglesia, donde instruyeron a Apolos quien posteriormente se convirtió en pastor de Corinto; ellos abrieron su casa a los Cristianos para permitir que ellos realizarán su culto de adoración (Hechos 18:1-28; 1 Corintios 16:19). Cuando el edicto de expulsión ya no estuvo vigente, Aquila y Priscila regresaron a Roma. Algo después, ellos regresaron nuevamente a Éfeso (2 Timoteo 4:19). El apóstol los recuerda como compañeros de batalla. El dice: “A ellos, que pusieron en peligro su propia vida por salvar la mía, no solo yo les doy las gracias, sino también todos los hermanos de las iglesias no judías. Saluden igualmente a la iglesia que se reúne en la casa de Aquila y Priscila. “Al igual que en Éfeso en el pasado, ellos abrieron su casa para que fuera utilizada por los Cristianos. Por lo tanto, ellos ciertamente se arriesgaron. A las personas como ellos las debemos tratar con honor y respeto.

“Saluden a mi querido amigo Epéneto, que en la provincia de Asia fue el primer creyente en Cristo.” Nosotros no sabemos nada más acerca de este hombre. La expresión: “que en la provincia de Asia fue el primer creyente en Cristo” quiere decir que él estuvo entre los primeros conversos en una provincia Romana que ahora está en Turquía. Con él comenzó la conquista de Asia por medio del Evangelio. Luego vienen algunas otras personas de las cuales no sabemos nada. María, Andrónico y Junías, quienes eran “compañeros” de Pablo, es decir, pudieron ser miembros de su familia, o quizás solamente miembros de su pueblo, o paisanos. Este es el significado de esta palabra en Romanos 16:8.

Saluden a Ampliato..., Urbano..., Estaquis..., Apele..., y también a los de la familia de Aristóbulo..., Herodión..., Trifena y a Trifosa..., Rufo, distinguido creyente en el Señor, y a su madre, que ha sido también como una madre para mí.” Este Rufo era quizás el hijo de Simón de Cirene, el que cargó la cruz de Jesús (Marcos 15:21) y de quien la tradición dice que se convirtió

junto con toda su familia. “Saluden a Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas, ... también a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpás y a todos los hermanos en la fe que están con ellos.” Los primeros Cristianos solían saludarse con un beso fraternal, una señal de la comunión entre ellos y del amor que los unía. Para terminar, Pablo envía saludos de los Cristianos de la Iglesia Oriental que él está visitando a los Cristianos de Roma:

Hermanos, les ruego que se fijen en los que causan divisiones y ponen tropiezos, en contra de la enseñanza que ustedes recibieron. Apártense de ellos, porque no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a sus propios apetitos, y con sus palabras suaves y agradables engañan el corazón de la gente sencilla. Todos saben que ustedes han sido obedientes. Me alegro de su actitud, y quiero que muestren sabiduría para hacer lo bueno, pero no para hacer lo malo, así el Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo los pies de ustedes. Que nuestro Señor Jesús les dé su gracia.

Les manda saludos Timoteo, mi compañero de trabajo; y también Lucio, Jasón y Sosipatro, mis paisanos.

Yo, Tercio, que estoy escribiendo esta carta, también les mando saludos en el Señor.

Los saluda Gayo. Estoy alojado en su casa, que él pone a disposición de toda la iglesia. También los saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.

“Hermanos, les ruego que se fijen en los que causan divisiones y ponen tropiezos.” Antes de finalizar su epístola, el apóstol añade una importante y corta advertencia a los que enseñan falsas doctrinas, que son cosas contrarias a las enseñanzas que los Cristianos han recibido, y que por lo tanto causan divisiones y escándalos. Esto lleva a la conclusión de que en Roma quizás todavía no existía el peligro real de la falsa doctrina, sin embargo Pablo les advierte pensando en el futuro, pero de esto no tenemos certeza. Las falsas doctrinas en cuestión también pueden venir de parte del Judaísmo (un legalismo que ellos querían imponerle a los Cristianos, la observancia de rituales de la antigua alianza) así como también del paganismo (filosofías e ideologías diversas, idolatría e inmoralidad). Tenemos que estar alertas con los que difunden enseñanzas diferentes a las de los apóstoles y de las Escrituras en general. El apóstol nos advirtió a que no nos uniéramos a ellos. La falsa doctrina siempre es un grave peligro del cual debemos escapar a cualquier costo. Es por esto que Cristo y Sus apóstoles constantemente nos advierten en contra del error y de una falsa doctrina (Mateo 7:15; 1 Corintios 1:10, 5:11; Gálatas 1:8-9; 2 Juan 10).

“[Hermanos, les ruego que se fijen en los que] causan divisiones y ponen tropiezos, en contra de la enseñanza que ustedes recibieron. Apártense de ellos, porque no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a sus propios apetitos, y con sus palabras suaves y agradables engañan el corazón de la gente sencilla. Los falsos maestros no están al servicio de Cristo, no buscan la salvación de las almas, sino que están al servicio de su propia barriga. Ellos quieren ganar popularidad ayudándose con palabras amables y halagadoras; buscan seguidores, buscan tener gloria y tal vez dinero. Saben cómo utilizar el lenguaje piadoso y son, por lo tanto, mucho más peligrosos, y por eso debemos huir de ellos. El apóstol les ha advertido porque él sabe cómo obedecían la Palabra de Dios los Romanos: “Todos saben que ustedes han sido obedientes. Me alegro de su actitud, y

quiero que muestren sabiduría para hacer lo bueno, pero no para hacer lo malo.” Él sabe que puede contar con ellos, que harán con alegría lo que él les pide. Sin embargo, él expresa el deseo de que ellos muestren su sabiduría al creer la verdadera enseñanza del Evangelio, y al demostrar pureza “para no hacer lo malo.”

“El Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo los pies de ustedes.” Satanás es el autor del mal, pero Dios lo aplastará bajo los pies de sus hijos, y finalizará lo que El prometió en Génesis 3:15. “Precisamente para esto ha venido el Hijo de Dios: para deshacer lo hecho por el diablo” (1 Juan 3:8). “Dios despojó de su poder a los seres espirituales que tienen potencia y autoridad, y por medio de Cristo los humilló públicamente llevándolos como prisioneros en su desfile victorioso” (Colosenses 2:15). “Porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba delante de nuestro Dios (Apocalipsis 2:10). Por la fe somos libres “del poder de las tinieblas” (Colosenses 1:13).

“Que nuestro Señor Jesús les dé Su gracia.” Esta es una bendición similar a la de 15:33. La gracia es, con la paz de Cristo, una de las mayores bendiciones que la gente puede recibir. Luego de haber saludado a los miembros de la iglesia en Roma, Pablo les envía saludos de los Cristianos a quienes él conoce bien: “Les manda saludos Timoteo, mi compañero de trabajo; y también Lucio, Jasón y Sosipatro, mis paisanos. Yo, Tercio, que estoy escribiendo esta carta, también les mando saludos en el Señor. Los saluda Gayo. Estoy alojado en su casa, que él pone a disposición de toda la iglesia. También los saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.” Todos conocen a Timoteo, el fiel compañero del apóstol. Aunque los Cristianos de Roma no lo hayan conocido aún, no hay duda de que sí conocían su reputación. Tercio, el secretario a quien Pablo le dictó su epístola, los saluda directamente. 1 Corintios 1:14 menciona a Gayo quien fue bautizado personalmente por Pablo.

Alabemos a Dios, que puede hacerlos a ustedes firmes conforme al evangelio que yo anuncio y la enseñanza acerca de Jesucristo. Esto está de acuerdo con lo que Dios ha revelado de su designio secreto, el cual estuvo oculto desde antes que el mundo existiera, pero ahora se ha dado a conocer por los escritos de los profetas, de acuerdo con el mandato del Dios eterno. Este secreto del plan de Dios se ha dado a conocer a todas las naciones, para que crean y obedezcan.

¡A Dios, el único y sabio, sea la gloria para siempre por medio de Jesucristo! Amén.

Esta es la doxología final. La traducción francesa repite la bendición del versículo 20. La versión inglesa (NVI) la omite. En algunos manuscritos aparece después del 16:21, pero las más antiguas lo colocan aquí: “Que la gracia de nuestro Señor Jesús esté con ustedes.” Recordatorio: para el pecador no existe una bendición más grande que la gracia de Cristo. Sin ella, no hay perdón ni salvación. En el corazón de la doxología, está la *doxa* que en griego significa gloria. Debemos darle toda la gloria al Señor, y eso es lo que hace toda enseñanza fiel a Su Palabra: esta glorifica a la infinita misericordia, a la fidelidad y sabiduría del Señor. Pablo ha escrito esta epístola para fortalecer la fe y la piedad de los Cristianos de Roma (1:11). En realidad, únicamente Dios puede fortalecer a Sus hijos. Es por eso que Pablo dice: “Alabemos a Dios, que puede hacerlos a ustedes firmes conforme al evangelio que yo anuncio y la enseñanza acerca de Jesucristo.”

“Esto está de acuerdo con lo que Dios ha revelado de su designio secreto, el cual estuvo oculto desde antes que el mundo existiera, pero ahora se ha dado a conocer por los escritos de los profetas, de acuerdo con el mandato del Dios eterno. Este secreto del plan de Dios se ha dado a conocer a todas las naciones, para que crean y obedezcan.” El Evangelio es el misterio de Dios acerca de Jesucristo y Su salvación. La proclamación del Evangelio en Palestina y en todo el imperio Romano ha revelado este misterio oculto por siglos. “Pero ahora se ha dado a conocer por los escritos de los profetas,” y “de acuerdo con el mandato del Dios eterno. Este secreto del plan de Dios se ha dado a conocer a todas las naciones, para que crean y obedezcan.” ¿Qué hicieron Pablo y los apóstoles? A la luz del Antiguo Testamento, ellos demostraron que el Mesías prometido había venido y que Él había cumplido su labor. Por eso el Antiguo Testamento era el origen y el fundamento de su proclamación.

El misterio del Evangelio ha sido “dado a conocer por los escritos de los profetas.” Ellos proclamaron a Cristo (Lucas 24:27, 44; Romanos 1:2; 2 Timoteo 3:15; 1 Pedro 1:10-11). Esto significa que los creyentes del Antiguo Testamento creyeron en Él y que la fe en Él los salvó, como Jesús especialmente habla acerca de Abraham (Juan 8:56). Israel conoció al Mesías gracias a los profetas. Pero el Evangelio llegó a todas partes del mundo por la proclamación de los apóstoles.

“De acuerdo con el mandato del Dios eterno.” Es la voluntad de Dios que durante los últimos períodos de la historia del mundo nosotros proclamemos Su Evangelio a todas las naciones. Cuando todos hayan escuchado su proclamación, entonces llegará el fin (Mateo 24:14). Esta es la única razón por la cual el mundo actual todavía sobrevive. No existe ningún otro. Dios quiere salvar al mayor número de seres humanos. Debemos predicar el Evangelio para que todas las naciones “obedezcan.” Es una obediencia a las Buenas Nuevas de las cuales habla Romanos 10:16, en tanto la gente acepta el mensaje del Evangelio con un corazón creyente y humilde. A través del Evangelio Dios fortalece a los suyos. Él estableció que la proclamación de las Buenas Nuevas para dar a conocer Su salvación, para llamar a la gente a la fe y para mantenerlos en ella.

“¡A Dios, el único y sabio, sea la gloria para siempre por medio de Jesucristo! Amén.” Únicamente Dios es sabio. Su plan de salvación, Su encarnación y muerte redentora, la resurrección y ascensión triunfal de Su Hijo y la proclamación del Evangelio en el mundo revelan Su sabiduría infinita, la cual sobrepasa toda inteligencia. Este Dios sabio sabe cómo realizar Su plan de salvación para los Cristianos de Roma y de todos los que leerán esta epístola.

“¡...por medio de Jesucristo! Amén.” Jesús, el Mediador del mundo, ha glorificado a Dios por medio de Su obediencia hasta la muerte en una cruz (Filipenses 2:8). Y Él glorifica a Su Padre aún cuando Él haya proclamado el Evangelio hasta el fin del mundo y cuando Él reúne a la gente para rendirle culto, para que doblen sus rodillas ante Dios y le den gloria, ahora y en la eternidad. Él Mismo tiene derecho a esta gloria, porque Él es verdadero Dios al igual que el Padre y el Espíritu Santo, y junto con Él, Él, Jesucristo, es el autor de nuestra salvación. Por lo tanto, es correcto que glorifiquemos a Jesús al igual que al Padre. Sin duda alguna, “para que todos den al Hijo la misma honra que dan al Padre. Él que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre, que lo ha enviado” (Juan 5:23).

Así termina esta hermosa epístola del apóstol Pablo, tan rica en enseñanzas, en exhortaciones y en consuelo.

“¡A Dios, el único y sabio, sea la gloria para siempre por medio de Jesucristo! Amén.”

Resumen:

Esta epístola a los Romanos llega a su fin con información y saludos; ellos demuestran que el apóstol conoce a una cantidad de miembros de la iglesia Cristiana de Roma. Él les desea la gracia de nuestro Señor Jesucristo y glorifica a Dios quien le ha demostrado Su misericordia y Su sabiduría en el Evangelio de Su Hijo. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén.

ALGUNOS ESQUEMAS PARA SERMONES

Romanos 1:16-17

El apóstol Pablo dice que el Evangelio es escandaloso para los judíos y para los Gentiles es una necesidad (1 Corintios 1:23). Es por eso que muchas personas se avergüenzan. Hay muchas cosas en la vida de las cuales debemos avergonzarnos (dé algunos ejemplos y explique por qué). Pero nunca debemos sentir vergüenza del Evangelio. El apóstol Pablo explica por qué no debemos sentir vergüenza del Evangelio:

1. Porque el Evangelio proclama algo maravilloso.
 2. Porque el Evangelio produce resultados maravillosos.
1. Nosotros no debemos avergonzarnos del Evangelio porque éste proclama algo maravilloso.
 - a. No es una Ley con sus acusaciones y amenazas....
 - b. Evangelio significa “Buenas Noticias,” que revelan la justicia de Dios (v. 17).
 - No es la nuestra, sino la justicia de Dios, la que es válida ante Él..
 - No es la justicia a partir de la cual Dios es justo y santo, sino la justicia que Él ofrece en Jesucristo, la justicia de Jesucristo con la cual es reviste a los creyentes, para que sean perfectamente justos y santos ante Sus ojos.
 - c. Esto sin duda es maravilloso: los que somos pecadores podemos ser perfectamente justos ante los ojos de Dios. Sus pecados están completamente perdonados gracias a Jesucristo, siempre y cuando creamos en Él.
 2. No debemos sentir vergüenza del Evangelio porque este produce resultados maravillosos.
 - a. Los hombres lo proclaman, pero es un “poder de Dios” (v. 16). El Espíritu Santo lo utiliza para iluminar a los hombres, liberarlos de sus errores y de sus falsas religiones, abrir sus corazones y producir la fe.
 - b. Aunque también el Evangelio, el Espíritu Santo nos fortalece, nos cuida y nos mantiene en la fe. El apóstol dice “Pues el evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin” (v. 17). Todo depende de la fe, porque sin fe en Jesucristo no hay salvación. Es por medio del Evangelio que Dios nos da la fe y la sostiene. Es por el Evangelio que Él nos da la fuerza para luchar contra la tentación y el pecado y para cumplir Su voluntad en la vida Cristiana.
 - c. El Evangelio tiene este poder en todas partes, tanto para los judíos como para los Gentiles (v. 16), para las mujeres y para los hombres, los ricos y los pobres, sin distinciones de razas, pueblos o idiomas. No hay duda de que Dios salva a todas las personas.
 - d. Lo que el Evangelio proclama y lo que éste hace en el corazón, es algo maravilloso. Por eso no debemos avergonzarnos de él, sino más bien darlo a conocer y predicarlo en todo el mundo.

Romanos 3:21-25a

La gente hace muchas preguntas acerca de su salud, de su futuro, de sus siembras, etc. Algunas son completamente normales, otras no son tan importantes. Pero lo más importante de todo es lo siguiente:

¿Cómo nos volvemos justos ante Sus ojos?

1. Por la gracia.
2. En el nombre de Jesucristo.
3. Por la fe.

1. Nos volvemos justos ante los ojos de Dios por la gracia:

- a. ¿Qué es la gracia (v. 24: “por su gracia”)? Es la piedad de Dios, Su misericordia, el amor que lo impulsa a liberarnos y salvarnos del pecado, la muerte y el infierno.
- b. Por Su gracia quiere decir sin las buenas obras. No hay duda de nuestras buenas obras son malas. Nosotros somos pecadores (vv. 22-23). Nosotros no nos merecemos el amor de Dios, ni Su salvación; no podemos hacer nada para borrar nuestros pecados y convertirnos en dignos de Él. La Ley de Dios nos acusa, pero no nos permite justificarnos ni salvarnos. No nos libera de nuestros pecados. Ni siquiera las obras que parecen buenas a los ojos de la gente nos salvan del pecado, porque el pecado siempre nos mancha. Ellas no son perfectas como lo exige el Señor.
- c. Pero Dios nos ofrece Su justicia gratuitamente, porque Él nos ama. Él nos da la liberación que no podemos encontrar en ninguna otra parte (v. 24a).

2. En el nombre de Jesucristo:

- a. Sin duda alguna, Jesús nos ha traído la redención (v. 24). Él derramó Su “sangre” como un “sacrificio de expiación” (v. 25). Él ha expiado todas nuestras faltas y pecados. En lugar de nosotros el resistió el castigo que nosotros merecíamos. “Redención” significa volver a comprar, y para comprar nuevamente algo, uno debe pagar. Jesús dio Su vida como “rescate” por nuestros pecados (Mateo 20:28). El pagó por nosotros (Isaías 53:4-5)
- b. Jesucristo nos ha justificado, es decir, Él nos ha declarado justos; Él nos ha cubierto con Su justicia. Por eso cuando Dios mira hacia nosotros, Él ya no ve nuestros pecados, sino la perfecta obediencia, inocencia y justicia de Su Hijo amado. Gracias a Él tenemos la completa liberación de nuestros pecados y somos completamente justos.

3. Por la fe:

- a. ¿Se salvan y son justificadas todas las personas? No...
- b. Jesús es el sacrificio de expiación “Dios quiso que Cristo, al derramar su sangre, fuera el instrumento del perdón. Este perdón se alcanza por la fe” (v. 25). Dios “hace justos a los que creen en Jesús” (v. 26). La fe es la mano extendida del mendigo o el anillo que sostiene al diamante. Esto significa que por la fe tomamos a Jesucristo, Su perdón y Su salvación.
- c. Sin fe en Jesucristo, no hay salvación... (explique por qué).
- d. Por la fe recibimos todo el perdón y la salvación total. Sigamos siendo humildes ante Dios y demos gracias a Él por este magnífico regalo.
- e. Lo más importante es:
 - Que creamos en Jesucristo de todo corazón...

- Que proclamemos el Evangelio de Jesucristo en todo el mundo...

Romanos 6:3-11

La Iglesia Luterana enseña que, según la Biblia, existen dos sacramentos en los que Dios ofrece y sella para nosotros el perdón de los pecados y la vida eterna: estos son el Bautismo y la Cena del Señor. Hoy hablaremos acerca del Bautismo. Veremos las cosas maravillosas que el Señor logra a través de él. En el Catecismo Menor, Lutero enseña que el Bautismo “obra el perdón de los pecados, nos rescata de la muerte y del demonio, y nos da la salvación eterna a todos los que creemos esto.” Esto es lo que Pablo enseña en nuestro texto.

El Bautismo nos libera del pecado. Esto significa que el Bautismo nos libera

1. de la culpa causada por el pecado;
 2. del dominio del pecado; y
 3. de la paga del pecado.
1. El Bautismo nos libera de la culpa causada por el pecado:
 - a. Jesucristo murió y resucitó por nosotros... Por medio de Su muerte, Él ha expiado nuestros pecados y satisfizo la justicia de Dios. A través de Su resurrección, Dios proclamó al mundo entero que Su Hijo había cumplido Su misión y que Él se había reconciliado con la raza humana.
 - b. En cierta forma, el Bautismo nos sumerge en su muerte y su resurrección (vv. 3-5). Nos sepulta con Él para que también resucitemos con Él. En otras palabras, el Bautismo nos une a la muerte y la resurrección de Cristo y nos proporciona los méritos de Su redención.
 - c. Qué consuelo podemos obtener de nuestro Bautismo: Que nos ofrece, sella y garantiza que Dios nos ha perdonado, que somos hijos de Dios y herederos de Su salvación (Gálatas 3:26-27).
 2. El Bautismo nos libera del dominio del pecado:
 - a. Por medio del Bautismo, el Espíritu Santo ha venido sobre nosotros (Tito 3:5-6). Estamos muertos para el pecado, ya no vivimos para él. El pecado ya no tiene poder sobre nosotros. El Espíritu Santo que vive en nosotros nos da la fuerza para luchar contra el pecado y la maldad (vv. 6-7, 11).
 - b. El Bautismo es una fuente maravillosa de perdón y vida. También mantiene en nosotros la obligación de renunciar al mal y buscar la santificación al vivir en la fe y en la obediencia. Esto es lo que prometemos el día de nuestro bautizo. Esto es lo que nuestro bautismo debe recordarnos todos los días. Mientras vivamos en este mundo, seguiremos siendo pecadores, pues la santificación perfecta es para la vida eterna, en el paraíso. Pero desde ahora, el Cristiano aparta al viejo hombre y toma al hombre nuevo; y es en el Bautismo donde él encuentra la fortaleza para ello.
 - c. No olvidemos nunca eso. ¡El Bautismo debe llenarnos de paz y de alegría! ¡Qué nos proporcione la certeza de la salvación! ¡Y que también nos haga servir mejor a Dios!
 3. El Bautismo también nos libera de la paga del pecado:
 - a. La muerte es el pago que da el pecado (Romanos 6:23). El Bautismo nos une a la victoria de Cristo sobre la muerte (v.8-9). Gracias a Él, resucitaremos con un cuerpo glorioso como el de Él (v. 5).

- b. Para el creyente, bautizado en el nombre de Cristo y unido a Él, la muerte ya no es la paga que da el pecado, porque Jesucristo ha vencido a la muerte (1 Corintios 15:55-56). El resucitará con Él (Filipenses 3:20-21). Es por eso que la muerte, lejos de separarnos de Jesús, nos permite tener nuestra morada en Él (Filipenses 1:21-24). Que hermosa esperanza...

Romanos 6:19-23

¿Son los Cristianos más felices que los no judíos o Gentiles y los incrédulos? Esto no es obvio. A menudo la gente de este mundo tiene una vida más fácil que la de los creyentes (dar dos o tres ejemplos). Sin embargo, los Cristianos son la gente más feliz. Esto es lo que se desprende de nuestro texto:

La gran felicidad de los Cristianos:

1. Ellos eran esclavos del pecado, pero ahora se han convertido en siervos de la justicia.
 1. Ellos iban camino a la muerte y al infierno, pero ahora tienen la certeza de la vida eterna.
1. Los Cristianos eran esclavos del pecado, pero ahora se han convertido en siervos de la justicia. Ellos eran esclavos del pecado (vv. 19-21).
 - a. Proporcione algunos ejemplos de la vida de los incrédulos y de los Gentiles...
 - b. Es verdad, aún cuando los incrédulos traten de vivir una vida buena y honesta. Ellos no aman a Dios con todo su corazón, su alma y su cuerpo. Ellos no aman al prójimo como a sí mismos. Pero Dios requiere todo eso en Su santa Ley. Por lo tanto, nadie es capaz de liberarse del pecado.
 - c. Pero Dios ha liberado del pecado a los que creen; éste ya no puede condenarlos ni tiene poder sobre ellos. Por eso ellos se han convertido en siervos de la justicia (vv. 19b-22).
2. Ellos iban camino a la muerte y al infierno, pero ahora tienen la certeza de la vida eterna.
 - a. La muerte, en todo el sentido de la palabra, incluso la condenación eterna, estaba esperando por ellos (v. 23). Es lo que ellos se merecían por sus pecados.
 - b. Pero ellos recibieron un regalo de Dios, totalmente gratuito, un maravilloso don, que es la vida eterna...
 - c. El apóstol escribe: “vida eterna en Jesucristo, nuestro Señor.” El apóstol señala que es un regalo totalmente gratuito, pero que sólo podemos obtenerlo a través de Jesucristo, es decir, por la fe en Él.
 - d. Al final del camino nos espera la vida eterna.
 - e. Por lo tanto todos entenderán cuán importante es permanecer fieles a Jesucristo. Somos las personas más felices. Que esta certeza nos de la fortaleza para servir fielmente a nuestro Dios y Salvador.

Romanos 8:33-39

Muchas veces, la vida es muy dura. Frecuentemente resulta difícil y parece aplastarnos con todo su peso. Para el Cristiano, la vida además es una lucha contra su naturaleza, el mundo y Satanás. Una lucha donde a él muchas veces le faltan las fuerzas y necesita recibir aliento, como lo hace el apóstol en Filipenses 2:12. Pero aún ahora los Cristianos pueden comenzar a cantar un canto victorioso, porque en su corazón tiene una seguridad que nadie puede le puede quitar.

El grito victorioso del Cristiano

1. ¿Quién me acusará y me condenará?
 2. ¿Quién me separará del amor de Dios?

1. ¿Quién me acusará y me condenará?
 - a. ¿Quién acusará a los elegidos por Dios? (vv. 33a, 34). Nada, ni nadie, porque Dios los justifica a todos, y en el cielo ellos tienen a un Salvador quien habla e intercede por ellos, a un abogado defensor (v. 34b). La sangre de Jesucristo los ha purificado de los pecados (Romanos 3:24; 1 Juan 1:17; Efesios 3:25-27).
 - b. Existen muchas cosas que pueden acusar a los creyentes - comenzando por su propio corazón (1 Juan 3:20; Juan 5:45). Y después están las personas y especialmente a Satanás quien es su principal acusador (Apocalipsis 12:10): él le recuerda a Dios que somos pecadores, le presenta nuestras faltas y nuestros pecados para condenarnos.
 - c. Pero Dios no lo escucha. Satanás y la gente pierden su tiempo acusándonos y hablando mal de nosotros. Nosotros tenemos a Jesucristo, quien es nuestro abogado y mediador en el cielo. Él ha pagado el precio por nuestras faltas. Él murió (v. 34). Pero hay mucho más, Él volvió a la vida, lo cual fue un testimonio de que Él es nuestro Redentor, de que Él nos ha redimido (v. 34). Y para terminar, Cristo nos ha cubierto con Su justicia. Dios nos ha justificado en Su nombre (v. 33). Explique esto y demuestre por qué nadie puede condenar al que Dios ha justificado.

2. ¿Quién me separará del amor de Dios?
 - a. Dios les ha asegurado Su amor a los Cristianos. Ellos saben que Dios los ama tal como son, que Él es bondadoso con ellos y los perdona. Ellos también saben que Dios vigila su fe, para que Satanás no tenga poder sobre ellos. Nadie puede arrebatarnos de las manos de su Salvador y de Su Padre celestial (Juan 10:28-29).
 - b. La verdad, las pruebas y los sufrimientos (v. 35), y a veces hasta persecuciones obstruyen el camino que lleva al cielo. A menudo, los creyentes se parecen a las ovejas que son llevadas al matadero (v. 36). Algunos ejemplos: José y Job, en el Antiguo Testamento, Lázaro en la parábola de Lucas 16.
 - c. Pero, y este es un gran “pero”: en todo esto los Cristianos son más que vencedores (v. 37). La victoria es segura ahora mismo, porque ellos no luchan solos: Dios está con ellos, y cuando Dios está de nuestro lado, sabemos que vamos a vencer.
 - d. Absolutamente nada ni nadie puede separarlos del amor de Dios mostrado en Cristo, su Señor (vv. 38-39). Expliquen este texto y muestren el maravilloso consuelo que contiene para los verdaderos creyentes,
 - e. Sí, los Cristianos, aún ahora, pueden dar el grito de la victoria. Ellos son soldados en una batalla, pero la victoria es segura. Gracias a Dios que los ama con un perfecto amor, un

amor del cual nada puede separarles. Siempre y cuando ellos permanezcan fieles a Él y no lo rechacen.

Romanos 1:3-7

La Biblia es un libro maravilloso. Ella nos enseña el camino a la salvación por la fe en Jesucristo. Es cierto que ella no responde todas las interrogantes que tenemos, pero responde esas preguntas que son importantes y que tienen que ver con la salvación y la vida Cristiana, que debemos llevar en este mundo. En particular, ella nos dice lo que representan las autoridades civiles, cuál es su tarea y cuáles son nuestros deberes hacia ellas.

¿Qué nos enseña la Biblia con respecto a las autoridades de este mundo? Ella nos enseña:

1. que Dios ha establecido a las autoridades.
2. que ellos llevan la espada para castigar a los que hacen lo malo y para proteger a los ciudadanos honestos;
3. que debemos someternos a ellas por razones de conciencia.

1. Dios ha establecido a las autoridades.

- a. La Biblia condena la anarquía y la rebelión. Ella claramente señala que Dios ha establecido a las autoridades que gobiernan a la gente y las naciones. Es verdad que usualmente la gente le confía la autoridad a algunas personas entre ellos, ellos escogen a un rey o eligen a un presidente, diputados, senadores y todos los que se encargan de cuidar de un país. Pero la Biblia dice al mismo tiempo que Dios ha establecido a estas autoridades (vv. 3-4a, 6: “siervos de Dios”).
- b. Esto es cierto para toda autoridad, sea esta una monarquía, una monarquía constitucional o una república. No es la manera en la que una autoridad llega al poder la que determina si Dios la estableció, ni si esta es Cristiana o no. Tan pronto como un gobierno ejerce el poder que Dios le ha confiado, Dios la establece.

2. Las autoridades llevan la espada para castigar a los que hacen lo malo y para proteger a los ciudadanos honestos.

- a. El poder de las autoridades no es ilimitado. Ellas no están por encima de Dios ni a Su lado, sino que están sometidas a Él; los gobernantes son Sus siervos (vv. 3, 6). No tienen derecho de ejercer su autoridad de una manera arbitraria e injusta, de gobernar como dictadores, de oprimir a los débiles, de privar a la gente de su libertad, particularmente de su libertad religiosa. Ellas no pueden exigir que los ciudadanos actúen contra su conciencia ni prohibir cosas que Dios mismo permite o hasta las ordena (Hechos 4:9, 5:29).
- b. La misión de las autoridades es proteger al pueblo, a sus personas y sus bienes. Ellas, por lo tanto, tienen que luchar contra la indisciplina y el desorden, la injusticia, la opresión, la corrupción y el fraude. Es por eso que los magistrados llevan la espada con el poder para castigar a los criminales y a los que hacen lo malo (v. 4).
- c. En consecuencia, las autoridades tienen el poder para hacer leyes y para vigilar que se cumplan, así como también tiene el derecho de crear impuestos que les permitan cumplir con sus responsabilidades.

3. Que debemos honrarlas y someternos a ellas por razones de conciencia.

- a. Los Cristianos deben honrar a las autoridades como servidoras de Dios, a las cuales el mismo Dios ha investido con el poder (v. 7b)...
- b. Ellos deben someterse a ellas porque han recibido este poder de Dios (vv. 1-2). No solamente por temor al castigo, sino “por razones de conciencia” (v. 51)... Los Cristianos deben también apoyarlas y pagar sus impuestos, porque sin impuestos las autoridades no pueden cumplir con su misión. Resistirse a las autoridades es legítimo únicamente cuando ellas son claramente infieles a su misión que el Señor les ha confiado.
- c. Finalmente, ellos deben orar por las autoridades y por todos los que gobiernan, para que ellos tengan la sabiduría y la preocupación por gobernar bien, para que haya paz y la justicia reine y para cuidar del bienestar de su pueblo y nación (1 Timoteo 2:1-3).

Romanos 14:7- 9

En este mundo hay muchas naciones, grupos étnicos y tribus, pero sólo hay dos reinos, el reino de Satanás y el Reino de Dios, el reino de la oscuridad, el pecado y la muerte, y el reino de la luz, la justicia y la vida. Los hombres forman parte de uno o del otro. La Biblia dice que Dios ha librado a los Cristianos del poder de la oscuridad “y nos llevó al Reino de Su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Es por eso que ellos lo confiesan con certeza.

¡En la vida y en la muerte le pertenecemos al Señor!

1. No hay duda: El Señor nos ha comprado; nosotros le pertenecemos.
2. Por lo tanto, ¡vivamos y muramos por Él!

1. No hay duda: el Señor nos ha comprado; nosotros le pertenecemos.

- a. Nosotros le pertenecemos a Jesucristo (v. 8a).
 - No por naturaleza; porque por naturaleza le pertenecemos a Satanás y vivimos en su reino.
 - Pero Él murió y volvió nuevamente a la vida por nosotros (v. 9). Recuérdale a la congregación el significado de Su muerte y Su resurrección....
- b. De modo que, vivamos o muramos, le pertenecemos al Señor.
 - En la vida, Cristo es nuestro Señor, Él que nos cuida y nos guía por el camino que Él ha elegido para nosotros.
 - También en la muerte le pertenecemos a Él. Ella no nos puede separar de Él. Muy por el contrario, esta es una amiga que nos guía hasta Cristo, a Su paraíso (Filipenses 1:23).

2. Por lo tanto, ¡vivamos y muramos por Cristo!

- a. No es por nosotros mismos que queremos vivir, sino por Él quien murió y nuevamente volvió a la vida por nosotros y a quien le pertenecemos ahora y en la eternidad (vv. 7-8).
 - Vivir para uno mismo significa hacer nuestra propia voluntad, hacer lo que nos da la gana sin preguntarnos si eso es agradable a Dios o no. Significa buscar nuestro honor, los placeres que nos provocan, nuestro propio interés. En una palabra, significa vivir, como si fuésemos nuestros propios dueños en lugar de ser de Cristo.
 - Pero hemos sido redimidos a un gran precio (v. 9; 1 Corintios 6:20; Gálatas 2:20). Entonces, pues, ¡vivamos para Cristo que vino para salvarnos!

b. Nosotros también queremos vivir para Cristo (v. 7).

- Morir por Él significa dejar que Él elija el día y la hora de nuestra muerte...

- También significa morir confiando en Su nombre; significa no basarnos en nuestras propias obras y méritos, sino en lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, en Su sangre que nos limpia de todos los pecados, en Su justicia y en Su salvación.
- Significa que nosotros ahora ya nos preparamos para morir en la fe.

c. Sí, vivamos y muramos por El quien murió y resucitó por nosotros y quien prepara un lugar para nosotros en Su paraíso.